

¿Qué Hacer?



Vladimir I. Lenin

(c) Proyecto Espartaco 2000 – 2001

PROLOGO

Según el plan inicial del autor, el presente folleto debía estar consagrado a desarrollar detalladamente las ideas expuestas en el artículo "¿Por dónde empezar?" (*Iskra*, núm. 4, mayo de 1901). Ante todo, debemos disculparnos ante el lector por haber cumplido tardíamente la promesa que hicimos en dicho artículo (y que repetimos en respuesta a muchos requerimientos y cartas particulares). Una de las causas de dicha tardanza ha sido el haber intentado, en junio del pasado año de 1901, unificar todas las organizaciones socialdemócratas en el extranjero. Era natural esperar los resultados de esta tentativa, pues si hubiese tenido éxito, habría sido tal vez necesario exponer las concepciones de *Iskra* en materia de organización bajo un aspecto algo distinto; en todo caso, este éxito habría prometido que se iba a poner muy rápidamente fin a la existencia de dos corrientes en la socialdemocracia rusa. El lector sabe que la tentativa fracasó y, como trataremos de demostrar, no pudo terminar de otro modo después del nuevo viraje de *Rabócheie Dielo*, en su núm. 10, hacia el economismo. Ha resultado absolutamente necesario emprender una lucha decidida contra esta dirección vaga y poco determinada, pero, por ello mismo, tanto más firme y capaz de resucitar en variadas formas. De acuerdo con esto, ha cambiado y se ha ampliado muy considerablemente el plan inicial del folleto.

Su tema principal debería haber abarcado tres problemas, planteados en el artículo "¿Por dónde empezar?", a saber: los problemas acerca del carácter y el contenido principal de nuestra agitación política, acerca de nuestras tareas de organización y acerca del plan de crear, simultáneamente y por distintas partes, una organización combativa destinada a toda Rusia. Estos problemas interesan desde hace mucho tiempo al autor, quien ha tratado ya de plantearlos en *Rabóchaia Gasieta*, con ocasión de una de las tentativas infructuosas de reanudar su publicación (véase el cap. V). Mas el propósito inicial de circunscribirse, en este folleto, al examen de estos tres problemas y exponer en lo posible nuestras ideas en forma positiva, sin recurrir o casi sin recurrir a la polémica, ha resultado completamente irrealizable por dos razones. Por una parte, el economismo ha resultado ser más vital de lo que suponíamos (empleamos el término economismo en su sentido amplio, como se explicó en el núm. 12 de *Iskra* (diciembre de 1901), en el artículo "Una conversación con los defensores del economismo", que trazó, por decirlo así, un esbozo del folleto que ofrecemos a la atención del lector). No cabía ya duda de que los distintos conceptos sobre el modo de resolver estos tres problemas se explican mucho más por un antagonismo radical entre las dos direcciones de la socialdemocracia rusa, que por divergencias de detalle. Por otra parte, la perplejidad de los economistas al ver que *Iskra* sostenía de hecho nuestras concepciones ha puesto de manifiesto con toda evidencia que a menudo hablamos lenguajes literalmente distintos que, debido a ello, *no podemos* llegar a ningún acuerdo sin comenzar *ab ovo*; que es necesario intentar una "explicación" sistemática en la forma más popular posible, a base del mayor número posible de ejemplos concretos, con *todos* los economistas, sobre *todos* los puntos cardinales de nuestras discrepancias. Y he resuelto hacer esta tentativa de "explicación" con plena conciencia de que esto aumentaría considerablemente las proporciones del folleto y retardaría su aparición; pero no he visto ninguna *otra* posibilidad de cumplir la promesa hecha en el artículo "¿Por dónde empezar?" Así que a las disculpas por la tardanza tengo que añadir las excusas por los enormes defectos del folleto en lo que a su forma literaria se refiere: he tenido que trabajar con *una precipitación extrema* y, por otra parte, muchos otros trabajos reclamaban mi atención.

El examen de los tres problemas arriba indicados sigue constituyendo el tema principal del folleto. Pero he tenido que comenzar por dos problemas de carácter más general: ¿por qué una consigna tan "inocente" y "natural" como la de "libertad de crítica" es para nosotros una verdadera señal de batalla?; ¿por qué no podemos llegar a un acuerdo ni siquiera en la cuestión fundamental del papel de la socialdemocracia en relación al movimiento espontáneo de masas? Luego, la exposición de los conceptos sobre el carácter y el contenido de la agitación política se ha convertido en una explicación de la diferencia entre la política tradeunionista y la socialdemócrata, y la exposición de los conceptos sobre las tareas de organización, en una explicación de la diferencia entre los métodos primitivos de trabajo, que satisfacen a los economistas, y la organización de revolucionarios, que reputamos indispensable. Después, insisto en el "plan" de un periódico político destinado a toda Rusia, tanto más cuanto que eran inconsistentes las objeciones hechas contra él, y porque, en el fondo, no se ha dado una respuesta a la cuestión, planteada en "¿Por dónde empezar?", de cómo podríamos emprender, por todas partes a la vez, la formación de la organización que necesitamos. Por último, en la parte final del folleto espero demostrar que hemos hecho todo cuanto dependía de nosotros para prevenir una ruptura definitiva con los economistas, ruptura que, sin embargo, ha resultado inevitable; que *Rabócheie Dielo* ha adquirido una significación particular, si queréis, "histórica", por haber reflejado, en la forma más completa, con el mayor relieve, no el economismo consecuente, sino más bien la dispersión y las vacilaciones que han constituido, en la historia de la socialdemocracia rusa, el rasgo distintivo *de todo un período*; que, por esta razón, adquiere también importancia la polémica, demasiado detallada, a primera vista, con *Rabócheie Dielo*, pues no podemos avanzar sin liquidar definitivamente este período

Lenin

Febrero de 1902

CAPÍTULO I

DOGMATISMO Y "LIBERTAD DE CRITICA"

a) ¿Qué significa la "libertad de crítica"?

La "libertad de crítica" es, sin duda, la consigna actualmente más en boga, la que con más frecuencia se emplea en las discusiones entre socialistas y demócratas de todos los países. A primera vista, es difícil imaginarse algo más extraño que esas solemnes alusiones a la libertad de crítica hechas por una de las partes contendientes. ¿Acaso en el seno de los partidos avanzados se han levantado voces en contra de la ley constitucional que, en la mayoría de los países europeos, garantiza la libertad de ciencia y de investigación científica? "¡Aquí pasa algo!", se dirá toda persona ajena a la cuestión, que haya oído la consigna en boga, repetida en todas las encrucijadas, pero que no haya penetrado aún en el fondo de las discrepancias. "Esta consigna es, por lo visto, una de las locuciones convencionales que, como los apodos, son legalizados por el uso y se convierten casi en nombres comunes".

En efecto, para nadie es un secreto que, en el seno de la socialdemocracia internacional (*) contemporánea, se han formado dos tendencias, cuya lucha tan pronto se reaviva y estalla en llamas, como se calma y adormece bajo las cenizas de imponentes "resoluciones de armisticio". En qué consiste la "nueva" tendencia que asume una actitud "crítica" frente al marxismo "viejo, dogmático", lo *ha dicho* Bernstein y lo *ha mostrado* Millerand con suficiente claridad.

La socialdemocracia debe transformarse, de partido de la revolución social, en un partido democrático de reformas sociales, Bernstein ha apoyado esta reivindicación política con toda una batería de "nuevos" argumentos y consideraciones bastante armoniosamente concordados. Ha sido negada la posibilidad de fundamentar científicamente el socialismo y de demostrar, desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia, su necesidad e inevitabilidad; ha sido negado el hecho de la miseria creciente, de la proletarianización y de la exacerbación de las contradicciones capitalistas; ha sido declarado inconsistente el concepto mismo del "*objetivo final*" y rechazada en absoluto la idea de la dictadura del proletariado; ha sido negada la oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo; ha sido negada *la teoría de la lucha de clases*, pretendiendo que no es aplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada conforme a la voluntad de la mayoría, etc.

Así, pues, la exigencia de que la socialdemocracia revolucionaria diese un viraje decisivo hacia el socialreformismo burgués, iba acompañada de un viraje no menos decisivo hacia la crítica burguesa de todas las ideas fundamentales del marxismo. Y como esta última crítica contra el marxismo se venía realizando ya desde hacía mucho tiempo, desde la tribuna política, desde las cátedras universitarias, en numerosos folletos y en una serie de tratados científicos; como toda la nueva generación de las clases ilustradas, ha sido educada sistemáticamente, durante decenios, a base de esta crítica, no es de extrañar que la "nueva" tendencia "crítica" en el seno de la socialdemocracia haya surgido de golpe, completamente acabada, como Minerva de la cabeza de Júpiter. Por su contenido, esta tendencia no ha tenido que desarrollarse ni formarse; ha sido trasplantada directamente de la literatura burguesa a la literatura socialista.

Prosigamos. Por si la crítica teórica de Bernstein y sus aspiraciones políticas estaban aún poco claras para ciertas personas, los franceses se han cuidado de demostrar palmariamente lo que es el "nuevo método". Francia ha justificado, una vez más, su vieja reputación de "país en cuya historia las luchas de clases se han llevado cada vez a su término decisivo más que en ningún otro sitio" (Engels, del prefacio para la obra de Marx *Der 18 Brumaire*) [5]. En lugar de teorizar, los socialistas franceses pusieron directamente manos a la obra; las condiciones políticas de Francia, más desarrolladas en el sentido democrático, les han permitido pasar inmediatamente al "bersteinianismo práctico", con todas sus consecuencias. Millerand ha dado un ejemplo brillante de este bersteinianismo práctico: ¡no en vano Bernstein y Vollmar se han apresurado a defender y a ensalzar tan celosamente a Millerand! En efecto, si la socialdemocracia es, en esencia, simplemente un partido de reformas, y debe tener el valor de reconocerlo con franqueza, un socialista no sólo tiene derecho a entrar en un ministerio burgués, sino que incluso debe siempre aspirar a ello. Si la democracia implica, en el fondo, la supresión de la dominación de clases, ¿por qué un ministro socialista no ha de encantar a todo el mundo burgués con discursos sobre la colaboración de las clases? ¿Por qué no ha de seguir en el ministerio, aun después de que los asesinatos de obreros por los gendarmes han puesto de manifiesto por centésima y milésima vez el verdadero carácter de la colaboración democrática de las clases? ¿Por qué no ha de participar personalmente en la felicitación al zar, al que los socialistas franceses no dan ahora otros nombres que los de héroe de la horca, del knut y de la deportación (knouteur, pendeur et déportateur)? ¡Y a cambio de este infinito envilecimiento y autoflagelación del socialismo ante el mundo entero, de la corrupción de la conciencia socialista de las masas obreras —la única base que puede asegurarnos el triunfo—, a cambio de todo esto, unos rimbombantes *proyectos* de miserables reformas; tan miserables, que se había logrado obtener más de los gobiernos burgueses!

Todo aquel que no cierre deliberadamente los ojos tiene que ver por fuerza que la nueva tendencia "crítica", surgida en el seno del socialismo, no es sino una nueva variedad del *oportunismo*. Y si no juzgamos a los hombres por el brillo del uniforme que ellos mismos se han puesto, ni por el sobrenombre pomposo que a sí mismos se dan, sino por sus actos y por la clase de propaganda que llevan a la práctica, veremos claramente que la "libertad de crítica" es la libertad de la tendencia oportunista en el seno de la socialdemocracia, la libertad de hacer de la socialdemocracia un partido demócrata de reformas, la libertad de introducir en el socialismo ideas burguesas y elementos burgueses.

La libertad es una gran palabra, pero bajo la bandera de la libertad de industria se han hecho las guerras más expoliadoras y bajo la bandera de la libertad de trabajo se ha despojado a los trabajadores. La misma falsedad intrínseca encierra el empleo actual de la expresión "libertad de crítica". Personas realmente convencidas de haber impulsado la ciencia no reclamarían libertad para las nuevas concepciones al lado de las antiguas, sino la sustitución de estas últimas por las primeras. En cambio, los gritos actuales de "¡Viva la libertad de crítica!" recuerdan demasiado la fábula del tonel vacío.

Marchamos en pequeño grupo unido por un camino escarpado y difícil, fuertemente cogidos de las manos. Estamos rodeados por todas partes de enemigos, y tenemos que marchar casi siempre bajo su fuego. Nos hemos unido en virtud de una decisión libremente adoptada, precisamente para luchar contra los enemigos y no caer, dando un traspiés, al pantano vecino, cuyos moradores nos reprochan desde un principio el que nos hayamos separado en un grupo aparte y el que hayamos escogido

el camino de la lucha y no el de la conciliación. Y de pronto algunos de entre nosotros comienzan a gritar: "¡Vamos al pantano!" Y cuando se intenta avergonzarlos, replican: "¡Qué gente tan atrasada sois! ¡Cómo no os avergonzáis de negarnos la libertad de invitaros a seguir un camino mejor!" ¡Ah, sí, señores, libres sois no sólo de invitarnos, sino de ir adonde mejor os plazca, incluso al pantano; hasta consideramos que vuestro verdadero puesto está precisamente en él, y nos sentimos dispuestos a prestaros toda la colaboración que esté a nuestro alcance para trasladaros allí a ¡vosotros ! ¡Pero en tal caso soltad nuestras manos, no os agarréis a nosotros, ni ensuciéis la gran palabra libertad, porque nosotros también somos "libres" para ir adonde nos parezca, libres para luchar no sólo contra el pantano, sino incluso contra los que se desvían hacia él!

b) Los nuevos defensores de la" libertad de crítica"

Precisamente esta consigna ("libertad de crítica") es la que ha sido solemnemente propugnada estos últimos tiempos por *Rabócheie Dielo* (núm. 10), órgano de la "Unión de socialdemócratas rusos" en el extranjero, y lo ha sido no como un postulado teórico, sino como una reivindicación política, como respuesta a la pregunta: "¿Es posible la unión de las organizaciones socialdemócratas que actúan en el extranjero?" "Para una unión sólida, es indispensable la libertad de crítica" (Pág. 36).

De esta declaración se desprenden dos conclusiones bien definidas: 1) *Rabócheie Dielo* asume la defensa de la tendencia oportunista en la socialdemocracia internacional en general; 2) *Rabócheie Dielo* exige la libertad del oportunismo en el seno de la socialdemocracia rusa. Examinemos estas conclusiones.

A *Rabócheie Dielo* le disgusta, "sobre todo", la "tendencia de *Iskra* y *Sariá* a pronosticar la ruptura entre la *Montaña* y la *Gironda* en la socialdemocracia internacional" (**).

"En general —escribe B. Krichevski, redactor de *Rabócheie Dielo*—, las habladurías sobre *Montaña* y *Gironda* en las filas de la socialdemocracia nos parecen una analogía histórica superficial, extraña en la pluma de un marxista: la *Montaña* y *Gironda* no representaban dos distintos temperamentos o corrientes intelectuales, como puede parecerles a los historiadores-ideólogos, sino distintas clases o capas: por una parte, la burguesía media, y, por otra, la pequeña burguesía y el proletariado. Pero en el movimiento socialista contemporáneo no existen choques de intereses de clase; por entero, en *todas* [subrayado por B. Kr.] sus variedades, incluyendo a los más declarados bernsteinianos, abraza la posición de los intereses de clase del proletariado, de su lucha de clases por la liberación política y económica" (*Rabócheie Dielo*, Págs. 32-33).

¡Afirmación audaz! ¿No ha oído B. Krichevski hablar del hecho, observado ya hace mucho tiempo, de que precisamente la amplia participación de la capa de los "académicos" en el movimiento socialista de los últimos años ha asegurado una difusión tan rápida del bernsteinianismo? Pero, ante todo, ¿en qué funda nuestro autor su juicio de que incluso "los más declarados bernsteinianos" abrazan la posición de la lucha de clase por la liberación política y económica del proletariado? Nadie lo sabe. Esta defensa decidida de los más declarados bernsteinianos no se apoya en ningún argumento, en ninguna razón. El autor entiende, por lo visto, que con repetir cuanto dicen de sí mismos los más declarados bernsteinianos, huelgan las pruebas de su afirmación. Pero ¿es posible figurarse algo más "superficial" que este juicio acerca de

toda una tendencia, fundado en lo que dicen de sí mismos sus propios representantes? ¿Es posible imaginarse algo más superficial que la "moraleja" que se desprende a propósito de los dos tipos o vías de desarrollo del Partido, distintos y hasta diametralmente opuestos? (*Rabócheie Dielo*, Págs. 34-35). Los socialdemócratas alemanes, se dice, reconocen una completa libertad de crítica; en cambio, los franceses, no, y precisamente su ejemplo demuestra todo el "mal de la intolerancia".

Precisamente el ejemplo de B. Krichevski —contestaremos a esto— demuestra que a veces se llaman marxistas gentes que ven la historia literalmente "a lo Ilovaiski"[7]. Para explicar la unidad del Partido Socialista alemán y el fraccionamiento del francés, no hace falta en absoluto hurgar en las particularidades de la historia de este o el otro país, comparar las condiciones del semiabsolutismo militar y el parlamentarismo republicano, analizar las consecuencias de la Comuna y las de la ley de excepción contra los socialistas[***], comparar la situación económica y el desarrollo económico, recordar cómo "el crecimiento sin par de la socialdemocracia alemana" fue acompañado de una lucha de energía sin igual en la historia del socialismo, no sólo contra las aberraciones teóricas (Mühlberger, Dühring[****]), los "socialistas de cátedra"[8]), sino también contra las aberraciones tácticas (Lassalle), etc., etc. ¡Todo esto es superfluo! Los franceses riñen, porque son intolerantes; los alemanes están unidos, porque son buenos chicos.

Y observad que, por medio de esta incomparable profundidad de pensamiento, se "recusa" un hecho que echa por tierra completamente la defensa de los bernsteinianos. Sólo a través de la experiencia histórica se puede resolver definitivamente y sin vuelta de hoja el problema de si *abrazan* la posición de lucha de clase del proletariado. Por tanto, la máxima importancia en este sentido corresponde precisamente al ejemplo de Francia, por ser éste el único país donde los bernsteinianos han intentado *actuar* independientemente, con la aprobación calurosa de sus colegas alemanes (y, en parte, de los oportunistas rusos: véase *R. D.*, núm. 2-3, Págs. 83-84). La alusión a la "intransigencia" de los franceses —además de su significación "histórica" en sentido "nosdrievano"— no es más que una tentativa de disimular con palabras fieras hechos sumamente desagradables.

Pero, en cuanto a los alemanes, tampoco estamos, en modo alguno, dispuestos a regalárselos a B. Krichevski y a los demás numerosos defensores de la "libertad de crítica". Si se tolera todavía en las filas del Partido alemán "a los más declarados bernsteinianos", es por cuanto *acatan* la resolución de Hannover[9], que desechó resueltamente las "enmiendas" de Bernstein, así como la de Lübeck[10], que contiene (a pesar de toda su diplomacia) una advertencia directa a Bernstein. Se puede discutir, desde el punto de vista de los intereses del Partido alemán, en qué medida era oportuna esa diplomacia o si vale más, en este caso, un mal ajuste que un buen pleito; se puede disentir, en una palabra, en la apreciación de la conveniencia de uno u otro *procedimiento* de repudiar el bernsteinianismo, pero no se puede dejar de ver el hecho de que el Partido alemán *ha repudiado* dos veces el bernsteinianismo. Por tanto, creer que el ejemplo de los alemanes confirma la tesis de que "los más declarados bernsteinianos abrazan la posición de la lucha de clase del proletariado por su liberación política y económica", significa no comprender absolutamente nada de lo que sucede ante los ojos de todos nosotros[*****].

Hay más aún. *Rab. Dielo* presenta a la socialdemocracia rusa, como hemos visto, la reivindicación de "libertad de crítica" y defiende el bernsteinianismo. Por lo visto, ha debido persuadirse de que se ha agraviado injustamente a nuestros "críticos"

y bernsteinianos. ¿A cuáles, precisamente? ¿Quién, dónde y cuándo? ¿En qué, precisamente, consistió la injusticia? ¡*R. Dielo* guarda silencio sobre este punto, no menciona ni una sola vez a ningún crítico o bernsteiniano ruso! Nos resta sólo hacer una de las dos hipótesis posibles. *O bien* la parte injustamente agraviada no es otra que el mismo *R. Dielo* (lo confirma el hecho de que en ambos artículos de su núm. 10 se trata únicamente de agravios inferidos por *Sariá* e *Iskra* a *R. Dielo*). En este caso, ¿cómo explicar el hecho tan extraño de que *R. Dielo*, que siempre ha negado tan obstinadamente toda solidaridad con el bernsteinianismo, no haya podido defenderse a sí mismo, sin intervenir en favor de los "más declarados bernsteinianos" y de la libertad de crítica? *O bien* han sido injustamente agraviadas unas terceras personas. ¿Cuáles pueden ser entonces los motivos para no mencionarlos?

Vemos, pues, que *R. Dielo* continúa el juego del escondite, en que se ha entretenido (como lo pondremos de manifiesto más adelante) desde el momento mismo de su aparición. Además, observad esta primera aplicación práctica de la tan decantada "libertad de crítica". De hecho, esta libertad se redujo en el acto no sólo a la falta de toda crítica, sino a la falta de todo juicio independiente en general. Ese mismo *R. Dielo*, que guarda silencio sobre el bernsteinianismo ruso, como si fuera una enfermedad secreta (según la feliz expresión de Starovier[12]), ¡propone para la curación de esta enfermedad *copiar lisa y llanamente* la última receta alemana contra la variedad alemana de la enfermedad! ¡En vez de libertad de crítica, imitación servil. . . o, peor aún, simiesca! El idéntico contenido social y político del oportunismo internacional contemporáneo, se manifiesta en unas u otras variedades, según las peculiaridades nacionales. En un país, un grupo de oportunistas ha actuado desde hace mucho tiempo bajo una bandera especial; en otro, los oportunistas han desdeñado la teoría, siguiendo en la práctica la política de los radicales socialistas; en un tercero, algunos miembros del partido revolucionario se han evadido al campo del oportunismo y tratan de alcanzar sus objetivos, no por medio de una lucha abierta en favor de los principios y de la nueva táctica, sino valiéndose de una corrupción gradual, imperceptible y, si se puede usar esta expresión, impune de su partido; en un cuarto país, esos mismos tráfugas emplean idénticos procedimientos en las tinieblas de la esclavitud política, relacionando en forma completamente original la actividad "legal" con la "ilegal", etc. Pero ponerse a hablar de la libertad de crítica y del bernsteinianismo como de una condición para unir a los socialdemócratas *rusos*, sin analizar en qué precisamente se ha manifestado y qué frutos particulares ha dado el bernsteinianismo *ruso*, es lo mismo que hablar por hablar.

Intentemos, pues, nosotros mismos decir, aunque sea en pocas palabras, lo que no ha querido decir (o acaso ni siquiera ha sabido comprender) *R. Dielo*.

c) La crítica en Rusia

La particularidad fundamental de Rusia, en el aspecto que estamos examinando, consiste en que ya el *comienzo mismo* del movimiento obrero espontáneo, por una parte, y el viraje de la opinión pública avanzada hacia el marxismo, por otra, se han distinguido por la unión de elementos notoriamente heterogéneos, bajo una bandera común y para luchar contra un adversario común (las concepciones políticas y sociales anticuadas). Nos referimos a la luna de miel del "marxismo legal". En general, fue un fenómeno extraordinariamente original, en cuya posibilidad nadie hubiera podido creer siquiera en la década del 80 o a principios de la década siguiente del siglo pasado. En un país autocrático, con una prensa completamente sojuzgada, en una época de terrible reacción política, en que eran

perseguidos los más mínimos brotes de descontento político y de protesta, se abre de pronto camino en la literatura *visada por la censura* la teoría del marxismo revolucionario, expuesta en lenguaje esópico, pero comprensible para todos los "interesados". El gobierno se había acostumbrado a considerar peligrosa únicamente la teoría de "La Voluntad del Pueblo" (de la revolucionaria), sin que notara, como suele suceder, su evolución interna, regocijándose ante *toda crítica* dirigida contra ella. Antes de que el gobierno se diera cuenta, antes de que el pesado ejército de censores y gendarmes tuviera tiempo de dar con el nuevo enemigo y caer sobre él, pasó mucho tiempo (mucho para nosotros, los rusos). Y, mientras tanto, aparecía un libro marxista tras otro; empezaron a publicarse revistas y periódicos marxistas; todo el mundo, como por contagio, se hacía marxista; a los marxistas se les halagaba, se les lisonjeaba; los editores estaban entusiasmados por la extraordinaria rapidez con que se vendían los libros marxistas. Se sobreentiende que entre los marxistas principiantes, rodeados de esa humareda de éxito, ha habido más de un "escritor envanecido"[13]. . .

Hoy puede hablarse de ese período con calma, como del pasado. No es un secreto para nadie que el florecimiento efímero del marxismo sobre la superficie de nuestra literatura tuvo su origen en la alianza de elementos extremistas con elementos sumamente moderados. En el fondo, estos últimos eran demócratas burgueses, y esta conclusión (confirmada con evidencia por el desarrollo "crítico" posterior de esta gente) se imponía a ciertas personas ya en la época en que la "alianza" estaba aún intacta.

Pero, en este caso, ¿no corresponderá la mayor responsabilidad por la "confusión" subsiguiente precisamente a los socialdemócratas revolucionarios, que pactaron esa alianza con los futuros "críticos"? Esta pregunta, seguida de una respuesta afirmativa, se oye a veces en boca de gentes que enfocan el problema en forma demasiado rectilínea. Pero esa gente carece en absoluto de razón. Puede tener miedo a alianzas temporales, aunque sea con gente insegura, únicamente el que tenga poca confianza en sí mismo, y ningún partido político podría existir sin esas alianzas. Ahora bien, la unión con los marxistas legales fue una especie de primera alianza verdaderamente política, concertada por la socialdemocracia rusa. Gracias a esta alianza, se ha logrado el triunfo, asombrosamente rápido, sobre el populismo, así como la enorme difusión de las ideas del marxismo (si bien en forma vulgarizada). Además, la alianza no fue pactada sin "condición" alguna, ni mucho menos. Pruebas al canto: la antología marxista *Materiales sobre el desarrollo económico de Rusia* [14], quemada por la censura en 1895. Si se puede comparar con una alianza política el acuerdo literario con los marxistas legales, se puede comparar ese libro con un acuerdo político.

La ruptura no fue provocada, desde luego, por el hecho de que los "aliados" resultaron ser unos demócratas burgueses. Por el contrario, los representantes de esta última tendencia son aliados naturales y deseables de la socialdemocracia, siempre que se trate de objetivos democráticos suyos, objetivos que la situación actual de Rusia pone en primer plano. Pero es condición indispensable para esta alianza que los socialistas tengan plena posibilidad de revelar a la clase obrera el antagonismo hostil entre sus intereses y los de la burguesía. Mas el bernsteinianismo y la tendencia "crítica", hacia la cual evolucionó totalmente la mayoría de los marxistas legales, habían eliminado esta posibilidad y corrompían la conciencia socialista envileciendo el marxismo, predicando la teoría de la atenuación de las contradicciones sociales, proclamando que es absurda la idea de la revolución social y de la dictadura del proletariado, reduciendo el movimiento obrero y la lucha de clases a un tradeunionismo estrecho y a la lucha "realista" por pequeñas y graduales reformas. Era

exactamente lo mismo que si la democracia burguesa negara el derecho del socialismo a la independencia, y, por tanto, su derecho a la existencia; en la práctica, eso significaba tender a convertir el incipiente movimiento obrero en un apéndice de los liberales.

Naturalmente, en estas condiciones, la ruptura se hizo necesaria. Pero la particularidad "original" de Rusia se manifestó en que esa ruptura sólo significaba que los socialdemócratas se apartaban de la literatura "legal", más accesible para todos y ampliamente difundida. Los "ex-marxistas" se hicieron fuertes en ella, colocándose "bajo el signo de la crítica" y obteniendo casi el monopolio para "denigrar" al marxismo. Las consignas: "¡Contra la ortodoxia!" y "¡Viva la libertad de crítica!" (repetidas ahora por *R. Dielo*) se pusieron en seguida muy en boga; y que ni siquiera pudieron resistir a esa moda los censores ni los gendarmes, se ve por hechos como la aparición de tres ediciones rusas del libro del famoso (famoso a lo Eróstrato) Bernstein o la recomendación de los libros de Bernstein, del señor Prokopóvich y otros, por Subátov* (*Iskra*, núm. 10). A los socialdemócratas les incumbe ahora una tarea de por sí difícil, e increíblemente más dificultada aún debido a obstáculos puramente exteriores: la tarea de combatir la nueva corriente. Y esta corriente no se ha limitado al terreno de la literatura. El viraje hacia la "crítica" ha ido acompañado de un movimiento en sentido contrario: la propensión de los socialdemócratas prácticos por el "economismo".

Podría servir de tema para un artículo especial esta interesante cuestión: cómo ha surgido y se ha estrechado el lazo de unión e interdependencia entre la crítica legal y el economismo ilegal. A nosotros nos basta consignar aquí la existencia incuestionable de este lazo de unión. Precisamente por eso ha adquirido el famoso "Credo"* una celebridad tan merecida, por haber formulado francamente este lazo de unión y haber revelado la tendencia política fundamental del "economismo": que los obreros se encarguen de la lucha económica (más exacto sería decir: de la lucha tradeunionista, pues esta última comprende también la política específicamente obrera), y que la intelectualidad marxista se fusione con los liberales para la "lucha" política. Resulta que el trabajo tradeunionista "en el pueblo" resultó ser la realización de la primera mitad, y la crítica legal, la realización de la segunda mitad de dicha tarea. Esta declaración fue un arma tan excelente en contra del economismo, que, si no hubiese aparecido el "Credo", valía la pena haberlo inventado.

El "Credo" no fue inventado, pero sí publicado sin el asentimiento y acaso hasta en contra de la voluntad de sus autores. Al menos, el que estas líneas escribe, que participó en sacar a la luz del día el nuevo "programa"[*****] tuvo que escuchar lamentaciones y reproches por el hecho de que el resumen de los puntos de vista de los oradores hubiera sido difundido en copias, hubiera recibido el mote de "Credo" y ¡hubiera sido publicado incluso en la prensa junto con la protesta! Referimos este episodio, porque revela un rasgo muy curioso de nuestro economismo: el miedo a la publicidad. Precisamente éste es el rasgo característico no sólo de los autores del "Credo", sino del economismo en general: lo han manifestado tanto *R. Misl*, el adepto más franco y más honrado del economismo, como *R. Dielo* (al indignarse contra la publicación de documentos "economistas" en el *Vademécum*)(*****), así como el Comité de Kiev, que hace cosa de dos años no quiso autorizar la publicación de su "profession de foi"(*****) junto con la refutación(*****) escrita en contra de la misma, y muchos, muchos representantes del economismo.

Este miedo a la crítica, que manifiestan los adeptos de la libertad de crítica, no puede explicarse tan sólo por astucia (si bien de vez en cuando las cosas no ocurren, indudablemente, sin astucia; ¡no es ventajoso dejar descubiertos al empuje del adversario los brotes, débiles aún, de la nueva tendencia!). No, la mayoría de los economistas, con absoluta sinceridad, desaprueban (y, por la propia esencia del economismo, tienen que desaprobado) toda clase de controversias teóricas, disensiones fraccionalistas, amplias cuestiones políticas, proyectos de organizar a los revolucionarios, etc. "¡Deberíamos dejar todo esto en el extranjero!", me dijo un día uno de los economistas bastante consecuentes, expresando la siguiente idea, muy difundida (y también puramente tradeunionista): lo que a nosotros nos incumbe es el movimiento obrero, las organizaciones obreras que tenemos aquí, en nuestra localidad, y el resto no es más que invención de los doctrinarios, "sobrestimación de la ideología", como decían los autores de la carta publicada en el núm. 12 de *Iskra* haciendo coro al núm. 10 de *R. Dielo*.

Ahora cabe preguntar: en vista de estas particularidades de la "crítica" rusa y del bernsteinianismo ruso, ¿en qué debía consistir la tarea de los que de hecho, y no sólo de palabra, querían ser adversarios del oportunismo? Primeramente, era necesario preocuparse de que se reanudara el trabajo teórico, que apenas si se había iniciado en la época del marxismo legal y que ahora había vuelto a recaer sobre los militantes ilegales: sin un trabajo de esta índole, no era posible un incremento eficaz del movimiento. En segundo lugar, era preciso emprender una lucha activa contra la "crítica" legal, que corrompía a fondo los espíritus. Tercero, había que combatir con energía la dispersión y las vacilaciones en el movimiento práctico, denunciando y refutando toda tentativa de subestimar, consciente o inconscientemente, nuestro programa y nuestra táctica.

Es sabido que *R. Dielo* no hizo ni lo primero, ni lo segundo, ni lo tercero; y más adelante tendremos que aclarar detalladamente esta conocida verdad en sus más diversos aspectos. Por ahora, sólo queremos mostrar la flagrante contradicción en que se halla la reivindicación de "libertad de crítica" con las peculiaridades de nuestra crítica patria y del "economismo" ruso. En efecto, echen un vistazo al texto de la resolución con que la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero ha confirmado el punto de vista de *R. Dielo*:

"En beneficio del ulterior desarrollo ideológico de la socialdemocracia consideramos absolutamente necesaria la libertad de criticar la teoría socialdemócrata, en las publicaciones del partido, es el grado en que dicha crítica no esté en pugna con el carácter clasista y revolucionario de esta teoría" (*Dos congresos*, Pág. 10).

Y se exponen los motivos: la resolución "coincide en su primera parte con la resolución del Congreso de Lübeck del partido acerca de Bernstein"... ¡En su simplicidad, los "aliados" ni siquiera notan qué *testimonium paupertatis* (certificado de pobreza) se firman a sí mismos con esta manera de copiar! ... "Pero..., en su segunda parte, restringe más la libertad de crítica que el Congreso de Lübeck".

¿De modo que la resolución de la Unión está dirigida contra los bernsteinianos rusos? ¡Porque, de otro modo sería un absurdo completo referirse a Lübeck! Pero no es cierto que "restrinja la libertad de crítica de un modo estricto". En su resolución de Hannover, los alemanes rechazaron punto por punto *precisamente* las enmiendas que presentó Bernstein, y en la de Lübeck hicieron una advertencia *personal a Bernstein*, mencionando su nombre en el texto. En cambio, nuestros

imitados "libres" no hacen *la menor alusión a una sola* de las manifestaciones de la "crítica" y del "economismo" especialmente rusos; si se guarda silencio de esa forma, la mera alusión al carácter clasista y revolucionario de la teoría deja mucha más libertad para falsas interpretaciones, sobre todo si la Unión se niega a calificar de oportunismo "el llamado economismo" (*Dos congresos*, Pág. 8, punto 1). Pero esto lo decimos de pasada. Lo principal consiste en que la posición de los oportunistas frente a los socialdemócratas revolucionarios es diametralmente opuesta en Alemania y en Rusia. En Alemania, los socialdemócratas revolucionarios, como es sabido, están a favor de mantener lo que existe: el viejo programa y la vieja táctica, que todo el mundo conoce y que han sido explicados en todos sus detalles a través de la experiencia de muchos decenios. Los "críticos", en cambio, quieren introducir modificaciones; y como estos "críticos" representan una ínfima minoría, y sus aspiraciones revisionistas son muy tímidas, es fácil comprender los motivos por los cuales la mayoría se limita a rechazar lisa y llanamente las "innovaciones". En Rusia, en cambio, son los críticos y los "economistas" quienes desean mantener lo que existe: los "críticos" quieren que se siga considerándolos marxistas y que se les asegure la "libertad de crítica" que disfrutaban en todos los sentidos (pues, en el fondo, jamás han reconocido ningún vínculo de unión *con el Partido*[*****]); además, no había entre nosotros un órgano de partido reconocido por todos, que pudiera "restringir" la libertad de crítica, aunque sólo fuera por medio de un consejo); los economistas quieren que los revolucionarios reconozcan la "plenitud de derechos del movimiento en el presente" (*R. D.*, núm. 10, Pág. 25), es decir, la "legitimidad" de la existencia de lo que existe; que los "ideólogos" no traten de "desviar" el movimiento del camino "determinado por la acción recíproca entre los elementos materiales y el medio material" ("Carta" en el núm. 12 de *Iskra*); que se considere como deseable sostener la lucha "que los obreros puedan sostener en las circunstancias presentes", y, como posible, reconocieron la lucha "que libran en el momento presente" (Suplemento especial de *R. Misl* [19], Pág. 14). En cambio, a nosotros, los socialdemócratas revolucionarios, nos disgusta ese culto de la espontaneidad, es decir, de lo que existe "en el momento presente"; reclamamos que se modifique la táctica que ha prevalecido estos últimos años, declaramos que, "antes de unificarse y para unificarse es necesario empezar por deslindar los campos de un modo resuelto y definido" (del anuncio sobre la publicación de *Iskra*). En una palabra, los alemanes se conforman con lo que existe, rechazando las modificaciones; nosotros reclamamos que se modifique lo existente, rechazando el culto de ello y la conformidad con ello.

¡Precisamente esta "pequeña" diferencia es la que nuestros "libres" copiadorees de resoluciones alemanas no han notado!

d) Engels sobre la importancia de la lucha teórica

"Dogmatismo", "doctrinarismo", "fossilización del Partido, castigo inevitable por la opresión violenta del pensamiento", éstos son los enemigos contra los cuales arremeten caballerescamente en *Rab. Dielo* los campeones de la "libertad de crítica". Mucho nos place que se haya llevado al orden del día esta cuestión, y sólo propondríamos completarla con otra:

-- ¿Y quiénes serán los jueces?

Tenemos ante la vista dos anuncios de publicaciones literarias. Uno es el "programa del órgano de prensa de la Unión de los socialdemócratas rusos, *Rab. Dielo*" (pruebas de imprenta del núm. 1 de *R. D.*). El otro es un "anuncio sobre la

reanudación de las publicaciones del grupo 'Emancipación del Trabajo'. Ambos datan de 1899, cuando la "crisis del marxismo" estaba desde hacía ya mucho tiempo al orden del día. Pues bien, en vano buscaríamos en la primera de dichas obras una alusión a este fenómeno y una exposición definida de la actitud que el nuevo órgano piensa adoptar a este respecto. Ni este programa ni los suplementos al mismo, aprobados por el III Congreso de la "Unión" en 1901 (*Dos congresos*, Págs. 15-18), mencionan el trabajo teórico ni sus objetivos inmediatos en el presente. Durante todo este tiempo, la redacción de *R. Dielo* pasó por alto las cuestiones teóricas, a pesar de que apasionaban a todos los socialdemócratas del mundo entero.

Por el contrario, el otro anuncio señala ante todo que en estos últimos años se observa menos interés por la teoría, reclama con insistencia una "atención vigilante para el aspecto teórico del movimiento revolucionario del proletariado" y llama a "criticar implacablemente las tendencias bernsteinianas y otras tendencias antirrevolucionarias" en nuestro movimiento. Los números aparecidos de *Sariá* señalan cómo se ha cumplido este programa.

Vemos, pues, que las frases sonoras contra la foslización del pensamiento, etc. disimulan la despreocupación y la impotencia en el desarrollo del pensamiento teórico. El ejemplo de los socialdemócratas rusos ilustra con particular evidencia un fenómeno europeo general (consignado también hace ya mucho tiempo por los marxistas alemanes): la famosa libertad de crítica no implica la sustitución de una teoría por otra, sino la libertad de prescindir de toda teoría coherente y meditada, significa eclecticismo y falta de principios. Quien conozca, por poco que sea, el estado efectivo de nuestro movimiento verá forzosamente que la amplia difusión del marxismo ha ido acompañada de cierto rebajamiento del nivel teórico. Mucha gente, muy poco preparada e incluso sin preparación teórica alguna, se ha adherido al movimiento por su significación práctica y sus éxitos prácticos. Por este hecho, se puede juzgar qué falta de tacto manifiesta *Rab. Dielo* al lanzar con aire victorioso la sentencia de Marx: "cada paso de movimiento efectivo es más importante que una docena de programas"[20]. Repetir estas palabras en una época de dispersión teórica es exactamente lo mismo que gritar al paso de un entierro: "¡ojalá tengáis siempre algo que llevar!" Además, estas palabras de Marx han sido tomadas de su carta sobre el programa de Gotha, en la que *censura duramente* el eclecticismo admitido en la formulación de los principios: ya que hace falta unirse -- escribía Marx a los dirigentes del Partido --, pactad acuerdos para alcanzar los objetivos prácticos del movimiento pero no trafiquéis con los principios, no hagáis "concesiones" teóricas. Este era el pensamiento de Marx, ¡y he aquí que entre nosotros hay gentes que en su nombre tratan de aminorar la importancia de la teoría!

Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea en un tiempo en que a la prédica en boga del oportunismo va unido un apasionamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica. Y, para la socialdemocracia rusa, la importancia de la teoría es mayor aún, debido a tres circunstancias que se olvidan con frecuencia, a saber: primeramente, por el hecho de que nuestro Partido sólo ha empezado a formarse, sólo ha empezado a elaborar su fisonomía, y dista mucho de haber ajustado sus cuentas con las otras tendencias del pensamiento revolucionario, que amenazan con desviar el movimiento del camino justo. Por el contrario, precisamente estos últimos tiempos se han distinguido (como hace ya mucho lo predijo Axelrod a los economistas) por una reanimación de las tendencias revolucionarias no-socialdemócratas. En estas condiciones, un error, "sin importancia" a primera vista, puede causar los mas desastrosos efectos, y sólo gente miope puede encontrar

inoportunas o superfluas las discusiones fraccionales y la delimitación rigurosa de los matices. De la consolidación de tal o cual "matiz" puede depender el porvenir de la socialdemocracia rusa por años y años.

En segundo lugar, el movimiento socialdemócrata es, por su propia naturaleza, internacional. Esto no sólo significa que debemos combatir el chovinismo nacional. Esto significa también que el movimiento incipiente en un país joven, únicamente puede desarrollarse con éxito a condición de que haga suya la experiencia de otros países. Para ello, no basta conocer simplemente esta experiencia o copiar simplemente las últimas resoluciones adoptadas; para ello es necesario saber asumir una actitud crítica frente a esta experiencia y comprobarla por sí mismo. Todo aquel que se imagine el gigantesco crecimiento y ramificación del movimiento obrero contemporáneo comprenderá la reserva de fuerzas teóricas y de experiencia política (así como revolucionaria) que es necesaria para cumplir esta tarea.

En tercer lugar, tareas nacionales como las que tiene planteadas la socialdemocracia rusa no las ha tenido planteadas aún ningún otro partido socialista del mundo. Más adelante, tendremos que hablar de los deberes políticos y de organización que nos impone esta tarea de liberar a todo el pueblo del yugo de la autocracia. Por el momento, no queremos más que indicar que *sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia*. Y para hacerse una idea siquiera sea un poco concreta de lo que esto significa, que el lector recuerde a los precursores de la socialdemocracia rusa, como Hertzen, Belinski, Chernishevski y a la brillante pléyade de revolucionarios de la década del 70; que piense en la importancia universal que la literatura rusa va adquiriendo ahora; que. . . ¡pero basta también con lo indicado!

Citaremos las observaciones hechas por Engels en 1874 sobre la importancia que la teoría tiene en el movimiento socialdemócrata. Engels reconoce, *no dos formas* de la gran lucha de la socialdemocracia (la política y la económica) -- como se estilaba entre nosotros --, *sino tres, colocando a su lado también la lucha teórica*. Sus recomendaciones al movimiento obrero alemán, ya robustecido práctica y políticamente, son tan instructivas desde el punto de vista de los problemas y de las discusiones actuales, que confiamos en que el lector no lamentará que insertemos un extenso extracto del prólogo escrito para el folleto *Der Deutsche Bauernkrieg*, obra que desde hace ya mucho tiempo es una rareza bibliográfica:

"Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los obreros del resto de Europa. La primera es la de que pertenecen al pueblo más teórico de Europa y que han conservado en sí ese sentido teórico, casi completamente perdido por las clases llamadas 'cultas' de Alemania. Sin la filosofía alemana, que le ha precedido, sobre todo sin la filosofía de Hegel, jamás se habría creado el socialismo científico alemán, el único socialismo científico que ha existido. De haber carecido los obreros de sentido teórico, este socialismo científico nunca habría sido, en la medida que lo es hoy, carne de su carne y sangre de su sangre. Y lo inmenso de esta ventaja lo demuestra, por una parte, la indiferencia por toda teoría, que es una de las causas principales de que el movimiento obrero inglés avance tan lentamente, a pesar de la excelente organización de los diferentes oficios, y, por otra, lo demuestran el desconcierto y la confusión sembrados por el proudhonismo, en su forma primitiva, entre los franceses y los belgas, y, en la forma caricaturesca que le ha dado Bakunin, entre los españoles y los italianos.

La segunda ventaja consiste en que los alemanes han sido casi los últimos en incorporarse al movimiento obrero. Así como el socialismo teórico alemán jamás olvidará que se sostiene sobre los hombros de Saint-Simón, Fourier y Owen -- tres pensadores que, a pesar del carácter fantástico y de todo el utopismo de sus doctrinas, pertenecen a las mentes más grandes de todos los tiempos y se han anticipado genialmente a una infinidad de verdades cuya exactitud estamos demostrando ahora de un modo científico --, así también el movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre los hombros del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partido de su experiencia costosa, de evitar en el presente los errores que entonces no era posible evitar en la mayoría de los casos. ¿Dónde estaríamos ahora, sin el precedente de las tradeuniones inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que ha dado particularmente la Comuna de París?

Hay que hacer justicia a los obreros alemanes por haber aprovechado con rara inteligencia las ventajas de su situación. Por primera vez desde que existe el movimiento obrero, la lucha se desarrolla en forma metódica en sus tres direcciones concertadas, relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico, por decirlo así, reside precisamente la fuerza y la invencibilidad del movimiento alemán.

Esta situación ventajosa, por una parte, y, por otra, las particularidades insulares del movimiento inglés y la represión violenta del francés hacen que los obreros alemanes se encuentren ahora a la cabeza de la lucha proletaria. No es posible pronosticar cuánto tiempo les permitirán los acontecimientos ocupar este puesto de honor. Pero, mientras lo sigan ocupando, es de esperar que cumplirán como es debido las obligaciones que les impone. Para esto, tendrán que redoblar sus esfuerzos en todos los aspectos de la lucha y de la agitación. Sobre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del Partido así como la de los sindicatos. . .

. . . Si los obreros alemanes siguen avanzando de este modo, no es que marcharán al frente del movimiento —y no conviene tampoco en absoluto al movimiento que los obreros de una nación cualquiera marchen al frente del mismo—, sino que ocuparán un puesto de honor en la primera línea de combatientes y se hallarán bien pertrechados para ello, si, de pronto, duras pruebas o grandes acontecimientos reclaman de ellos mayor valor, mayor decisión y energía". [21]

Estas palabras de Engels resultaron proféticas. Algunos años más tarde, al dictarse la ley de excepción contra los socialistas, los obreros alemanes se vieron de improviso sometidos a duras pruebas. Y, en efecto, los obreros alemanes les hicieron frente bien pertrechados y supieron salir victoriosos de esas pruebas.

Al proletariado ruso le están reservadas pruebas inconmensurablemente más duras aún; tendrá que luchar contra un monstruo, en comparación con el cual la ley de excepción en un país constitucional parece un verdadero pigmeo. La historia plantea hoy ante nosotros una tarea inmediata que es la *más revolucionaria* de todas las

tareas *inmediatas* del proletariado de ningún otro país. La realización de esta tarea, la demolición del más poderoso baluarte, no ya de la reacción europea, sino también (podemos decirlo hoy) de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y tenemos el derecho de esperar que obtendremos este título de honor, que ya nuestros predecesores, los revolucionarios de la década del 70, han merecido, siempre que sepamos inspirar a nuestro movimiento, mil veces más vasto y profundo, la misma decisión abnegada y la misma energía.

NOTAS DEL CAPÍTULO I

(*)A propósito. En la historia del socialismo moderno es quizá un hecho único y, en su género, extraordinariamente consolador, que una disputa entre distintas tendencias en el seno del socialismo se haya convertido, por primera vez, de nacional en internacional. Antes, las discusiones entre lassalleanos^[1] y eisenachianos, entre guesdistas y posibilistas^[2], entre fabianos^[3] y socialdemócratas, entre partidarios de "La Voluntad del Pueblo" y socialdemócratas eran discusiones puramente nacionales, reflejaban particularidades netamente nacionales, se desarrollaban, por decirlo así, en distintos planos. Actualmente (ahora se ve ya esto bien claro), los fabianos ingleses, los ministerialistas franceses, los bernsteinianos alemanes, los críticos rusos son una sola familia; se ensalzan mutuamente, aprenden los unos de los otros y, en común, luchan contra el marxismo "dogmático". ¿Será posible que, en esta primera contienda realmente internacional con el oportunismo socialista, la socialdemocracia revolucionaria internacional se fortalezca lo suficiente, para acabar con la reacción política que desde hace ya largo tiempo impera en Europa?

^[1] Los *lassalleanos* y los *eisenachianos* constituyeron dos partidos dentro del movimiento obrero alemán en la sexta década y principios de la séptima del siglo XIX.

Los *lassalleanos* eran partidarios y seguidores de F. Lassalle. La "Unión General Obrera Alemana", fundada por Lassalle en 1863, era el núcleo fundamental de los lassalleanos. Considerando que era posible una transformación pacífica del capitalismo en socialismo con la ayuda de las asociaciones obreras apoyadas por el gobierno capitalista, los lassalleanos predicaban la sustitución de la lucha revolucionaria de la clase obrera por el derecho al sufragio universal y la pacífica actividad parlamentaria.

Marx criticó severamente a los lassalleanos, observando que "durante muchos años ellos constituyeron un obstáculo para la organización del proletariado, y por fin terminaron convirtiéndose en un simple instrumento de la policía". Marx hace una apreciación de la táctica y de los conceptos teóricos lassalleanos en sus trabajos *Critica del programa de Gotha*, *Escisión aparente en la Internacional* y en su *correspondencia con Engels*.

Los *eisenachianos* eran partidarios del marxismo y se hallaban bajo la influencia ideológica de C. Marx y F. Engels. Bajo la dirección de G. Liebnecht y A. Bebel fundaron, en el congreso de Eisenach realizado en 1869, el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania.

Estos dos partidos lucharon encarnizadamente entre sí.

En el Congreso realizado en Gotha en 1875, bajo la presión del movimiento obrero en ascenso y la intensificación de la represión del gobierno, ambos partidos se fundieron en un único Partido Obrero Socialista Alemán, en el cual los lassalleanos representaban el ala oportunista.

Lenin describe a los lassalleanos y eisenachianos en su artículo titulado "Augusto Bebel", escrito en agosto de 1913.

^[2] *Guesdistas y posibilistas*. Fueron corrientes del movimiento socialista francés surgidas en 1882, después de la escisión del Partido Obrero Francés.

Guesdistas : partidarios de J. Guesde, corriente marxista de izquierda que defendía la política revolucionaria independiente del proletariado; en 1902 los guesdistas formaron el Partido Socialista de Francia.

Posibilistas : corriente reformista pequeñoburguesa que desviaba al proletariado de los métodos revolucionarios de lucha. Los posibilistas proponían restringir la actividad de la clase obrera a los límites de lo "posible" en el sistema capitalista. En 1902, los posibilistas, conjuntamente con otros grupos reformistas, formaron el Partido Socialista Francés.

En 1905, El Partido Socialista de Francia y el Partido Socialista Francés se unificaron. Durante la guerra imperialista de 1914-1918 J. Guesde y toda la dirección del Partido Socialista Francés pasaron a la posición socialchovinista.

^[3] *Fabianos*. Miembros de la Sociedad de los Fabianos, organización reformista y oportunista inglesa, fundada en el año 1884 por un grupo de intelectuales burgueses. La sociedad tomó su nombre del jefe guerrero romano Fabio Cunctator (El Temporizador), famoso por su táctica expectante, que le hacía rehuir los combates decisivos. Los fabianos apartaban al proletariado de la lucha de clase y preconizaban la transición pacífica del capitalismo al socialismo mediante reformas menudas.

Engels expone la caracterización de los fabianos en su carta a Sorge, del 18 de enero de 1893; Lenin se refiere también a ellos en las siguientes obras: "Prólogo a la traducción rusa del libro *Cartas de J. F. Becker, J. Dietzgen, F. Engels, C. Marx y otros a F. Sorge y otros*", *Programa agrario de la socialdemocracia en la revolución rusa, El pacifismo inglés y el desapego inglés por la teoría*, y otras.

^[5] Lenin cita un fragmento traducido por él del prólogo de F. Engels a la tercera edición alemana de *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* de C. Marx. (Véase C. Marx y F. Engels, *Obras Completas*, t. XXI.)

(**) La comparación de las dos tendencias existentes en el seno del proletariado revolucionario (la revolucionaria y la oportunista) con las dos corrientes de la burguesía revolucionaria del siglo XVIII (la jacobina -- la "Montaña" -- y la girondina) fue hecha en el artículo de fondo del num. 2 de *Iskra* (febrero de 1901). El autor de dicho artículo fue Plejánov. Los kadetes, los *bessaglavtsi* [6] y los mencheviques gustan aún ahora de hablar del "jacobinismo" en la socialdemocracia rusa. Pero hoy día prefieren callar u . . . olvidar el hecho de que Plejánov lanzó por primera vez este concepto contra el ala derecha de la socialdemocracia. (*Nota de Lenin para la edición de 1907. —N. de la Red.*)

^[6] "*Bessaglavtsi* . Organizadores y colaboradores de la revista *Bes Saglavia* (*Sin título*), editada en Petersburgo en 1906 por S. N. Prokopóvich, E. D. Kuskova, V. I. Bogucharski y otros. Los *Bessaglavtsi* se declaraban abiertamente partidarios del revisionismo, apoyaban a los mencheviques y liberales, y actuaban contra la política independiente del proletariado. Lenin llamó a los *Bessaglavtsi* kadetes tipo menchevique, o sea, mencheviques tipo kadete.

^[7] D. I. Ilovaïski (1832-1920). Historiador, autor de numerosos manuales oficiales de historia, ampliamente difundidos en la escuela primaria y media de Rusia antes de la revolución. En sus manuales, este historiador presentaba los hechos históricos como derivados fundamentalmente de la voluntad y la decisión personal de los zares y de la nobleza, y explicaba el proceso histórico por medio de circunstancias secundarias y fortuitas.

(***) La ley de excepción contra los socialistas en Alemania fue promulgada por el canciller Bismarck, en 1878, con el fin de estrangular la socialdemocracia alemana. Fue derogada en 1890. (*N. de la Red.*)

(****) Cuando Engels atacó a Dühring, muchos representantes de la socialdemocracia alemana se inclinaron hacia los conceptos de éste y acusaron a Engels, incluso públicamente, en un Congreso del Partido, de aspereza, de intolerancia, de polémica impropia de camaradas, etc. Most y sus camaradas propusieron (en el Congreso de 1877) eliminar del *Vorwärts* (*Adelante -- N. de la Red.*) los artículos de Engels, por no "presentar interés para la enorme mayoría de los lectores", y Vahlteich declaró que la publicación de esos artículos había perjudicado mucho al Partido, que también Dühring había prestado servicios a la socialdemocracia: "debemos aprovecharlos a todos en interés del Partido, y si los profesores discuten, el *Vorwärts* no tiene en modo alguno por qué ser campo de tales disputas (*Vorwärts* 1877, núm. 65, 6 de junio). ¡Como veis, éste también es un ejemplo de defensa de la "libertad de crítica", y no estaría de más que meditaran sobre él nuestros críticos legales y oportunistas ilegales, que tanto gustan de referirse al ejemplo de los alemanes!

^[8] *Socialistas de cátedra*. Una de las corrientes de la economía política burguesa, surgida en Alemania en las décadas séptima y octava del siglo XIX. Los representantes de esta tendencia predicaban desde las cátedras universitarias el reformismo liberal-burgués, encubierto bajo la apariencia del socialismo. Los socialistas de cátedra sostenían que el gobierno burgués está por encima de las clases y en condiciones de conciliar las clases hostiles y de establecer gradualmente el "socialismo", teniendo en cuenta en lo posible las reivindicaciones de los trabajadores, sin afectar los intereses de los capitalistas. Los conceptos de los socialistas de cátedra fueron difundidos en Rusia por los "marxistas legales".

(*****) Hay que observar que, al tratar la cuestión del bernsteinianismo en el seno del Partido alemán, *Rabócheie Dielo* se ha limitado siempre a un mero relato de hechos, "absteniéndose" por completo de hacer su propia apreciación de los mismos. Véase, por ejemplo, el número 2-3, Pág. 66, sobre el Congreso de Stuttgart^[11]; todas las discrepancias están reducidas a cuestiones de "táctica", y sólo se hace constar que la inmensa mayoría es fiel a la anterior táctica revolucionaria. O el núm. 4-5, Pág. 55 y siguientes, que es una simple repetición de los discursos pronunciados en el Congreso de Hannóver, con la resolución de Bebel; la exposición de las concepciones de Bernstein y la crítica de las mismas quedan nuevamente aplazadas (así como en el núm., 2-3) para un "artículo especial". Lo curioso del caso es que, en la Pág. 33 del núm. 4-5, leemos: ". . . las concepciones expuestas por Bebel cuentan con una enorme mayoría en el Congreso", y un poco más adelante: ". . . David defendía las opiniones de Bernstein. . . Ante todo, trataba de demostrar que . . . Bernstein y sus amigos, a pesar de todo [¡sic!], se mantienen en el terreno de la lucha de clases". . . ¡Esto se ha escrito en diciembre de 1899, y, en septiembre de 1901 *Rabócheie Dielo* no cree ya, por lo visto, que tenga razón Bebel y repite la opinión de David como suya propia!

^[9] La *resolución de Hannóver*. Resolución sobre el problema de los "ataques a los conceptos fundamentales y a la táctica del Partido", adoptada por el Congreso de la socialdemocracia alemana realizado en Hannóver del 27 de septiembre al 2 de octubre (del 9 al 14 de octubre) de 1899. El examen de este problema y la resolución que sobre el particular se adoptara en el congreso, se fundaban en el hecho de que los oportunistas, encabezados por Bernstein, se presentaron exigiendo la revisión de la teoría marxista y el nuevo examen de la política y la táctica revolucionarias de la socialdemocracia. En la resolución adoptada por el Congreso, se rechazaron las exigencias de los revisionistas, pero no se criticaba ni se desenmascaraba al bernsteinianismo. A favor de dicha resolución votaron también los partidarios de Bernstein.

^[10] La *resolución de Lübeck*. Resolución aprobada en el Congreso de la socialdemocracia alemana que tuvo lugar en Lübeck del 9 al 15 (del 22 al 28) de septiembre de 1901. El punto central del trabajo del Congreso fue la lucha contra el revisionismo, el cual para entonces había cristalizado en el ala derecha del Partido con un programa propio y un órgano de prensa, el *Sozialistische Monatshefte* (*La revista mensual del socialismo*). El líder de los revisionistas, Bernstein, que ya mucho antes del congreso se había pronunciado por la revisión del socialismo científico, exigió en su intervención la "libertad de crítica" al marxismo. El Congreso rechazó el proyecto de resolución propuesto por los partidarios de Bernstein. En la resolución aprobada por el Congreso se hizo una abierta advertencia a Bernstein, pero no se planteó como cuestión de principio impedir que los bernsteinianos continuaran en las filas del partido obrero.

^[11] El *Congreso de Stuttgart* de la socialdemocracia alemana, realizado del 21 al 26 de septiembre (del 3 al 8 de octubre) de 1898, examinó por primera vez el problema del revisionismo en la socialdemocracia alemana. El congreso dio a conocer una declaración de Bernstein, que se hallaba ausente, en la cual éste exponía y defendía los conceptos oportunistas antes manifestados en una serie de artículos suyos. Entre los adversarios de Bernstein que asistieron al Congreso no había unidad de opinión. Algunos (Bebel y otros) se pronunciaron en favor de la lucha ideológica y de la crítica de los errores de Bernstein, pero fueron contrarios a la aplicación de medidas disciplinarias. El sector minoritario, encabezado por R. Luxemburgo, se manifestó relativamente decidido en contra del bernsteinianismo.

^[12] *Starovier* fue el seudónimo de A. N. Potresov, miembro de la redacción de *Iskra*; posteriormente llegó a ser un menchevique.

^[13] El "*escritor envanecido*," título de uno de los primeros cuentos de Máximo Gorki.

^[14] Lenin se refiere a la colección titulada *Materiales para la caracterización de nuestro desarrollo económico*, publicada en un tiraje de 2.000 ejemplares por una imprenta legal, en abril de 1895. En la colección figura el artículo de V. I. Lenin, (que firma con el seudónimo de K. Tulin) titulado "Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve (Reflejo del marxismo en la literatura burguesa)", y dirigido contra los "marxistas legales". (Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. I.)

(*****) Se trata de la *protesta de los 17* contra el "Credo". El que estas líneas escribe, participó en la redacción de la protesta (fines de 1899)[15]. La protesta fue publicada, junto con el "Credo", en el extranjero en la primavera de 1900. [Véase

V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. II. -- *N. de la Red.*] Actualmente se sabe ya, por el artículo de la señora Kuskova (publicado, creo, en la revista *Bylóe* [16]), que fue ella la autora del "Credo", y que entre los "economistas" de aquel entonces, en el extranjero, desempeñaba un papel prominente el señor Prokopóvich. (*Nota de Lenin para la edición de 1907. -- N. de la Red.*)
(*****) En *El guía* [17]. (*N. de la Red.*)

(*****) Símbolo de creencia, programa y exposiciones de la concepción del mundo [18]. (*N. de la Red.*)

(*****) Por lo que sabemos, la composición del Comité de Kiev ha sido modificada posteriormente.

[15] *La protesta de los socialdemócratas rusos* fue escrita por Lenin en el destierro, en 1899. Estaba dirigida contra el "Credo" manifiesto del grupo de los "economistas" (S. N. Prokopóvich, E. D. Kuskova y otros, que más tarde se convirtieron en kadetes). Lenin recibió el "Credo" por intermedio de su hermana A. I. Elizárova, y escribió una protesta rigurosa y acusadora.

La "Protesta" fue discutida y aceptada por unanimidad en la conferencia de 17 exilados políticos marxistas convocada por Lenin en Erma kóbskoie, aldea del distrito de Minusinsk. La colonia de exilados de Turujansk y la de Orlov (de la provincia de Viatka) se adhirieron a la "Protesta".

"La Protesta de los socialdemócratas rusos" fue enviada por Lenin al extranjero, al grupo "Emancipación del Trabajo". A comienzos de 1900 la "Protesta" fue reproducida en el libro de G. V. Plejánov *Vademécum para la redacción de Rabócheie Dielo*.

[16] *Bylóe (El Pasado)*. Revista histórica que apareció mensualmente en Petersburgo de 1906 a 1907. En 1908 la revista apareció con el nombre de *Minuvshie Godí (Tiempos Pasados)*, y fue prohibida por el gobierno zarista. En julio de 1917 se reanudó su publicación en Petrogrado, y continuó hasta 1926.

[17] *Vademécum (guía) para la redacción de Rabócheie Dielo*. Colección de materiales y documentos, con prólogo de G. V. Plejánov, que denunciaba los conceptos oportunistas de la "Unión de socialdemócratas rusos en el extranjero" y de su órgano *Rabócheie Dielo*. Esta colección fue compuesta por G. V. Plejánov y editada en el año 1900 en Ginebra, por el grupo "Emancipación del Trabajo".

[18] *Profession de foi*. Octavilla redactada a fines de 1899 que exponía los conceptos oportunistas del comité de Kiev. El contenido de la octavilla coincidía en muchos puntos con el conocido "Credo" de los "economistas". Lenin hace la crítica de este documento en su artículo "A propósito de la 'Profession de foi'". (Véase V. I. Lenin, *Obras Completas*, t. IV.)

(*****) Ya la falta de vínculos abiertos con el Partido y de tradiciones de partido constituye una diferencia tan cardinal entre Rusia y Alemania, que debería haber puesto en guardia a todo socialista sensato contra cualquier imitación ciega. Pero he aquí una muestra del punto a que ha llegado la "libertad de crítica" en Rusia. Un crítico ruso, el señor Bulgákov, hace la siguiente reprimenda al crítico austriaco Herz: "Con toda la independencia de sus conclusiones, Herz sigue, sin embargo, en

este punto (en la cooperación), por lo visto, demasiado atado por las opiniones de su Partido, y, al disentir en los detalles, no se decide a desprenderse del principio general" ("*El capitalismo y la agricultura*", t. II, Pág. 287). ¡Un súbdito de un Estado políticamente esclavizado, en el cual las 999/1000 de la población están corrompidas hasta la médula por el servilismo político y por la absoluta incomprensión del honor de partido y de los vínculos de partido, hace una reprimenda altiva a un ciudadano de un Estado constitucional por estar excesivamente "vinculado a las opiniones del Partido"! Lo único que les queda a nuestras organizaciones ilegales es ponerse a redactar resoluciones sobre la libertad de crítica . . .

[19] *Suplemento especial de Rabóchaia Misl*. Folleto editado por la redacción del periódico de los "economistas" *R. Misl*, en septiembre de 1899. En este folleto, y particularmente en el artículo "Nuestra realidad", firmado con las iniciales R. M., se expresaban abiertamente los conceptos oportunistas de los "economistas".

[20] Véase C. Marx y F. Engels, *Obras Completas*, t. XIX.

[21] Lenin cita, en traducción propia, un extracto del prefacio de Engels al trabajo *La guerra campesina en Alemania*. (Véase C. Marx y F. Engels, *Obras Completas*, t. XVIII.)

CAPITULO II

LA ESPONTANEIDAD DE LAS MASAS Y LA CONCIENCIA DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Hemos dicho que es preciso inspirar a nuestro movimiento, mucho más vasto y profundo que el de la década del 70, la misma decisión abnegada y la misma energía que en aquella época. En efecto, parece que hasta ahora nadie había puesto aún en duda que la fuerza del movimiento contemporáneo consistiese en el despertar de las masas (y, principalmente, del proletariado industrial), y su debilidad, en la falta de conciencia y de espíritu de iniciativa de los dirigentes revolucionarios.

Sin embargo, en estos últimos tiempos, se ha hecho un descubrimiento asombroso, que amenaza con trastocar todos los conceptos que dominaban hasta ahora con respecto a esta cuestión. Este descubrimiento ha sido hecho por *R. Dielo*, que, polemizando con *Iskra* y *Sariá*, no se ha limitado a objeciones particulares, sino que ha intentado reducir "el desacuerdo general" a su raíz más profunda: a la "distinta apreciación de la significación *relativa* del elemento espontáneo y del 'elemento' conscientemente 'metódico'". *Rab. Dielo* nos acusa de "*subestimar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo*" [*]. A esto contestaremos: si la polémica de *Iskra* y *Sariá* no hubiera dado ningún otro resultado que el de llevar a *R. Dielo* al descubrimiento de ese "desacuerdo general", ya sería este resultado una gran satisfacción para nosotros: hasta tal punto es significativa esta acusación, hasta tal punto ilustra claramente la esencia de las actuales discrepancias teóricas y políticas entre los socialdemócratas rusos.

Por esto es por lo que la cuestión sobre la relación entre lo consciente y lo espontáneo presenta un enorme interés general, y es preciso analizarla minuciosamente.

a) Comienzo de la marcha ascensional espontánea

En el capítulo anterior hemos consignado el apasionamiento *general* de la juventud intelectual de Rusia por la teoría del marxismo, a mediados de la última década del siglo pasado. También las huelgas obreras adquirieron por aquella época, después de la famosa guerra industrial de 1896 en Petersburgo, un carácter general. Su extensión por todo el territorio de Rusia atestiguaba claramente cuán profundo era el movimiento popular que volvía a renacer, y, al hablar del "elemento espontáneo", es natural que precisamente ese movimiento huelguístico debe ser calificado, ante todo, de espontáneo. Pero hay diferentes clases de espontaneidad. También durante la década del 70, y también en la del 60 (y aun en la primera mitad de siglo XIX) hubo en Rusia huelgas acompañadas de destrucción "espontánea" de máquinas, etc. Comparadas con esos "motines", las huelgas de la década del 90 pueden incluso llamarse "conscientes": hasta tal punto era considerable el progreso del movimiento obrero en aquel período. Eso nos demuestra que, en el fondo, el "elemento espontáneo" no es sino la *forma embrionaria* de lo consciente. Y los motines primitivos reflejaban ya un cierto despertar de lo consciente: los obreros perdían la fe tradicional en la inamovilidad del orden de cosas que los oprimía; empezaban. . . no diré que a comprender, pero sí a sentir la necesidad de oponer resistencia colectiva y rompían decididamente con la sumisión servil a las autoridades. Pero esto, sin embargo, más que *lucha*, era una expresión de desesperación y de venganza. En las huelgas de la

última década del siglo pasado, vemos muchos más destellos de conciencia: se formulan reivindicaciones determinadas, se calcula de antemano el momento más conveniente, se discuten los casos y ejemplos conocidos de otros lugares, etc. Si los motines eran simplemente levantamientos de gente oprimida, las huelgas sistemáticas representaban ya embriones de lucha de clases, pero precisamente nada más que embriones. En sí, esas huelgas eran lucha tradeunionista, no eran aún lucha socialdemócrata; señalaban el despertar del antagonismo entre los obreros y los patronos, pero los obreros no tenían, ni podían tener, la conciencia del antagonismo irreconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia socialdemócrata. En este sentido, las huelgas de la última década del siglo pasado, a pesar de que, en comparación con los "motines", representaban un enorme progreso, seguían siendo un movimiento netamente espontáneo.

Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. (**). En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa.

Exactamente del mismo modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas. Hacia la época de que tratamos, es decir, a mediados de la última década del siglo pasado, esa doctrina no sólo constituía ya un programa completamente formado del grupo "Emancipación del Trabajo", sino que incluso había llegado a conquistar a la mayoría de la juventud revolucionaria de Rusia.

De modo que existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida consciente y a la lucha consciente, como una juventud revolucionaria que, armada de la teoría socialdemócrata, tendía con todas sus fuerzas hacia los obreros. Además, importa sobre todo dejar sentado el hecho, frecuentemente olvidado (y relativamente poco conocido), de que los *primeros* socialdemócratas de ese período, *al ocuparse con ardor de la agitación económica* (y teniendo bien presente en este sentido las indicaciones realmente útiles del folleto, entonces manuscrito aún, *Sobre la agitación*), lejos de estimarla como su única tarea, por el contrario, *ya desde el comienzo* se asignaban las más amplias tareas históricas de la socialdemocracia rusa, en general, y la de derrocar a la autocracia, en particular. Así, por ejemplo, el grupo de socialdemócratas de Petersburgo, fundador de la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera", redactó, ya a fines de 1895, el primer número de un periódico, bajo el título de *Rabócheie Dielo*. Completamente preparado para la imprenta, dicho número fue recogido por los gendarmes cuando registraron el domicilio de uno de los miembros del grupo, A. A. Vanéiev[***], en una irrupción hecha en la noche del 8 de diciembre de 1895. De modo que *Rab. Dielo* del primer período no tuvo la suerte de ver la luz. El editorial de ese periódico (que quizás dentro de unos 30 años alguna revista como *Rússkaia Stariná* [22] exhumará de los archivos del departamento de policía) esbozaba las tareas históricas de la clase obrera de Rusia,

colocando en el primer plano la conquista de la libertad política. Luego seguía el artículo "¿En qué piensan nuestros ministros?", dedicado a la disolución violenta de los Comités de Primera Enseñanza por la policía, así como una serie de artículos de correspondencia, no sólo de Petersburgo, sino también de otras localidades de Rusia (por ejemplo, sobre la matanza de obreros en la provincia de Yaroslavl). Así, pues, este "primer ensayo", si no nos equivocamos, de los socialdemócratas rusos de la década del 90 no era un periódico de un carácter estrechamente local, y mucho menos "economista"; tendía a enlazar la lucha huelguística con el movimiento revolucionario contra la autocracia y atraer a todas las víctimas de la opresión política del oscurantismo reaccionario para que apoyaran a la socialdemocracia. Y todo el que conozca, por poco que sea, el estado del movimiento en aquella época no pondrá en duda que semejante periódico habría sido acogido con plena simpatía tanto por los obreros de la capital como por los intelectuales revolucionarios y habría tenido la más vasta difusión. El fracaso de esta empresa demostró únicamente que los socialdemócratas de entonces no estaban en condiciones de satisfacer las exigencias vitales del momento por falta de experiencia revolucionaria y de preparación práctica. Lo mismo cabe decir del *San Petersburgski Rabochi Listok* [23] y, sobre todo, de *Rabóchaia Gasieta* [24] y del "Manifiesto" del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, fundado en la primavera de 1898. Se sobreentiende que ni siquiera pasa por nuestra mente el imputar esta falta de preparación a los militantes de entonces. Pero, para aprovechar la experiencia del movimiento y sacar de ella enseñanzas prácticas, es necesario darse perfecta cuenta de las causas y de la significación de tal o cual defecto. Por eso, es de extrema importancia dejar sentado que una parte (acaso la mayoría) de los socialdemócratas que actuaron en el período de 1895 a 1898 consideraba posible con toda razón, ya entonces, en los albores del movimiento "espontáneo", intervenir con el más amplio programa y táctica de combate[****]. En lo que respecta a la falta de preparación de la mayoría de los revolucionarios, siendo un fenómeno completamente natural, no podía provocar ninguna aprensión particular. Desde el momento en que el planteamiento de los objetivos era justo, desde el momento en que había suficiente energía para intentar reiteradas veces lograr esos objetivos, los reveses temporales representaban una desgracia a medias. La experiencia revolucionaria y la habilidad de organización son cosas que se adquieren con el tiempo. ¡Lo único que hace falta es querer desarrollar en uno mismo las cualidades necesarias! ¡Lo único que hace falta es tener conciencia de los defectos, cosa que en la labor revolucionaria equivale a más de la mitad de la corrección de los mismos!

Pero la desgracia a medias se convirtió en una verdadera desgracia cuando esa conciencia comenzó a ofuscarse (y es de notar que era muy viva entre los militantes de los susodichos grupos), cuando aparecieron gentes, e incluso órganos socialdemócratas, dispuestos a erigir los defectos en virtudes, que hasta intentaron dotar de un fundamento *teórico a su halago servil y a su culto de la espontaneidad*. Ya es hora de hacer el balance de esta tendencia, muy inexactamente caracterizada por la palabra "economismo", término demasiado estrecho para expresar su contenido.

b) Culto de la espontaneidad. *Rabóchaia Misl*

Antes de pasar a las manifestaciones literarias de ese culto, haremos notar el siguiente hecho característico (comunicado por la fuente arriba mencionada), que arroja cierta luz sobre la forma en que surgió y creció entre los camaradas que actuaban en Petersburgo el desacuerdo entre las dos futuras tendencias de la socialdemocracia rusa. A principios de 1897, A. A. Vanéiev y algunos de sus camaradas tuvieron ocasión de tomar parte, antes de su deportación, en una reunión privada[25]

de "viejos" y "jóvenes" miembros de la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera". La conversación giró principalmente en torno a la organización, y particularmente en torno al "Estatuto de las cajas obreras" que, en su forma definitiva, fue publicado en el núm. 9-10 del *Listok Rabótnika* [26] (Pág. 46). Entre los "viejos" ("decembristas" como los llamaban en tono de chanza los socialdemócratas petersburgueses) y algunos de los "jóvenes" (que más tarde colaboraron activamente en *Rabóchaia Misl*), se puso en el acto de manifiesto una divergencia acusada y se desencadenó una acalorada polémica. Los "jóvenes" defendían los fundamentos principales del Estatuto tal como ha sido publicado. Los "viejos" decían que no era eso lo que ante todo hacía falta, sino fortalecer la "Unión de Lucha" como organización de revolucionarios, a la que debían subordinarse las distintas cajas obreras, los círculos para la propaganda entre la juventud estudiantil, etc. Se sobreentiende que los contrincantes distaban mucho de ver en esta divergencia el principio de un desacuerdo; todo lo contrario, la consideraban como algo aislado y casual. Pero este hecho prueba que, también en Rusia, el "economismo" no surgió ni se difundió sin lucha contra los "viejos" socialdemócratas (los economistas de hoy día lo olvidan con frecuencia) Y si esta lucha no ha dejado, en su mayor parte, vestigios "documentales", ello se debe *únicamente* a que la composición de los círculos que funcionaban cambiaba con inverosímil frecuencia, a que no había ninguna continuidad, razón por la cual las divergencias tampoco quedaban fijadas en documento alguno.

La aparición de *Rab. Misl* sacó el economismo a la luz del día, pero no lo hizo tampoco de golpe. Es preciso imaginarse concretamente las condiciones de trabajo y la vida efímera de los numerosos círculos rusos (y sólo puede hacerlo concretamente quien lo haya experimentado), para comprender cuánto hubo de casual en el éxito o en el fracaso de la nueva tendencia en las distintas ciudades, así como todo el tiempo en que ni los partidarios ni los adversarios de esto "nuevo" pudieron determinar, ni tuvieron literalmente ninguna posibilidad de hacerlo, si era realmente una tendencia particular o si reflejaba simplemente la falta de preparación de personas aisladas. Así, los primeros números de *Rab. Misl*, tirados en hectógrafo, no llegaron en absoluto a manos de la inmensa mayoría de los socialdemócratas, y, si ahora tenemos la posibilidad de referirnos al artículo de fondo de su primer número, es sólo gracias a su reproducción en el artículo de V. I.-n.[27] (*Listok Rabótnika*, núm. 9-10, Pág. 47 y siguientes), que, claro está, no dejó de elogiar con empeño (un empeño desatinado) el nuevo periódico, que se distinguía tan marcadamente de los periódicos y proyectos de periódicos arriba mencionados[*****]. Este artículo de fondo expresa con tanto relieve *todo el espíritu* de *Rab. Misl*, y del economismo en general, que vale la pena de examinarlo.

Después de señalar que la mano de bocamanga azul[*****] no podrá detener el desarrollo del movimiento obrero, el artículo continúa: ". . . El movimiento obrero debe esa vitalidad a que el propio obrero, por fin, toma su destino en sus propias manos, arrancándolo de las de los dirigentes", y esta tesis fundamental sigue desarrollándose más adelante en forma detallada. En realidad, los dirigentes (es decir, los socialdemócratas, organizadores de la "Unión de Lucha") fueron arrancados por la policía, puede decirse, de manos de los obreros[*****], ¡mientras que las cosas se exponen como si los obreros lucharan contra esos dirigentes y se hubieran librado de su yugo! En vez de exhortar a marchar hacia adelante, a consolidar la organización revolucionaria y extender la actividad política, comenzaron a incitar a volver *atrás*, hacia la lucha exclusivamente tradeunionista. Se proclamó que "la base económica del movimiento es velada por la aspiración constante de no olvidar el ideal político", que el lema del movimiento obrero debe ser: "lucha por la situación económica" (!), o, mejor aun, "los obreros, para los obreros"; se declaró que las cajas de ayuda en las huelgas

"valen más para el movimiento que un centenar de otras organizaciones" (que se compare esta afirmación, de octubre de 1897, con la discusión entre los "decembristas" y los jóvenes a principios de 1897), etc. Frases como éstas, de que en el primer plano no es preciso colocar la "flor y nata" de los obreros, sino al obrero "medio", al obrero de la masa, que la "política sigue siempre dócilmente a la economía" [*****], etc., etc., se pusieron de moda, adquiriendo una influencia irresistible sobre la masa de la juventud enrolada en el movimiento, juventud que en la mayoría de los casos no conocía más que fragmentos del marxismo en su exposición legal.

Esto era someter por completo la conciencia a la espontaneidad, a la espontaneidad de aquellos "socialdemócratas" que repetían las "ideas" del señor V. V.; a la espontaneidad de aquellos obreros que se dejaban arrastrar por el argumento de que obtener un aumento de un kopek por rublo valía mucho más que todo socialismo y que toda política; de que "debían luchar, sabiendo que lo hacían no para imprecisas generaciones futuras, sino para ellos mismos y para sus propios hijos" (editorial del núm. 1 de *R. Misl*). Frases de esta índole constituyeron siempre el arma favorita de los burgueses de Europa occidental que, en su odio al socialismo, trabajaban (al estilo del "social-político" alemán Hirsch) para trasplantar el tradeunionismo inglés a su suelo patrio, diciendo a los obreros que la lucha exclusivamente sindical [*****] es una lucha para ellos mismos y para sus hijos, y no para imprecisas generaciones futuras con un impreciso socialismo futuro. Y, ahora, "Los V. V. de la socialdemocracia rusa" se han puesto a repetir esa fraseología burguesa. Nos importa consignar aquí tres circunstancias que nos serán de gran utilidad para seguir examinando las divergencias actuales [*****].

En primer lugar, el sometimiento de la conciencia por la espontaneidad, arriba indicado, se produjo también *por vía espontánea*. Parece un juego de palabras, pero, desgraciadamente, es una amarga verdad. No se produjo este hecho por una lucha abierta entre dos concepciones diametralmente opuestas y por el triunfo de la una sobre la otra, sino debido a que los gendarmes "arrancaban" un número cada vez mayor de revolucionarios "viejos" y a que, en número cada vez mayor, aparecían en escena los "jóvenes" "V. V. de la socialdemocracia rusa". Todo aquel que, si no ha participado en el movimiento ruso *contemporáneo*, por lo menos ha respirado sus aires, sabe perfectamente que la situación es como la acabamos de describir. Y si, no obstante, insistimos particularmente para que el lector se percate por completo de este hecho notorio, si, para mayor evidencia, por decirlo así, insertamos datos sobre *Rabócheie Dielo* del primer período y sobre las discusiones entre los "viejos" y los "jóvenes", suscitadas a principios de 1897, es porque gentes que presumen de "democratismo" especulan con el hecho de que el gran público (o los muy jóvenes) ignora esto. Aun insistiremos sobre este punto más adelante.

En segundo lugar, ya en la primera manifestación literaria del economismo podemos observar un fenómeno, sumamente peculiar y extremadamente característico, para comprender todas las divergencias en el seno de los socialdemócratas contemporáneos, fenómeno consistente en que los partidarios del "movimiento puramente obrero", los admiradores del contacto más estrecho y más "orgánico" (expresión de *Rab. Dielo*) con la lucha proletaria, los adversarios de todos los intelectuales no obreros (aunque sean intelectuales socialistas) se ven obligados a recurrir, en defensa de su posición, a los argumentos de los "tradeunionistas puros" burgueses. Esto nos prueba que *R. Misl*, desde su aparición -- sin darse cuenta de ello --, había comenzado a realizar el programa del "Credo". Esto prueba (cosa que *R. Dielo* no puede comprender de ningún modo) que todo lo que sea prosternarse ante la

espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea rebajar el papel del "elemento consciente", el papel de la socialdemocracia, equivale -- en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace -- a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros. Todo el que hable de "sobrestimación de la ideología"[*11], de exageración del papel del elemento consciente[*12], etc., se imagina que el movimiento obrero puro puede de por sí elaborar y elaborará una ideología independiente, tan pronto como los obreros "arranquen su suerte de manos de los dirigentes". Pero esto es un craso error. Para completar lo que acabamos de exponer arriba, añadiremos las siguientes palabras, profundamente justas e importantes, que C. Kautsky dijo con motivo del proyecto de nuevo programa del Partido Socialdemócrata austriaco[*13]:

"Algunos de nuestros críticos revisionistas creen que Marx ha afirmado que el desarrollo económico y la lucha de clases no solo crean las condiciones para la producción socialista, sino que también engendran directamente la *conciencia* [subrayado por C. K.] de su necesidad. Y he aquí que esos críticos replican que Inglaterra, el país de más alto desarrollo capitalista, es más ajeno que ningún otro país moderno a esta conciencia. A juzgar por el nuevo proyecto, se podría creer que esta sedicente concepción marxista ortodoxa, refutada del modo indicado, es compartida también por la comisión que redactó el programa austriaco. El proyecto dice: 'Cuanto más aumenta el proletariado con el desarrollo del capitalismo, tanto más obligado se ve aquél a emprender la lucha contra el capitalismo y tanto más capacitado está para emprenderla. El proletariado llega a adquirir la conciencia' de la posibilidad y de la necesidad del socialismo. En este orden de ideas, la conciencia socialista aparece como el resultado necesario y directo de la lucha de clases del proletariado. Pero esto es completamente erróneo. Por cierto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clases del proletariado, y, lo mismo que ésta, se deriva aquél de la lucha contra la miseria y la pobreza de las masas, miseria y pobreza que el capitalismo engendra; pero el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y no se deriva el uno de la otra; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de un profundo conocimiento científico. En efecto, la ciencia económica contemporánea constituye una condición de la producción socialista lo mismo que, pongamos por caso, la técnica moderna, y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pero no es el proletariado el portador de la ciencia, sino la *intelectualidad burguesa* [subrayado por C. K.]: es del cerebro de algunos miembros aislados de esta capa de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos los que lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clases del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera [*von Aussen Hineingetragen*] en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente [*uruchsig*] de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfeld decía, con toda razón, que es tarea de la socialdemocracia el infundir al proletariado *la conciencia* de su situación [literalmente: llenar al proletariado de ella] y de su misión. No habría necesidad de hacerlo, si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases. El nuevo proyecto, en cambio, ha transcrito esta tesis del viejo programa y la ha añadido a la tesis arriba citada. Pero esto ha interrumpido por completo el curso del pensamiento. . ."

Ya que no puede ni hablarse de una ideología independiente, elaborada por las mismas masas obreras en el curso de su movimiento[*14], el problema se plantea *solamente así*: ideología burguesa o ideología socialista. No hay término medio (pues

la humanidad no ha elaborado ninguna "tercera" ideología; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, *todo lo que sea* rebajar la ideología socialista, *todo lo que sea alejarse* de ella equivale a fortalecer la ideología burguesa. Se habla de espontaneidad. Pero el desarrollo *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa, *marcha precisamente por el camino del programa* del "Credo", pues el movimiento obrero espontáneo es tradeunionismo, es *Nur-Gewerkschaftlerei*, y el tradeunionismo implica precisamente la esclavización ideológica de los obreros por la burguesía. Por esto es por lo que nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, consiste en combatir la espontaneidad, consiste en apartar el movimiento obrero de esta tendencia espontánea del tradeunionismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía y atraerlo hacia el ala de la socialdemocracia revolucionaria. La frase de los autores de la carta "economista", publicada en el núm. 12 de *Iskra*, de que ningún esfuerzo de los ideólogos más inspirados podrá desviar el movimiento obrero del camino determinado por la acción recíproca entre los elementos materiales y el medio material, *equivale plenamente*, por tanto, a una *renuncia al socialismo*, y si estos autores fuesen capaces de meditar lo que dicen, de meditarlo hasta su última consecuencia, valiente y lógicamente, como corresponde a toda persona que interviene en la actividad literaria y pública, no les que daría más remedio que "cruzar sobre el pecho huerdo las manos inútiles" y . . . ceder el campo de acción a los señores Struve y Prokopóvich, que arrastran el movimiento obrero "por la línea de la menor resistencia", es decir, por la línea del tradeunionismo burgués, o a los señores Subátov, que lo arrastran por la línea de la "ideología" clerical-policiaca.

Recordad el ejemplo de Alemania. ¿En qué consistió el mérito histórico de Lassalle ante el movimiento obrero alemán? En haber apartado ese movimiento del camino del tradeunionismo progresista y del cooperativismo, por el cual se encauzaba espontáneamente (*con la participación benévola de los Schulze-Delitzsch y consortes*) [*15]. Para realizar esta misión, fue necesario algo muy distinto de la charlataneria sobre la subestimación del elemento espontáneo, sobre la táctica-proceso, la acción recíproca de los elementos y del medio, etc. Para ello fue necesario desplegar *una lucha encarnizada contra la espontaneidad*, y sólo como resultado de esa lucha, que ha durado largos años, se ha logrado, por ejemplo, que la población obrera de Berlín, de sostén del partido progresista, se haya convertido en uno de los mejores baluartes de la socialdemocracia. Y esta lucha no ha terminado aún, ni mucho menos, hoy día (como podrían creer gentes que estudian la historia del movimiento obrero alemán a la manera de Prokopóvich, y su filosofía, a la manera de Struve). También en el presente, la clase obrera alemana está fraccionada, si se puede usar esta expresión, en varias ideologías: una parte de los obreros está agrupada en los sindicatos obreros católicos y monárquicos, otra en los sindicatos de Hirsch-Duncker [29], fundados por los admiradores burgueses del tradeunionismo inglés; una tercera, en los sindicatos socialdemócratas. Esta última es incomparablemente mayor que las demás, pero la ideología socialdemócrata sólo ha podido conquistar esta supremacía y sólo podrá mantenerla combatiendo porfiadamente contra todas las demás ideologías.

Pero —preguntará el lector— ¿por qué el movimiento espontáneo, el movimiento por la línea de la menor resistencia, conduce precisamente a la supremacía de la ideología burguesa? Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es mucho más antigua por su origen que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa; porque posee medios de difusión *incomparablemente* más poderosos [*16]. Y cuanto más joven es el movimiento socialista en un país, tanto más enérgica debe ser, por lo mismo, la lucha contra toda tentativa de afianzar la

ideología no-socialista, tanto más resueltamente se debe poner en guardia a los obreros contra los malos consejeros, que chillan contra "la exageración del elemento consciente", etc. Los autores de la carta de los economistas, haciendo coro a *Rab. Dielo*, atacan encarnizadamente la intolerancia, propia del período infantil del movimiento. A esto contestamos: sí, nuestro movimiento realmente se encuentra en su infancia y, para que llegue con mayor celeridad a la madurez, debe precisamente hacerse intransigente con aquellos que frenan su desarrollo, prosternándose ante la espontaneidad. ¡No hay nada más ridículo y nocivo que presumir de viejo militante que hace ya mucho tiempo pasó por todos los episodios decisivos de la lucha!

En tercer lugar, el primer número de *Rab. Misl* nos señala que la denominación de "economismo" (a la cual no tenemos, naturalmente, el propósito de renunciar, pues, de uno u otro modo, es un mote ya establecido) no expresa con suficiente exactitud la esencia de la nueva tendencia. *Rab. Misl* no repudia por completo la lucha política: en los estatutos de las cajas, publicados en su primer número, se habla de la lucha contra el gobierno. Pero *Rabóchaia Misl* supone únicamente que "la política sigue siempre dócilmente a la economía" (en tanto que *Rabócheie Dielo* varía esta tesis, asegurando en su programa que "en Rusia, más que en ningún otro país, la lucha económica está *indisolublemente ligada* a la lucha política"). Estas tesis de *Rabóchaia Misl* y de *Rabócheie Dielo* son completamente falsas, *si entendemos por política la política socialdemócrata*. Muy frecuentemente la lucha económica de los obreros está ligada (si bien no de modo inseparable) a la política burguesa, clerical, etc., como ya hemos visto. Las tesis de *Rab. Dielo* son justas, si entendemos por política la política tradeunionista, es decir, la aspiración común a todos los obreros de conseguir del Estado tales o cuales medidas, cuyo fin es el de remediar los males propios de su situación, pero que todavía no acaban con esa situación, es decir, no suprimen el sometimiento del trabajo al capital. Esta aspiración es realmente común, tanto a los tradeunionistas ingleses, que mantienen una actitud hostil frente al socialismo, como a los obreros católicos, a los obreros "de Subátov", etc. Hay diferentes clases de política. Vemos, pues, que *Rab. Misl*, también en lo que a la lucha política se refiere, más que repudiarla se prosterna ante su *espontaneidad*, ante su falta de conciencia. Al reconocer plenamente la lucha política derivada en forma espontánea del propio movimiento obrero (o más exactamente: los anhelos y las reivindicaciones políticas de los obreros), renuncia por completo a *elaborar independientemente una política socialdemócrata* específica, que corresponda a los objetivos generales del socialismo y a las condiciones actuales de Rusia. Más adelante, demostraremos que *Rab. Dielo* incurre en el mismo error.

c) El "Grupo de autoemancipación" y *Rabócheie Dielo*

Hemos examinado tan detalladamente el editorial, poco conocido y casi olvidado en el presente, del primer número de *Rab. Misl*, porque expresó, mucho antes y con mayor relieve que nadie esta corriente general, que luego había de aparecer a la luz del día por pequeños y numerosos arroyuelos. V. I.-n tenía plena razón cuando, ponderando el primer número y el editorial de *Rab. Misl*, dijo que había sido escrito "enérgicamente", "con brío" (*Listok Rebótnika*, núm. 9-10, Pág. 49). Toda persona de convicciones firmes que piensa que da algo nuevo escribe "con brío" y escribe de manera que destaca con relieve sus puntos de vista. Sólo quienes están acostumbrados a nadar entre dos aguas carecen de todo "brío"; únicamente la gente de esta índole es capaz, después de haber elogiado ayer los bríos de *Rab. Misl*, de atacar hoy a los adversarios de *Rab. Misl* por sus "bríos polémicos".

Sin detenernos en el "Suplemento especial de *Rab. Misl* " (más adelante tendremos, por distintos motivos, que referirnos a esta obra, que expresa del modo más consecuente las ideas de los economistas), por ahora consignaremos tan sólo brevemente "el llamamiento del 'Grupo de autoemancipación de los obreros'" (marzo de 1899, reproducido en *Nakanunie* [30] de Londres, número 7, junio de 1899). Los autores de este llamamiento dicen con toda razón que "la Rusia obrera *no ha hecho más que empezar a despertar*, a mirar en torno suyo y *se aferra instintivamente a los primeros medios de lucha que encuentra al alcance de su mano*", pero deducen de esto la misma conclusión falsa que *R. Misl*, olvidando que lo instintivo es justamente lo inconsciente (lo espontáneo), en cuya ayuda deben acudir los socialistas; que los primeros medios de lucha "que encuentra al alcance de su mano" siempre serán, en la sociedad moderna, medios de lucha tradeunionistas, y que la primera ideología "que encuentra al alcance de su mano" será la ideología burguesa (tradeunionista). Tampoco "niegan" esos autores la política, sino que, siguiendo a V. V., solamente (¡solamente!) dicen que la política es una superestructura, y que, por esto, "la agitación política debe ser una superestructura de la agitación en favor de la lucha económica, debe surgir sobre el terreno de esta lucha y seguir tras ella".

En cuanto a *R. Dielo*, comenzó su actividad directamente por la "defensa" de los economistas. Después de haber *afirmado falsamente*, en su primer número (núm. 1, Págs. 141-142), que "ignoraba a qué camaradas jóvenes se había referido Axelrod" cuando en su conocido folleto(*17) dirigía una advertencia a los economistas, *R. Dielo* tuvo que reconocer, en la polémica con Axelrod y Plejánov, suscitada a propósito de esa falsedad, que, "fingiendo no saber de quién se trataba, quiso *defender* a todos los emigrados socialdemócratas más jóvenes contra esa acusación injusta" (Axelrod acusaba a los economistas de estrechez de miras). En realidad, esa acusación era completamente justa, y *R. Dielo* sabía perfectamente que aludía, entre otros, a V. I.-n., miembro de su redacción. Señalaré, de paso, que en la polémica mencionada Axelrod tenía completa razón y que *R. Dielo* estaba enteramente equivocado en la interpretación de mi folleto Las tareas de los socialdemócratas rusos. Este folleto fue escrito en 1897, antes de la aparición de *Rab. Misl*, cuando yo consideraba, con toda razón, que la tendencia primitiva de la "Unión de Lucha" de San Petersburgo, que he definido más arriba, era la predominante. Y, al menos hasta mediados de 189-8, esa tendencia era real mente la que preponderaba. Por eso *R. Dielo* no tenía ningún derecho a referirse, para refutar la existencia y el peligro del economismo, a un folleto que exponía concepciones desplazadas en San Petersburgo en 1897-98 por la concepción "economista"(*18).

Pero *R. Dielo* no sólo "defendía" a los economistas, sino que él mismo caía continuamente en sus aberraciones principales. Esto se debía al modo ambiguo de interpretar la siguiente tesis de su programa: "El *movimiento obrero de masas* (subrayado por *R. D.*) que ha surgido en estos últimos años constituye, a nuestro juicio, un fenómeno de la mayor importancia de la vida rusa, llamado principalmente a *determinar las tareas* [subrayado por mi] y el carácter de la actividad literaria de la Unión". No puede ponerse en duda que el movimiento de masas es un fenómeno de la mayor importancia. Pero la cuestión estriba en el modo de interpretar "la determinación de las tareas" por este movimiento de masas. Puede interpretársela de dos maneras: o bien en el sentido del culto de la espontaneidad de ese movimiento, es decir, reduciendo el papel de la socialdemocracia al de simple seguidor del movimiento obrero como tal (así la conciben *Rab. Misl*, el "Grupo de autoemancipación" y los demás economistas), o bien en el sentido de que el movimiento de masas plantea ante nosotros *nuevas* tareas, teóricas, políticas y de organización, mucho más complejas que las tareas con que podíamos contentarnos en el período que precedió a la

aparición del movimiento de masas. *Rab. Dielo* tendía y tiende a concebirla precisamente en el primer sentido, porque no ha dicho nada concreto acerca de las nuevas tareas, antes bien ha razonado todo el tiempo justamente como si este "movimiento de masas" nos eximiera de la necesidad de concebir con claridad y resolver las tareas que éste plantea. Baste recordar el hecho de que *R. Dielo* consideraba imposible plantear ante el movimiento obrero de masas como *primera* tarea el derrocamiento de la autocracia, rebajando esta tarea (en nombre del movimiento de masas) a la tarea de la lucha por reivindicaciones políticas inmediatas (*Respuesta*, Pág. 25).

Dejando a un lado el artículo "La lucha económica y política en el movimiento ruso", publicado por B. Krichevski, director de *Rab. Dielo*, en el núm. 7, en el que repite esos mismos errores (*19), pasaremos directamente al núm. 10 de *R. Dielo*. Naturalmente, no nos detendremos a analizar objeciones aisladas de B. Krichevski y Martínov contra *Sariá* e *Iskra*. Lo que nos interesa aquí es únicamente la posición de principios que *Rabócheie Dielo* ha adoptado en su núm. 10. No nos detendremos, por ejemplo, a examinar el caso curioso de que *R. Dielo* vea una "contradicción flagrante" entre la tesis:

"La socialdemocracia no se ata las manos, no restringe sus actividades por un plan o un procedimiento cualesquiera de lucha política fijados de antemano: admite todos los medios de lucha, con tal de que correspondan a las fuerzas efectivas del Partido", etc. (núm., 1 de *Iskra*).

y la tesis:

"Si no existe una organización fuerte, iniciada en la lucha política en cualquier condición y cualquier período, no se puede ni hablar de un plan sistemático de actividad, basado en principios firmes y aplicado inflexiblemente, único plan que merece el nombre de táctica" (núm. 4 de *Iskra*).

Confundir la admisión *en principio* de todos los medios de lucha, de todos los planes y procedimientos, con tal de que sean convenientes, con la exigencia de guiarse *en un momento político determinado* por un plan inflexiblemente aplicado, cuando se quiera hablar de táctica, equivale a confundir el hecho de que la medicina reconozca todos los sistemas terapéuticos con la exigencia de que en el tratamiento de una enfermedad determinada se siga un sistema determinado. Pero de lo que se trata, precisamente, es de que *Rab. Dielo*, que padece una enfermedad que hemos llamado culto de la espontaneidad, no quiere reconocer ningún "sistema terapéutico" para curar *esta* enfermedad. Por eso, ha hecho el notable descubrimiento de que la "táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" (núm. 10, Pág. 18), que la táctica es "*un proceso de crecimiento de las tareas del Partido, que crecen junto con éste* " (Pág. 11; subrayado por *R. D.*). Esta última sentencia tiene todas las probabilidades de hacerse célebre, de convertirse en el monumento imperecedero de la "tendencia" de *Rab. Dielo*. A la pregunta "*¿A dónde ir?* ", este órgano dirigente responde: El movimiento es un proceso de cambio de distancia entre el punto de partida y los puntos siguientes del movimiento. Este pensamiento de incomparable profundidad no sólo es curioso (si sólo fuera curioso, no valdría la pena de detenerse particularmente a analizarlo), sino que representa, además, *el programa de toda una tendencia*, a saber: el mismo programa que *R. M.* expresó (en su "Suplemento especial" de *Rabóchaia Misl*) en los términos siguientes: es deseable la lucha que es posible y es posible la lucha que se libra en un momento dado. Esta es precisamente la

tendencia del oportunismo ilimitado, que se adapta en forma pasiva a la espontaneidad.

"¡La táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo!" Pero ¡si esto es una calumnia contra el marxismo, esto equivale a convertirlo en la caricatura que los populistas nos oponían en su guerra contra nosotros! Esto es justamente rebajar la iniciativa y la energía de los militantes conscientes, mientras que el marxismo, por el contrario, imprime un impulso gigantesco a la iniciativa y a la energía de los socialdemócratas, abriendo ante ellos las perspectivas más vastas, poniendo (si podemos expresarnos de este modo) a su disposición las potentes fuerzas de millones y millones de hombres de la clase obrera, que se alza a la lucha "espontáneamente". Toda la historia de la socialdemocracia internacional abunda en planes, que propugna ya uno ya otro jefe político, demostrando la perspicacia y la justeza de las concepciones políticas y de organización de los unos o revelando la miopía y los errores políticos de los otros. Cuando Alemania atravesó uno de los virajes históricos más grandiosos —formación del Imperio, apertura del Reichstag, concesión del sufragio universal— Liebknecht tenía un plan de la política y de la acción en general a desarrollar por la socialdemocracia, y Schweitzer tenía otro. Cuando sobre los socialistas alemanes se abatió la ley de excepción, Most y Hasselmann, dispuestos a exhortar pura y simplemente a la violencia y al terror, tenía un plan, otro tenían Höhberg, Schramm y (en parte) Bernstein, quienes se pusieron a predicar a los socialdemócratas, diciéndoles que, con su insensata violencia y revolucionismo, habían provocado esa ley y que debían ahora obtener el perdón con una conducta ejemplar; un tercer plan tenían los que venían preparando, y llevaron a cabo, la publicación de un órgano ilegal. Cuando se lanza una mirada retrospectiva, muchos años después de terminada la lucha por la elección de un camino y después de haber pronunciado la historia su veredicto sobre la conveniencia del camino elegido, no es difícil, naturalmente, manifestar profundidad de pensamiento lanzando la sentencia de que las tareas del Partido crecen juntamente con éste. Pero, en un momento de confusión(*20), cuando los "críticos" y los economistas rusos rebajan la socialdemocracia al nivel del tradeunionismo y los terroristas predicán con ardor la adopción de una "táctica-plan" que repite los viejos errores, limitarse en un momento así a unos pensamientos profundos de esta índole significa firmarse uno mismo un "certificado de pobreza". En un momento en que muchos socialdemócratas rusos padecen precisamente de falta de iniciativa y de energía, de falta de "amplitud en la propaganda, la agitación y la organización políticas", de falta de "planes" para organizar en forma más vasta la labor revolucionaria; en un momento así, decir que "la táctica-plan está en contradicción con el espíritu fundamental del marxismo" no sólo equivale a envilecer el marxismo en el sentido teórico, sino, en la práctica, a *arrastrar al Partido hacia atrás*.

"Un socialdemócrata revolucionario se propone como tarea —nos alecciona más adelante *R. Dielo*— únicamente acelerar con su trabajo consciente el desarrollo objetivo y no suprimirlo o sustituirlo por planes subjetivos. Teóricamente, *Iskra* sabe todo esto. Pero la enorme importancia que el marxismo atribuye con toda razón a la labor revolucionaria consciente le lleva, en la práctica, como resultado de su concepto doctrinario de la táctica, a *aminorar la importancia del elemento objetivo o espontáneo del desarrollo*" (Pág. 18).

Otra vez la mayor confusión teórica, digna del señor V. V. y cofradía. Pero desearíamos preguntar a nuestro filósofo: ¿en qué puede traducirse la "aminoración" del desarrollo objetivo por parte del autor de planes subjetivos? Por lo visto, en perder de vista que este desarrollo objetivo crea o afianza, hunde o debilita a estas o las otras

clases, capas, grupos, a tales o cuales naciones, grupos de naciones, etc., condicionando así una u otra agrupación política internacional de fuerzas, una u otra posición de los partidos revolucionarios, etc. Pero la falta de tal autor no consistirá entonces en aminorar el elemento espontáneo, sino en aminorar, por el contrario, el elemento *consciente*, pues lo que no tendrá será la "conciencia" para comprender acertadamente el desarrollo objetivo. Por eso, ya el solo hecho de hablar de "apreciación de la importancia *relativa*" (subrayado por *Rabócheie Dielo*) del elemento consciente y de la espontaneidad revela una falta absoluta de "conciencia". Si ciertos "elementos espontáneos de desarrollo" son en general accesibles a la conciencia humana, la apreciación errónea de los mismos equivaldrá a "aminorar el elemento consciente". Y si son inaccesibles a la conciencia, no los conocemos y no podemos hablar de ellos. ¿De qué habla, pues, B. Krichevski? Si considera erróneos los "planes subjetivos" de *Iskra* (y él los declara precisamente erróneos), debería probar precisamente qué hechos objetivos no son tenidos en cuenta por esos planes y acusar a *Iskra*, por esta razón, de *falta de conciencia*, de "aminorar el elemento consciente", usando su lenguaje. Pero si él, descontento con los planes subjetivos, no tiene más argumentos que el de invocar la "aminoración del elemento espontáneo" (!!), no hace sino demostrar con esto que: 1) teóricamente, comprende el marxismo a lo Karéiev y Mijailovski, suficientemente puestos en ridículo por Bértov[31]; 2) prácticamente, se da por satisfecho en absoluto con los "elementos espontáneos de desarrollo" que arrastraron a nuestros marxistas legales hacia el bernsteinianismo, y a nuestros socialdemócratas, hacia el economismo, y muestra una "gran indignación" contra quienes se han decidido a *desviar* a toda costa la socialdemocracia rusa del camino del desarrollo "espontáneo".

Y más adelante siguen ya cosas completamente divertidas:

"Así como los hombres, a pesar de todos los éxitos de las ciencias naturales, seguirán multiplicándose según los métodos antediluvianos, del mismo modo la aparición de un nuevo orden de cosas social, pese a todos los éxitos de las ciencias sociales y al aumento del número de los combatientes conscientes, será también en lo sucesivo, *pre eminentemente*, resultado de explosiones espontáneas" (Pág. 19).

Así como la vieja sabiduría dice: para tener hijos, ¿a quién le faltará la inteligencia? la sabiduría de los "socialistas modernos" (a lo Narciso Tuporilov)[32] dice: para participar en la aparición espontánea de un nuevo sistema social le alcanzará la inteligencia a cualquiera. Nosotros también creemos que le alcanzará la inteligencia a cualquiera. Para participar de este modo, basta *ceder* al economismo, cuando reina el economismo, y al terrorismo, cuando el terrorismo ha surgido. Así, en la primavera de este año, cuando tanta importancia tenía el prevenir contra el apasionamiento por el terrorismo, *Rabócheie Dielo* estaba perplejo ante este problema "nuevo" para él. Y seis meses más tarde, cuando la cuestión ha perdido actualidad, nos ofrece a un mismo tiempo la declaración siguiente: "Entendemos que la tarea de la socialdemocracia no puede ni debe consistir en contrarrestar el auge del espíritu terrorista" (*Rabócheie Dielo*, núm. 10, Pág. 23) y la resolución del Congreso: "El Congreso considera inoportuno el terror agresivo sistemático" (*Dos congresos*, Pág. 18). ¡Qué claridad y congruencia más no hables! No lo contrarrestamos, pero lo declaramos inoportuno; y lo declaramos de tal manera, que el terror no sistemático y defensivo no va incluido en la "resolución" ¡Hay que reconocer que semejante resolución está a cubierto de todo peligro y queda garantizada por completo contra los errores, como lo está un hombre que habla para no decir nada! Y para redactar semejante resolución, no hacía falta más que una cosa: saber seguir tras el movimiento manteniéndose *en la cola*. Cuando *Iskra* puso en ridículo a *Rabócheie Dielo*

por haber declarado que la cuestión del terror era una cuestión nueva, *Rabócheie Dielo*, enfadado, acusó a *Iskra* de "una pretensión verdaderamente increíble de imponer a la organización del Partido la solución que a los problemas de táctica había dado hacía más de 15 años un grupo de escritores emigrados" (Pág. 24). En efecto, ¡qué pretensión y qué exageración del elemento consciente: resolver de antemano los problemas en teoría, para luego convencer de la justeza de esa solución tanto a la organización, como al Partido y a las masas![*21] ¡Otra cosa es repetir lugares comunes y, sin "imponer" nada a nadie, someterse a cada "viraje", ya sea hacia el economismo, ya sea hacia el terrorismo! *Rabócheie Dielo* acusa a *Iskra* y *Sariá* de "oponer su programa al movimiento, como un espíritu que se cierne sobre un caos amorfo" (Pág. 29). Pero ¿en qué consiste el papel de la socialdemocracia sino en ser el "espíritu" que no sólo se cierne sobre el movimiento espontáneo, sino que *eleva* a este último *al nivel de "su programa"*? Pues no ha de consistir en seguir arrastrándose a la cola del movimiento, cosa que, en el mejor de los casos, sería inútil para el movimiento y, en el peor de los casos, extremadamente nocivo. Pero *Rabócheie Dielo* no sólo sigue esta "táctica proceso", sino que la erige en un principio, de modo que sería más justo llamar a esta tendencia *seguidismo*, en vez de llamarla oportunismo. Forzosamente hay que reconocer que quienes están firmemente decididos a seguir el movimiento marchando a la cola están asegurados, en absoluto y para siempre, contra el error de "aminorar el elemento espontáneo del desarrollo".

* * *

Nos hemos convencido, pues, de que el error fundamental de la "nueva tendencia" en el seno de la socialdemocracia rusa consiste en rendir culto a la espontaneidad, en no comprender que la espontaneidad de las masas exige de nos otros, socialdemócratas, una elevada conciencia. Cuanto más poderoso es el auge espontáneo de las masas, cuanto más amplio se hace el movimiento, tanto más incomparable es la rapidez con que aumenta la necesidad de una elevada conciencia, tanto en el trabajo teórico de la socialdemocracia, como en el político y en el de organización.

El movimiento ascensional espontáneo de las masas, en Rusia, ha sido (y sigue siendo) tan rápido, que la juventud socialdemócrata ha resultado poco preparada para cumplir esas gigantescas tareas. Esta falta de preparación es nuestra desgracia común, la desgracia de *todos* los socialdemócratas rusos. El auge de las masas se ha producido y se ha extendido en forma ininterrumpida y continua, y no sólo no ha cesado donde había comenzado, sino que se ha extendido a nuevas localidades y nuevas capas de la población (bajo la influencia del movimiento obrero, se ha reanimado la efervescencia entre la juventud estudiantil, entre los intelectuales en general, hasta entre los campesinos). Pero los revolucionarios han quedado *rezagados* en este movimiento ascensional, tanto en sus "teorías" como en su actividad, no han logrado crear una organización permanente que funcione sin solución de continuidad, capaz de *dirigir* todo el movimiento.

En el primer capítulo hemos hecho constar que *Rabócheie Dielo* rebaja nuestras tareas teóricas y repite "espontáneamente" el grito de moda: "libertad de crítica"; los que lo repiten no han tenido la "conciencia" suficiente para comprender que son diametralmente opuestas las posiciones de los "críticos" oportunistas y las de los revolucionarios en Alemania y en Rusia.

En los capítulos siguientes examinaremos cómo se ha manifestado el culto de la espontaneidad en el terreno de las tareas políticas, así como en la labor de organización de la socialdemocracia.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

(*) *Rabócheie Dielo*, núm. 10, septiembre de 1901, Págs. 17-18. Las cursivas son de la revista.

(**) El tradeunionismo no descarta en modo alguno toda "política", como a veces se cree. Las tradeuniones han llevado siempre a la práctica cierta agitación y lucha política (pero no socialdemócrata). En el capítulo siguiente expondremos la diferencia entre la política tradeunionista y la socialdemócrata.

(***) A. A. Vanéiev murió en 1899, en Siberia Oriental, de tuberculosis, contraída cuando se encontraba incomunicado en prisión preventiva. Por eso, hemos considerado posible publicar la información que figura en el texto, cuya autenticidad garantizamos, pues procede de gente que conocía a Vanéiev personal e íntimamente.

(****) "Al criticar la actividad de los socialdemócratas de fines de la última década del siglo pasado, *Iskra* no tiene en cuenta que entonces faltaban condiciones para todo trabajo que no fuera la lucha por pequeñas reivindicaciones", dicen los economistas en su "Carta a los órganos socialdemócratas rusos" (*Iskra*, núm. 12). Los hechos citados en el texto demuestran que esta afirmación sobre la "falta de condiciones" es *diametralmente opuesta a la verdad*. No sólo a fines, sino incluso a mediados de la década del 90, existían plenamente todas las condiciones para otro trabajo, además de la lucha por las pequeñas reivindicaciones; todas las condiciones, salvo una preparación suficiente de los dirigentes. Y he aquí que, en vez de reconocer francamente esta falta de preparación por nuestra parte, por parte de los ideólogos, de los dirigentes, los "economistas" quieren cargar toda la responsabilidad a la "falta de condiciones", a la influencia del medio material que determina el camino del cual ningún ideólogo logrará desviar el movimiento. ¿Qué es esto sino halago servil de la espontaneidad, sino enamoramiento de los "ideólogos" de sus propios defectos?

(*****) Digamos de paso que este elogio de *Rabóchaia Misl*, en noviembre de 1898, cuando el economismo, sobre todo en el extranjero, se había de finido completamente, partía del propio V. I.-n., que muy pronto formó parte del cuerpo de redactores de *Rab. Dielo*. ¡Y *Rab. Dielo* todavía continuó negando la existencia de dos tendencias en el seno de la socialdemocracia rusa, como la sigue negando en el presente!

(*****) Los gendarmes zaristas llevaban uniformes de puños azules. (*N. de la Red.*)

(*****) El siguiente hecho característico demuestra que esta comparación es justa. Cuando, después de la detención de los "decembristas", se difundió entre los obreros de la carretera de Schlisselburgo la noticia de que había ayudado a la policía el provocador N. N. Mijáilov (un dentista), relacionado con un grupo que estaba en contacto con los "decembristas" aquellos obreros se indignaron de tal modo, que decidieron matar a Mijáilov.

(*****) Del mismo editorial del primer número de *Rabóchaia Misl*. Se puede juzgar por esto acerca de cuál era la preparación teórica de esos "V. V. de la socialdemocracia rusa"[28], quienes repetían la burda trivialización del "materialismo económico", mientras que en sus publicaciones los marxistas hacían la guerra contra el

auténtico señor V. V., llamado desde hacía tiempo "maestro en asuntos reaccionarios" por ese *mismo modo* de concebir la relación entre la política y la economía.

(**********) Los alemanes incluso tienen una palabra especial: "Nur-Gewerkschaftler", con que se señala a los partidarios de la lucha "únicamente sindical".

(**********) Subrayamos *actuales* para los que se encojan farisaicamente de hombros y digan: ahora es sumamente fácil denigrar a *Rabóchaia Misl*, cuando no es más que un arcaísmo. "Mutato nomine, de te fabula narratur" (bajo otro nombre, la fábula habla de ti. -- *N. de la Red.*), contestamos nosotros a los fariseos contemporáneos, cuya completa sumisión servil a las ideas de *Rab. Misl* será *demostrada* más adelante.

(*11) Carta de los "economistas" en el núm. 12 de *Iskra*.

(*12) *Rabócheie Dielo*, núm. 10.

(*13) *Neue Zeit (Tiempos Nuevos)* 1901-1902, XX, I, núm. 3, Pág. 79. El proyecto de la comisión, de que habla Kautsky, fue aprobado por el Congreso de Viena (a fines del año pasado) en una forma algo modificada.

(*14) Esto no significa, naturalmente, que los obreros no participen en esta elaboración. Pero no participan en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo, como los Proudhon y los Weitling; en otros términos, sólo participan en el momento y en la medida en que logran, en mayor o menor grado, dominar la ciencia de su siglo y hacer avanzar esa ciencia. Y, a fin de que los obreros *lo logren con mayor frecuencia*, es necesario ocuparse lo más posible de elevar el nivel de la conciencia de los obreros en general; es necesario que los obreros no se encierren en el marco artificialmente restringido de la "*literatura para obreros*", sino que aprendan a asimilar más y más la *literatura general*. Incluso sería más justo decir, en vez de "no se encierren", "no sean encerrados", pues los obreros leen y también quieren leer todo cuanto se escribe para los intelectuales, y únicamente ciertos intelectuales (de ínfima categoría) creen que "para los obreros" basta con relatar el orden de cosas que rige en las fábricas y rumiar lo que ya se conoce desde hace mucho tiempo.

(*15) *Schlulze-Delitzsch* (1808-1883) -- Ideólogo de la pequeña burguesía alemana, que propugnaba la creación de asociaciones cooperativas, capaces, en su opinión, de garantizar la independencia económica de los artesanos y en general de los pequeños productores, así como de los obreros. (*N. de la Red.*)

(*16) Frecuentemente se oye decir: la clase obrera tiende *espontáneamente* hacia el socialismo. Esto es completamente justo en el sentido de que la teoría socialista determina, más profunda y certeramente que ninguna otra, las causas de las calamidades que sufre la clase obrera, y precisamente por eso los obreros la asimilan con tanta facilidad, *siempre que* esta teoría no retroceda ante la espontaneidad, siempre que esta teoría someta a la espontaneidad. Habitualmente, esto se sobreentiende, pero *Rab. Dielo* justamente lo olvida y lo desfigura. La clase obrera tiende de modo espontáneo hacia el socialismo, pero la ideología burguesa, la más difundida (y constantemente resucitada en las formas más diversas), se impone, no obstante, espontáneamente más que nada al obrero.

(*17) *En torno a la cuestión de las tareas actuales y de la táctica de los socialdemócratas rusos*. Ginebra, 1898. Dos cartas a *Rabóchaia Gasieta*, escritas en 1897.

(*18) Defendiéndose, *Rabócheie Dielo* completó su primera mentira ("ignoramos de qué camaradas jóvenes ha hablado P. B. Axelrod") con una segunda, al escribir en su *Respuesta* : "Desde la aparición de la crítica de 'Las tareas', han surgido o se han definido más o menos claramente entre algunos socialdemócratas rusos tendencias hacia la unilateralidad economista, que significan un paso atrás, en comparación con el estado de nuestro movimiento, esbozado en 'Las tareas'" (Pág. 9). Esto lo dice la "Respuesta", aparecida *en el año 1900*. Y el primer número de *Rabócheie Dielo* (con la crítica) apareció en abril de 1899. ¿Es que el economismo surgió sólo en 1899? No; en 1899 se oyó por primera vez la voz de protesta de los socialdemócratas rusos contra el economismo (la protesta contra el "Credo"). Pero el economismo había surgido en 1897, como lo sabe muy bien *Rabócheie Dielo*, pues *V. I.-n.*, *ya en noviembre de 1898 (Listok Rabótnika, núm. 9-10)*, se deshacía en elogios para *Rabóchaia Misl*.

(*19) La "teoría de las fases" o la teoría de los "tímidos zig-zags" en la lucha política se expone, por ejemplo, en ese artículo del modo siguiente: "Las reivindicaciones políticas, que por su carácter son comunes a toda Rusia, deben, sin embargo, durante los primeros tiempos (¡esto fue escrito en agosto de 1900!) corresponder a la experiencia adquirida por una determinada capa (¡sic!) de obreros en la lucha económica. Únicamente [!] a base de esa experiencia se puede y se debe iniciar la agitación política", etc. (Pág. 11). En la página 4, el autor, indignado por las acusaciones, a su juicio completamente infundadas, de herejía economista, exclama patéticamente: "Pero ¿qué socialdemócrata ignora que, según la doctrina de Marx y Engels, los intereses económicos de las distintas clases desempeñan un papel decisivo en la historia y que, *por tanto* (subrayado por nosotros), en particular la lucha del proletariado por sus intereses económicos debe tener una importancia primordial para su desarrollo como clase y para su lucha de liberación?" Este "por tanto" está completamente fuera de lugar. Del hecho de que los intereses económicos desempeñan un papel decisivo *no se desprende en modo alguno* la conclusión de que la lucha económica (=sindical) tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales, "decisivos" de las clases pueden ser satisfechos *únicamente* por transformaciones políticas radicales en general; en particular, el interés económico fundamental del proletariado puede ser satisfecho únicamente por medio de una revolución política que sustituya la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado. B. Krichevski repite el razonamiento de los "V. V. de la socialdemocracia rusa" (la política sigue a la economía, etc.) y de los bernsteinianos de la alemana (por ejemplo, Woltmann alegaba precisamente los mismos argumentos para probar que los obreros, antes de pensar en una revolución política, debían adquirir una "fuerza económica").

(*20) *Ein Jahr der Verwirrung (Un año de confusión)* es el título puesto por Mehring en su *Historia de la socialdemocracia alemana* al apartado en que describe los titubeos y la indecisión que los socialistas manifestaron en un principio, al elegir la "táctica-plan" que correspondía a las nuevas condiciones.

(*21) No se debe olvidar tampoco que, al resolver "en teoría" la cuestión del terror, el grupo "Emancipación del Trabajo" *resumió* la experiencia del movimiento revolucionario anterior.

[22] *Rússkcaia Stariná* (*La Antigüedad Rusa* -- Revista histórica mensual, que apareció en Petersburgo de 1870 a 1918.

[23] *San Petersburgski Rabochi Listok* (*Hoja Obrera de San Petersburgo*). Periódico ilegal, órgano de la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera" de Petersburgo. Se publicaron dos números: el núm. 1 en febrero (fechado enero) de 1897, y se imprimió a mimeógrafo en Rusia con un tiraje de 300 a 400 ejemplares, y el núm. 2 apareció en Ginebra, en septiembre de 1897.

[24] *Rabóchaia Gasieta* (*Gaceta Obrera*). Órgano ilegal del grupo socialdemócrata de Kiev. Se publicaron dos números: el núm. 1 en agosto de 1897 y el núm. 2 en diciembre (con fecha noviembre) del mismo año. El Primer Congreso del P.O.S.D.R. proclamó a *Rabóchaia Gasieta*, órgano oficial del Partido. Después del Congreso, el periódico no volvió a aparecer, pues la policía asaltó la imprenta y los miembros del Comité Central fueron detenidos.

[25] *La reunión privada* que cita Lenin se realizó en Petersburgo entre el 14 y el 17 de febrero (26 de febrero y 1^a de marzo) de 1897. Asistieron a ella V. I. Lenin, A. A. Vaniéiv, G. M. Krzhizhanovski y otros miembros de la "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera" de Petersburgo, o sea, los "viejos", puestos en libertad provisional por un término de tres días antes de ser deportados a Siberia, y los "jóvenes" que dirigían la "Unión de Lucha" después del arresto de Lenin.

[26] *Listok Rabótnika* (*Hoja del Obrero*). Fue publicado en Ginebra de 1896 a 1899 por la "Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero". Se editaron los números: los núms. del 1 al 8 fueron publicados bajo la redacción del grupo "Emancipación del Trabajo". Después del viraje de la mayoría de los miembros de la "Unión" hacia el "economismo", el grupo "Emancipación del Trabajo" se negó a continuar su redacción. Los núms. 9 y 10 fueron publicados por la nueva redacción designada por la "Unión".

[27] El artículo de V. I.-n -- el artículo de V. P. Ivanshin.

[28] V. V. -- Seudónimo de V. P. Vorontsov, uno de los ideólogos del populismo liberal de las décadas octava y novena del siglo XIX. Lenin llama "*los V. V. de la socialdemocracia rusa*" a los "economistas", que representaban la tendencia oportunista dentro de la socialdemocracia rusa.

[29] Los *sindicatos de Hirsch y Duncker* fueron fundados en 1868 por los liberales burgueses alemanes Hirsch y Duncker, quienes predicaban la "armonía entre los intereses de clase"; con esto desviaban a los obreros de su lucha revolucionaria de clase contra la burguesía y limitaban las tareas de movimiento sindical a la acción en las cajas mutuales y en las organizaciones de carácter cultural-educativo.

[30] *Nacanunie* (*La Vispera*), revista de orientación populista publicada en ruso, en Londres, desde enero de 1899 hasta febrero de 1902. Aparecieron 37 números. La revista agrupó en torno suyo a los representantes de diversos partidos pequeñoburgueses.

[31] Con el seudónimo N. Biltov, G. V. Plejánov publicara legalmente en 1895, en Petersburgo, su conocido libro *Contribución al problema del desarrollo de la concepción monista de la historia*.

^[32] Se refiere a la sátira en verso titulada "Himno del moderno socialista ruso", publicada en el núm. I de *Sariá* (abril de 1901) bajo la firma de *Narciso Tuporilov*, en la que se ridiculiza a los "economistas" y su facilidad para adaptarse al movimiento espontáneo. El autor de estos versos es I. O. Mártoy.

CAPITULO III

POLÍTICA TRADEUNIONISTA Y POLÍTICA SOCIALDEMÓCRATA

Comenzaremos una vez más haciendo un elogio de *Rabócheie Dielo*. En su número 10 publica un artículo de Martínov sobre las discrepancias con *Iskra*, titulado *Las publicaciones de denuncias y la lucha proletaria*. "No podemos limitarnos a denunciar el estado de cosas que entorpece su desarrollo (el del partido obrero). Debemos también hacernos eco de los intereses inmediatos y cotidianos del proletariado" (Pág. 63). Así formula Martínov la esencia de esas discrepancias. "*Iskra*... es de hecho el órgano de la oposición revolucionaria, que denuncia el estado de cosas reinante en nuestro país y, principalmente, el régimen político... Nosotros, en cambio, trabajamos y seguiremos trabajando por la causa obrera en estrecha conexión orgánica con la lucha proletaria" (Ibíd.). Es forzoso agradecer a Martínov esta fórmula. Adquiere un notable interés general, porque, en el fondo, no abarca sólo, ni mucho menos, nuestras discrepancias con *R. Dielo*: abarca también, en general, todas las discrepancias existentes entre nosotros y los "economistas" respecto a la lucha política. Hemos demostrado ya que los "economistas" no niegan en absoluto la "política", sino que únicamente se desvían a cada paso de la concepción socialdemócrata de la política hacia la concepción tradeunionista. De la misma manera se desvía Martínov, y por eso estaremos dispuestos a tomarlo por modelo de las aberraciones economistas en esta cuestión. Trataremos de demostrar que nadie podrá ofenderse con nosotros por esta elección: ni los autores del *Suplemento especial de "Rabóchaya Mysl"*, ni los autores del Llamamiento del Grupo de Autoemancipación, ni los autores de la carta "economista" publicada en el núm. 12 de *Iskra*.

a. La agitación política y su restricción por los economistas

Todo el mundo sabe que la lucha económica (*) de los obreros rusos alcanzó gran extensión y se consolidó a la par con la aparición de "publicaciones" de denuncias económicas (concernientes a las fábricas y los oficios). El contenido principal de las "octavillas" consistía en denunciar la situación existente en las fábricas, y entre los obreros se desencadenó pronto una verdadera pasión por estas denuncias. En cuanto los obreros vieron que los círculos socialdemócratas querían y podían proporcionarles hojas de nuevo tipo —que les decían toda la verdad sobre su vida miserable, su trabajo increíblemente penoso y su situación de parias —, comenzaron a inundarlos, por decirlo así, de cartas de las fábricas y los talleres. Estas "publicaciones, de denuncias" causaban inmensa sensación tanto en las fábricas cuyo estado de cosas fustigaban como en todas las demás a las que llegaban noticias de los hechos denunciados. Y puesto que las necesidades y las desgracias de los obreros de distintas empresas y de diferentes oficios tienen mucho de común, la "verdad sobre la vida obrera" entusiasmaba a todos. Entre los obreros más atrasados e propagó una verdadera pasión por "ser publicado", pasión noble por esta forma embrionaria de guerra contra todo el sistema social moderno, basado en el pillaje y la opresión. Y las "octavillas", en la inmensa mayoría de los casos, eran de hecho una declaración de guerra, pues la denuncia producía un efecto terriblemente excitante, movía a todos los obreros a reclamar que se pusiera fin a los escándalos más flagrantes y los disponía a defender sus reivindicaciones por medio de huelgas. Los propios fabricantes tuvieron, en fin de cuentas, que reconocer hasta tal punto la importancia de estas octavillas como declaración de guerra, que, muy a menudo, ni siquiera querían esperar a que empezase la guerra. Las denuncias, como ocurre siempre, tenían fuerza por el mero hecho de su aparición y adquirían el valor de una poderosa presión moral. Más de una

vez bastó con que apareciera una octavilla para que las reivindicaciones fuesen satisfechas total o parcialmente. En una palabra, las denuncias económicas (fabriles) han sido y son un resorte importante de la lucha económica. Y seguirán conservando esta importancia mientras exista el capitalismo, que origina necesariamente la autodefensa de los obreros. En los países europeos más adelantados se puede observar, incluso hoy, que las denuncias de escándalos en alguna "industria de oficio" de un rincón perdido o en alguna rama del trabajo a domicilio, olvidada de todas, se convierten en punto de partida para despertar la conciencia de clase, para iniciar la lucha sindical y la difusión del socialismo(**).

Durante los últimos tiempos, la inmensa mayoría de los socialdemócratas rusos han estado absorbida casi enteramente por esta labor de organización de las denuncias de los abusos cometidos en las fábricas. Basta con recordar Rab. Mysl para ver a qué extremo había llegado esa absorción y cómo se olvidaba que semejante actividad, *por sí sola*, no era aún, en el fondo, socialdemócrata, sino sólo tradeunionista. En realidad, las denuncias no se referían más que a las relaciones de los obreros *de un oficio determinado* con sus patronos respectivos, y lo único que lograban era que los vendedores de la fuerza de trabajo aprendieran a vender a mejor precio esta "mercancía" y a luchar contra los compradores en el terreno de las transacciones puramente comerciales. Estas denuncias podían convertirse (siempre que las aprovechara en cierto grado la organización de los revolucionarios) en punto de partida y elemento integrante de la actividad socialdemócrata, pero podían conducir también (y, con el culto a la espontaneidad, debían conducir) a la lucha "exclusivamente sindical" y a un movimiento obrero no socialdemócrata. La socialdemocracia dirige la lucha de la clase obrera no sólo para conseguir ventajosas condiciones de venta de la fuerza de trabajo, sino para destruir el régimen social que obliga a los desposeídos a venderse a los ricos. La socialdemocracia representa a la clase obrera en sus relaciones no sólo con un grupo determinado de patronos, sino con todas las clases de la sociedad contemporánea, con el Estado como fuerza política organizada. Se comprende, por tanto, que, lejos de poder limitarse a la lucha económica, los socialdemócratas no pueden ni admitir que la organización de denuncias económicas constituya su actividad predominante. Debemos emprender una intensa labor de educación política de la clase obrera, de desarrollo de su conciencia política. *Ahora*, después del primer embate de *Zariá e Iskra* contra el "economismo", "todos están de acuerdo" con eso (aunque algunos lo están sólo de palabra, como veremos enseguida).

Cabe preguntar: ¿en qué debe consistir la educación política? ¿Podemos limitarnos a propagar la idea de que la clase obrera es hostil a la autocracia? Está claro que no. No basta con *explicar* la opresión política de que son objeto los obreros (de la misma manera que era insuficiente *explicarles* el antagonismo entre sus intereses y los de los patronos). Hay que hacer agitación con motivo de cada hecho concreto de esa opresión (como hemos empezado a hacerla con motivo de las manifestaciones concretas de opresión económica). Y puesto que las más diversas clases de la sociedad son víctimas de *esta* opresión, puesto que se manifiesta en los más diferentes ámbitos de la vida y de la actividad sindical, cívica, personal, familiar, religiosa, científica, etc., ¿no es evidente que *incumpliríamos nuestra misión* de desarrollar la conciencia política de los obreros si no *asumiéramos* la tarea de organizar *una campaña de denuncias políticas* de la autocracia *en todos los aspectos*? Porque para hacer agitación con motivo de las manifestaciones concretas de la opresión es preciso denunciar esas manifestaciones (lo mismo que arpa hacer agitación económica era necesario denunciar los abusos cometidos en las fábricas).

Podría creerse que esto está claro. Pero aquí precisamente resulta que sólo de palabra están "todos" de acuerdo con que es necesario desarrollar la conciencia política *en todos sus aspectos*. Aquí precisamente resulta que *Rab. Dielo*, por ejemplo, lejos de asumir la tarea de organizar denuncias políticas en todos los aspectos (o comenzar su organización), se ha puesto a *arrastrar hacia atrás* también a *Iskra*, que había iniciado esa labor. Escuchen: "La lucha política de la clase obrera es sólo" (precisamente no es sólo) "la forma más desarrollada, amplia y eficaz de la lucha económica" (programa de *Rab. Dielo*: véase su número 1, Pág. 3). "En la actualidad, los socialdemócratas tienen planteada la tarea de dar a la lucha económica misma, en la medida de lo posible, un carácter político" (Martínóv en el núm. 10, Pág. 42). "La lucha económica es el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud para incorporar a las masas a la lucha política activa" (Resolución del Congreso de la Unión y "enmiendas": *Dos congresos*, Pág. 11 y 17): como ve el lector, *Rab. Dielo* está impregnado de todas estas tesis desde su aparición hasta las últimas "instrucciones a la redacción", y todas ellas expresan, evidentemente, un mismo parecer de la agitación y la lucha políticas. Analicen, pues, este parecer desde el punto de vista de la opinión, dominante entre todos los "economistas", de que la agitación política debe *seguir* a la económica. ¿Será cierto que la lucha económica es, en general(***), "el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud" para incorporar a las masas a la lucha política? Es falso por completo. Medios "que se pueden aplicar" con no menos "amplitud" para tal "incorporación" son *todas y cada una* de las manifestaciones de la opresión policiaca y de la arbitrariedad autocrática, pero en modo alguno sólo las manifestaciones ligadas a la lucha económica. ¿Por qué los jefes de los zemstvos y los castigos corporales de los campesinos, las concusiones de los funcionarios y el trato que da la policía a la "plebe" de las ciudades, la lucha con los hambrientos y la persecución de los deseos de instrucción y de saber que siente el pueblo, la exacción de tributos y la persecución de las sectas religiosas, el adiestramiento de los soldados a baquetazos y el trato cuartelero que se da a los estudiantes y los intelectuales liberales; por qué todas estas manifestaciones de opresión y miles de otras análogas, que no tienen relación directa con la lucha "económica", han de ser en general medios y motivos "que se pueden aplicar" con *menos* "amplitud" para hacer agitación política, para incorporar a las masas a la lucha política? Todo lo contrario: es indudable que, en la suma total de casos cotidianos en que el obrero (él mismo o sus allegados) está falto de derechos o sufre de la arbitrariedad y la violencia, sólo una pequeña minoría son casos de opresión policiaca en la lucha sindical. ¿Para qué *restringir* de antemano la envergadura de la agitación política y declarar que se "puede aplicar con más amplitud" *sólo uno* de los medios, al lado del cual, deben hallarse, para un socialdemócrata, otros que, hablando en general, "pueden aplicarse" con no menos "amplitud"?

En tiempos muy, muy remotos (¡hace un año!...), *Rab. Dielo* decía: "Las reivindicaciones políticas inmediatas se hacen asequibles a las masas después de una huelga o, a lo sumo, de varias huelgas", "en cuanto el gobierno emplea la policía y la gendarmería" (núm. 7, Pág. 15 de agosto de 1900). Ahora, esta teoría oportunista de las fases ha sido ya rechazada por la Unión, la cual nos hace una concesión al declarar que "no hay ninguna necesidad de desarrollar desde el comienzo mismo la agitación política exclusivamente sobre el terreno económico" (*Dos congresos*, Pág. 11). ¡Por este solo hecho el futuro historiador de la socialdemocracia rusa verá mejor que por los más largos razonamientos hasta qué punto han envilecido el socialismo nuestros "economistas"! Pero ¡qué ingenuidad la de la Unión imaginarse que, a cambio de esta renuncia a una forma de restricción de la política, podía llevarse a aceptar otra forma de restricción! ¿No hubiera sido más lógico decir, también en este caso, que se debe desarrollar con la mayor amplitud posible la lucha económica, que es preciso

utilizarla siempre para la agitación política, pero que "no hay ninguna necesidad" de ver en la lucha económica el medio que se puede aplicar con *más* amplitud para incorporar a las masas a la lucha política activa?

La Unión atribuye importancia al hecho de haber sustituido con las palabras "el medio que se puede aplicar con la mayor amplitud" la expresión "el mejor medio", que figura en la resolución correspondiente del IV Congreso de la Unión Obrera Hebrea (Bund). Nos veríamos, efectivamente, en un aprieto si tuviésemos que decir cuál de estas dos resoluciones es mejor: a nuestro juicio, *las dos son peores*. Tanto la Unión como el Bund se desvían en este caso (en parte, quizá, hasta inconscientemente, bajo la influencia de la tradición) hacia una interpretación economista, tradeunionista, de la política. En el fondo, las cosas no cambian en nada con que esta interpretación se haga empleando la palabreja "el mejor" o la expresión, "el que se puede aplicar con la mayor amplitud". Si la Unión dijera que "la agitación política sobre el terreno económico" es el medio aplicado con la mayor amplitud (y no "aplicable"), tendría razón respecto a acierto período de desarrollo de nuestro movimiento socialdemócrata. Tendría razón precisamente respecto a los "economistas", respecto a muchos militantes prácticos (si no a la mayoría de ellos) de 1898 a 1901, pues esos prácticos-"economistas" *aplicaron*, en efecto, la agitación política (¡en el grado en que, en general, la aplicaban!) *casi exclusivamente en el terreno económico*. ¡Semejante agitación política era aceptada y hasta recomendada, como hemos visto, tanto por *Rab. Mysl* como por el Grupo de Autoemancipación! *Rab. Dielo* debería haber *condenado resueltamente* el hecho de que la obra útil de la agitación económica fuera acompañada de una restricción nociva de la lucha política; pero, en vez de hacer eso, declara que ¡el medio más aplicado (por los "economistas") es el medio más aplicable! No es de extrañar que estos hombres, cuando los tildamos de "economistas", no encuentren otra salida que ponernos de vuelta y media, llamándonos "embaucadores", "desorganizadores", "nuncios del Papa" y "calumniadores"(****); no encuentren otra salida que llorar ante todo el mundo, diciendo que les hemos inferido una atroz afrenta, y declarar casi bajo juramento que "ni una sola organización socialdemócrata peca hoy de "economismo"(*****). ¡Ah, esos calumniadores, esos malignos políticos! ¿No habrán inventado adrede todo el "economismo" para inferir a la gente, por simple odio a la humanidad, atroces afrentas?

¿Qué sentido concreto, real, tiene en labios de Martínov plantear ante la socialdemocracia la tarea de "dar a la lucha económica misma un carácter político"? La lucha económica es una lucha colectiva de los obreros contra los patronos por conseguir ventajosas condiciones de *venta de la fuerza del trabajo*, por mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los obreros. Esta lucha es, por necesidad, una lucha sindical, porque las condiciones de trabajo son muy diferentes en los distintos oficios y, en consecuencia, la lucha orientada a *mejorar* estas condiciones tiene que sostenerse forzosamente por oficios (por los sindicatos de Occidente, por asociaciones sindicales de carácter provisional y por medio de octavillas en Rusia, etc.). Dar a la "lucha económica misma un carácter político" significa, pues, conquistar esas reivindicaciones profesionales, ese mejoramiento de las condiciones de trabajo en los oficios son "medidas legislativas y administrativas" (como se expresa Martínov en la página siguiente, 43, de su artículo). Y eso es precisamente lo que hacen y han hecho siempre todos los sindicatos obreros. Repasen la obra de los esposos Webb, serios eruditos (y "serios" oportunistas), y verán que los sindicatos obreros ingleses han comprendido y cumplen desde hace ya mucho la tarea de "dar a la lucha económica misma un carácter político"; luchan desde hace mucho por el derecho de huelga, por la supresión de todos los obstáculos jurídicos que se oponen al movimiento cooperativista

y sindical, por la promulgación de leyes de protección de la mujer y del niño, por el mejoramiento de las condiciones de trabajo mediante una legislación sanitaria y fabril, etc.

¡Así pues, tras la pomposa frase de "dar a la lucha económica *misma* un carácter político", que suena con "terribles" hondura de pensamiento y espíritu revolucionario, se oculta, en realidad, la tendencia tradicional a *rebajar* la política socialdemócrata al nivel de política tradeunionista! So pretexto de rectificar la unilateralidad de *Iskra*, que considera más importante –fijense en esto – "revolucionar el dogma que revolucionar la vida"(*****), nos ofrecen como algo nuevo la *lucha por reformas económicas*. En efecto, el único contenido, absolutamente el único, de la frase "dar a la lucha económica misma un carácter político" es la lucha por reformas económicas. Y el mismo Martínov habría podido llegar a esta simple conclusión si hubiese profundizado como es debido en la significación de sus propias palabras. "Nuestro partido –dice, enfilando su artillería más pesada contra *Iskra* – podría y debería presentar al gobierno reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas contra la explotación económica, contra el desempleo, contra el hambre, etc." (*R. D.*, núm. 10, Pág. 42-43). Reivindicar medidas concretas, ¿no es, acaso, reclamar reformas sociales? Y preguntamos una vez más a los lectores imparciales: ¿calumniamos a los *rabochediéltsi*(*****) (¡que me perdonen esta palabreja poco feliz hoy en boga!) al calificarlos de bernsteinianos velados cuando presentan, como *discrepancia* suya con *Iskra*, la tesis de que es necesaria la lucha por reformas económicas?

La socialdemocracia revolucionaria siempre ha incluido e incluye en sus actividades la lucha por las reformas. Pero no utiliza la agitación "económica" exclusivamente para reclamar del gobierno toda clase de medidas: la utiliza también (y en primer término) para exigir que deje de ser un gobierno autocrático. Además, considera su deber presentar al gobierno esta exigencia *no sólo* en el terreno de la lucha económica, sino asimismo en el terreno de todas las manifestaciones en general de la vida sociopolítica. En una palabra, subordina la lucha por las reformas como la parte al todo, a la lucha revolucionaria por la libertad y el socialismo. En cambio, Martínov resucita en una forma distinta la teoría de las fases, tratando de prescribir infaliblemente la vía económica, por decirlo así, del desarrollo de la lucha política. Al propugnar en un momento de efervescencia revolucionaria que la lucha por reformas es una "tarea" especial, arrastra al partido hacia atrás y hace el juego al oportunismo "economista" y liberal.

Prosigamos. Después de ocultar púdicamente la lucha por las reformas tras la pomposa tesis de "dar a la lucha económica misma un carácter político", Martínov presenta como algo especial *únicamente las reformas económicas* (e incluso sólo las reformas fabriles). Ignoramos por qué lo ha hecho. ¿Quizá por descuido? Pero si hubiera tenido en cuenta no sólo las reformas "fabriles", perdería todo sentido la tesis entera suya que acabamos de exponer. ¿Tal vez porque estima posible y probable que el gobierno haga "concesiones" únicamente en el terreno económico?(*****) De ser así, resultaría un error extraño. Las concesiones son posibles, y se hacen a veces también en el ámbito de la legislación sobre castigos corporales, pasaportes, pagos de rescate, sectas religiosas, censura, etc., etc. Las concesiones "económicas" (o pseudoconcesiones), son sin duda, las más baratas y las más ventajosas para el gobierno, pues espera ganarse con ellas la confianza de las masas obreras. Mas por eso mismo nosotros, los socialdemócratas, *en modo alguno debemos* dar lugar, ni absolutamente con nada, a la opinión (o a la equivocación) de que apreciamos más las reformas económicas, de que les concedemos una importancia singular, etc. "Estas

reivindicaciones –dice Martínov, refiriéndose a las reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas formuladas por él antes –no serían palabras vanas, puesto que, al prometer ciertos resultados palpables podrían ser apoyadas activamente por la masa obrera"... No somos "economistas", ¡oh, no! ¡Únicamente nos humillamos a los pies de la "palpabilidad" de resultados concretos con tanto servilismo como lo hacen los señores Bernstein, Prokopóvich, Struve, R. M. y *tutti quanti*! ¡Únicamente damos a entender (con Narciso Tuporílov) que cuanto no "promete resultados palpables" son "palabras vanas"! ¡No hacemos sino expresarnos como si la masa obrera fuera incapaz (y no hubiese demostrado su capacidad, pese a los que le imputan su propio filisteísmo) de apoyar activamente toda protesta contra la autocracia, incluso *la que no le promete absolutamente ningún resultado palpable!*

Tomemos aunque sólo sean los mismos ejemplos citados por el propio Martínov acerca de las "medidas" contra el desempleo y el hambre. Mientras *Rab. Dielo* se ocupa, según promete, de estudiar y elabora "reivindicaciones concretas (¿en forma de proyectos de ley?) de medidas legislativas y administrativas" que "prometan resultados palpables", *Iskra*, "que considera siempre más importante revolucionar el dogma que revolucionar la vida", ha tratado de explicar el nexo indisoluble que une el desempleo con todo el régimen capitalista, advirtiendo que "el hambre es inminente", denunciando "la lucha de la policía contra los hambrientos", así como el indignante *Reglamento provisional de trabajos forzados*, y *Zariá* ha publicado en separata como folleto de agitación, la parte de su *Crónica de la vida interior* dedicada al hambre. Pero, Dios mío, ¡qué "unilaterales" han sido esos ortodoxos de incorregible estrechez, esos dogmáticos sordos a los imperativos de la "vida misma"! ¡Ni uno solo de sus artículos ha contenido - ¡qué horror! – *ni una sola*, ¡imagínense ustedes!, ni siquiera una sola "reivindicación concreta" que "prometa resultados palpables"! ¡Desgraciados dogmáticos! ¡Hay que llevarlos a aprender de los Krichevski y los Martínov para que se convenzan de que la táctica es el proceso del crecimiento, de lo que crece, etc., de que es necesario dar a la lucha económica *misma* un carácter político!

"La lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno (¡¡"lucha *económica* contra el gobierno"!!), además de su significado revolucionario directo, tiene también otro: incita constantemente a los obreros a pensar en su falta de derecho políticos" (Martínov, Pág. 44). Si hemos reproducido este pasaje no es para repetir por centésima o milésima vez lo que hemos dicha ya antes, sino para agradecer de manera especial a Martínov esta nueva y excelente fórmula "La lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno". ¡Qué maravilla! Con qué inimitable talento, con qué magistral eliminación de todas las discrepancias parciales y diferencia de matices entre los "economistas" tenemos expresada aquí, en su postulado conciso y claro, *toda la esencia* del "economismo", comenzando por el llamamiento a los obreros a sostener "la lucha política en aras del interés general, para mejorar la situación de todos los obreros" [*Rabóchaya Mysl, Suplemento especial*, Pág. 14], siguiendo luego con la teoría de las fases y terminado con la resolución del congreso sobre el medio "aplicable con la mayor amplitud", etc. "La lucha económica contra el gobierno" es precisamente política tradeunionista, que está muy lejos, lejisima, de la política socialdemócrata.

b. De cómo Martínov ha profundizado a Plejánov

"¡Cuántos Sénecas socialdemócratas han aparecido últimamente en nuestro país!", observó cierto día un camarada, refiriéndose a la asombrosa inclinación de mucha gente propensa al "economismo" a alcanzar indefectiblemente con "su

propia inteligencia" las grandes verdades (por ejemplo, que la lucha económica incita a los obreros a pensar en su falta de derechos), desconociendo con magnífico desdén de genios innatos cuánto ha proporcionado ya el desarrollo anterior del pensamiento revolucionario y del movimiento revolucionario. Un genio innato de esta índole es precisamente Séneca-Martínov. Den un vistazo a su artículo *Problemas inmediatos* y verán cómo *llega* con "su propio entendimiento" a cosas dichas hace ya mucho por Axelrod (al que nuestro Séneca, como es natural, silencia por completo); cómo *empieza*, por ejemplo, a comprender que no podemos pasar por alto la oposición de tales o cuales sectores de la burguesía (*Rabócheie Dielo*, núm. 9, Pág. 61, 62, 71; compárese con la *Respuesta* de la redacción de *R. D.* a Axelrod, Pág. 22, 23-24), etc. pero -¡ay! – sólo "llega" y no pasa de "empezar", ya que, a pesar de todo, no ha comprendido aún las ideas de Axelrod hasta el punto de que habla de "lucha económica contra los patronos y el gobierno". *Rab. Dielo* ha venido acumulando fuerzas durante tres años (de 1898 a 1901) para comprender a Axelrod y, pese a ello ¡no lo ha comprendido! ¿Quizás también se deba esto a que la socialdemocracia, "a semejanza de la humanidad", se plantea siempre únicamente tareas realizables?

Pero los Sénecas no se distinguen sólo porque ignoran muchas cosas (¡eso sería una desgracia a medias!), sino también porque no ven su ignorancia. Eso es ya una verdadera desgracia, y esta desgracia los mueve a emprender en el acto la labor de "profundizar" a Plejánov.

"Desde que Plejánov escribió el folleto citado (*Las tareas de los socialistas en la lucha contra el hambre en Rusia*) ha corrido mucho agua bajo los puentes –cuenta Séneca-Martínov -. Los socialdemócratas, que en el transcurso de diez años han dirigido la lucha económica de la clase obrera..., no han tenido aún tiempo de ofrecer una amplia argumentación teórica de la táctica del partido. Hoy esta cuestión ha madurado, y si quisiéramos ofrecer esa argumentación teórica, tendríamos, sin duda, que profundizar considerablemente los principios tácticos desarrollados en su tiempo por Plejánov... Ahora tendríamos que definir la diferencia entre la propaganda y la agitación de una manera distinta a como lo hizo Plejánov" (Martínov acaba de citar las palabras de Plejánov: "El propagandista comunica muchas ideas a una sola o a varias personas, mientras que el agitador comunica una sola idea o un pequeño número de ideas, pero, en cambio, a toda una multitud"). "Nosotros entenderíamos por propaganda la explicación revolucionaria de todo el régimen actual o de sus manifestaciones parciales, indiferentemente de que se haga en una forma accesible sólo para algunas personas o para la multitud. Por agitación, en el sentido estricto de la palabra (¡sic!), entenderíamos el llamamiento dirigido a las masas para ciertas acciones concretas, la ayuda a la intervención revolucionaria directa del proletariado en la vida social".

Felicitemos a la socialdemocracia rusa –e internacional – por esta nueva terminología martinoviana, más estricta y más profunda. Hasta ahora creíamos (con Plejánov y con todos los líderes del movimiento obrero internacional) que sin un propagandista trata, por ejemplo, el problema del desempleo, debe explicar la naturaleza capitalista de las crisis, mostrar la causa que las hace inevitables en la sociedad actual, exponer la necesidad de transformar la sociedad capitalista en socialista, etc. en una palabra, debe comunicar "muchas ideas", tantas, que todas ellas en conjunto podrán ser asimiladas en el acto sólo por pocas (relativamente) personas. En cambio, el agitador, al hablar de este mismo problema, tomará un ejemplo, el más destacado y más conocido de su auditorio –pongamos por caso, el de una familia de parados muerta de inanición, el aumento de la miseria, etc. – y, aprovechando ese hecho conocido por todos y cada uno, orientará todos sus esfuerzos a inculcar en la

"masa" *una sola idea*: la idea de cuán absurda es la contradicción entre el incremento de la riqueza y el aumento de la miseria; tratará de *despertar* en la masa el descontento y la indignación contra esta flagrante injusticia, dejando al propagandista la explicación completa de esta contradicción. Por eso, el propagandista actúa principalmente por medio de la palabra *impresa*, mientras que el agitador lo hace de *viva voz*. Al propagandista se le exigen cualidades distintas que al agitador. Así, llamaremos propagandistas a Kautsky y a Lafargue; agitadores, a Bebel y Guesde. Pero segregamos un tercer terreno o tercera función de actividad práctica incluyendo en esta función "el llamamiento dirigido a las masas para ciertas acciones concretas", constituye el mayor desatino, pues el "llamamiento", como acto aislado, o es un complemento natural e inevitable del tratado teórico, del folleto de propaganda y del discurso de agitación, o es una función netamente ejecutiva. En efecto, tomemos, por ejemplo, la lucha actual de los socialdemócratas alemanes contra los aranceles cerealistas. Los teóricos escriben estudios sobre la política aduanera y "llaman", supongamos, a luchar por la conclusión de tratados comerciales y por libertad de comercio; el propagandista hace lo mismo en una revista, y el agitador, en discursos públicos. Las "acciones concretas" de las masas consisten en este caso en firmar peticiones dirigidas al Reichstag, reclamando que no se eleven los aranceles cerealistas. El llamamiento a esta acción parte indirectamente de los teóricos, los propagandistas y los agitadores, y directamente, de los obreros que recorren las fábricas y las viviendas particulares recogiendo firmas. Según la "terminología de Martínov", resulta que Kautsky y Bebel son propagandistas, y los portadores de las listas de adhesión, agitadores. ¿No es así?

El ejemplo de los alemanes me ha hecho recordar la palabra alemana *Verballhornung*, que traducida literalmente significa "ballhornización". Juan Ballhorn fue un editor de Leipzig del siglo XVI; publicó un cantón, en el que, siguiendo la costumbre, incluyó un dibujo que representaba un gallo, pero, en lugar de la estampa habitual del gallo con espolones, figuraba uno sin espolones y con dos huevos al lado. Y en la portada del cantón agregó: "Edición corregido de Juan Ballhorn". Desde entonces, los alemanes dicen *Verballhornung* al referirse a una "enmienda" que, de hecho, empeora el original. Y no puede menos de recordarse a Ballhorn al ver cómo los Martínov "profundizan" a Plejánov...

¿Para qué ha "inventado" nuestro Séneca este embrollo? Para demostrar que *Iskra*, "lo mismo que Plejánov hace ya unos quince años, presta atención a un solo aspecto del asunto" (Pág. 52). Si traducimos esta última frase del lenguaje de Martínov a un lenguaje corriente (pues la humanidad no ha tenido aún tiempo de adoptar esta terminología recién descubierta), resultará lo siguiente: en *Iskra*, las tareas de propaganda y agitación políticas relegan a segundo plano la tarea de "presentar al gobierno reivindicaciones concretas de medidas legislativas y administrativas" que "prometen ciertos resultados palpables" (O, en otros términos, reivindicaciones de reformas sociales, si se nos permite emplear una vez más la vieja terminología de la vieja humanidad, que no ha llegado aún al nivel de Martínov). Proponemos al lector que compare con esta tesis la retahíla siguiente:

"En estos programas" (los programas de los socialdemócratas revolucionarios) "nos asombrará también que coloquen eternamente en primer plano las ventajas de la actividad de los obreros en el Parlamento (que no existe en nuestro país) dando de lado por completo (a causa de su nihilismo revolucionario) la importancia de la participación de los obreros en las asambleas legislativas de los fabricantes, asambleas que sí existen en nuestro país, para discutir asuntos de las

fábricas... o aunque sólo sea, de la participación de los obreros en la autogestión urbana..."

El autor de esta retahíla expresa de una manera algo más directa, clara y franca la idea a que ha llegado con su propio entendimiento Séneca-Martínov. El autor es *R. M.*, en le *Suplemento especial* de "*Rabóchaya Mysl*" (Pág. 15).

c. Las denuncias políticas y la necesidad de "infundir actividad revolucionaria"

Al lanzar contra *Iskra* su "teoría" de "elevar la actividad de la masa obrera", Martínov ha puesto al descubierto ¡de hecho! Su tendencia a *rebajar* esta actividad, pues ha declarado que el medio preferible, de importancia singular, "aplicable con la mayor amplitud" para promoverla y su campo de operaciones es la misma lucha económica, ante la cual se han postrado todos los "economistas". Este error es característico precisamente porque no es propio sólo de Martínov, ni mucho menos. En realidad, se puede "elevar la actividad de la masa obrera" *únicamente* a condición de que *no nos limitemos* a hacer "agitación política sobre el terreno económico". Y una de las condiciones esenciales para esa extensión indispensable de la agitación política consiste en organizar denuncias políticas omnímodas. Sólo con esas denuncias *pueden* infundirse conciencia política y actividad revolucionaria a las masas. De ahí que esta actividad sea una de las funciones más importantes de toda la socialdemocracia internacional, pues ni siquiera la libertad política suprime en lo más mínimo esas denuncias: lo único que hace es modificar un tanto su orientación. Por ejemplo, el partido alemán afianza sus posiciones y extiende su influencia, sobre todo, gracias a la persistente energía de sus campañas de denuncias políticas. La conciencia de la clase obrera no puede ser una verdadera conciencia política si los obreros no están acostumbrados a hacerse eco de *todos* los casos de arbitrariedad y de opresión, de *todos* los abusos y violencias, *cualesquiera que sean las clases* afectadas; a hacerse eco, además, desde el punto de vista socialdemócrata, y no desde algún otro.. la conciencia de las masas obreras no puede ser una verdadera conciencia de clase si los obreros no aprenden –basándose en hechos y acontecimientos políticos concretos y, además, actuales sin falta – a observar a *cada una* de las otras clases sociales en *todas* las manifestaciones de su vida intelectual, moral y política; si no aprenden a hacer un análisis materialista y una apreciación materialista de *todos* los aspectos de la actividad y la vida de *todas* las clases, sectores y grupos de la población. Quien orienta la atención, la capacidad de observación y la conciencia de la clase obrera de manera exclusiva –o, aunque sólo sea con preferencia – hacia ella misma, no es un socialdemócrata, pues el conocimiento de la clase obrera por sí misma está ligado de modo indisoluble a la completa claridad no sólo de los conceptos teóricos ... o mejor dicho: no tanto de los conceptos teóricos como de las ideas, basadas en la experiencia de la vida política, sobre las relaciones entre *todas* las clases de la sociedad actual. Por eso es tan nociva y tan reaccionaria, dada su significación práctica, la prédica de nuestros "economistas" de que la lucha económica es el medio que se puede aplicar con más amplitud para incorporar a las masas al movimiento político. Para llegar a ser un socialdemócrata, el obrero debe formarse una idea clara de la naturaleza económica y de la fisonomía social y política del terrateniente y del cura, del dignatario y del campesino, del estudiante y del desclasado, conocer sus lados fuertes y sus puntos flacos; saber orientarse entre los múltiples sofismas y frases en boga, con los que cada clase y cada sector social encubre sus apetitos egoístas y su verdadera "entraña"; saber distinguir qué instituciones y leyes reflejan tales o cuales intereses y cómo lo hacen. Mas esa "idea clara" no se puede encontrar en ningún libro: pueden proporcionarla únicamente las escenas de la vida y las denuncias, mientras los hechos

están recientes, de cuanto sucede alrededor nuestro en un momento dado; de lo que todos y cada uno hablan –o, por lo menos, cuchichean – a su manera; de lo que revelan determinados acontecimientos, cifras, sentencias judiciales, etc., etc., etc. Estas denuncias políticas omnímodas son condición indispensable y *fundamental* para infundir actividad revolucionaria a las masas.

¿Por qué el obrero ruso muestra todavía poca actividad revolucionaria frente al salvajismo con que la policía trata al pueblo, frente a las persecuciones de las sectas, los castigos corporales impuestos a los campesinos, los abusos de la censura, las torturas de los soldados, la persecución de las iniciativas culturales más inofensivas, etc.? ¿No será porque la "lucha económica" no le "incita a pensar" en ello, porque le "promete" pocos "resultados palpables", porque le ofrece pocos elementos "positivos"? No; semejante juicio, repetimos, no es sino una tentativa de achacar las culpas propias a otros, imputar el filisteísmo propio (y también el bernsteinianismo) a la masa obrera. Debemos culparnos a nosotros mismos, a nuestro atraso con respecto al movimiento de las masas, de no haber sabido aún organizar denuncias lo suficiente amplias, brillantes y rápidas contra todas esas ignominias. Si lo hacemos (y debemos y podemos hacerlo), el obrero más atrasado comprenderá o *sentirá* que le estudiante y el miembro de una secta religiosa, el mujik y el escritor son vejados y atropellados por esa misma fuerza tenebrosa que tanto le oprime y le sojuzga a él en cada paso de su vida. Al sentirlo, él mismo querrá reaccionar, sentirá un deseo incontenible de hacerlo; y entonces sabrá armar hoy un escándalo a los censores, manifestarse mañana ante la casa del gobernador que haya sofocado un levantamiento campesino, dar pasado mañana una lección a los gendarmes con sotana que desempeñan la función del Santo Oficio, etc. Hemos hecho todavía muy poco, casi nada, para *lanzar* entre las masas obreras denuncias omnímodas y actuales. Muchos de nosotros ni siquiera comprendemos aún esta *obligación* suya y seguimos espontáneamente tras la "monótona lucha cotidiana" en el estrecho marco de la vida fabril. En tales condiciones decir que "*Iskra* tiene la tendencia a rebajar la importancia de la marcha ascendente de la monótona lucha cotidiana, en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (Martínov, Pág. 61), significa arrastra al partido hacia atrás, defender y ensalzar nuestra falta de preparación, nuestro atraso.

En lo que respecta al llamamiento a las masas para la acción, éste surgirá por sí mismo siempre que haya enérgica agitación política y denuncias vivas y aleccionadoras. Pillar a alguien en flagrante delito y estigmatizarlo en el acto ante todo el mundo y en todas partes es más eficaz de cualquier "llamamiento" e influye a veces de tal modo que después es incluso imposible decir con exactitud quién "llamó" a la muchedumbre y quién propuso tal o cual plan de manifestación, etc. Se puede llamar a una acción – en el sentido concreto de la palabra, y no en el sentido general – sólo en el lugar mismo donde la acción se lleve a cabo; y puede hacerlo únicamente quien va a obrar en el acto. Y nuestra misión de publicistas socialdemócratas consiste en ahondar, extender e intensificar las denuncias políticas y la agitación política.

A propósito de los "llamamientos". "*Iskra*" fue el único órgano que, antes de los sucesos de la primavera, *llamó* a los obreros a intervenir de modo activo en una cuestión – el aislamiento forzoso de estudiantes – que *no prometía* absolutamente ningún *resultado palpable* al obrero. Nada más publicarse la disposición del 11 de enero sobre "el aislamiento forzoso de ciento ochenta y tres estudiantes para hacer el servicio", *Iskra* insertó un artículo sobre este hecho (núm. 2, febrero) y, *antes* de que comenzara toda manifestación, *llamó* con claridad "a los obreros a acudir en ayuda de los estudiantes", *llamó* al "pueblo" a contestar públicamente al insolente desafío del gobierno. Preguntamos a todos y cada uno: ¿cómo explicar la notable circunstancia de

que, hablando tanto de "llamamientos" y destacando los "llamamientos" incluso como una forma especial de actividad, Martínov no haya mencionado para nada *este* llamamiento? ¿No será filisteísmo, después de todo, la declaración de Martínov de que *Iskra* es *unilateral* porque no "llama" suficientemente a la lucha por reivindicaciones que "prometen resultados palpables"?

Nuestros "economistas", entre ellos *Rabócheie Dielo*, tenían éxito porque se adaptaban a la mentalidad de los obreros atrasados. Pero el obrero socialdemócrata, el obrero revolucionario (y el número de estos obreros aumenta día en día) rechazará con indignación todos esos razonamientos sobre la lucha por reivindicaciones que "prometan resultados palpables", etc., pues comprenderá que no son sino variantes de la vieja cantinela del aumento de un kopek por rublo. Este obrero dirá a sus consejeros de *R. Mysl* y de *R. Dielo*: en vano se afanan, señores, interviniendo con demasiado celo en asuntos que nosotros mismos resolvemos y esquivando el cumplimiento de sus verdaderas obligaciones. Porque no es nada inteligente decir, como lo hacen ustedes, que la tarea de los socialdemócratas consiste en dar a la lucha económica misma un carácter político; eso es sólo el comienzo, y no radica en ello la tarea principal de los socialdemócratas, pues en el mundo entero, sin exceptuar a Rusia, es *la policía misma* la que comienza muchas veces a dar a la lucha económica un carácter político, y los propios obreros aprenden a darse cuenta de con quién está el gobierno(*11). En efecto, esa "lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno", con que ustedes presumen como si hubieran descubierto América, la sostienen en numerosos lugares perdidos de Rusia los propios obreros, que han oído hablar de huelgas, pero que quizá nada sepan de socialismo. Esa "actividad" nuestra, de los obreros, que todos ustedes quieren apoyar presentando reivindicaciones concretas que prometen resultados palpables, existe ya entre nosotros; y en nuestra minúscula labor cotidiana, sindical, nosotros mismos presentamos esas reivindicaciones concretas, a menudo sin ayuda alguna de los intelectuales. Pero esa *actividad* no nos basta; no somos niños a los que se pueda alimentar sólo con la papilla de la política "económica"; queremos saber todo lo que saben los demás, queremos conocer detalladamente *todos* los aspectos de la vida política y tomar parte *activa* en todos y cada uno de los acontecimientos políticos. Para ello es necesario que los intelectuales repitan menos lo que ya sabemos nosotros mismos(*12) y nos den más de lo que todavía no sabemos, de lo que jamás podremos saber por nosotros mismos a través de nuestra experiencia fabril y "económica", o sea: conocimientos políticos. Ustedes, los intelectuales, pueden adquirir estos conocimientos y *tienen el deber* de proporcionárnoslos cien y mil veces más que hasta ahora; además, deben proporcionárnoslos no sólo en forma de razonamientos, folletos y artículos (que a menudo -¡disculpen al franqueza! - suelen ser algo aburridos), sino indispensablemente en forma de *denuncias* vivas de cuanto hacen nuestro gobierno y nuestras clases dominantes en estos momentos en todos los aspectos de la vida. Cumplan con mayor celo esta obligación suya y *hablen menos de "elevar la actividad de la masa obrera"*. ¡Nuestra actividad es mucho de lo que ustedes suponen y sabemos sostener, por medio de la lucha abierta en la calle, incluso las reivindicaciones que no prometen ningún "resultado palpable"! Y no son ustedes los llamados a "elevar" nuestra actividad, pues ustedes mismos carecen precisamente de esa actividad. ¡Póstrense menos ante la espontaneidad y piensen más en elevar su propia actividad, señores!

d. ¿Qué hay de común entre el economismo y el terrorismo?

Hemos confrontado, en una nota a pie de página, a un "economista" y a un terrorista no socialdemócrata, que por casualidad han resultado solidarios. Pero,

hablando en general, entre los unos y los otros existe un nexo no casual, sino interno y necesario, del cual tendremos que hablar aún más adelante y al que es preciso referirse precisamente cuando se trata de inculcar la actividad revolucionaria. Los "economistas" y los terroristas de nuestros días tienen una raíz común: *el culto a la espontaneidad*, del que hemos hablado en el capítulo precedente como de un fenómeno general y que ahora examinamos desde el punto de vista de su influencia en la actividad política y la lucha política. A primera vista, nuestra afirmación puede parecer paradójica: tan grande es, aparentemente, la diferencia entre quienes hacen hincapié en la "monótona lucha cotidiana" y quienes preconizan la lucha más abnegada del individuo aislado. Pero no es una paradoja. Los "economistas" y los terroristas rinden culto a dos polos diferentes de la corriente espontánea: los "economistas", a la espontaneidad del "movimiento puramente obrero", los terroristas, a la espontaneidad de la indignación más ardiente de los intelectuales que no saben o no tienen la posibilidad de vincular la labor revolucionaria al movimiento obrero para formar un todo. Quienes hayan perdido la fe en esta posibilidad, o jamás la hayan tenido, difícilmente encontrarán, en efecto, otra manera de manifestar su sentimiento de indignación y su energía revolucionaria que no sea el terrorismo. Así pues, el culto a la espontaneidad en las dos direcciones indicadas no es sino *el comienzo de la aplicación* del famoso programa del *Credo*: los obreros sostienen su "lucha económica contra los patronos y el gobierno" (¡que nos perdone el autor del *Credo* porque expresemos sus ideas con palabras de Martínov! Creemos tener derecho a hacerlo, pues también en el *Credo* se habla de que los obreros, en la lucha económica "chocan con el régimen político"), ¡y los intelectuales, con sus propias fuerzas, despliegan su lucha política, como es natural, por medio del terrorismo! Esta *conclusión* es completamente lógica e inevitable, y es forzoso insistir sobre ella, *aunque quienes* comienzan a realizar dicho programa *no han comprendido* que tal conclusión es inevitable. La actividad política tiene su lógica, que no depende de la conciencia de quienes con las mejores intenciones exhortan o al terrorismo o a imprimir un carácter político a la lucha económica misma. De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno, y en el caso presente las buenas intenciones no salvan aún de la inclinación espontánea a "la línea del menor esfuerzo", a la línea del programa *netamente burgués* del *Credo*. Porque tampoco tiene nada de casual que muchos liberales rusos –tanto los liberales declarados como los que se cubren con una careta marxista – simpaticen de todo corazón con el terrorismo y traten de mantener la intensificación de las tendencias terroristas en el momento actual.

Pues bien, al surgir el "Grupo Revolucionario-Socialista *Svoboda*", que se había señalado precisamente la tarea de ayudar por todos los medios al movimiento obrero, pero incluyendo *en el programa* el terrorismo y emancipándose, por decirlo así, de la socialdemocracia, este hecho vino a confirmar una vez más la admirable perspicacia de P.B. Axelrod, quien predijo *con toda exactitud* estos resultados de las vacilaciones socialdemócratas *ya a fines de 1897* (en su trabajo *A propósito de las tareas y de la táctica actuales*) y trazó sus famosas "dos perspectivas". Todas las discusiones y discrepancias posteriores entre los socialdemócratas rusos están ya, como la planta en la semilla, en esas dos perspectivas(*13).

Desde el punto de vista indicado se comprende también que *R. Dielo*, que no ha podido resistir a la espontaneidad del "economismo", tampoco haya podido resistir a la espontaneidad del terrorismo. Tiene sumo interés señalar aquí la argumentación especial que ha esgrimido *Svoboda* en defensa del terrorismo. "Niega por completo" el papel intimidador del terrorismo (*Renacimiento del revolucionarismo*, Pág. 64), pero, en cambio, destaca su "importancia excitadora". Esto es característico, en primer lugar, como una de las fases de la descomposición y decadencia del

conjunto tradicional (presocialdemócrata) de ideas que obligaba a asirse al terrorismo. Reconocer que en la actualidad es imposible "intimidar" al gobierno –y, por consiguiente, desorganizarlo –por medio del terrorismo equivale, en el fondo, a condenar rotundamente este último como sistema de lucha, como campo de actividad consagrado por su programa. En segundo lugar, esto es aún más característico como ejemplo de la incompreensión de nuestras tareas urgentes de "infundir actividad revolucionaria a las masas". *Sbovoda* hace propaganda del terrorismo como medio de "excitar" el movimiento obrero y darle un "fuerte impulso". ¡Es difícil imaginarse una argumentación que se refute a sí misma con mayor evidencia! Cabe preguntar: ¿es que existen en la vida rusa tan pocos abusos que sea preciso aún inventar "excitantes" especiales? Y, por otra parte, si hay alguien que no se excita ni es excitable siquiera por la arbitrariedad rusa, ¿no es evidente que seguirá contemplando también con indiferencia el duelo entre el gobierno y un puñado de terroristas? La realidad es que las masas obreras se excitan mucho por las infamias de la vida rusa, pero nosotros no sabemos reunir, si puede decirse así, y concentrar todas las gotas y chorrillos de la excitación popular que la vida rusa rezuma en cantidad inconmensurablemente mayor de lo que todos nosotros nos figuramos y pensamos, y que es preciso fusionar en *un solo* torrente gigantesco. Que esto es factible lo demuestran de manera irrefutable la colosal propagación del movimiento obrero y la avidez, ya señalada, de publicaciones políticas, así como los llamamientos a dar a la lucha económica misma un carácter político, son formas distintas de *esquivar* el deber más imperiosos de los revolucionarios rusos: organizar la agitación política en todos sus aspectos. *Sbovoda* quiere *sustituir* la agitación con el terrorismo, confesando sin rodeos que, "en cuanto empiece una agitación intensa y enérgica entre las masas, el papel excitador de éste desaparecerá" (*Renacimiento del revolucionarismo*, Pág. 68). Esto justamente muestra que tanto los terroristas como los "economistas" *subestiman* la actividad revolucionaria de las masas, pese al testimonio evidente de los sucesos de la primavera(*14) además, unos se precipitan en busca de "excitantes" artificiales y otros hablan de "reivindicaciones concretas". Ni los unos ni los otros prestan suficiente atención al desarrollo de su *propia actividad* de agitación política y de organización de denuncias políticas. Y ni ahora ni en ningún otro momento se puede *sustituir* con nada esta labor.

e. La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia

Hemos visto ya que la agitación política más amplia y, por consiguiente, la organización de denuncias políticas de todo género es una tarea necesaria en absoluto, la tarea *más imperiosamente* necesaria de la actividad, siempre que esta actividad sea de veras socialdemócrata. Pero hemos llegado a esta conclusión partiendo *sólo* de la necesidad apremiante que la clase obrera tiene de conocimientos políticos y de educación política. Sin embargo, esta manera de plantear la cuestión sería demasiado estrecha y daría de lado las tareas democráticas universales de toda la socialdemocracia, en general, y de la socialdemocracia rusa actual, en particular. Para explicar esta tesis del modo más concreto posible, intentaremos enfocar el problema desde el punto de vista más "familiar" al "economista", o sea, desde el punto de vista práctico. "Todos están de acuerdo" con que es preciso desarrollar la conciencia política de la clase obrera. Pero ¿cómo hacerlo y qué es necesario para hacerlo? La lucha económica "hace pensar" a los obreros sólo en las cuestiones concernientes a la actitud del gobierno ante la clase obrera; por eso, *por más que nos esforcemos* en "dar a la lucha económica misma un carácter político", *jamás podremos*, en los límites de esta tarea, desarrollar la conciencia política de los obreros (hasta el grado de conciencia política socialdemócrata), pues *los propios límites son estrechos*. La fórmula de Martínov es valiosa para nosotros, pero en modo alguno porque ilustre la capacidad del autor para embrollar las cosas. Es valiosa porque pone de relieve el error

fundamental de todos los "economistas": el convencimiento de que ese puede desarrollar la conciencia política de clase de los obreros *desde dentro*, por decirlo así, de su lucha económica, o sea, partiendo sólo (o, al menos, principalmente) de esta lucha, basándose sólo (o, al menos, principalmente) en esta lucha. Semejante opinión es errónea de raíz; y precisamente porque los "economistas", enojados por nuestra polémica con ellos, no quieren reflexionar como es debido en el origen de nuestras discrepancias, acabamos literalmente por no comprendernos, por hablar lenguas diferentes.

Al obrero se le puede dotar de conciencia política de clase *sólo desde fuera*, es decir, desde fuera de la lucha económica, desde fuera del campo de las relaciones entre obreros y patronos. La única esfera de que se pueden extraer esos conocimientos es la esfera de las relaciones de *todas* las clases y sectores sociales con el Estado y el gobierno, la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí. Por eso, a la pregunta de qué hacen para dotar de conocimientos políticos a los obreros no se puede dar únicamente la respuesta con que se contentan, en la mayoría de los casos, los militantes dedicados a la labor práctica, sin hablar ya de quienes, entre los, son propensos al "economismo", a saber: "Hay que ir a los obreros". Para aportar a los obreros conocimientos políticos, los socialdemócratas *deben ir a todas las clases de la población*, deben enviar a *todas partes* destacamentos de su ejército.

Si empleamos adrede esta fórmula tosca y nos expresamos adrede de una forma simplificada y tajante, no es en modo alguno por el deseo de decir paradojas, sino para "incitar" a los "economistas" a pensar en las tareas que desdeñan de manera tan imperdonable y en la diferencia – que ellos no quieren comprender – entre la política tradeunionista y la política socialdemócrata. Por eso rogamos al lector que no se impacienta y nos escuche con atención hasta el final.

Tomemos el tipo del círculo socialdemócrata más difundido en los últimos años y examinemos su actividad. "Está en contacto con los obreros" y se conforma con eso, editando hojas que fustigan los abusos cometidos en las fábricas, la parcialidad del gobierno con los capitalistas y las violencias de la policía; en las reuniones con los obreros, los límites de estos mismos temas; sólo muy de tarde en tarde se pronuncian conferencias y charlas acerca de la historia del movimiento revolucionario, la política interior y exterior de nuestro gobierno, la evolución económica de Rusia y de Europa, la situación de las distintas clases en la sociedad contemporánea, etc.; nadie piensa en establecer y desenvolver de manera sistemática relaciones con otras clases de la sociedad. En el fondo, los componentes de un círculo de este tipo conciben al militante ideal, en la mayoría de los casos, mucho más parecido a un secretario de tradeunión que a un jefe político socialista. Porque el secretario de cualquier tradeunión inglesa, por ejemplo, ayuda siempre a los obreros a sostener la lucha económica, organiza la denuncia de los abusos en las fábricas, explica la injusticia de las leyes y disposiciones que restringen la libertad de huelga y la libertad de colocar piquetes cerca de las fábricas (para avisar a todos que en la fábrica dada se han declarado en huelga), explica la parcialidad de los árbitros pertenecientes a las clases burguesas del pueblo, etc., etc. En una palabra, todo secretario de tradeunión sostiene y ayuda a sostener "la lucha económica contra los patrones y el gobierno". Y jamás se insistirá bastante en que esto no es aún socialdemocracia, que el ideal del socialdemócrata no debe ser el secretario de tradeunión, sino el tribuno popular, que sabe reaccionar ante toda manifestación de arbitrariedad de opresión, dondequiera que se produzca y cualquiera que sea el sector o la clase social a que afecte; que sabe sintetizar todas estas manifestaciones en un cuadro único de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista; que sabe aprovechar el hecho más pequeño para exponer ante todos sus

convicciones socialistas y sus reivindicaciones democráticas, para explicar a todos y cada uno la importancia histórica universal de la lucha emancipadora del proletariado. Comparen, por ejemplo, a hombres como Roberto Knight (conocido secretario y líder de la Sociedad de Obreros Caldereros, uno de los sindicatos más poderosos de Inglaterra) y Guillermo Liebknecht e intenten aplicarles las contradicciones en que basa Martínov sus discrepancias con *Iskra*. Verán que R. Knight –empiezo a hojear el artículo de Martínov – "ha exhortado" mucho más "a las masas a ciertas acciones concretas" (Pág. 39), mientras que G. Liebknecht se ha dedicado más a "explicar desde un punto de vista revolucionario todo el régimen actual o sus manifestaciones parciales" (Pág. 38-39); que R. Knight "ha formulado las reivindicaciones inmediatas del proletariado e indicado los medios de satisfacerlas" (Pág. 41), mientras que G. Liebknecht, sin dejar de hacer eso, no ha renunciado a "dirigir al mismo tiempo la intensa actividad de los diferentes sectores oposicionistas" y "dictarles un programa positivo de acción" (*15) (Pág. 41); que R. Knight ha procurado precisamente "imprimir, en la medida de lo posible, a la lucha económica misma un carácter político" (Pág. 42) y ha sabido muy bien "presentar al gobierno reivindicaciones concretas que prometen ciertos resultados palpables" (Pág. 43), en tanto que G. Liebknecht se ha ocupado mucho más de las "denuncias" "unilaterales" (Pág. 40); que R. Knight ha concedido más importancia al "desarrollo progresivo de la monótona lucha cotidiana" (Pág. 61), y G. Liebknecht, "a la propaganda de ideas brillantes y acabadas" (Pág. 61); que G. Liebknecht ha hecho del periódico dirigido por él precisamente "un órgano de oposición revolucionaria de denuncia nuestro régimen, y sobre todo nuestro régimen político, por cuanto choca con los intereses de los más diversos sectores de la población" (Pág. 63), mientras que R. Knight "ha trabajado pro la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" (Pág. 63) – si se entiende por "estrecho contacto orgánico" ese culto a la espontaneidad que hemos analizado más arriba en los ejemplos de Krichevski y de Martínov – y "ha restringido la esfera de su influencia", convencido, sin duda como Martínov, de que "con ello se hacía más compleja esta influencia" (Pág. 63). Es una palabra, verán que Martínov rebaja de facto la socialdemocracia al nivel del tradeunionismo, aunque, claro está, en modo alguno lo hace porque no quiere el bien de la socialdemocracia, sino simplemente porque se ha apresurado un poco a profundizar a Plejánov, en lugar de tomarse la molestia de comprenderlo.

Pero volvamos a nuestra exposición. Hemos dicho que el socialdemócrata, si es partidario, no sólo de palabra, del desarrollo polifacético de la conciencia política del proletariado, debe "ir a todas las clases de la población". Surgen varias preguntas: ¿Cómo hacerlo? ¿Tenemos fuerzas suficientes para ello? ¿Existe una base que permita realizar esta labor entre todas las demás clases? ¿No implicará eso abandonar, o conducirá a abandonar, el punto de vista de clase? Examinemos estas cuestiones.

Debemos "ir a todas las clases de la población" como teóricos, como propagandistas, como agitadores y como organizadores. Nadie pone en duda que la labor teórica de los socialdemócratas debe orientarse a estudiar todas las peculiaridades de la situación social y política de las diversas clases. Pero se hace muy poco, poquísimo, en este sentido, desproporcionadamente poco si se compara con la labor tendiente a estudiar las peculiaridades de la vida fabril. En los comités y en los círculos podemos encontrar personas que incluso estudian a fondo especialmente algún ramo de la siderurgia; pero apenas encontrarán ejemplos de miembros de las organizaciones que (obligados por una u otra razón, como sucede a menudo, a retirarse de la labor práctica) se dediquen de manera especial a reunir datos sobre algún problema actual de nuestra vida social y política que pueda servir de motivo para

desplegar una labor socialdemócrata entre todos sectores de la población. Cuando se habla de la poca preparación de la mayoría de los actuales dirigentes del movimiento obrero, es forzoso recordar asimismo la preparación en este aspecto, pues está ligada también a la concepción "economista" del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria". Pero lo principal, por supuesto, *es la propaganda y la agitación* entre todos los sectores de la población. El socialdemócrata de Europa Occidente ve facilitada esta labor por las reuniones y asambleas populares, a las que asisten cuantos lo deseen, y por la existencia del Parlamento, en el cual el representante socialdemócrata habla ante los diputados de todas las clases. En nuestro país no tenemos ni Parlamento ni libertad de reunión; pero sabemos, sin embargo, organizar reuniones con los obreros que quieren escuchar a un socialdemócrata. Debemos saber también organizar reuniones con los componentes de *todas* las clases de la población que deseen escuchar a *un demócrata*. Porque no es socialdemócrata quien olvida en la práctica que "los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario"; que, por ello, debemos exponer y recalcar *ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales*, sin ocultar en ningún momento nuestras convicciones socialistas. No es socialdemócrata quien olvida en la práctica que su deber consiste en ser *el primero* en plantear, acentuar y resolver *todo* problema democrático general.

"¡Pero si no hay nadie que no esté de acuerdo con eso!" –nos interrumpirá el lector impaciente–, y las nuevas instrucciones a la redacción de *Rab. Dielo*, aprobadas en el último Congreso de la Unión, dicen con claridad: "Deben servir de motivos para la propaganda y la agitación políticas todos los fenómenos y acontecimientos de la vida social y política que afecten al proletariado, bien directamente, como clase especial, bien como *vanguardia de todas las fuerzas revolucionarias en la lucha por la libertad*" (*Dos congresos*, Pág. 17. La cursiva es nuestra). En efecto, son palabras muy justas y muy buenas, y nos consideraríamos satisfechos por ejemplo si "*Rabócheie Dielo*" *las comprendiese, si no dijese, al mismo tiempo, otras que las contradicen*. Pues no basta con titularse "vanguardia", destacamento avanzado: es preciso, además, actuar de tal modo que todos los otros destacamentos vean y estén obligados a reconocer que marchamos a la cabeza. Y preguntamos al lector: ¿es que los componentes de los demás "destacamentos" son tan estúpidos que van a creernos como artículo de fe cuando hablamos de la "vanguardia"? Imagínense de manera concreta el siguiente cuadro. En el "destacamento" de radicales o de constitucionalistas libertos del gobierno autocrático. Pero "nosotros", si queremos ser demócratas avanzados, debemos preocuparnos de *incitar* a quienes están descontentos únicamente del régimen universitario o del zemstvo, etc., a pensar que es malo todo el régimen político. *Nosotros* debemos asumir la tarea de organizar la lucha política, bajo la dirección de nuestro partido, en forma tan múltiple que todos los sectores de oposición puedan prestar, y presten de verdad, a esta lucha y a este partido la ayuda que puedan. *Nosotros* debemos hacer de los militantes socialdemócratas dedicados a la labor práctica líderes políticos que sepan dirigir todas las manifestaciones de esta lucha múltiple, que sepan, en el momento necesario, "dictar un programa positivo de acción" a los estudiantes en efervescencia, a los descontentos de los zemstvos, a los miembros indignados de las sectas religiosas, a los maestros nacionales lesionados en sus intereses, etc., etc. Por eso es *completamente falsa* la afirmación de Martínov de que "con respecto a ellos sólo podemos desempeñar el papel negativo de denunciadores del régimen ... *Sólo* podemos disipar sus esperanzas en las distintas comisiones gubernamentales" (la cursiva es nuestra). Al decir esto, Martínov demuestra que *no comprende nada en absoluto* del verdadero papel de la "vanguardia" revolucionaria. Y si el lector tiene esto en cuenta, comprenderá el verdadero sentido de las siguientes palabras de conclusión de Martínov: "*Iskra* es un órgano de oposición revolucionaria que denuncia nuestro

régimen, sobre todo el político, por cuanto choca con los intereses de los más diversos sectores de la población. Nosotros, en cambio, trabajamos y trabajaremos por la causa obrera en estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria. Al restringir la esfera de nuestra influencia, hacemos más compleja esta influencia" (Pág. 63). El verdadero sentido de semejante conclusión es: *Iskra* quiere *eleva*r la política tradeunionista de la clase obrera (a la que se limitan con tanta frecuencia nuestros militantes prácticos, ya sea por equivocación, por falta de preparación o por convicción) al nivel de política socialdemócrata. En cambio,, *Rab. Dielo* quiere *rebajar* la político socialdemócrata al nivel de política tradeunionista. Y, por si eso fuera poco, asegura a todo el mundo que "estas posiciones son perfectamente compatibles en la obra común" (Pág. 63). *O, sancta simplicitas!*

Prosigamos. ¿Tenemos bastantes fuerzas para llevar nuestra propaganda y nuestra agitación a *todas* las clases de la población? Pues claro que sí. Nuestros "economistas", que a menudo son propensos a negarlo, olvidan el gigantesco paso adelante que ha dado nuestro movimiento de 1894 (más o menos) a 1901. Como "seguidistas" auténticos que son, viven con frecuencia aferrado a ideas del período inicial, pasado hace ya mucho, del movimiento. Entonces, en efecto, nuestras fuerzas eran tan pocas que asombraban, entonces era natural y legítima la decisión de consagrarnos por entero a la labor entre los obreros y condenar con severidad toda desviación de esta línea, entonces la tarea estribaba en afianzarse entre la clase obrera. Ahora ha sido incorporada al movimiento una masa gigantesca de fuerzas; vienen a nosotros los mejores representantes de la joven generación de las clases instruidas; por todas partes, en todas las provincias se ven condenadas a la inactividad personas que ya han tomado o desean tomar parte en el movimiento y que tienden hacia la socialdemocracia (mientras que en 1894 los socialdemócratas rusos podían contarse con los dedos). Uno de los defectos fundamentales de nuestro movimiento, tanto desde el punto de vista político como de organización, consiste en que *no sabemos* emplear todas estas fuerzas ni asignarles el trabajo adecuado (en el capítulo siguiente, hablaremos con más detalle de esta cuestión). La inmensa mayoría de dichas fuerzas carece en absoluto de la posibilidad de "ir a los obreros"; por consiguiente, no pude ni hablarse del peligro de distraer fuerzas de nuestra labor fundamental. Y para proporcionar a los obreros conocimientos políticos auténticos, vivos y que abarquen todos los dominios es necesario que tengamos "gente nuestra", socialdemócratas, en todas parte, en todos los sectores sociales, en todas las posiciones que permiten conocer los resortes internos de nuestro mecanismo estatal. Y nos hace falta esa gente no sólo para la propaganda y la agitación, sino más aún para la organización.

¿Existe una base que permita actuar entre todas las clases de la población? Quienes no ven que existe, prueban una vez más que su conciencia se rezaga del movimiento ascensional espontáneo de las masas. El movimiento obrero ha suscitado y suscita entre unos el descontento; entre otros, despierta la esperanza de lograr el apoyo de la posición; a otros les hace comprender que el régimen autocrático no tiene razón de ser, y que su hundimiento es ineludible. Sólo de palabra seríamos "políticos" y socialdemócratas (como ocurre, en efecto, muy a menudo) si no tuviéramos conciencia de que nuestro deber consiste en aprovechar todas las manifestaciones de descontento, en reunir y elaborar todos los elementos de protesta, por embrionaria que sea. Y no hablemos ya de que la masa de millones de campesinos trabajadores, artesanos, pequeños productores, etc., escuchará siempre con avidez la propaganda de un socialdemócrata algo hábil. Pero ¿acaso existe una sola clase de la población en la que no haya individuos, grupos y círculos descontentos por la falta de derechos y la arbitrariedad, y, en consecuencia, capaces de comprender la propaganda

del socialdemócrata como portavoz que es de las demandas democráticas generales más candentes? A quienes deseen formarse una idea concreta de esta agitación política del socialdemócrata entre *todas* las clases y sectores de la población, les indicaremos las *denuncias políticas*, en el sentido amplio de la palabra, como el medio principal (pero, claro está, no único) de esta agitación.

"Debemos –escribía yo en el artículo *¿Por dónde empezar?* (*Iskra*, núm. 4, mayo de 1901), del que tendremos que hablar detenidamente más adelante – despertar en todos los sectores del pueblo con un mínimo de conciencia la pasión por las *denuncias políticas*. No debe desconcertarnos que las voces que hacen denuncias políticas sean ahora tan débiles, escasa y tímidas. La causa de ello no es, ni mucho menos, una resignación general con la arbitrariedad policiaca. La razón está en que las personas capaces de denunciar y dispuestas a hacerlo no tienen una tribuna desde la que puedan hablar, no tienen un auditorio que escuche ávidamente y anime a los oradores, no ven por parte alguna en el pueblo una fuerza a la que merezca la pena dirigir una queja contra el "todopoderoso" gobierno ruso... Ahora podemos y debemos crear una tribuna para denunciar ante todo el pueblo al gobierno zarista: esa tribuna tiene que ser un periódico socialdemócrata".

Ese auditorio ideal para las denuncias políticas es precisamente la clase obrera, que necesita, primero y principalmente, amplios y vivos conocimientos políticos y que es la más capaz de transformar estos conocimientos en lucha activa, aunque no prometa ningún "resultado palpable". Ahora bien, la tribuna para estas denuncias ante *todo el pueblo* sólo puede ser un periódico central para toda Rusia. "Sin un órgano político es inconcebible en la Europa contemporánea un movimiento que merezca el nombre de movimiento político", y en este sentido por Europa contemporánea hay que entender también, sin duda alguna, a Rusia. La prensa se ha convertido, en nuestro país, desde hace ya mucho, en una fuerza; de lo contrario, el gobierno no gastaría decenas de miles de rublos en sobornarla y en subvencionar a los Katlov y los Mescherski de toda laya. Y en la Rusia autocrática no es una novedad que la prensa clandestina rompa los candados de la censura y *obligue* a hablar públicamente de ella a los órganos legales y conservadores. Así ocurrió en los años 70 e incluso a mediados de siglo. ¡Y cuánto más extensos y profundos son ahora los sectores populares dispuestos a leer la prensa clandestina y a aprender en ella "a vivir y a morir", como se expresaba el obrero autor de una carta publicada en el núm. 7 de *Iskra!*. Las denuncias políticas son precisamente una declaración de guerra *al gobierno*, de la misma manera que las denuncias de tipo económico son una declaración de guerra al fabricante. Y la importancia moral de esta declaración de guerra es tanto mayor cuanto más amplia y vigorosa es la campaña de denuncias, cuanto más numerosa y decidida es *la clase social que declara la guerra* para empezarla. En consecuencia, las denuncias políticas son, ya de por sí, uno de los medios más potentes para *disgregar* las filas enemigas, para apartar del adversario a sus aliados fortuitos o temporales y sembrar la hostilidad y desconfianza entre quienes participan de continuo en el poder autocrático.

En nuestros días podrá convertirse en vanguardia de las fuerzas revolucionarias sólo el partido que *organice* campañas de denuncias de verdad ante *todo el pueblo*. Las palabras "todo el pueblo" encierran un gran contenido. La inmensa mayoría de los denunciantes que no pertenecen a la clase obrera (y para ser vanguardia es necesario precisamente atraer a todas las clases) son políticos realistas y hombres serenos y prácticos. Saben muy bien que si es peligroso "quejarse" incluso de un modesto funcionario, lo es todavía más quejarse del "todopoderoso" gobierno ruso. Y se quejarán *a nosotros* sólo cuando vean que sus quejas pueden surtir efecto,

que somos *una fuerza política*. Para lograr que las personas ajenas nos consideren una fuerza política debemos trabajar mucho y con tenacidad a fin de *eleva*r nuestro grado de conciencia, nuestra iniciativa y nuestra energía, pues no basta con pegar el marbete de "vanguardia" a una teoría y una práctica de retaguardia.

Pero los admiradores demasiado celoso del "estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria" nos preguntarán y nos preguntan ya: si debemos encargarnos de organizar denuncias verdaderamente ante todo el pueblo sobre los abusos cometidos por el gobierno, ¿en qué se manifestará entonces el carácter de clase de nuestro movimiento? ¡Pues precisamente en que seremos nosotros, los socialdemócratas, quienes organizaremos esas campañas de denuncias ante todo el pueblo; en que todos los problemas plantados en nuestra agitación serán esclarecidos desde un punto de vista socialdemócrata firme, sin ninguna indulgencia para las deformaciones, intencionadas o no, del marxismo; en que esta polifacética agitación política será realizada por un partido que une en un todo indivisible la ofensiva contra el gobierno en nombre del pueblo entero, la educación revolucionaria del proletariado – salvaguardando al mismo tiempo su independencia política –, la dirección de la lucha económica de la clase obrera y la utilización de sus conflictos espontáneos con sus explotadores, conflictos que ponen en pie y atraen sin cesar a nuestro campo a nuevos sectores proletarios!

Pero uno de los rasgos más característicos del "economismo" consiste precisamente en que no comprende esta conexión; es más, no comprende que la necesidad más urgente del proletariado (educación política en todos los aspectos pro medio de la agitación política y de las denuncias políticas) coincide con la necesidad del movimiento democrático general. Esa incomprensión se manifiesta tanto en las frases martinovianas como en diferentes alusiones del mismo sentido a un supuesto punto de vista de clase. He aquí, por ejemplo, cómo se expresan al respecto los autores de la carta "economista" publicada en el núm. 12 de *Iskra*(*16): "Este mismo defecto fundamental de *Iskra* (la sobrestimación de la ideología) es la causa de su inconsecuencia en los problemas referentes a la actitud de la socialdemocracia ante las diversas clases y tendencias sociales. Resolviendo por medio de deducciones teóricas..." (y no mediante "el crecimiento de las tareas del partido, las cuales crecen junto con éste...") "la tarea de pasar sin demora a la lucha contra el absolutismo y sintiendo, por lo visto, toda la dificultad de esta tarea para los obreros, dado el actual estado de cosas..." (y no sólo sintiendo, sino sabiendo muy bien que esta tarea les parece menos difícil a los obreros que a los intelectuales "economistas" que los tratan como a niños pequeños, pues los obreros están dispuestos a batirse incluso por reivindicaciones que, dicho sea con palabras de inolvidable Martinov, no prometen ningún "resultado palpable")..., "pero no teniendo la paciencia de esperar que los obreros acumulen fuerzas para esta lucha, *Iskra* empieza a buscar aliados entre los liberales y los intelectuales..."

Sí, sí, se nos ha acabado, en efecto, toda la "paciencia" para "esperar" los días felices que nos prometen desde hace mucho los "conciliadores" de toda clase, en los cuales nuestros "economistas" dejarán de imputar su propio atraso a los obreros y de justificar su insuficiente energía con una pretendida insuficiencia de fuerzas de los obreros. Preguntamos a nuestros "economistas": ¿en qué debe consistir la "acumulación de fuerzas por los obreros para esta lucha"? ¿No es evidente que consiste en dar educación política a los obreros, en denunciar ante ellos *todos* los aspectos de nuestra abyecta autocracia? ¿Y no está claro que *justamente para esta labor* necesitamos tener "aliados entre los liberales y los intelectuales" dispuestos a compartir con nosotros sus denuncias de la campaña política contra la gente de los

zemstvos, los maestros, estadísticos, estudiantes, etc.? ¿Será, en realidad, tan difícil de comprender esta asombrosa "treta"? ¿No les viene repitiendo P.B. Axelrod, ya desde 1897, que "el problema de que los socialdemócratas rusos conquisten adictos y aliados directos o indirectos entre las clases no proletarias se resuelve, ante todo y sobre todo, por el carácter de la propaganda que se hace en el seno del proletariado mismo"? ¡Pero no obstante, los Martínov y demás "economistas" siguen creyendo que los obreros deben *primero*, por medio de "la lucha económica contra los patronos y el gobierno", acumular fuerzas (para la política tradeunionista) y sólo *después* "pasar", según parece, del tradeunionista "infundir actividad" a la actividad socialdemócrata!

"...En sus búsquedas –continúan los "economistas" – *Iskra* se desvía con frecuencia del punto de vista de clase, velando las contradicciones entre las clases y colocando en primer plano la comunidad del descontento con el gobierno, aunque las causas y el grado de este descontento entre los "aliados" son muy diferentes. Tal es, por ejemplo, la actitud de *Iskra* ante los zemstvos" ... *Iskra*, según dicen los "economistas", "promete la ayuda de la clase obrera a los nobles insatisfechos de las limosnas gubernamentales, sin decir una sola palabra del antagonismo de clase que separa a estos dos sectores de la población". Si el lector se remite a los artículos *La autocracia y los zemstvos* (números 2 y 4 de *Iskra*), a los que *probablemente* aluden los autores de la carta, verá que están consagrados(*17) a la actitud del gobierno frente a la "agitación blandengue del zemstvo burocrático y estamental" y frente a la "iniciativa que parte hasta de las clases poseedoras". El artículo dice que el obrero no puede contemplar con indiferencia la lucha del gobierno contra el zemstvo; invita a la gente de los zemstvos a abandonar sus discursos blandengues y pronunciarse con palabras firmes y tajantes cuando la socialdemocracia revolucionaria se alce con toda su fuerza ante el gobierno. ¿Qué hay en esto de inaceptable para los autores de la carta? Nadie lo sabe. ¿Piensan que el obrero "no comprenderá" las palabras "clases poseedoras" y "zemstvo burocrático estamental"? ¿Creen que *incitar* a la gente de los zemstvos a pasar de los discursos blandengues a las palabras tajantes es "sobrestimar la ideología"? ¿Se imaginan que los obreros pueden "acumular fuerzas" para luchar contra el absolutismo si no saben cómo trata éste *también* a los zemstvos? Nadie lo sabe tampoco. Lo único claro es que los autores tienen una idea muy vaga de las tareas políticas de la socialdemocracia. Que esto es así nos lo dice con mayor claridad aún esta frase suya: "Idéntica es la actitud de *Iskra*" (es decir, de nuevo "vela las contradicciones entre las clases") "ante, el movimiento estudiantil". En lugar de exhortar a los obreros a afirmar, por medio de una manifestación pública, que el verdadero origen de la violencia, de la arbitrariedad y del desenfreno se halla en el gobierno ruso, y no en la juventud universitaria (*Iskra*, núm. 2), ¡deberíamos haber publicado, por lo visto, razonamientos en el espíritu de *R. Mys!* Y semejantes ideas son expresadas por socialdemócratas en el otoño de 1901, después de los sucesos de febrero y marzo, en vísperas de un nuevo crecer del movimiento estudiantil, revelador de que, incluso en este terreno, la "espontaneidad" de la protesta contra la autocracia *adelanta* a la dirección consciente del movimiento por la socialdemocracia. ¡El deseo espontáneo de los obreros de intervenir en defensa de los estudiantes apaleados por la policía y los cosacos *adelanta* a la actividad consciente de la organización socialdemócrata!

"Sin embargo, en otros artículos – continúan los autores de la carta - , *Iskra* condena duramente todo compromiso y defiende, por ejemplo, la posición intransigente de los guesdistas". Aconsejamos que mediten bien sobre estas palabras quienes suelen afirmar con tanta presunción ligereza que las discrepancias entre los socialdemócratas de nuestros días no son esenciales ni justifican una escisión. ¿Pueden actuar con éxito en una misma organización quienes afirman que hemos hecho todavía

muy poco para denunciar la hostilidad de la autocracia a las clases más diversas y para dar a conocer a los obreros la oposición de los sectores más diversos de la población a la autocracia, y quienes ven en esta actividad un "compromiso", evidentemente un compromiso con la teoría de la "lucha económica contra los patronos y el gobierno"?

Hemos hablado, al recordar el cuadragésimo aniversario de la liberación de los campesinos (núm. 3), de que es necesario llevar la lucha de clases al campo; hemos mostrado, a propósito del informe secreto de Witte (núm. 4), que la administración autónoma local y la autocracia son inconciliables; hemos atacado el feudalismo de los terratenientes del gobierno, al comentar la nueva ley (núm. 8), y hemos aplaudido el congreso ilegal de los zemstvos, alentando a los miembros y defensores de estos últimos a abandonar las peticiones humillantes y pasar a la lucha; hemos estimulado a los estudiantes, que empezaban a comprender la necesidad de la lucha política y pasaban a ella (núm. 3) y, al mismo tiempo, hemos fustigado la "bárbara incomprensión" de quienes propugnan el movimiento "exclusivamente universitario" y exhortan a los estudiantes a no participar en las manifestaciones callejeras (núm. 3, con motivo del llamamiento del Comité Ejecutivo de los Estudiantes de Moscú fechado el 25 de febrero); hemos denunciado los "sueños absurdos" y la "hipocresía falaz" de los astutos liberales del periódico *Rossía* (núm. 5) y, a la vez, hemos destacado la furiosa represión del gobierno carcelero "contra pacíficos literatos, contra viejos catedráticos y científicos, contra conocidos liberales de los zemstvos" (núm. 5: *Correría policíaca contra la literatura*); hemos revelado el verdadero sentido del programa "de patronato del Estado para mejorar las condiciones de vida de los obreros" y celebrado la "preciosa confesión" de que "más vale prevenir con reformas desde arriba las demandas de reformas desde abajo que esperar a esto último" (núm. 6); hemos animado (núm. 7) a los funcionarios de Estadística que protestan y condenado a los funcionario esquirolas (núm.). ¡Quienes ven en esta táctica una ofuscación de la conciencia de clase del proletariado y un *compromiso con el liberalismo* prueban que no comprenden en absoluto el verdadero sentido del programa del *Credo* y, de facto, aplican precisamente este programa, por mucho que lo repudien! Porque, por eso mismo, arrastran ala socialdemocracia a "la lucha económica contra los patronos y el gobierno" y se rinden ante *el liberalismo*, renunciando a intervenir de manera activa en cada problema "liberal" y a fijar frente a él su *propia* actitud, su actitud socialdemócrata.

f. Una vez más "calumniadores", una vez más "embaucadores"

Como recordará el lector, estas amables palabras son de *R. Dielo*, que replica así a nuestra acusación de "haber preparado indirectamente el terreno para convertir el movimiento obrero en un instrumento de la democracia burguesa". En su simplicidad, *Rab. Dielo* ha decidido que esta acusación o es otra cosa que una argucia polémica. Como si dijera: estos malignos dogmáticos han resuelto decirnos toda clase de cosas desagradables ¿y qué pude haber más desagradable que ser instrumento de la democracia burguesa? Y se publica en negrilla un "mentís": "una calumnia patente" (*Dos congresos*, Pág. 30), "un embaucamiento" (Pág. 31), "una mascarada" (Pág. 33). Como Júpiter, *Rab. Dielo* (aunque se parece poco a Júpiter) se enfada precisamente porque no tiene razón, demostrando con sus insultos precipitados que es incapaz de seguir el hilo de los pensamientos de sus adversarios. Y sin embargo, no hace falta reflexionar mucho para comprender por qué *todo* culto a la espontaneidad del movimiento de masas, *todo* rebajamiento de la política socialdemócrata al nivel de la política tradeunionista significa precisamente preparar el terreno para convertir el movimiento obrero en un instrumento de la democracia burguesa. El movimiento obrero espontáneo sólo puede crear por sí mismo el tradeunionismo (y lo crea de

manera inevitables), y la política tradeunionista de la clase obrera no es otra cosa que la política burguesa de la clase obrera. La participación de la clase obrera en la lucha política, e incluso en la revolución política, en modo alguno convierte aún su política en una política socialdemócrata. ¿Se le ocurrirá a *R. Dielo* negar esto? ¿Se le ocurrirá, al fin, exponer ante todo el mundo, sin ambages ni rodeos, el concepto que tiene de los problemas candentes de la socialdemocracia internacional y rusa? ¡Oh, no! Jamás se le ocurrirá nada semejante, pues se aferra al recurso de "hacerse el ausente": Ni soy quien soy, ni sé ni quiero saber nada del asunto. Nosotros no somos "economistas", *Rab. Mysl* no es "economismo", en general, en Rusia no hay "economismo". Es un recurso muy hábil y "político", pero tiene un pequeño inconveniente: a los órganos de prensa que lo practican se les suele poner el mote de "¿En qué puedo servirle?"

Rab. Dielo cree que, en general, la democracia burguesa en Rusia es una "quimera" (*Dos congresos*, Pág. 32)(*18) ¡Qué felices son! Como el avestruz, esconden la cabeza bajo el ala y se imaginan que con ello han hecho desaparecer todo lo que les rodea. La serie de publicistas liberales que anuncian triunfalmente cada mes el desmoronamiento e incluso la desaparición del marxismo; la serie de periódicos liberales *Sankt-Petersburgskie Viédomosti*, *Russkie Viédomosti* y otros muchos) dedicados a estimular a los liberales que llevan a los obreros una concepción brentaniana de la lucha de clases y una concepción tradeunionista de la política; la pléyade de críticos del marxismo, cuyas verdaderas tendencias han puesto tan bien al descubierto el Credo y cuya mercancía literaria es la única que circula por Rusia sin impuestos ni aranceles; la reanimación de las tendencias revolucionarias no socialdemócratas, sobre todo después de los sucesos de febrero y marzo; ¡todo eso, por lo visto, es una quimera! ¡Todo eso no tiene en absoluto nada que ver con la democracia burguesa!

Rab. Dielo y los autores de la carta "economista" aparecida en el núm. 12 de *Iskra* deberían "pensar en cuál es la causa de que estos sucesos de la primavera haya suscitado una reanimación o socialdemócratas, en lugar de fortalecer la autoridad y el prestigio de la socialdemocracia". La causa es que no hemos estado a la altura de nuestra misión, que la actividad de las masas obreras ha sido superior a la nuestra, que no hemos tenido dirigentes y organizadores revolucionarios preparados en grado suficiente, que conocieran a la perfección el estado de ánimo de todos sectores opositoristas y supieran ponerse a la cabeza del movimiento, transformar una manifestación espontánea en una manifestación política, ampliar su carácter político, etc. en estas condiciones, nuestro atraso seguirá siendo aprovechado de manera inevitable por los revolucionarios no socialdemócratas más dinámicos y más enérgicos; y los obreros, por grandes que sean su abnegación y su energía en la lucha con la policía y con las tropas, por muy revolucionaria que sea su actuación, no pasarán de ser una fuerza que apoye a esos revolucionarios, serán la retaguardia de la democracia burguesa y no la vanguardia socialdemócrata. Tomemos el caso de la socialdemocracia alemana, de la que nuestros "economistas" quieren imitar sólo los lados débiles. ¿Por qué no se produce en Alemania *ni un solo* suceso político sin que contribuya a aumentar más y más la autoridad y el prestigio de la socialdemocracia? Pues porque la socialdemocracia es siempre la primera en la apreciación más revolucionaria de cada suceso, en la defensa de toda protesta contra la arbitrariedad. No se adormece con la consideración de que la lucha económica incitará a los obreros a pensar en su falta de derechos y de que las condiciones empujan fatalmente el movimiento obrero al camino revolucionario. Interviene en todos los aspectos y en todos los problemas de la vida social y política: cuando Guillermo se niega a ratificar el nombramiento de un alcalde progresista burgués (¡nuestros "economistas" no han tenido tiempo aún de explicar a los alemanes que esto es, en el fondo, un compromiso con el liberalismo!); cuando se

dicta una ley contra las obras y estampas "inmorales"; cuando el gobierno influye para que sean elegidos determinados profesores, etc., etc. La socialdemocracia está siempre en primera línea, excitando el descontento político en todas las clases, despertando a los dormidos, espoleando a los rezagados y proporcionando hechos y datos de todo género para desarrollar la conciencia política y la actividad política del proletariado. Y el resultado de todo eso es que hasta los enemigos conscientes del socialismo sienten respeto por el luchador político de vanguardia, y no es raro que un documento importante, no sólo de los medios burgueses, sino incluso de las esferas burocráticas y palaciegas, vaya a parar por una especie de milagro al despacho de la redacción de Vorwärts.

Ahí está la clave de la aparente "contradicción", la cual rebasa tanto la capacidad de comprensión de *Rab. Dielo* que la revista se limita a levantar las manos al cielo clamando: "¡Mascarada!" En efecto, ¡figúrense ustedes: nosotros, *Rab. Dielo*, colocamos *en primer plano* el movimiento obrero *de masas* (¡y lo imprimimos en negrilla!), prevenimos a todos y a cada uno contra el peligro de disminuir la importancia del elemento espontáneo, queremos dar un carácter político a la misma, *a la mismísima* lucha económica, queremos mantener un contacto estrecho y orgánico con la lucha proletaria! Y después de eso se nos dice que preparamos el terreno para convertir el movimiento obrero en un instrumento de la democracia burguesa. ¿Y quién nos lo dice? ¡Hombres que llegan a un "compromiso" con el liberalismo, interviniendo en todos los problemas "liberales" (¡qué incompreensión del "contacto orgánico con la lucha proletaria"!) y dedicando tanto atención a los estudiantes e incluso (¡qué horror!) a la gente de los zemstvos! ¡Hombres que, en general, quieren consagrar una parte mayor de sus fuerzas (en comparación con los "economistas") a la actividad entre las clases no proletarias de la población! ¿No es eso, acaso, una "mascarada"?

¡Pobre *Rab. Dielo*! ¿Llegará alguna vez a desentrañar el secreto de esta treta?

NOTAS DEL CAPITULO III

* Advertimos, para evitar equívocos, que en la exposición que sigue entendemos por lucha económica (según el uso arraigado entre nosotros) la "lucha económica práctica" que Engels denominó, en la cita reproducida antes, "resistencia a los capitalistas" y que en los países libres se llama lucha gremial, sindical o tradeunionista.

** En este capítulo hablamos únicamente de la lucha política, de su concepción más amplia o más estrecha. Por eso señalaremos sólo de paso, como un simple hecho curioso, la acusación lanzada por *Rab. Dielo* contra *Iskra* de "moderación excesiva" con respecto a la lucha económica (*Dos congresos*, Pág. 27; acusación repetida con machaconería por Martínov en su folleto *La socialdemocracia y la clase obrera*). Si los señores acusadores midieran por puds o por pliegos de imprenta (como gustan de hacerlo) la sección de *Iskra* dedicada a la lucha económica durante el año y la compararan con la misma sección de *R. Dielo* y *R. Mysl* juntos, verían fácilmente que, incluso en este sentido, están atrasados. Es evidente que el conocer esta sencilla verdad les obliga a recurrir a argumentos que demuestran con claridad su confusión. "*Iskra* –escriben-, quiéralo o no (¡), tiene (¡) que tomar en consideración las demandas imperiosas de la vida y publicar, por lo menos (¡!), cartas sobre el movimiento obrero" (*Dos congresos*, Pág. 27). ¡Menudo argumento para hacernos trizas!

*** Decimos "en general" porque en *Rab. Dielo* se trata precisamente de los principios generales y de las tareas generales de todo el partido. Es indudable que en la práctica se dan casos en que la política *debe*, efectivamente, seguir a la economía; pero sólo "economistas" pueden decir eso en una resolución para toda Rusia. Porque hay también casos en que "desde el comienzo mismo" *se puede* hacer agitación política "únicamente en el terreno económico", puede hacer agitación política "únicamente en el terreno económicos", pese a lo cual *Rab. Dielo* ha llegado, por fin, a la conclusión de que "no hay ninguna necesidad" de ello (*Dos congresos*, Pág. 11). En el capítulo siguiente probaremos que la táctica de los "políticos" y de los revolucionarios, lejos de desconocer las tareas tradeunionistas de la socialdemocracia, es, por el contrario, la única que asegura su cumplimiento consecuente.

**** Expresiones textuales del folleto *Dos congresos*, Pág. 31,32, 28 y 30.

***** *Dos congresos*, Pág. 32.

***** *Rab. Dielo*, núm. 10, Pág. 60. Así aplica Martínov al estado caótico de nuestro movimiento en la actualidad la tesis de que "cada paso de movimiento real es más importante que una docena de programas", cuya aplicación hemos analizado ya antes. En el fondo, eso no es sino una traducción al ruso de la célebre frase de Bernstein: "el movimiento lo es todo; el objetivo final, nada".

***** Partidarios de *Rabócheie Dielo*. (*N. de la Edit.*)

***** Pág. 43: "Desde luego, si recomendamos a los obreros que presenten determinadas reivindicaciones económicas al gobierno, lo hacemos porque el gobierno autocrático está dispuesto, por necesidad, a hacer ciertas concesiones en el *terreno económico*".

(*11) La exigencia de "dar a la lucha económica misma un carácter político" es la manifestación más patente del *culto a la espontaneidad* en la actividad política. La lucha económica adquiere a menudo un carácter político *de manera espontánea*, es decir, sin la intervención de los "intelectuales", que son el "bacilo revolucionario", sin la intervención de los socialdemócratas conscientes. Por ejemplo, la lucha económica de los obreros en Inglaterra adquirió también un carácter político sin participación alguna de los socialistas. Ahora bien, la tarea de los socialdemócratas no se limita a la agitación política en el terreno económico: su tarea es transformar esa política tradeunionista en lucha política socialdemócrata, aprovechar los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en los obreros para elevar a éstos al nivel de conciencia política *socialdemócrata*. Pero los Martínov, en vez de elevar e impulsar la conciencia política que se despierta de manera espontánea, *se prosternan ante la espontaneidad* y repiten con machaconería, hasta dar náuseas, que la lucha económica "incita" a los obreros a pensar en su falta de derechos políticos. ¡Es de lamentar, señores, que este despertar espontáneo de la conciencia política tradeunionista no les "incite" a ustedes mismos a pensar en sus tareas socialdemócratas!

(*12) Para confirmar que todo este discurso de los obreros a los "economistas" no es una invención gratuita nuestra, nos remitiremos a dos testigos que, sin duda, conocen el movimiento obrero directamente y no se inclinan, ni mucho menos, a ser parciales con nosotros, los "dogmáticos", pues uno de ellos es un "economista" (¡que considera incluso a *Rabócheie Dielo* un órgano político!) y el otro, un terrorista. El primer testigo es el autor de un artículo, notable por su veracidad y viveza, publicado en el núm. 6 de *Rab. D.* con el título *El movimiento obrero de San Petersburgo y las tareas prácticas de la socialdemocracia*. Divide a los obreros en: 1) revolucionarios conscientes; 2) sector intermedio, y 3) el resto de la masa. Y resulta que el sector intermedio "a menudo se interesa más por los problemas de la vida política que por sus intereses económicos inmediatos cuya relación con las condiciones sociales generales ha sido comprendida hace ya mucho"... *Rab. Mysl* es "criticado con dureza": "siempre lo mismo, hace mucho que lo sabemos, hace mucho que lo leímos", "tampoco esta vez hay nada nuevo en la crónica política" (Pág. 30-31). Pero incluso el tercer sector, "la masa obrera más sensible, más joven, menos corrompida por la taberna y por la iglesia, que casi nunca tiene posibilidad de conseguir un libro de contenido político, habla a diestro y siniestro de los fenómenos de la vida política y reflexiona sobre las noticias fragmentarias acerca de un motín de estudiantes", etc. Y el terrorista escribe: "... Leen un par de veces unas líneas dedicadas a minucias de la vida de las fábricas en ciudades que no son las suyas y luego dejar de leer... Les aburre... No hablar en un periódico obrero sobre el Estado... significa imaginarse que el obrero es un niño pequeño... El obrero no es un niño" (*Svoboda*, ed. del Grupo Revolucionario-Socialista, Pág. 69-70)

(*13) Martínov "se imagina otro dilema más real (¿)" (*La socialdemocracia y la clase obrera*, Pág. 19): "O la socialdemocracia sume la dirección inmediata de la lucha económica del proletariado y, con ello (¿), la transforma en lucha revolucionaria de clase"... "Con ello", es decir, al parecer, con la dirección inmediata de la lucha económica. Que nos indique Martínov dónde se ha visto que, por el *único y solo* hecho de dirigir la lucha sindical, se haya logrado transformar el movimiento tradeunionista en movimiento revolucionario de clase. ¿No caerá en la cuenta de que, para realizar esta "transformación", debemos asumir activamente la "dirección inmediata" de la agitación política *omnímoda*?... "O bien otra perspectiva: La socialdemocracia abandona la dirección de la lucha económica de los obreros y, con ello..., se corta las alas"... Según el juicio de *Rab. Dielo*, antes citado, es *Iskra* la que "abandona". Pero hemos

visto que *Iskra* hace para dirigir la lucha económica *mucho más que "Rab. Dielo"* y, por añadidura, no se limita a eso ni restringe, en nombre de eso, sus tareas políticas.

(*14) Se trata de la primavera de 1901, en la que comenzaron grandes manifestaciones en las calles. (Nota de Lenin para la edición de 1907. –*N. de la Edit.*)

(*15) Por ejemplo, durante la guerra franco-prusiana, Liebknecht dictó un programa de acción para toda la democracia, cosa que Marx y Engels hicieron en mayor escala en 1848.

(*16) La falta de espacio nos ha impedido responder circunstancialmente en *Iskra* a esta carta, tan típica de los "economistas". Su aparición nos causó verdadero júbilo, pues hacía ya mucho que llegaban hasta nosotros, desde los lados más diversos, dimes y diretes acerca de que *Iskra* carecía de un consecuente punto de vista de clase, y sólo esperábamos una ocasión propicia, o la expresión cristalizada de esta acusación en boga, para darle una respuesta. Y tenemos por costumbre contestar a los ataques no con la defensiva, sino con contraataques.

(*17) Y durante el período comprendido entre estos artículos, se ha publicado (*Iskra*, núm. 3) otro dedicado especialmente a los antagonismos de clase en el campo.

(*18) Y a renglón seguido se alude a "las condiciones concretas rusas, que empujan falsamente el movimiento obrero al camino revolucionario". ¡No se quiere comprender que el camino revolucionario del movimiento obrero puede no ser aún el camino socialdemócrata! Bajo el absolutismo, toda la burguesía de Europa Occidental "empujaba", empujaba conscientemente a los obreros al camino revolucionario. Pero los socialdemócratas no podemos contentarnos con eso. Y si rebajamos de una u otra forma la política socialdemócrata al nivel de la política espontánea, de la política tradeunionista, con ello precisamente haremos el juego a la democracia burguesa.

CAPITULO IV

EL PRIMITIVISMO EN EL TRABAJO DE LOS ECONOMISTAS Y LA ORGANIZACIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS

Las afirmaciones de *Rab. Dielo*, antes analizadas, de que la lucha económica es el medio de agitación política más ampliamente aplicable, de que nuestra tarea consiste ahora en dar a la lucha económica misma un carácter político, etc., demuestran que se tiene una noción estrecha no sólo de nuestras tareas políticas, sino también de las *de organización*. Para sostener la "lucha económica contra los patronos y el gobierno" es innecesaria en absoluto una organización centralizada de toda Rusia "que, por ello mismo, no puede formarse en el curso de semejante lucha" que agrupe en un solo impulso común todas las manifestaciones de oposición política, de protesta y de indignación; una organización formada por revolucionarios profesionales y dirigida por verdaderos líderes políticos de todo el pueblo. Y se comprende. La estructura de cualquier organismo está determinada, de modo natural e inevitable, por el contenido de la actividad de dicho organismo. De ahí que *Rab. Dielo*, con las afirmaciones que hemos examinado anteriormente, consagre y legitime, no sólo la estrechez de la actividad política, sino también la estrechez de la labor de organización. Y en este caso, como siempre, es un órgano de prensa cuya conciencia cede ante la espontaneidad. Sin embargo, el culto a las formas de organización espontáneas, la incompreensión de cuán estrecha y primitiva es nuestra labor de organización, de hasta qué punto somos todavía unos "artesanos" en un terreno tan importante, esta incompreensión, digo yo, es una verdadera enfermedad propia de la decadencia, sino una enfermedad debida al crecimiento. Pero precisamente ahora, cuando la ola de la indignación espontánea nos azota, por decirlo así, a nosotros como dirigentes y organizadores del movimiento, es necesaria en grado sumo la lucha más intransigente contra toda defensa del atraso, contra toda legitimación de la estrechez de miras en este sentido; es necesario en grado sumo despertar, en cuantos toman parte o se proponen tomar parte en la labor práctica, el descontento por los *métodos primitivos de trabajo* que predominan entre nosotros y la decisión inquebrantable de desembarazarnos de ellos.

a) ¿Qué es el primitivismo en el trabajo?

Intentemos responder a esta pregunta trazando un pequeño cuadro de la actividad de un círculo socialdemócrata típico de los años comprendidos entre 1894 y 1901. Hemos aludido ya a la propensión general de la juventud estudiantil de aquél período hacia el marxismo. Claro que esta propensión no era sólo, e incluso no tanto, hacia el marxismo en calidad de teoría como en calidad de respuesta a la pregunta "¿Qué hacer?", de llamamiento a emprender la campaña contra el enemigo. Y los nuevos guerreros iban a la campaña con un equipo y una preparación primitivos en extremo. En muchísimos casos carecían casi por completo hasta de equipo y no tenían absolutamente ninguna preparación. Iban a la guerra como verdaderos labradores, sin más pertrecho que un garrote en la mano. Falto de todo contacto con los viejos dirigentes del movimiento, falto de toda ligazón con los círculos de otros lugares o hasta de otros puntos de la ciudad (o de otros centros de enseñanza), sin organización alguna de las diferentes partes de la labor revolucionaria, sin ningún plan sistematizado de acción para un período más o menos prolongado, un círculo de estudiantes se ponen en contacto con obreros y empieza a trabajar. Despliega paso a paso una agitación y una propaganda cada vez más vastas, y con su actuación se gana las simpatías de sectores obreros bastante amplios, así como de una parte de la

sociedad instruida, que proporciona dinero y pone a disposición del "comité" nuevos y nuevos grupos de jóvenes. Crece el prestigio del comité (o unión de lucha) y aumenta su actividad, que se amplía de un modo espontáneo por completo: las mismas personas que hace un año o unos cuantos meses intervenían en círculos de estudiantes y resolvían el problema de "¿a dónde ir?", que entablaban y mantenían relaciones con los obreros, redactaban e imprimían octavillas, se ponen en contacto con otros grupos de revolucionarios, consiguen publicaciones, emprenden la edición de un periódico local, empiezan a hablar de organizar una manifestación y, por fin, pasan a operaciones militares abiertas (que pueden ser, según las circunstancias, la primera hoja de agitación, el primer número del periódico o la primera manifestación). Y por lo general, en cuanto se inician estas operaciones, se produce un fracaso inmediato y completo. Inmediato y completo precisamente porque dichas operaciones militares no son el resultado de un plan sistemático, bien meditado y preparado poco a poco, de una lucha larga y tenaz, sino sencillamente el crecimiento espontáneo de una labor de círculo efectuada de acuerdo con la tradición. Porque la policía, como es natural, conoce casi siempre a todos los dirigentes principales del movimiento local, que se han "acreditado" ya en las aulas universitarias, y sólo espera el momento más propicio para hacer la redada, consistiendo adrede que el círculo se extienda y se desarrolle en grado suficiente para contar con un *corpus delicti* palpable, y dejando cada vez intencionadamente unas cuantas personas, de ella conocidas, "como semilla" (expresión técnica que emplean, según mis noticias, tanto los nuestros como los gendarmes). Es forzoso comparar semejante guerra con una campaña de bandas de campesinos armados de garrotes contra un ejército moderno. Y es de admirar la vitalidad de un movimiento que se ha extendido, crecido y conquistado victorias pese a la completa falta de preparación de los combatientes. Es cierto que, desde le punto de vista histórico, el carácter primitivo del equipo era al principio no sólo inevitable, sino *incluso legítimo*, como una de las condiciones que permitía atraer a gran número de combatientes. Pero en cuanto empezaron las operaciones militares serias (y empezaron ya, en realidad, con las huelgas del verano de 1896), las deficiencias de nuestra organización de combate se hicieron sentir cada vez más. El gobierno se desconcertó al principio y cometió una serie de errores (por ejemplo, contar a la opinión pública monstruosidades de los socialistas o deportar a obreros de las capitales a centros industriales de provincias), pero no tardó en adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha y supo colocar en los lugares adecuados sus destacamentos de provocadores, espías y gendarmes, pertrechados con todos los medios modernos. Las redadas se hicieron tan frecuentes, abarcaron a un número tan grande de personas y barrieron los círculos locales hasta el punto de que la masa obrera quedó lo que se dice sin dirigentes, y el movimiento adquirió un carácter esporádico increíble, siendo imposible en absoluto establecer continuidad ni conexión alguna en el trabajo. El pasmoso fraccionamiento de los militantes locales, la composición fortuita de los círculos, la falta de preparación y la estrechez de horizontes en el terreno de los problemas teóricos, políticos y orgánicos eran consecuencia inevitable de las condiciones descritas. Las cosas han llegado al extremo de que, en algunos lugares, los obreros, a causa de nuestra falta de firmeza y de hábitos de lucha clandestina, desconfían de los intelectuales y se apartan de ellos: ¡los intelectuales, dicen, originan fracasos por su acción demasiado irreflexiva!

Cuantos conozcan, por poco que sea, el movimiento saben que todos los socialdemócratas reflexivos perciben, al fin, que el primitivismo en el trabajo es una enfermedad. Mas para que no crea el lector no iniciado que "construimos" con artificio, una fase especial o una enfermedad peculiar del movimiento, nos remitiremos al testigo ya citado. Que se nos disculpe la extensión de la cita.

“Si el paso gradual a una actividad práctica más amplia –escribe B-v [1] en el número 6 de *Rab. Dielo-*, paso que depende directamente del período general de transición por que atraviesa el movimiento obrero ruso, es un rasgo característico..., existe otro rasgo no menos interesante en el mecanismo general de la revolución obrera rusa. Nos referimos a la escasez general de fuerzas revolucionarias aptas para la acción [2], que se deja sentir no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia. A la par con la intensificación general del movimiento obrero, con el desarrollo general de la masa obrera, con la creciente frecuencia de las huelgas y con la lucha de masas de los obreros, cada día más abierta –lo que recrudece las persecuciones gubernamentales, las detenciones, los destierros y las deportaciones -, *se hace más y más patente esta escasez de fuerzas revolucionarias de alta calidad y, sin duda, no deja de influir en la profundidad y el carácter general del movimiento.* Muchas huelgas transcurren sin una influencia enérgica y directa de las organizaciones revolucionarias..., se deja sentir la escasez de hojas de agitación y de publicaciones clandestinas... los círculos obreros se quedan sin agitadores... Al mismo tiempo se deja notar la falta constante de dinero. En una palabra, *el crecimiento del movimiento obrero rebasa al crecimiento y al desarrollo de las organizaciones revolucionarias.* Los efectivos de revolucionarios activos resultan demasiado insignificantes para concentrar en sus manos la influencia sobre toda la masa obrera en efervescencia y para dar a todos los disturbios aunque sea un asomo de armonía y organización... Los círculos y los revolucionarios no están unidos, no están agrupados, no constituyen una organización única, fuerte y disciplinada, con partes metódicamente desarrolladas”... Y después de hacer constar que el surgimiento inmediato de nuevos círculos en lugar de los aniquilados “demuestra tan sólo la vitalidad del movimiento..., pero no prueba que exista una cantidad suficiente de militantes revolucionarios plenamente aptos”, el autor concluye: “La falta de preparación práctica de los revolucionarios petersburgueses se refleja también en los resultados de su labor. Los últimos procesos, y en particular los de los grupos Autoemancipación y Lucha del Trabajo contra el Capital [3], han demostrado claramente que un agitador joven que no conozca al detalle las condiciones del trabajo y, por consiguiente, de la agitación en una fábrica determinada, que no conozca los principios de la clandestinidad y que sólo haya asimilado” (¿asimilado?) “las ideas generales de la socialdemocracia, puede trabajar unos cuatro, cinco o seis meses. Luego viene la detención, que muchas veces acarrea el aniquilamiento de toda la organización o, por lo menos de una parte de ella. Cabe preguntar: ¿puede un grupo actuar con éxito, con fruto, cuando su existencia está limitada a unos cuantos meses? Es evidente que los defectos de las organizaciones existentes no pueden atribuirse por entero al período de transición...; es evidente que la cantidad y, sobre todo, la calidad de los componentes de las organizaciones activas desempeñan aquí un papel de no escasa importancia, y la tarea primordial de nuestros socialdemócratas... debe consistir *en unificar realmente las organizaciones con una selección rigurosa de sus miembros*”.

b) El primitivismo en el trabajo y el economismo

Debemos analizar ahora una cuestión que, sin duda, se plantean ya los lectores: ¿puede establecerse una relación entre el primitivismo en el trabajo, como enfermedad de crecimiento que afecta a *todo* el movimiento, y el “economismo”, como una tendencia de la socialdemocracia rusa? Creemos que sí. La falta de preparación práctica y la falta de habilidad en la labor de organización son, en efecto, cosas comunes a *todos nosotros*, incluso a quienes desde el primer momento han sustentado con firmeza el punto de vista del marxismo revolucionario. Y es cierto que nadie podría culpar de esta falta de preparación, por sí sola, a los militantes dedicados a la labor práctica. Pero, además de la falta de preparación, el concepto “primitivismo en el

trabajo" implica también otra cosa: el reducido alcance de toda la actividad revolucionaria en general, la incompreensión de que con esta labor estrecha es imposible constituir una buena organización de revolucionarios y, por último –y eso es lo principal –, las tentativas de justificar esta estrechez y erigirla en una "teoría" particular, es decir, el culto a la espontaneidad también en este terreno. En cuanto se manifestaron tales tentativas se manifestaron en dos direcciones. Unos empezaron a decir: la propia masa obrera no ha planteado aún tareas políticas tan amplias y combativas como las que quieren "imponerle" los revolucionarios, debe luchar todavía por reivindicaciones políticas inmediatas, sostener "la lucha económica contra los patronos y el gobierno" [4] (y a esta lucha "accesible" al movimiento de masas corresponde, como es natural, una organización "accesible" incluso a la juventud menos preparada). Otros, alejados de toda "gradación", comenzaron a decir: se puede y se debe "hacer la revolución política", mas para eso no hay necesidad alguna de crear una fuerte organización de revolucionarios que eduque al proletariado en una lucha firme y tenaz; para eso basta con que empuñemos todos el garrote ya conocido y "asequible". Hablando sin alegorías: que organicemos la huelga general [5]; o que estimulemos el "indolente" desarrollo del movimiento obrero por medio del "terrorismo excitante" [6]. Ambas tendencias, los oportunistas y los "revolucionistas", capitulan ante el primitivismo imperante en el trabajo, no confían en que sea posible desembarazarse de él, no comprenden nuestra primera y más urgente tarea práctica: crear una organización de revolucionarios capaz de asegurar a la lucha política energía, firmeza y continuidad.

Acabamos de citar las palabras de B-v: "El crecimiento del movimiento obrero rebasa el crecimiento y el desarrollo de las organizaciones revolucionarias". Esta "valiosa noticia de un observador directo" (comentario de la redacción de *Rabócheie Dielo* al artículo de B-v) tiene para nosotros un doble valor. Demuestra que teníamos razón al considerar que la causa fundamental de la crisis por que atraviesa en la actualidad la socialdemocracia rusa está en el atraso de los dirigentes ("ideólogos", revolucionarios, socialdemócratas) respecto al *movimiento ascensional espontáneo de las masas*. Demuestra que todas esas disquisiciones de los autores de la carta "economista" (en el núm. 12 de *Iskra*), de B. Krichevski y Martínov, sobre el peligro de disminuir la importancia del elemento espontáneo, la monótona lucha cotidiana, la táctica-proceso, etc., son precisamente una defensa y una exaltación del primitivismo en el trabajo. Esos hombres, que no pueden pronunciar la palabra "teórico" sin una mueca de desprecio y que llaman "intuición de la vida" a su prosternación ante la falta de preparación para la vida y ante el desarrollo insuficiente, demuestran de hecho que no comprenden nuestras tareas *prácticas* más imperiosas. Gritan a quienes se han rezagado: "¡Seguid el paso! ¡No os adelantéis!" Y a quienes adolecen de falta de energía y de iniciativa en la labor de organización, de falta de "planes" para organizar las cosas con amplitud y valentía ¡les hablan de la "táctica-proceso"! Nuestro pecado capital consiste en *rebajar* nuestras tareas políticas y *orgánicas* al nivel de los intereses inmediatos, "palpables", "concretos" de la lucha económica cotidiana, pero siguen cantándonos; ¡hay que imprimir a la lucha económica misma un carácter político! Repetimos: eso es literalmente la misma "intuición de la vida" que demostraba poseer el personaje de la épica popular que gritaba al paso de un entierro: "¡Ojalá tengáis siempre uno que llevar!"

Recuerden la incomparable presunción, verdaderamente digna de Narciso, con que esos sabios aleccionaban a Plejánov: "A los *círculos* obreros les son inaccesibles en general (*¡sic!*) las tareas políticas en el sentido real, *práctico* de esa palabra, es decir, en el sentido de una lucha *práctica*, conveniente y eficaz, por reivindicaciones políticas" (*Respuesta de la redacción de "R.D."*, Pág. 24). ¡Hay círculos

y círculos, señores! Desde luego, a un círculo de "artesanos" le son inaccesibles las tareas políticas, mientras esos artesanos no comprendan el primitivismo de su trabajo y no se desembaracen de él. Pero si, además, esos artesanos tienen apego a sus métodos, si escriben siempre en cursiva la palabra "práctico" y se imaginan que el practicismo exige de ellos que rebajen sus tareas al nivel de la comprensión de los sectores más atrasados de las masas, entonces, por supuesto, serán incorregibles y, en efecto, *las tareas políticas les serán inaccesibles en general*. Pero a un círculo de adalides como Alexéiev y Myshkin, Jaulturin y Zheliábov les son accesibles las tareas políticas en el sentido más real, más práctico, de la palabra. Y les son accesibles precisamente por cuanto sus fogosos discursos encuentran eco en la masa que se despierta espontáneamente; por cuanto su impetuosa energía es secundada y apoyada por la energía de la clase revolucionaria. Plejánov tenía mil veces razón no sólo cuando indicó cuál era esta clase revolucionaria, no sólo cuando demostró que su despertar espontáneo era inevitable e ineludible, sino también cuando incluso señaló a los "círculos obreros" una tarea política grande y sublime. Y ustedes invocan el movimiento de masas, surgido desde entonces, para *rebajar* esa tarea, para *reducir* la energía y el alcance de la actividad de los "círculos obreros". ¿Qué es esto sino apego del artesano a sus métodos? Se vanaglorian de su espíritu práctico y no ven el hecho conocido de todo militante ruso entregado a la labor práctica: que milagros puede hacer en la obra revolucionaria la energía no sólo de un círculo, sino incluso de un individuo. ¿O creen que en nuestro movimiento no pueden existir adalides como los que existieron en los años 70? ¿Por qué razón? ¿Por qué estamos poco preparados? ¡Pero nos preparamos, nos seguiremos preparando y llegaremos a estar preparados! Es cierto que, por desgracia, en agua estancada de la "lucha económica contra los patronos y el gobierno" se ha criado entre nosotros verdín: han aparecido personas que se postran ante la espontaneidad y contemplan con unción (como dice Plejánov) "la parte trasera" del proletariado ruso. Sin embargo, sabremos limpiarnos ese verdín. Es ahora precisamente cuando el revolucionario ruso, guiándose por una teoría verdaderamente revolucionaria y apoyándose en una clase verdaderamente revolucionaria que despierta de manera espontánea, puede al fin -¡al fin! - alzarse cuan alto es y desplegar todas sus fuerzas de gigante. Para ello sólo hace falta que entre la masa de militantes dedicados a la actividad práctica -y entre la masa, mayor aún, de quienes sueñan con la práctica ya desde el banco de la escuela - sea acogido con burla y desprecio todo intento de rebajar nuestras tareas políticas y el alcance de nuestra labor de organización. ¡Y lo conseguiremos, señores, pueden estar seguros de ello!

En el artículo *¿Por dónde empezar?* he escrito contra *Rabócheie Dielo*: "En veinticuatro horas se puede cambiar de táctica en la agitación respecto a algún problema especial, se puede cambiar de táctica en la realización de algún detalle de organización del partido; pero cambiar, no digamos en veinticuatro horas, sino incluso en veinticuatro meses de criterio acerca de si hace falta en general, siempre y en absoluto una organización combativa y una agitación política entre las masas es cosa que sólo pueden hacer personas sin principios"*. *Rabócheie Dielo* contesta: "Esta acusación de *Iskra*, la única que pretende estar basada en hechos, carece de todo fundamento. Los lectores de *R. Dielo* saben muy bien que nosotros, desde el comienzo mismo, no sólo hemos exhortado a la agitación política, sin esperar a que apareciera *Iskra*..." (diciendo al paso que, no ya a los círculos obrero, "ni aun siquiera al movimiento obrero de masas se le puede plantear como primera tarea política la de derribar el absolutismo", sino únicamente la lucha por reivindicaciones políticas inmediatas, y que "las reivindicaciones políticas inmediatas se hacen accesibles a las masas después de una o, en todo caso, de varias huelgas")..., "sino que, con nuestras publicaciones hemos proporcionado desde el extranjero a los camaradas que actúan en

Rusia los únicos materiales de agitación política socialdemócrata..." (y en estos materiales no sólo han practicado con la mayor amplitud la agitación política exclusivamente en el terreno de la lucha económica, sino que han llegado, por fin, a la conclusión de que esta agitación limitada es "la que se puede aplicar con la mayor amplitud". ¿Y no advierten ustedes, señores, que su argumentación demuestra precisamente la necesidad de que apareciera *Iskra* –en vista del carácter de esos materiales únicos – y la necesidad de la lucha de *Iskra* contra *Rabócheie Dielo*?)... "Por otra parte, nuestra actividad editorial preparaba en la práctica la unidad táctica del partido..." (¿la unidad de convicción de que la táctica es un proceso de crecimiento de las tareas del partido, las cuales crecen junto con éste? ¡Valiente unidad!)... "y, con ello, la posibilidad de crear una "organización de combate" para cuya formación ha hecho la Unión todo lo que está al alcance de una organización residente en el extranjero" (R. D. núm. 10, Pág. 15). ¡Vano intento de salir del paso! Jamás se me ha ocurrido negar que han hecho ustedes todo lo que estaba a su alcance. Lo que yo he afirmado y afirmo es que los límites de lo "accesible" para ustedes se restringen por la miopía de sus concepciones. Es ridículo hablar de "organizaciones de combate" para luchar por "reivindicaciones políticas inmediatas" o para "la lucha económica contra los patronos y el gobierno".

Pero si el lector quiere ver perlas de enamoramiento "económico" de los métodos primitivos, tendrá que pasar, como es lógico, del ecléctico y vacilante *Rab. Dielo* al consecuente y decidido *Rab. Mysl.* "Dos palabras ahora sobre la llamada intelectualidad revolucionaria –escribía R. M. En el *Suplemento especial*, Pág. 13- . es cierto que más de una vez ha demostrado en la práctica que está totalmente dispuesta a "entablar el combate decisivo contra el zarismo". Pero lo malo es que, perseguida de manera implacable por la policía política, nuestra intelectualidad revolucionaria tomaba esta lucha contra la policía política por una lucha política contra la autocracia. Por eso sigue aún sin encontrar respuesta a la pregunta de "dónde sacar fuerzas para luchar contra la autocracia".

¿Verdad que es incomparable este olímpico desprecio que siente por la lucha contra la policía un admirador (en el peor sentido de la palabra) del movimiento *espontáneo*? ¡¡Está dispuesto a *justificar* nuestra ineptitud para la actividad clandestina diciendo que, con el movimiento espontáneo de masas, no tiene importancia, en el fondo, la lucha contra la policía política!! Muy pocos, poquísimos suscribirán esta monstruosa conclusión: con tanto dolor siente todo el mundo las deficiencias de nuestras organizaciones revolucionarias. Pero si no la suscribe, por ejemplo, *Martínov*, es sólo porque no sabe o no tiene la valentía de reflexionar hasta el fin en sus propias tesis. En efecto, ¿acaso una "tarea" como la de que las masas planteen reivindicaciones concretas que prometan resultados palpables exige preocuparse de manera especial pro crear una organización de revolucionarios sólida, centralizada y combativa? ¿No cumple también esta "tarea" una masa que en modo alguno "lucha contra la policía política"? Más aún: ¿sería realizable esta tarea, si, además de un reducido número de dirigentes, no se encargaran de cumplirla también (en su inmensa mayoría) obreros que son *incapaces* en absoluto de "luchar contra la policía política"? Estos obreros, los hombres de medios de la masa, pueden dar pruebas de energía y abnegación gigantescas en una huelga, en la lucha contra la policía y las tropas en la calle, pueden *decidir* (y son los únicos que pueden), el desenlace de todo nuestro movimiento; pero precisamente la lucha contra la policía política exige cualidades especiales, exige revolucionarios *profesionales*. Y nosotros debemos preocuparnos no sólo de que las masas "planteen" reivindicaciones concretas, sino también de que la masa de obreros "destaque", en número cada vez mayor, a estos revolucionarios profesionales. Llegamos así al problema de las relaciones entre la organización de

revolucionarios profesionales y el movimiento puramente obrero. Este problema, poco reflejado en las publicaciones, nos ha ocupado a nosotros, los “políticos”, mucho tiempo en pláticas y discusiones con camaradas más o menos inclinados al “economismo”. Merece la pena que nos detengamos en él especialmente. Pero terminemos antes de ilustrar con otra cita nuestra tesis sobre la relación entre el primitivismo en el trabajo y el “economismo”.

“El grupo Emancipación del Trabajo –decía el señor N.N. en su *Respuesta [7]* (75) –exige que se luche directamente contra el gobierno, sin pensar dónde está la fuerza material necesaria pasa esa lucha ni indicar *qué caminos ha de seguir ésta*”. Y subrayando estas últimas palabras, el autor hace a propósito del término “caminos” la observación siguiente: “Esta circunstancia no puede explicarse por fines conspirativos, ya que en el programa no se trata de una conjura, *sino de un movimiento de masas*. Y las masas no pueden avanzar por caminos secretos. ¿Es posible, acaso, una huelga secreta? ¿Es posible celebrar en secreto una manifestación o presentar en secreto una petición?” *Vademécum*, Pág. 59). El autor ha abordado de lleno tanto la “fuerza material” (los organizadores de las huelgas y manifestaciones) como los “caminos” que debe seguir esta lucha; pero se ha quedado, sin embargo, confuso y perplejo, pues se “prosterna” ante el movimiento de masas, es decir, lo considera algo que nos *exime* de nuestra actividad revolucionaria, y no algo que debe alentar e *impulsar* nuestra actividad revolucionaria. Una huelga secreta es imposible para quienes participen en ella o tengan relación inmediata con ella. Pero para las masas de obreros rusos, esa huelga puede ser (y lo es en la mayoría de los casos) “secreta”, porque el gobierno se preocupará de cortar toda relación con los huelguistas, se preocupará de hacer imposible toda difusión de noticias sobre la huelga. Y aquí es necesaria la “lucha contra la policía política”, una lucha especial, una lucha que jamás podrá sostener activamente una masa tan amplia como la que participa en las huelgas. Esta lucha deben organizarla, “según todas las reglas del arte”, personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria. La organización de esta lucha no se ha hecho *menos necesaria* porque las masas se incorporen espontáneamente al movimiento. Al contrario: la organización se hace, por eso, *más necesaria*, pues nosotros, los socialistas, faltaríamos a nuestras obligaciones directas ante las masas si nos supiéramos impedir que la policía haga secreta (y si a veces no preparásemos nosotros mismos en secreto) cualquier huelga o manifestación. Y *sabremos* hacerlo precisamente porque las masas que despiertan espontáneamente *destacarán también* de su seno a más y más “revolucionarios profesionales” (siempre que no se nos ocurra invitar a los obreros, de diferentes maneras, al inmovilismo).

c) La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios

Si el concepto de “lucha económica contra los patronos y el gobierno” corresponde para una socialdemócrata al de lucha política, es natural esperar que el concepto de “organización de revolucionarios” corresponda más o menos al de “organización de obreros”. Y así ocurre, en efecto; de suerte que, al hablar de organización, resulta que hablamos literalmente en lenguas diferentes. Por ejemplo, recuerdo como si hubiera ocurrido hoy la conversación que sostuve en cierta ocasión con un “economista” bastante consecuente al que antes no conocía [8]. La conversación giraba en torno al folleto *¿Quién hará la revolución política?* Pronto convinimos en que el defecto principal de este folleto consistía en dar de lado el problema de la organización. Nos figurábamos estar ya de acuerdo, pero..., al seguir la conversación, resultó que hablábamos de cosas distintas. Mi interlocutor acusaba al autor de no tener en cuenta las cajas de resistencia, las sociedades de socorros

mutuos, etc.; yo en cambio, pensaba en la organización de revolucionarios indispensable para “hacer” la revolución política. ¡Y en cuanto se reveló esta discrepancia, no recuerdo haber coincidido jamás con este “economista” sobre ninguna cuestión de principio!

¿En qué consistía, pues, el origen de nuestras discrepancias? Precisamente en que los “economistas” se apartan a cada paso de las concepciones socialdemócratas para caer en el tradeunionismo, tanto en las tareas de organización como en las políticas. La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario ha de ser inevitablemente de *un género distinto* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros debe ser, primero, profesional; segundo, lo más amplia posible; tercero, lo menos clandestina posible (aquí más adelante me refiero, claro está, sólo a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe agrupar, ante todo y sobre todo, a personas cuya profesión sea la actividad revolucionaria (por eso hablo de una organización de revolucionarios, teniendo en cuenta a los *revolucionarios* socialdemócratas). Ante este rasgo común de los miembros de semejante organización *debe desaparecer en absoluto toda diferencia entre obreros e intelectuales*, sin hablar ya de la diferencia entre las diversas profesiones de unos y otros. Esta organización debe ser necesariamente no muy amplia y lo más clandestina posible. Detengámonos en estos tres puntos distintos.

En los países que gozan de libertad política, la diferencia entre la organización sindical y la organización política es completamente clara, como lo es también la diferencia entre las tradeuniones y la socialdemocracia. Por supuesto, las relaciones de esta última con las primeras varían de manera inevitable en los distintos países, en dependencia de las condiciones históricas, jurídicas, etc., pudiendo ser más o menos estrechas, complejas, etc. (desde nuestro punto de vista, deben ser lo más estrechas y lo menos complejas posibles); pero no puede ni hablarse de identificar en los países libres la organización de los sindicatos con la organización del partido socialdemócrata. En Rusia, en cambio, el yugo de la autocracia borra a primera vista toda diferencia entre la organización socialdemócrata y el sindicato obrero, pues todo sindicato obrero todo círculo están prohibidos, y la huelga, principal manifestación y arma de la lucha económica de los obreros, se considera en general un delito común (¡y a veces incluso un delito político!). por consiguiente, las condiciones de Rusia, de una parte, “incitan” con gran fuerza a los obreros que sostienen la lucha económica a pensar en las cuestiones políticas, y, de otra, “incitan” a los socialdemócratas a confundir el tradeunionismo con la socialdemocracia (nuestros Krichevski, Martínov y Cía., que hablan sin cesar de la “incitación” del primer tipo, no ven la “incitación” del segundo tipo). En efecto, imaginémosnos a personas absorbidas en el 99 por 100 por “la lucha económica contra los patronos y el gobierno”. Unas jamás pensarán durante todo el período de su actuación (de cuatro a seis meses) en la necesidad de una organización más compleja de revolucionarios. Otras “tropezarán” tal vez con publicaciones bernsteinianas, bastante difundidas, y extraerán de ellas la convicción de que lo importante de verdad es “el desarrollo progresivo de la monótona lucha cotidiana”. Otras, en fin, se dejarán quizá seducir por la tentadora idea de dar al mundo un nuevo ejemplo de “estrecho contacto orgánico con la lucha proletaria”, de contacto del movimiento sindical con el movimiento socialdemócrata. Cuanto más tarde entra un país en la palestra del capitalismo y, en consecuencia, del movimiento obrero –razonarán esas personas –, tanto más pueden participar los socialistas en el movimiento sindical y apoyarlo, y tanto menos puede y debe haber sindicatos no socialdemócratas. hasta ahora, tal razonamiento es completamente justo; pero la desgracia consiste en que van más

lejos y sueñan con una fusión total de la socialdemocracia y el tradeunionismo. En seguida veremos, por el ejemplo de los *Estatutos de la Unión de Lucha de San Petersburgo*, el nocivo reflejo de esos sueños en nuestros planes de organización.

Las organizaciones obreras para la lucha económica han de ser organizaciones sindicales. Todo obrero socialdemócrata debe, dentro de lo posible, apoyar a estas organizaciones y actuar intensamente en ellas. De acuerdo. Pero es contrario en absoluto a nuestros intereses exigir que sólo los socialdemócratas puedan ser miembros de las organizaciones "gremiales", pues eso reduciría el alcance de nuestra influencia entre las masas. Que participe en la organización gremial todo obrero que comprenda la necesidad de la unión para luchar contra los patronos y el gobierno. El fin mismo de las organizaciones gremiales sería inaccesible si no agrupasen a todos los obreros capaces de comprender, por lo menos, esta noción elemental, si dichas organizaciones gremiales no fuesen muy *amplias*. Y cuanto más amplias sean estas organizaciones tanto más amplia será nuestra influencia en ellas, ejercida no sólo por el desarrollo "espontáneo" de la lucha económica, sino también por el influjo directo y consciente de los miembros socialistas de los sindicatos sobre sus camaradas. Pero en una organización amplia es imposible la clandestinidad rigurosa (pues exige mucha más preparación que para participar en la lucha económica). ¿Cómo conciliar esta contradicción entre la necesidad de una organización amplia y de una clandestinidad rigurosa? ¿Cómo conseguir que las organizaciones gremiales sean lo menos clandestinas posible? En general, no puede haber más que dos caminos: o bien la legalización de las asociaciones gremiales (que en algunos países ha precedido a la legalización de las organizaciones socialistas y políticas), o bien el mantenimiento de la organización secreta, pero tan "libre", tan poco reglamentaria, tan *lose [9]*, como dicen los alemanes, que la clandestinidad quede reducida casi a cero para la masa de afiliados.

La legalización de asociaciones obreras no socialistas y no políticas ha comenzado ya en Rusia, y está fuera de toda duda que cada paso de nuestro movimiento obrero socialdemócrata, que crece con rapidez, estimulará y multiplicará las tentativas de esta legalización, efectuadas principalmente por los adictos al régimen vigente, pero también, en parte, por los propios obreros y los intelectuales liberales. Los Vasíliev y los Zubátov han izado ya la bandera de la legalización; los señores Ozerov y Worms le han prometido y dado ya su concurso, y la nueva corriente ha encontrado ya adeptos entre los obreros. Y nosotros no podemos dejar ya de tener en cuenta esta corriente. Es poco probable que entre los socialdemócratas pueda existir más de una opinión acerca de cómo hay que tenerla en cuenta. Nuestro deber consiste en denunciar sin desmayo toda participación de los Zubátov y los Vasíliev, de los gendarmes y los curas en esta corriente, y explicar a los obreros los verdaderos propósitos de estos elementos. Nuestro deber consiste en denunciar asimismo toda nota conciliadora, de "armonía", que se deslice en los discursos de los liberales en las reuniones obreras públicas, independientemente de que dichas notas sean debidas al sincero convencimiento de que es deseable la colaboración pacífica de las clases, al afán de congraciarse con las autoridades o a simple falta de habilidad. Tenemos, en fin, el deber de poner en guardia a los obreros contra las celadas que les tiende con frecuencia la policía, que en estas reuniones públicas y en las sociedades autorizadas observa a los "más fogosos" e intenta aprovechar las organizaciones legales para introducir provocadores también en las ilegales.

Pero hacer todo eso no significa en absoluto olvidar que, *en fin de cuentas*, la legalización del movimiento obrero nos beneficiará a nosotros, y no, en modo alguno, a los Zubátov. Al contrario: precisamente con nuestra campaña de

denuncias separamos la cizaña. El trigo está en interesar en los problemas sociales y políticos a sectores obreros aún más amplios, a los sectores más atrasados; en liberarnos nosotros, los revolucionarios, de funciones que son, en el fondo, legales (difusión de libros legales, socorros mutuos, etc.) y cuyo desarrollo nos proporcionará, de manera ineluctable y en cantidad creciente, hechos y datos para la agitación. En este sentido, podemos y debemos decir a los Zubátov y a los Ozerov: "¡Esfuércense, señores, esfuércense!" Por cuanto tienden ustedes una celada a los obreros (mediante la provocación directa o la corrupción "honrada" de los obreros con ayuda del "struvismo" [10], nosotros ya nos encargaremos de desenmascararlos. Por cuanto dan ustedes un verdadero paso adelante –aunque sea en forma del más "tímido zigzag", pero un paso adelante –, les diremos: "¡Sigan, sigan!" Un verdadero paso adelante no puede ser sino una ampliación efectiva, aunque minúscula, del campo de acción de los obreros. Y toda ampliación semejante ha de beneficiarnos y acelerar la aparición de sociedades legales en las que no sean los provocadores quienes pesquen a los socialistas, sino los socialistas quienes pesquen adeptos. En una palabra, nuestra tarea consiste ahora en combatir la cizaña. No es cosa nuestra cultivar el trigo en pequeños tiestos. Al arrancar la cizaña, desbrozamos el terreno para que pueda crecer el trigo. Y mientras los Afanasi Ivánovich y las Puljeria Ivánovna [11] se dedican al cultivo doméstico, nosotros debemos preparar segadores que sepan arrancar hoy la cizaña y recoger mañana el trigo [12].

Así pues, *nosotros* no podemos resolver por medio de la legalización el problema de crear una organización sindical lo menos clandestina y lo más amplia posible (pero nos alegraría mucho que los Zubátov y los Ozerov nos ofreciesen la posibilidad, aunque fuese parcial, de resolverlo de este modo ¡para lo cual tenemos que combatirlos con la mayor energía posible!). Nos queda el recurso de las organizaciones sindicales secretas, y *debemos* prestar toda ayuda a los obreros que emprenden ya (como sabemos de buena tinta) este camino. Las organizaciones sindicales pueden ser utilísimas para desarrollar y reforzar la lucha económica y, además, convertirse en un auxiliar de gran importancia para la agitación política y la organización revolucionaria. Para llegar a este resultado y orientar el naciente movimiento sindical hacia el cauce deseable para la socialdemocracia, es preciso, ante todo, comprender bien lo absurdo del plan de organización que preconizan los "economistas" petersburgueses desde hace ya cerca de cinco años. Este plan ha sido expuesto en el *Reglamento de la Caja Obrera* del mes de julio de 1897 (*Listok "Rabótnika"*, núm. 9-10, Pág. 46, del núm. 1 de *Rab. Mysl*) y en el *Reglamento de la Organización Sindical Obrera* de octubre de 1900 (boletín especial, impreso en San Petersburgo y mencionado en el núm. 1 de *Iskra*). El defecto de ambos reglamentos consiste en que estructuran con todo detalle una vasta organización obrera y la confunden con la organización de los revolucionarios. Tomemos el segundo reglamento por ser el más acabado. Consta de cincuenta y dos artículos: veintitrés exponen la estructura, el funcionamiento y las atribuciones de los "círculos obreros", que serán organizados en cada fábrica ("diez hombres como máximo") y elegirán los "grupos centrales" (de fábrica). "El grupo central – dice el art. 2- observa todo lo que pasa en su fábrica y lleva la crónica de lo que sucede en ella". "El grupo central da cuenta cada mes a todos los cotizantes del estado de la caja" (art. 17), etc. Diez artículos están consagrados a la "organización distrital", y diecinueve, a la complejísima relación entre el Comité de la Organización Obrera y el Comité de la Unión de Lucha de San Petersburgo (delegados de cada distrito y de los "grupos ejecutivos": "grupos de propagandistas, para las relaciones con las provincias, para las relaciones con el extranjero, para la administración de los depósitos, de las ediciones y de la caja").

¡La socialdemocracia equivale a "grupos ejecutivos" en lo que concierne a la lucha económica de los obreros! Sería difícil demostrar con mayor relieve cómo el pensamiento del "economista" se desvía de la socialdemocracia hacia el tradeuniónismo; hasta qué punto le es extraña toda noción de que el socialdemócrata debe pensar, ante todo, en una organización de revolucionarios capaces de dirigir *toda* la lucha emancipadora del proletariado. Hablar de "la emancipación política de la clase obrera", de la lucha contra "la arbitrariedad zarista" y escribir semejante reglamento de una organización significa no tener la menor idea de cuáles son las verdaderas tareas políticas de la socialdemocracia. Ni uno solo del medio centenar de artículos revela la mínima comprensión de que es necesario hacer la más amplia agitación política entre las masas, una agitación que ponga en claro todos los aspectos del absolutismo ruso y toda la fisonomía de las diferentes clases sociales de Rusia. Es más, con un reglamento así son inalcanzables no sólo los fines políticos, sino incluso los fines tradeuniónistas, pues estos últimos requieren una organización por profesiones que ni siquiera se menciona en el reglamento.

Pero lo más característico es, quizá, la pesadez asombrosa de todo este "sistema" que trata de ligar cada fábrica al "comité" mediante una cadena ininterrumpida de reglas uniformes, minuciosas hasta lo ridículo y con un sistema electoral indirecto de tres grados. Encerrado en el estrecho horizonte del "economismo", el pensamiento cae en detalles que despiden un tufillo a papeleo y burocracia. En realidad, claro está, las tres cuartas partes de estos artículos jamás son aplicados; pero, en cambio, una organización tan "clandestina", con un grupo central en cada fábrica, facilita a los gendarmes la realización de redadas increíblemente vastas. Los camaradas polacos han pasado ya por esta fase del movimiento, en la que todos ellos se dejaron llevar por idea de fundar cajas obreras a vasta escala, pero renunciaron muy pronto a ella, al persuadirse de que sólo facilitaban presa abundante a los gendarmes. Si queremos amplias organizaciones obreras y no amplios descalabros, si no queremos dar gusto a los gendarmes, debemos tender a que estas organizaciones no estén reglamentadas en absoluto. ¿Podrán entonces funcionar? Veamos cuáles son sus funciones: "... Observar todo lo que pasa en la fábrica y llevar la crónica de lo que sucede en ella" (art. 2 del reglamento). ¿Existe una necesidad absoluta de reglamentar esto? ¿No podría conseguirse mejor por medio de crónicas en la prensa clandestina, sin crear para ello grupos especiales? "...Dirigir la lucha de los obreros por el mejoramiento de su situación en la fábrica" (art. 3). Para esto tampoco hace falta reglamentación. Todo agitador, por poco inteligente que sea, sabrá averiguar a fondo, por una simple conversación, qué reivindicaciones quieren presentar los obreros y, después, hacerlas llegar a una organización estrecha, y no amplia, de revolucionarios para que les envíe la octavilla apropiada. "...Crear una caja... con cotización de dos kopeks por rublo" (art. 9) y dar cuenta cada mes a todos de las entradas y salidas (art. 17); excluir a los miembros que no paguen las cuotas (art. 10), etc. Eso es un verdadero paraíso para la policía, pues nada hay más fácil que penetrar en el secreto de la "caja central fabril", confiscar el dinero y encarcelar a todos los militantes mejores. ¿No sería más sencillo emitir cupones de uno o dos kopeks con el sello de una organización determinada (muy reducida y muy clandestina), o incluso, sin sello alguno, hacer coleccionar cuyo resultado se daría a conocer en un periódico ilegal con un lenguaje convencional? De este modo se alcanzaría el mismo fin, y a los gendarmes les sería cine veces más difícil descubrir los hilos de la organización.

Podría continuar este análisis del reglamento, pero creo que con lo dicho basta. Un pequeño núcleo bien unido, compuesto pro los obreros más seguros, más experimentados y mejor templados, con delegados en los distritos principales y ligado

a la organización de revolucionarios de acuerdo con las reglas de la más rigurosa clandestinidad, podrá realizar perfectamente, con el más amplio concurso de las masas y sin reglamentación alguna, *todas* las funciones que competen a una organización sindical, y realizarlas, además, de la manera deseable para la socialdemocracia. Sólo así se podrá *consolidar* y desarrollar, a pesar de todos los gendarmes, el movimiento sindical *socialdemócrata*.

Se me objetará que una organización tan *lose*, sin ninguna reglamentación, sin ningún afiliado conocido y registrado, no puede ser calificada de organización. Es posible. Para mí la denominación no tiene importancia. Pero esta "organización sin afiliados" hará todo lo necesario y asegurará desde el primer momento un contacto sólido entre nuestras futuras tradeuniones y el socialismo. Y quienes deseen bajo el absolutismo una *amplia* organización de obreros, con elecciones, informes, sufragio universal, etc., son unos utopistas incurables.

La moraleja es simple: si comenzamos por crear firmemente una fuerte organización de revolucionarios, podremos asegurar la estabilidad del movimiento en su conjunto y alcanzar, al mismo tiempo, los objetivos socialdemócratas y los objetivos netamente tradeunionistas. Pero si comenzamos a constituir una amplia organización obrera con el pretexto de que es la más "accesible" a la masa (aunque, en realidad, será más accesible a los gendarmes y pondrá a los revolucionarios más al alcance de la policía), no conseguiremos ninguno de estos objetivos, no nos desembarazaremos de nuestros métodos primitivos y, con nuestro fraccionamiento y nuestros fracasos continuos, no logramos más que hacer más accesibles a la masa las tradeuniones del tipo de las de Zubátov u Ozerov.

¿En qué deben consistir, en suma, las funciones de esta organización de revolucionarios? Vamos a decirlo con todo detalle. Pero examinemos antes otro razonamiento muy típico de nuestro terrorista, el cual (¡triste destino!) vuelve a marchar al lado del "economista". La revista para obreros *Svoboda* (núm. 1) contiene un artículo titulado *La organización*, cuyo autor procura defender a sus amigos los "economistas" obreros de Ivánovo-Voznesensk.

"Mala cosa es –dice– una muchedumbre silenciosa, inconsciente; mala cosa es un movimiento que no viene de la base. Vean lo que sucede: cuando los estudiantes de una ciudad universitaria retornan a sus hogares durante unas fiestas en el verano, el movimiento obrero se paraliza. ¿Puede ser una verdadera fuerza un movimiento obrero así, estimulado desde fuera? En modo alguno... todavía no ha aprendido a andar solo y lo llevan con andaderas. Y así en todo: los estudiantes e van y el movimiento cesa; se encarcela a los elementos más capaces, a la crema, y la leche se agria; se detiene al "comité" y, hasta que se forma otro nuevo, vuelve la calma. Además, no se sabe qué otro se formará, quizá no se parezca en nada al antiguo; aquél decía una cosa, éste dirá lo contrario. El nexo entre el ayer y el mañana está roto, la experiencia del pasado no alecciona al porvenir. Y todo porque el movimiento no tiene raíces profundas en la multitud; porque no son un centenar de bobos, sino una docena de inteligentes quienes actúan. Siempre es fácil que una docena de hombres caiga en la boca del lobo; pero cuando la organización engloba a la multitud, cuando todo viene de la multitud, ningún esfuerzo, sea de quien sea, podrá destruir la obra" (Pág. 63).

La descripción es justa. Ofrece un buen cuadro de nuestro primitivismo. Pero las conclusiones son dignas de *Rabóchaya Mysl* por su falta de lógica y de tacto

político. Son el colmo de la insensatez, pues el autor confunde la cuestión filosófica e histórica social de las "raíces profundas" del movimiento con una cuestión técnica y de organización: cómo luchar mejor contra los gendarmes. Son el colmo de la falta de tacto político, porque, en lugar de apelar a los buenos dirigentes contra los malos, el autor apela a la "multitud" contra los dirigentes en general. Son un intento de hacernos retroceder en el terreno de la organización, de la misma manera que la idea de sustituir la agitación política con el terrorismo excitante nos hace retroceder en el sentido político. A decir verdad, me veo en un auténtico *embarras de richesses*, sin saber por dónde empezar el análisis del galimatías con que nos obsequia *Svoboda*. Para mayor claridad, comenzaré por un ejemplo: el de los alemanes. Nos negarán ustedes, me imagino, que su organización engloba a la multitud, que entre ellos todo viene de la multitud y que el movimiento obrero ha aprendido a andar solo. Sin embargo, ¡¡cómo aprecia esta multitud de varios millones de hombres a su "docena" de jefes políticos probados, con qué firmeza los sigue!! Más de una vez, los diputados de los partidos adversos han tratado de irritar en el Parlamento a los socialistas, diciéndoles: "¡Vaya unos demócratas! El movimiento de la clase obrera no existe entre ustedes más que de palabra; en realidad, es siempre el mismo grupo de jefes el que interviene. Año tras año, decenio tras decenio, siempre el mismo Bebel, siempre el mismo Liebknecht. ¡Vuestros delegados, supuestamente elegidos por los obreros, son más inamovibles que los funcionarios nombrados por el emperador!" Pero los alemanes han acogido con un sonrisa de desprecio estas tentativas demagógicas de oponer la "multitud" a los "jefes", de atizar en ella malos instintos de vanidad, de privar al movimiento de solidez y estabilidad, minando la confianza de las masas en la "docena de inteligentes". Los alemanes han alcanzado ya suficiente desarrollo del pensamiento político, tienen suficiente experiencia política para comprender que, sin "una docena" de jefes de talento (los talentos no surgen por centenares), de jefes probados, preparados profesionalmente, instruidos por un alarga práctica y bien compenetrados, ninguna clase de la sociedad contemporánea puede luchar con firmeza. También los alemanes han tenido a sus demagogos, que adulaban a los "centenares de bobos", colocándolos por encima de las "docenas de inteligentes"; que glorificaban el "puño musculoso" de la masa, incitaban (como Most o Hasselmann) a esta masa a acometer acciones "revolucionarias" irreflexivas y sembraban la desconfianza respecto a los jefes probados y firmes. Y el socialismo alemán ha crecido y se ha fortalecido gracias únicamente a una lucha tenaz e intransigente contra toda clase de elementos demagógicos en su seno. Pero en su período en que toda la crisis de la socialdemocracia rusa se explica por el hecho de que las masas que despiertan de un modo espontáneo carecen de jefes suficientemente preparados, desarrollados y expertos, nuestros sabihondos nos dicen con la perspicacia de Ivánushka [13]: "¡Mala cosa es un movimiento que no viene de la base!"

"Un comité compuesto de estudiantes no nos conviene porque es inestables". ¡Completamente justo! Pero la conclusión que se deduce de ahí es que hace falta un comité de *revolucionarios* profesionales, sin que importe si son estudiantes u obreros las personas capaces de forjarse como tales revolucionarios profesionales. ¡Ustedes, en cambio, sacan la conclusión de que no se debe estimular desde fuera el movimiento obrero! En su ingenuidad política, no se dan cuenta siquiera de que hacen el juego a nuestros "economistas" y a nuestros métodos primitivos. Permítanme una pregunta: ¿Cómo han "estimulado" nuestros estudiantes a nuestros obreros? *Únicamente* transmitiéndoles los retazos de conocimientos políticos que ellos tenían, las migajas de ideas socialistas que habían podido adquirir (pues el principal alimento espiritual del estudiante de nuestros días, el marxismo legal, no podía darle más que le abecé, no puede darle más que migajas). Ahora bien, tal "estimulo desde fuera" no ha sido demasiado grande, sino, al contrario, demasiado pequeño,

escandalosamente pequeño en nuestro movimiento, pues no hemos hecho más que cocernos con excesivo celo en nuestra propia salsa, prosternarnos con excesivo servilismo ante la elemental "lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno". Nosotros, los revolucionarios de profesión, debemos dedicarnos, y nos dedicaremos, a ese "estímulo" cien veces más. Pero precisamente porque eligen esta abyecta expresión de "estímulo desde fuera", inspira de modo inevitable al obrero (por lo menos al obrero tan poco desarrollado como ustedes) la desconfianza hacia todos los que les proporcionan desde fuera conocimientos políticos y experiencia revolucionaria, y que despierta el deseo instintivo de rechazarlos a *todos*, proceden ustedes como *demagogos*, y los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera.

¡Sí, sí! Y no se apresuren a poner el grito en el cielo a propósito de mis "métodos" políticos "exentos de camaradería"! Ni siquiera se me ocurre poner en tela de juicio la pureza de sus intenciones; he dicho ya que la ingenuidad política también basta para hacer de una persona un demagogo. Pero he demostrado que han caído en la demagogia, y jamás me cansaré de repetir que los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera. Son los peores, porque excitan los malos instintos de la multitud y porque a los obreros atrasados les es imposible reconocer a estos enemigos, los cuales se presentan, y a veces sinceramente, como amigos. Son los peores, porque en este período de dispersión y vacilaciones, en el que la fisonomía de nuestro movimiento está aún formándose, nada hay más fácil que arrastrar demagógicamente a la multitud, a la cual podrán convencer después de su error sólo las más amargas pruebas. De ahí que la consigna del momento de los socialdemócratas rusos deba ser combatir con decisión tanto a *Svoboda* como a *Rabócheie Dielo*, que caen en la demagogia. (Más adelante hablaremos detenidamente de este punto [14].)

"Es más fácil cazar a una docena de inteligentes que a un centenar de bobos". Este magnífico axioma (que les valdrá siempre los aplausos del centenar de bobos) parece evidente sólo porque, en el curso de su razonamiento, han saltado de una cuestión a otra. Comenzaron por hablar, y siguen hablando, de la captura del "comité", de la captura de la "organización", y ahora saltan a otra cuestión, a la captura de las "raíces profundas" del movimiento. Está claro que nuestro movimiento es indestructible sólo porque tiene centenares y centenares de miles de raíces profundas, pero no se trata de eso, ni mucho menos. En lo que se refiere a las "raíces profundas", tampoco ahora se nos puede "cazar", a pesar de todo el primitivismo de nuestro trabajo; y, sin embargo, todos deploramos, y no podemos menos de deplorar, la caza de "*organizaciones*", que rompe toda continuidad del movimiento. Y puesto que plantean la cuestión de la caza de *organizaciones* e insisten en tratar de ella, les diré que es mucho más difícil cazar a una docena de inteligentes que a un centenar de bobos; y seguiré sosteniéndolo sin hacer ningún caso de sus esfuerzos para azuzar a la multitud contra mi "espíritu antidemocrático", etc. Como he señalado más de una vez, debe entenderse por "inteligentes" en materia de organización sólo a los *revolucionarios profesionales*, sin que importe si son estudiantes u obreros quienes se forjen como tales revolucionarios profesionales. Pues bien, yo afirmo: 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estable que guarde la continuidad; 2) que cuanto más vasta sea la masa que se incorpore espontáneamente a la lucha – y que constituye la base del movimiento y participa en él –, tanto más imperiosa será la necesidad de semejante organización y tanto más sólida deberá ser ésta (pues con tanta mayor facilidad podrán los demagogos de toda laya arrastrar a los sectores atrasados de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, en lo fundamental, por hombres que hagan de las actividades

revolucionarias su profesión; 4) que en un país autocrático, cuanto más *restrinjamos* el contingente de miembros de dicha organización, incluyendo en ella sólo a los que hacen de las actividades revolucionarias su profesión y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar contra la policía política, tanto más difícil será “cazar” a esta organización, y 5) tanto *mayor* será el número de personas de la clase obrera y de las otras clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar en él de un modo activo.

Invito a nuestros “economistas”, terroristas, y “economistas-terroristas” [15] a que refuten estas tesis, las dos últimas de las cuales voy a desarrollar ahora. Lo de si es más fácil cazar a “una docena de inteligentes” que a “un centenar de bobos” se reduce al problema que he analizado antes: si es compatible *una organización* de masas con la necesidad de observar la clandestinidad más rigurosa. Jamás podremos dar a una organización amplia el carácter clandestino indispensable para una lucha firme y tenaz contra el gobierno. La concentración de todas las funciones clandestinas en manos del menor número posible de revolucionarios profesionales no significa, ni mucho menos, que estos últimos “pensarán por todos”, que la multitud no tomará parte activa en el movimiento. Al contrario: la multitud promoverá de su seno a un número cada vez mayor de revolucionarios profesionales, pues sabrá entonces que no basta con que unos estudiantes y algunos obreros que luchan en el terreno económico se reúnan para constituir un “comité”, sino que es necesario formarse durante años como revolucionarios profesionales, y “pensará” no sólo en los métodos primitivos de trabajo, sino precisamente en esta formación. La centralización de las funciones clandestinas de *la organización* no implica en modo alguno la centralización de todas las funciones del *movimiento*. La colaboración activa de las más amplias masas en las publicaciones clandestinas, lejos de disminuir, se *decuplicará* cuando una “docena” de revolucionarios profesionales centralicen las funciones clandestinas de esta labor. Así, y sólo así, conseguiremos que la lectura de las publicaciones clandestinas, la colaboración en ellas y, en parte, hasta su difusión *dejen casi de ser una obra clandestina*, pues la policía comprenderá pronto cuán absurdas e imposibles son las persecuciones judiciales y administrativas con motivo de cada uno de los miles de ejemplares de publicaciones distribuidas. Lo mismo cabe decir no sólo de la prensa, sino de todas las funciones del movimiento, incluso de las manifestaciones. La participación más activa y más amplia de las masas en una manifestación, lejos de salir perjudicada, tendrá, por el contrario, muchas más probabilidades de éxito si una “docena” de revolucionarios probados, no menos adiestrados profesionalmente que nuestra policía, centraliza todos los aspectos de la labor clandestina: edición de octavillas, confección de un plan aproximado, nombramiento de un grupo de dirigentes para cada distrito de la ciudad, para cada barriada fabril, cada establecimiento de enseñanza, etc. (se dirá, ya lo sé, que mis concepciones “no son democráticas”, pero más adelante refutaré de manera detallada esta objeción nada inteligente). La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de revolucionarios no debilitará, sino que reforzará la amplitud y el contenido de la actividad de un gran número de otras organizaciones destinadas a las vastas masas y, por ello, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros culturales y de lectura de publicaciones clandestinas, círculos socialistas, y democráticos también, para *todos* los demás sectores de la población, etc., etc. Tales círculos, y organizaciones son necesarios en todas partes, en *el mayor número* y con las funciones más diversas; pero es absurdo y perjudicial *confundir* estas organizaciones con la de los *revolucionarios*, borrar las fronteras entre ellas, apagar en la masa la conciencia, ya de por sí increíblemente oscurecida, de que para “servir” al movimiento de masas hacen falta hombres dedicados de manera especial y por entero

a la acción socialdemócrata, y que estos hombres deben *forjarse* con paciencia y tenacidad como revolucionarios profesionales.

Sí, esta conciencia se halla oscurecida hasta lo increíble. Con nuestro primitivismo en el trabajo hemos puesto en entredicho el prestigio de los revolucionarios en Rusia: en esto radica nuestro pecado capital en materia de organización. Un revolucionario blandengue, vacilante en los problemas teóricos y de estrechos horizontes, que justifica su inercia con la espontaneidad del movimiento de masas y se asemeja más a un secretario de tradeunión que a un tribuno popular, carente de un plan amplio y audaz que imponga respeto incluso a sus adversarios, inexperto e inhábil en su arte profesional (la lucha contra la policía política), ¡no es, con perdón sea dicho, un revolucionario, sino un mísero artesano!

Que ningún militante dedicado a la labor práctica se ofenda por este duro epíteto, pues en lo que concierne a la falta de preparación, me lo aplico a mí mismo en primer término. He actuado en un círculo [16] que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, sus componentes, sufríamos lo indecible al comprender que no éramos más que unos artesanos en un momento histórico en que, modificando ligeramente la antigua máxima, podría decirse: ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia de sus cimientos! Y cuanto más a menudo he tenido que recordar la bochornosa sensación de vergüenza que me daba entonces, tanto mayor ha sido mi amargura contra los seudosocialdemócratas que “deshonran el nombre de revolucionario” con su propaganda y no comprenden que nuestra misión no consiste en propugnar que se rebaje al revolucionario al nivel del militante primitivo, sino en elevar a este último al nivel del revolucionario.

d) Amplitud de la labor de organización

Como hemos visto, B-v habla de “la escasez de fuerzas revolucionarias aptas para la acción, que se deja sentir no sólo en San Petersburgo, sino en toda Rusia”. Y es poco probable que alguien ponga en duda este hecho. Pero el quid está en cómo explicarlo. B-v escribe:

“No nos proponemos esclarecer las causas históricas de este fenómeno; sólo diremos que la sociedad, desmoralizada por una larga reacción política y disgregada por los cambios económicos que se han producido y se producen, promueve un *número extremadamente reducido de personas aptas para la labor revolucionaria*; que la clase obrera, al promover a revolucionarios obreros, completa en parte las filas de las organizaciones clandestinas; pero el número de estos revolucionarios no corresponde a las demandas de la época. Tanto más que la situación del ocupado en la fábrica once horas y media al día, sólo le permite desempeñar principalmente funciones de agitador; en cambio, la propaganda y la organización, la reproducción y distribución de publicaciones clandestinas, la edición de proclamas, etc., recaen ante todo, quierase o no, sobre un número reducidísimo de intelectuales” (*R. Dielo*, núm. 6, Pág. 38-39).

Discrepamos en muchos puntos de esta opinión de B-v. no estamos de acuerdo, en particular, con las palabras subrayadas por nosotros, las cuales muestran con singular relieve que, después de haber sufrido mucho (como todo militante práctico que piense algo) a causa de nuestros métodos primitivos, B-v no puede, agobiado por el “economismo”, encontrar una salida de esta situación insoportable. No, la sociedad promueve un número extremadamente *grande* de personas aptas para

la "causa", pero no sabemos utilizarlas a todas. En este sentido, el estado crítico, el estado de transición de nuestro movimiento puede formularse del modo siguiente: *nos falta gente, y gente hay muchísima*. Hay infinidad de hombres porque tanto la clase obrera como sectores cada vez más diversos de la sociedad proporcionan año tras año, y en cantidad creciente, descontentos que desean protestar y que están dispuestos a contribuir cuanto puedan a la lucha contra el absolutismo, cuyo carácter insoportable no comprende aún todo el mundo, aunque masas cada día más vastas lo perciben más y más. Pero, al mismo tiempo, no hay hombres, porque no hay dirigentes, no hay jefes políticos, no hay talentos organizadores capaces de realizar una labor amplia y, a la vez, indivisible y armónica, que permita emplear todas las fuerzas, hasta las más insignificantes. "El crecimiento y el desarrollo de las organizaciones revolucionarias" se rezagan no sólo del crecimiento del movimiento obrero, cosa que reconoce incluso B-v, sino también del crecimiento del movimiento democrático general en todos los sectores del pueblo. (Por lo demás, es probable que B-v consideraría hoy esto un complemento a su conclusión). El alcance de la labor revolucionaria es demasiado reducido en comparación con la amplia base espontánea del movimiento, está demasiado ahogado por la mezquina teoría de "la lucha económica contra los patronos y el gobierno". Pero hoy deben "ir a todas las clases de la población" no sólo los agitadores políticos, sino también los organizadores socialdemócratas [17]. No creo que un solo militante dedicado a la actividad práctica dude que los socialdemócratas puedan repartir mil funciones fragmentarias de su trabajo de organización entre personas de las clases más diversas. La falta de especialización es uno de los mayores defectos de nuestra técnica que B-v deplora con tanta amargura y tanta razón. Cuanto más menudas sean las distintas "operaciones" de la labor general, tantas más personas capaces de llevarlas a cabo podrán encontrarse (y, en la mayoría de los casos, totalmente incapaces de ser revolucionarios profesionales) y tanto más difícil será que la policía "cace" a todos esos "militantes que desempeñan funciones fragmentarias", tanto más difícil será que pueda montar con el delito insignificante de un individuo un "asunto" que compense los gastos del Estado en el mantenimiento de la policía política. Y en lo que respecta al número de personas dispuestas a prestarnos su concurso, hemos señalado ya en el capítulo precedente el cambio gigantesco que se ha operado en este aspecto durante los cinco años últimos. Pero, por otra parte, para agrupar en un todo único esas pequeñas fracciones, para no fragmentar junto con las funciones del movimiento el propio movimiento y para infundir al ejecutor de las funciones menudas la fe en la necesidad y la importancia de su trabajo, sin la cual nunca trabajará [18], para todo esto hace falta precisamente una fuerte organización de revolucionarios probados. Con una organización así, la fe en la fuerza del partido se hará tanto más firme y tanto más extensa cuanto más clandestina sea esta organización; y en la guerra, como es sabido, lo más importante es no sólo infundir confianza en sus fuerzas al ejército propio, sino hacer que crean en ello el enemigo y todos los elementos neutrales; una neutralidad amistosa puede, a veces, decidir la contienda. Con semejante organización, erigida sobre una firme base teórica, y disponiendo de un órgano de prensa socialdemócrata, no habrá que temer que el movimiento sea desviado de su camino por los numerosos elementos "extraños" que se hayan adherido a él (al contrario, precisamente ahora, cuando predominan los métodos primitivos, vemos que muchos socialdemócratas lo llevan a la trayectoria del Credo, imaginándose que sólo ellos son socialdemócratas). En una palabra, la especialización presupone necesariamente la centralización y, a su vez, la exige en forma absoluta.

Pero el mismo B-v, que ha mostrado tan bien toda la necesidad de la especialización, no la aprecia bastante, a nuestro parecer, en la segunda parte del razonamiento citado. Dice que el número de revolucionarios procedentes de los medios

obreros es insuficiente. Esta observación es del todo justa, y volvemos a subrayar que la "valiosa noticia de un observador directo" confirma por entero nuestra opinión sobre las causas de la crisis actual de la socialdemocracia y, por tanto, sobre los medios de remediarla. No sólo los revolucionarios en general se rezagan del ascenso espontáneo de las masas obreras. Y este *hecho* confirma del modo más evidente, incluso desde el punto de vista "práctico", que la "pedagogía" con que nos obsequia tan a menudo, al discutirse el problema de nuestros deberes para con los obreros, es absurda y *reaccionaria en el aspecto político*.

Este hecho testimonia que nuestra obligación primordial y más imperiosa consiste en ayudar a formar obreros revolucionarios que, desde el punto de vista de su actividad en el partido, estén al mismo nivel que los intelectuales revolucionarios (subrayamos: *desde el punto de vista de su actividad en el partido*, pues en otros sentidos, aunque sea necesario, está lejos de ser tan fácil y tan urgente que los obreros lleguen al mismo nivel). Por eso debemos orientar nuestra atención *principal a elevar* a los obreros al nivel de los revolucionarios y no a *descender* indefectiblemente nosotros mismos al nivel de la "masa obrera", como quieren los "economistas", e indefectiblemente al nivel del "obrero medio", como quiere *Svoboda* (que, en este sentido, se eleva al segundo grado de la "pedagogía" economista). Nada más lejos de mí que el propósito de negar la necesidad de publicaciones de divulgación para los obreros y de otras publicaciones de más divulgación aún (pero, claro está, no vulgares) para los obreros muy atrasados. Pero lo que me indigna es ese constante meter sin venir a cuento la pedagogía en los problemas políticos, en las cuestiones de organización. Pues ustedes, señores, que se desvelan pro el "obrero medio", en el fondo más bien ofenden a los obreros con el deseo de hacerles sin falta *una reverencia* antes de hablar de política obrera o de organización obrera. ¡Yérganse para hablar de cosas serias y dejen la pedagogía a quienes ejercen el magisterio, pues no es ocupación de políticos ni de organizadores! ¿Es que entre los intelectuales no hay también hombres avanzados, elementos "medios" y "masas"? ¿Es que no reconoce todo el mundo que los intelectuales también necesitan publicaciones de divulgación? ¿No se escribe esa literatura? Pero imagínense que, en un artículo sobre la organización de los estudiantes universitarios o de bachillerato, el autor se pusiera a repetir con machaconería, como quien hace un descubrimiento, que se precisa, ante todo, una organización de "estudiantes medios". Por seguro que semejante autor sería puesto en ridículo, y le estaría muy bien empleado. Le dirían: usted denos unas cuantas ideíllas de organización, si las tiene, y ya veremos nosotros mismos quién es "medio", superior o inferior. Y si las que tiene sobre organización no son propias, todas sus disquisiciones sobre las "masas" y los "elementos medios" hastiarán simplemente. Comprendan de una vez que los problemas de "política" y "organización" son ya de por sí tan serios que no se puede hablar de ellos sino con toda seriedad: se puede y se debe *preparar* a los obreros (lo mismo que a los estudiantes universitarios y de bachillerato) *para poder abordar ante ellos* esos problemas; pero una vez los han abordado, den verdaderas respuestas, no se vuelvan atrás, hacia los "elementos medios" o hacia las "masas", no salgan del paso con retruécanos o frases [19].

Si el obrero revolucionario quiere prepararse por entero para su trabajo, debe convertirse también en un revolucionario profesional. Por esto no tiene razón B-v cuando dice que, pro estar el obrero ocupado en la fábrica once horas y media, las demás funciones revolucionarias (salvo la agitación) "recaen ante todo, *quíérase o no*, sobre un número reducidísimo de intelectuales". No sucede esto "quíérase o no", sino debido a nuestro atraso, porque no comprendemos que tenemos el deber de ayudar a todo obrero que se distinga por su capacidad para convertirse en un agitador organizador, propagandista, distribuidor, etc., etc., profesional. En este sentido

dilapidamos vergonzosamente nuestras fuerzas, no sabemos cuidar lo que tiene que ser cultivado y desarrollado con particular solicitud. Fíjense en los alemanes: tienen cien veces más fuerzas que nosotros, pero comprenden perfectamente que los agitadores, etc., capaces de verdad, no descuellan con excesiva frecuencia de entre los obreros "medios". Por eso procuran colocar enseguida a todo obrero capaz en condiciones que le permitan desarrollar plenamente y aplicar plenamente sus aptitudes: hacen de él un agitador profesional, lo animan a ensanchar su campo de acción, a extender ésta de una fábrica a todo un oficio, de una localidad a todo el país. De este modo, el obrero adquiere experiencia y habilidad profesional, amplía su horizonte y su saber, observa de cerca de los jefes políticos destacados de otros lugares y de otros partidos, procura ponerse a la misma altura que ellos y unir en su persona el conocimiento del medio obrero y la lozanía de las convicciones socialistas a la maestría profesional sin la que *no puede* le proletariado desplegar su tenaz lucha contra sus enemigos perfectamente instruidos. Así, sólo así, surgen de la masa obrera los Bebel y los Auer. Pero lo que en un país libre en el aspecto político se hace en gran parte por sí solo, en Rusia deben hacerlo sistemáticamente nuestras organizaciones. Un agitador obrero que tenga algún talento y "prometa" *no debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglarlo de manera que viva de los fondos del partido, que pueda pasar a la clandestinidad en el momento preciso, que cambie de lugar de acción, pues de otro modo no adquirirá gran experiencia, no ampliará su horizonte, no podrá sostenerse siquiera varios años en la lucha contra los gendarmes. Cuanto más amplio y profundo es el movimiento espontáneo de las masas obreras, tantos más agitadores de talento descuellan, y no sólo agitadores, sino organizadores, propagandistas y militantes "prácticos" de talento, "prácticos" en el buen sentido de la palabra (que son tan escasos entre nuestros intelectuales, en su mayor parte un tanto desidiosos y tardos a la rusa). Cuando tengamos destacamentos de obreros revolucionarios (y bien entendido que "todas las armas" de la acción revolucionaria) especialmente preparados y con un largo aprendizaje, ninguna policía política del mundo podrá con ellos, porque esos destacamentos de hombres consagrados en cuerpo y alma a la revolución gozarán igualmente de la confianza ilimitada de las más amplias masas obreras. Y somos *los culpables* directos de no "empujar" bastante a los obreros a este camino, que es el mismo para ellos y para los "intelectuales", al camino del aprendizaje revolucionario profesional, tirando demasiado a menudo de ellos hacia atrás con nuestros discursos necios sobre lo que es "accesible" para la masa obrera, para los "obreros medios", etc.

En este sentido, igual que en los otros, el reducido alcance del trabajo de organización está en relación indudable e íntima (aunque no se dé cuenta de ello la inmensa mayoría de los "economistas" y de los militantes prácticos noveles) con la reducción del alcance de nuestra teoría y de nuestras tareas políticas. El culto a la espontaneidad origina una especie de temor de apartarnos un poquitín de lo que sea "accesible" a las masas, un temor de subir demasiado pro encima de la simple satisfacción de sus necesidades directas e inmediatas. ¡No tengan miedo, señores! ¡Recuerden ustedes que en materia de organización estamos a un nivel tan bajo que es absurda hasta la propia idea de que *podamos* subir *demasiado* alto!

e) La organización "de conspiradores" y la "democracia"

Entre nosotros hay mucha gente tan sensible a "la voz de la vida" que nada temen tanto como eso precisamente, acusando de ser adeptos del grupo Libertad del Pueblo, de no comprender la "democracia", etc., a los que comparten las opiniones expuestas más arriba. Nos vemos precisados a detenernos en estas acusaciones, que apoya también, como es natural, *Rabócheie Dielo*.

Quien escribe estas líneas sabe muy bien que los “economistas” petersburgueses acusaban ya a *Rabóchaya Gazeta* de seguir a *Libertad del Pueblo* (cosa comprensible si se la compara con *Rabóchaya Mysl*). Pro eso, cuando, después de aparecer *Iskra*, un camarada nos refirió que los socialdemócratas de la ciudad X califican a *Iskra* de órgano de Libertad del Pueblo, no nos sentimos nada sorprendidos. Naturalmente, esa acusación era para todos nosotros un elogio, pues ¿a qué socialdemócrata decente no habrán acusado de lo mismo los “economistas”?

Estas acusaciones son debidas a malentendidos de dos géneros. En primer lugar, en nuestro país se conoce tan poco la historia del movimiento revolucionario que toda idea de formar una organización combativa centralizada que declare una guerra sin cuartel al zarismo es calificada de adicta a Libertad del Pueblo. Pero lo magnífica organización que tenían los revolucionarios de la década del 70 y que debiera servirnos a todos de modelo no la crearon, ni mucho menos, los adeptos de Libertad del Pueblo, sino *los partidarios de Tierra y Libertad* [20] que luego se dividió en Reparto Negro y Libertad del Pueblo. Por eso es absurdo, tanto desde el punto de vista histórico como desde el lógico, ver en una organización revolucionaria de combate algo específico de Libertad del Pueblo, *porque ninguna* tendencia revolucionaria que piense realmente en una lucha seria puede prescindir de semejante organización. El error de los adeptos de Libertad del Pueblo no consistió en procurar que se incorporaran a su organización *todos* los descontentos ni orientar esa organización hacia una lucha resuelta contra la autocracia. En eso, pro el contrario, estriba su gran mérito ante la historia. Y su error consistió en haberse apoyado en una teoría que no tenía en realidad nada de revolucionaria y en no haber sabido, o en no haber podido, establecer un nexo firme entre su movimiento y la lucha de clases en la sociedad capitalista en desarrollo. Y sólo la más burda incompreensión del marxismo (o su “comprensión” en sentido “struvista”) ha podido dar lugar a la opinión de que la aparición de un movimiento obrero espontáneo de masas nos *exime* de la obligación de fundar una organización de revolucionarios tan buena como la de los partidarios de Tierra y Libertad o de crear otra incomparablemente mejor. Por el contrario, ese movimiento nos *impone* precisamente dicha obligación, ya que la lucha espontánea del proletariado no se convertirá en su verdadera “lucha de clase” mientras no esté dirigida por una fuerte organización de revolucionarios.

En segundo lugar, muchos –y entre ello, por lo visto, B. Krichevski (R. D., núm. 10, Pág. 18) – no comprenden bien la polémica que siempre han sostenido los socialdemócratas contra la concepción de la lucha política como una lucha “de conspiradores”. Hemos protestado y protestaremos siempre, desde luego, contra *la reducción* de la lucha política en las proporciones de una conjuración, pero eso, claro está, en modo alguno significaba que negásemos la necesidad de una fuerte organización revolucionaria. Y, por ejemplo, en el folleto citado en la nota, junto a la polémica contra quienes quieren reducir la lucha política a una conjuración se encuentra el esquema de una organización (como ideal de los socialdemócratas) lo bastante fuerte para poder recurrir tanto a la “insurrección” como a cualquier “otra forma de ataque” con objeto de asestar el golpe decisivo al absolutismo” [21]. Por su forma, una organización revolucionaria de esa fuerza en un país autocrático puede llamarse también organización “de conspiradores” porque la palabra francesa “*conspiration*” equivale a “conjuración”, y el carácter conspirativo es imprescindible en el grado máximo para semejante organización. El carácter conspirativo es condición tan imprescindible de tal organización que las demás condiciones (número, selección, funciones, etc. de los miembros) tienen que concertarse con ella. Sería, pro tanto, extrema candidez temer que nos acusen a los socialdemócratas de querer crear una

organización de conspiradores. Todo enemigo del "economismo" debe enorgullecerse de esa acusación, así como de la acusación de ser partidario de Libertad del Pueblo.

Se nos objetará que una organización tan poderosa y tan rigurosamente secreta, que concentra en sus manos todos los hilos de la actividad conspirativa, organización necesariamente centralista, puede lanzarse con excesiva ligereza a un ataque prematuro, puede enconar irreflexivamente el movimiento antes de que lo hagan posible y necesario la extensión del descontento político, la fuerza de la efervescencia y de la exasperación de la clase obrera, etc. Nosotros contestaremos que, hablando en términos abstractos, no es posible negar, desde luego, que una organización de combate *puede* abocar en una batalla impremeditada, la cual *puede* acabar en una derrota que en modo alguno sería inevitable en otras condiciones. Pero, en semejante problema, es imposible limitarse a consideraciones abstractas, porque todo combate entraña la posibilidad abstracta de la derrota, y no hay otro medio de *disminuir* esta posibilidad que preparar organizadamente el combate. Y si planteamos el problema en el terreno concreto de las condiciones actuales de Rusia, habremos de llegar a esta conclusión positiva: una fuerte organización revolucionaria es sin duda necesaria para dar precisamente estabilidad al movimiento y *preservarlo* de la posibilidad de los ataques irreflexivos. Justamente ahora, cuando carecemos de semejante organización y cuando el movimiento revolucionario crece espontánea y rápidamente, *se observan* ya dos extremos opuestos (que, como es lógico, "se tocan"): o un "economismo" sin el menor fundamento, acompañado de prédicas de moderación, o un "terrorismo excitante", con tan poco fundamento, que tiende "a producir artificiosamente, en el movimiento que se desarrolla y se consolida, pero que todavía está más cerca de su principio que de su fin, síntomas de su fin" (V. Z. En *Zariá*, núm. 2-3, Pág. 353). Y el ejemplo de *Rab. Dielo* demuestra que *existen* ya socialdemócratas que capitulan ante ambos extremos. Y no es de extrañar, porque, amén de otras razones, la "lucha económica contra los patronos y el gobierno" *jamás* satisfará a un revolucionario, y extremos opuestos siempre surgirán aquí o allá. Sólo una organización combativa centralizada que aplique firmemente la política socialdemócrata y satisfaga, pro decirlo así, todos los instintos y aspiraciones revolucionarios puede preservar de un ataque irreflexivo al movimiento y preparar un ataque con perspectivas de éxito.

Se nos objetará también que el punto de vista expuesto sobre la organización contradice el "principio democrático". La acusación anterior tiene un origen ruso tan específico como *específico* carácter *extranjero* tiene esta otra. Sólo una organización con sede en el extranjero (La Unión de Socialdemócratas Rusos) ha podido dar a su redacción, entre otras instrucciones, la siguiente:

"Principio de organización. Para favorecer el desarrollo y la unificación de la socialdemocracia es preciso subrayar, desarrollar, luchar por un amplio principio democrático de su organización de partido, cosa que han hecho especialmente imprescindible las tendencias antidemocráticas aparecidas en las filas de nuestro partido" (*Dos congresos*, Pág. 18)

En el capítulo siguiente veremos cómo lucha precisamente *Rab. Dielo* contra las "tendencias antidemocráticas" de *Iskra*. Veamos ahora más de cerca el "principio" que proponen los "economistas". Es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que el "amplio principio democrático" presupone las dos condiciones imprescindibles que siguen: primero, publicidad completa, y, segundo, carácter electivo de todos los cargos. Sin publicidad, más aún, sin una publicidad que no quede

reducida a los miembros de la organización sería ridículo hablar de espíritu democrático. Llamaremos democrática a la organización del partido socialista alemán ya que en él todo es público, incluso las sesiones de sus congresos; pero nadie llamará democrática a una organización que se oculte de todos los que no sean miembros suyos con el manto del secreto. Cabe preguntar: ¿qué sentido tiene proponer un "amplio principio democrático", cuando la condición fundamental de ese principio es *irrealizable* para una organización secreta? El "amplio principio" resulta ser una mera frase que suena mucho, pero que está vacía. Más aún. Esta frase demuestra una incompreensión completa de las tareas urgentes del momento en materia de organización. Todo el mundo sabe hasta qué punto está extendida entre nosotros la falta de discreción, conspirativa que predomina en la "gran" masa de revolucionarios. Ya hemos visto con cuánta amargura se queja de ello B-v, exigiendo, lleno de razón, "una severa selección de los afiliados" (R. D., núm. 6, Pág. 42). ¡Y de pronto aparecen gentes que se ufanan de su "sentido de la vida" y, en semejante situación, no *subrayan* la necesidad de la más severa discreción conspirativa y de la más rigurosa (y, por consiguiente, más estrecha) selección de los afiliados, sino un "amplio principio democrático"! Esto se llama tomar el rábano por las hojas.

No queda mejor parado el segundo rasgo de la democracia: el carácter electivo. En los países que gozan de libertad política, esta condición se sobreentiende por sí misma. "Se considera miembro del partido todo el que acepta los principios de su programa y ayuda al partido en la medida de sus fuerzas", dice el artículo primera de los estatutos orgánicos del Partido Socialdemócrata Alemán. Y como toda la liza política está abierta para todos, igual que la rampa del escenario para el público de un teatro, el que se acepte o se rechace, se apoye o se impugne son cosas que todos saben por los periódicos y por las reuniones públicas. Todo el mundo sabe que determinado dirigente político ha comenzado de tal manera, ha pasado por tal y tal evolución, se ha portado de tal y tal modo en un momento difícil de su vida, se distingue en general por tales y tales cualidades: pro tanto, es natural que a este dirigente lo puedan elegir o no elegir, con conocimiento de causa, para determinado cargo en el partido, *todos* los miembros del mismo. El control general (en el sentido literal de la palabra) de cada uno de los pasos del afiliado al partido, a lo largo de su carrera política, crea un mecanismo de acción automática que tiene por resultado lo que en Biología se llama "supervivencia de los mejor adaptados". La "selección natural", producto de la completa publicidad del carácter electivo y del control general, asegura que cada dirigente esté a fin de cuentas "en su sitio", se encargue de la labor que mejor concuerde con sus fuerzas y aptitudes, sufra en su carne todas las consecuencias de sus errores y demuestre a la vista de todos su capacidad para reconocer sus faltas y evitarlas.

¡Pero prueben ustedes a encajar este cuadro en el marco de nuestra autocracia! ¿Es acaso concebible entre nosotros que "todo el que acepte los principios del programa del partido y ayude al partido en la medida de sus fuerzas" controle cada paso del revolucionario clandestino? ¿Qué todos elijan a uno o a otro entre estos últimos, cuando, el bien de su trabajo, el revolucionario *está obligado* a ocultar su verdadera personalidad a las nueve décimas partes de esos "todos"? Reflexionen, aunque sólo sea un momento, en el verdadero sentido de las sonoras palabras de *Rab. Dielo* y verán que la "amplia democracia" de una organización de partido en las tinieblas de la autocracia, cuando son los gendarmes quienes seleccionan, no es más que *un juguete inútil y perjudicial*. Inútil porque, en la práctica, jamás ha podido organización revolucionaria alguna aplicar *una amplia* democracia, ni puede aplicarla, por mucho que lo desee. Perjudicial porque los intentos de aplicar en la práctica un "amplio principio democrático" sólo facilitan a la policía las grandes redadas y

perpetúan los métodos primitivos de trabajo dominantes, desviando el pensamiento de los militantes dedicados a la labor práctica de la seria e imperiosa tarea de forjarse como revolucionarios profesionales hacia la redacción de prolijos reglamentos "burocráticos" sobre sistemas de votación. Sólo en el extranjero, donde no pocas veces se juntan gentes que no pueden encontrar una labor verdadera y real, ha podido desarrollarse en algún sitio, sobre todo en diversos grupos pequeños, ese "juego a la democracia".

Para demostrar al lector cuán indecoroso es el procedimiento predilecto de *Rab. Dielo* para preconizar un "principio" tan decoroso como la democracia en la labor revolucionaria, apelaremos de nuevo a un testigo. Se trata de E. Serebriakov, director de la revista londinense *Nakanunie*, que siente gran debilidad pro *Rab. Dielo* y profundo odio a Plejánov y los "plejanovistas"; en los artículos referentes a la escisión de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, *Nakanunie* se puso resueltamente al lado de *Rab. Dielo* y descargó un nubarrón de palabras detestables sobre Plejánov. Tanto más valor tiene para nosotros el testigo en este punto. En el artículo *Con motivo del llamamiento del "Grupo de Autoemancipación de los Obreros"*, inserto en el número 7 de *Nakanunie* (julio de 1899), E. Serebriakov decía que era "indecoroso" plantear cuestiones "de obcecación, de primacía, de lo que se llama el areópago, en un movimiento revolucionario serio", y decía, entre otras cosas, lo siguiente:

"Myshkin, Rogachov, Zheliábov, Mijáilov, Peróvskaya, Figner y otro nunca se consideraron dirigentes y nadie los había elegido ni nombrado, aunque en realidad sí lo eran, porque tanto en el período de propaganda como en la lucha contra el gobierno cargaron con el mayor peso del trabajo, fueron a los sitios más peligrosos y su actividad fue la más fructífera. Y la primacía no resultaba de que la desearan, sino de que los camaradas que los rodeaban confiaban en su inteligencia, en su energía y en su lealtad. Temer a un areógrafo (y si no se le teme no hay por qué mencionarlo) que puede dirigir autoritariamente el movimiento es ya demasiada candidez. ¿Quién lo obedecería?"

Preguntamos al lector: ¿en qué se diferencia el "areópago" de las "tendencias antidemocráticas"? ¿No es evidente que el "decoroso" principio de organización de *Rabócheie Dielo* es tan cándido como indecoroso? Cándido porque sencillamente nadie obedecerá a un "areópago" o a gentes con "tendencias antidemocráticas", toda vez que "los camaradas que los rodean no confiarán en su inteligencia, en su energía ni en su lealtad". E indecoroso como demagógica salida de tono que especula con la presunción de unos, con el desconocimiento que otros tienen del estado en que realmente se encuentra nuestro movimiento y con la falta de preparación de los terceros y su desconocimiento de la historia del movimiento revolucionario. El único principio de organización serio a que deben atenerse los dirigentes de nuestro movimiento ha de ser el siguiente: la más severa discreción conspirativa, la más rigurosa selección de los afiliados y la preparación de revolucionarios profesionales. Si se cuenta con estas cualidades, está asegurado algo mucho más importante que el "ambiente democrático", a saber: la plena confianza mutua, propia de camaradas, entre los revolucionarios. Y es indiscutible que necesitamos más esta confianza porque en Rusia no se puede ni hablar de sustituirla por un control democrático general. Cometeríamos un gran error si creyéramos que, por ser imposible un control verdaderamente "democrático", los afiliados a una organización revolucionaria se convierten en incontrolados: no tienen tiempo de pensar en las formas de juguete de democracia (democracia en el seno de un apretado núcleo de camaradas entre los que reina confianza mutua), pero sienten muy en lo vivo su

responsabilidad, pues saben además, pro experiencia, que una organización de verdaderos revolucionarios no se detendrá en medios para deshacerse de un miembro digo. Además, en el país hay una opinión pública bastante desarrollada de los medios revolucionarios rusos (e internacionales) que tiene mucha historia castiga con implacable severidad todo incumplimiento del deber de la camaradería (¡y la “democracia”, la verdadera democracia, no la de juguete, va implícita, como la parte en el todo, en este concepto de camaradería!). ¡Tomen todo esto en consideración y comprenderán qué nauseabundo tufillo a juego a los generales en el extranjero trasciende de todas esas habladurías y resoluciones sobre las “tendencias antidemocráticas”!

Hay que observar, además, que la otra fuente de tales habladurías, es decir, la candidez, se alimenta asimismo de una confusión de ideas acerca de la democracia. En el libro de los esposos Webb sobre los tradeuniones inglesas hay un capítulo curioso: *La democracia primitiva*. Los autores refieren en él que los obreros ingleses tenían por señal imprescindible de democracia en el primer período de existencia de sus sindicatos que todos hicieran de todo en la dirección de los mismos: no sólo se decidían todas las cuestiones pro votación de todos los miembros, sino que los cargos también eran desempeñados sucesivamente por todos los afiliados. Fue necesaria una larga experiencia histórica para que los obreros comprendieran lo absurdo de semejante concepto de la democracia y la necesidad, por una parte, de que existieran instituciones representativas y, por otra, funcionarios profesionales. Fueron necesarios unos cuantos casos de quiebra de cajas de los sindicatos para que los obreros comprendieran que la proporción entre las cuotas que pagaban y los subsidios que recibían no podía decidirse sólo por votación democrática, sino que exigía, además, el consejo de un perito en seguros. Lean también el libro de Kautsky sobre el parlamentarismo y la legislación popular y verán que las deducciones del teórico marxista coinciden con las enseñanzas de prolongados años de práctica de los obreros unidos “espontáneamente” Kautsky rebate con denuedo la forma primitiva que Rittinghausen tiene de concebir la democracia, se burla de la gente dispuesta a exigir en nombre de la democracia que “los periódicos del pueblo sean redactados directamente por el pueblo”, demuestra la necesidad de que existan, periodistas, parlamentarios, etc., *profesionales*, para dirigir de un modo socialdemócrata la lucha de clase del proletariado; ataca el “socialismo de anarquistas y literatos” que exaltan “por afán efectista” la legislación que emana directamente del pueblo y no comprenden que su aplicación es muy convencional en la sociedad contemporánea.

Todo el que haya desplegado una labor práctica en nuestro movimiento sabe cuán extendido está entre la masa de la juventud estudiantil y de los obreros el concepto “primitivo” de la democracia. No es de extrañar que este concepto penetre tanto en estatutos como en publicaciones. Los “economistas” de tipo bernsteiniano decían en sus estatutos: “Artículo 10. Todos los asuntos que atañen a los intereses de toda la organización sindical se resolverán pro mayoría de votos de todos sus miembros”. Los “economistas” de tipo terrorista los secundan: “Es preciso que los acuerdos del comité pasen por todos los círculos y sólo entonces sean efectivos” (*Svoboda*, núm. 1, Pág. 67). Observen que esta reclamación de aplicar ampliamente el referéndum se plantea ¡después de exigir que *toda* la organización se base en el principio electivo! Nada más lejos de nosotros, claro está, que censurar por eso a los militantes dedicados al trabajo práctico, que han tenido muy poca posibilidad de conocer la teoría y la práctica de las organizaciones democráticas de verdad. Pero cuando *Rab. Dielo*, que pretende ejercer una función dirigente, se limita en tales circunstancias a insertar una resolución sobre el amplio principio democrático ¿cómo no llamar a esto sino puro “afán efectista”?

f) El trabajo a escala local y a escala nacional

Si las objeciones que se hacen al plan de organización que aquí exponemos, reprochándole su falta de democracia y su carácter conspirativo, carecen totalmente de fundamento, queda todavía pendiente una cuestión que se plantea muchas veces y merece detenido examen: se trata de la relación existente entre el trabajo local y el trabajo a escala nacional. Se expresa el temor de que, al crearse una organización centralista, el centro de gravedad pase del primer trabajo, al segundo, el temor de que esto perjudique al movimiento, debilite la solidez de los vínculos que nos unen con la masa obrera, y, en general, la estabilidad de la agitación local. Contestaremos que nuestro movimiento se resiente durante estos últimos años precisamente de que los militantes locales estén demasiado absorbidos pro el trabajo local; que por esta razón es necesario desplazar algo, sin el menor género de dudas, el centro de la gravedad hacia el trabajo en plano nacional; que, lejos de debilitar, este desplazamiento dará, por el contrario, mayor solidez a nuestros vínculos y mayor estabilidad a nuestra agitación local. Examinemos la cuestión del órgano central y de los órganos locales, rogando al lector que no olvide que la prensa no es para nosotros sino un ejemplo ilustrativo de la labor revolucionaria y que, en general, es infinitamente más amplia y más variada.

En el primer período del movimiento de masas (1896-1898), los militantes locales intentan publicar un órgano destinado a toda Rusia: *Rabóchaya Gazeta*; en el período siguiente (1898-1900), el movimiento da un gigantesco paso adelante, pero los órganos locales absorben totalmente la atención de los dirigentes. Si se hace un recuento de todos esos órganos locales, resultará [22] * por término medio un número al mes. ¿No es esto una prueba evidente del primitivismo de nuestros métodos de trabajo? ¿No demuestra eso de manera fehaciente el atraso que nuestra organización revolucionaria lleva del avance espontáneo del movimiento? Si se hubiera publicado *la misma cantidad* de números de periódicos por una organización única, y no por grupos locales dispersos, no sólo habríamos ahorrado una inmensidad de fuerzas, sino asegurado a nuestro trabajo infinitamente más estabilidad y continuidad. Olvidan con demasiada frecuencia este sencillo razonamiento tanto los militantes dedicados a las labores prácticas, que trabajan *activamente* de manera casi exclusiva en los órganos locales (por desgracia, en la inmensa mayoría de los casos, la situación no ha cambiado), como los publicistas que muestran en esta cuestión asombroso quijotismo. El militante dedicado al trabajo práctico suele darse por satisfecho con el razonamiento de que a los militantes locales "les es difícil" [23] ocuparse de la publicación de un periódico central para toda Rusia y que mejor es tener periódicos locales que no tener ninguno. Esto último es, desde luego, muy cierto, y ningún militante dedicado al trabajo práctico reconocerá antes que nosotros la gran importancia y la gran utilidad de los periódicos locales *en general*. Pero no se trata de esto, sino de ver si es posible librarse del fraccionamiento y del primitivismo en el trabajo tan palmariamente reflejados en los treinta números de periódicos locales publicados por toda Rusia en dos años y medio. No se constriñan al principio indiscutible, pero demasiado abstracto, de la utilidad de los periódicos locales en general; tengan, además, el valor de reconocer francamente sus lados negativos, puestos de manifiesto en dos años y medio de experiencia. Esta experiencia demuestra que, en nuestras condiciones, los periódicos locales resultan en la mayoría de los casos vacilantes en los principios y faltos de importancia política; en cuanto al consumo de energías revolucionarias, resultan demasiado costosos, e insatisfactorios por completo, desde le punto de vista técnico (me refiero, claro está, no a la técnica tipográfica, sino a la frecuencia y regularidad de la publicación). Y todos los defectos indicados no son obra de la casualidad, sino consecuencia inevitable del fraccionamiento que, por una

parte, explica el predominio de los periódicos locales en el período que examinamos, y, por otra parte, encuentra *un apoyo* en ese predominio. Una organización local, por sí sola, *no está* realmente *en condiciones* de asegurar la firmeza de principios de su periódico ni de colocarlo a la altura de órgano político, no está en condiciones de reunir y utilizar datos suficientes para escribir de toda nuestra vida política. Y, en cuanto *al argumento* que ordinariamente se esgrime en los países libres para justificar la necesidad de numerosos periódicos locales –que son baratos, porque los confeccionan obreros locales, y pueden ofrecer una información mejor y más rápida a la población local-, la experiencia ha demostrado que, en nuestro país, se vuelve contra dichos periódicos. Estos resultan demasiado costosos en lo que al consumo de energías revolucionarias se refiere; y son publicados *muy* de tarde en tarde por la sencilla razón de que un periódico *ilegal*, por pequeño que sea, precisa un inmenso mecanismo clandestino de imprenta, que requiere la existencia de una gran industria fabril, pues en un taller de artesanos no es posible montar semejante mecanismo. Mas cuando éste es primitivo, la policía aprovecha muchas veces (todo militante dedicado al trabajo práctico conoce numerosos ejemplos de este género) la aparición y difusión de uno o dos números para hacer una redada *masiva*, que lo barre todo tan bien que es preciso volver a empezar de nuevo. Un buen mecanismo clandestino de imprenta exige una buena preparación profesional de los revolucionarios y la más consecuente división del trabajo, y estas dos condiciones son de todo punto irrealizables en una organización local aislada, por mucha fuerza que reúna en un momento dado. No hablemos ya de los intereses generales de todo nuestro movimiento (una educación socialista y política de los obreros basada en principios firmes); también los intereses locales específicos *quedan mejor atendidos por órganos no locales*. Sólo a primera vista puede parecer esto una paradoja; en realidad, la experiencia de los dos años y medio de que hemos hablado lo demuestra de manera irrefutable. Todo el mundo convendrá en que si las fuerzas locales que han publicado treinta números de periódicos hubieran trabajado para un solo periódico, habrían publicado sin dificultad sesenta números, si no cien, y, por consiguiente, se habrían reflejado de un modo más completo las particularidades del movimiento puramente local. No cabe duda de que no es fácil conseguir esta coordinación; pero hace falta que, al fin, reconozcamos su necesidad; que cada círculo local piense y *trabaje activamente* en ese sentido sin esperar el empujón de fuera, sin dejarse seducir por la accesibilidad y la proximidad de un órgano local, proximidad que –según lo prueba nuestra experiencia revolucionaria – es, buena parte, ilusoria.

Y prestan un flaco servicio al trabajo práctico los publicistas que, considerándose muy próximos a los militantes prácticos, no se dan cuenta de este carácter ilusorio y salen del paso con un razonamiento de simpleza tan extraordinaria como de vacuidad tan asombrosa: hacen falta periódicos locales, hacen falta periódicos comarcales, hacen falta periódicos centrales para toda Rusia. Es natural que, hablando en términos generales, todo esto haga falta, pero también hace falta, cuando se aborda un problema concreto de organización, pensar en las condiciones de medio y tiempo. ¿No es, en efecto, un caso de quijotismo cuando *Svoboda* (núm. 1, Pág. 68), “deteniéndose” específicamente *“en el problema del periódico”*, escribe: “Nosotros creemos que en todo lugar algo considerable de concentración de obreros debe haber periódico obrero propio. No traído de fuera, sino justamente propio”. Si este publicista no quiere pensar en el sentido de sus palabras, piense usted al menos por él, lector: ¡cuántas decenas, si no centenares de “lugares algo considerables de concentración de obreros” hay en Rusia, y qué perpetuación de nuestro primitivismo en el trabajo resultará si cada organización local se pusiera efectivamente a publicar su propio periódico! ¡Cómo facilitaría este fraccionamiento a nuestros gendarmes la tarea de capturar –y, además, sin hacer esfuerzos “algo considerables” – a los militantes

locales, desde el comienzo mismo de su actuación, antes de haber podido llegar a ser verdaderos revolucionarios! En un periódico central para toda Rusia – continúa el autor- no interesarían mucho las narraciones de los manejos de los fabricantes “y de los pormenores de poca monta de la vida fabril en diversas ciudades que no son la suya”, pero “al orlense no le aburrirá leer lo que sucede en Oriol. Sabe siempre con quién se han “metido”, a quién “se le da para el pelo” y a él le baila el ojo” (Pág.. 69). Sí, sí, al orlense le baila el ojo, pero a nuestro publicista también “le baila” demasiado la imaginación. En lo que éste debiera pensar es en si se muestra tacto al defender la mezquindad de esfuerzos. No cederemos a nadie la palma en reconocer cuán necesario e importante es denunciar los abusos que se cometen en las fábricas, pero hay que recordar que hemos llegado ya a un momento en que a los vecinos de San Petersburgo les aburre leer las cartas petersburguesas del periódico petersburgués *Rabóchaya Mysl*. Para denunciar los abusos que se cometen en las fábricas locales hemos tenido siempre, y *debemos seguir teniendo siempre* las hojas volantes; pero el *periódico* hay que elevarlo, y no rebajarlo al nivel de hojas volantes de fábrica. Para un “periódico” necesitamos denuncias no tanto de “pequeñeces”, como de los grandes defectos típicos de la vida fabril, denuncias hechas con ejemplos de singular realce y, pro lo mismo, capaces de interesar a todos los obreros y a todos los dirigentes del movimiento, capaces de enriquecer efectivamente sus conocimientos, ensanchar su horizonte, dar comienzo al despertar de un distrito más, de un nuevo sector profesional de obreros.

“Además, en un periódico local, los manejos de la administración de la fábrica o de otras autoridades pueden recogerse en seguida, aún recientes. Y mientras la noticia llega a un periódico central, lejano, en el punto de origen ya se habrá olvidado lo sucedido: “¿Cuándo habrá ocurrido eso?; ¡cualquiera lo recuerda!” (loc. cit.). en efecto, ¡cualquiera lo recuerda! Los treinta números publicados en dos años y medio corresponden, según hemos visto en la misma fuente, a seis ciudades. De modo que a cada ciudad corresponde, por término medio, *¡un número de periódico por medio año!* E incluso si nuestro insubstantial publicista *triplica* en su hipótesis el rendimiento del trabajo local (cosa que sería indudablemente inexacta con relación a una ciudad media, porque es imposible aumentar considerablemente el rendimiento sin salir del primitivismo en el trabajo), no recibiríamos, sin embargo, a más de un número cada dos meses, es decir, una situación que en nada se parece a “recoger las noticias aún recientes”. Pero bastaría con que se unieran diez organizaciones locales e invistieran de funciones activas a sus delgados con el fin de montar un periódico central que entonces pudieran “recogerse” *por toda Rusia* no pequeñeces, sino escándalos notables y típicos en realidad, y esto cada dos semanas. Nadie que sepa en qué situación se encuentran nuestras organizaciones lo dudará. Y en cuanto a lo de pillar al enemigo con las manos en la masa, si se toma esto en serio y no se habla por hablar, un periódico clandestino no puede, en general, ni pensar en ello: esto puede hacerlo sólo una hoja volante, porque el plazo máximo para sorprender así al enemigo no pasa, en la mayoría de los casos, de uno o dos días (tomen, por ejemplo, el caso de una huelga breve corriente, de atropellos en una fábrica o de una manifestación etc.).

“El obrero no sólo vive en la fábrica, sino en la ciudad también”, continúa nuestro autor, pasando de lo particular a lo general con una consecuencia tan rigurosa que honraría al mismo Borís Krichevski. Y señala los problemas de las dumas, hospitales y escuelas de las ciudades, exigiendo que el periódico obrero no calle los asuntos urbanos en general. La exigencia es de por sí magnífica, pero ilustra con particular evidencia la abstracta vacuidad a que se limitan con demasiado frecuencia las disquisiciones sobre los periódicos locales. Primero, si en “todo lugar algo considerable de concentración de obreros” se publicaran en efecto periódicos con una

sección urbana tan detallada como quiere *Svoboda*, dadas nuestras condiciones rusas, la cosa degeneraría inevitablemente en verdadera cicatería, conduciría a debilitar la conciencia de lo importante que es un empuje revolucionario general en toda Rusia contra la autocracia zarista y reforzaría los brotes, muy vivaces y más bien ocultos o reprimidos que arrancados de raíz, de una tendencia que ya ha adquirido fama por la célebre máxima sobre los revolucionarios que hablar demasiado del parlamento inexistente y muy poco de las dumas urbanas existentes. Y hemos dicho "inevitablemente", subrayando así que no es esto, sino lo contrario, lo que *Svoboda* quiere a sabiendas. Pero no basta con las buenas intenciones. Para que la labor de esclarecimiento de los asuntos urbanos quede organizada con la orientación debida respecto a todo nuestro trabajo, hay que *empezar* por elaborar totalmente y dejar sentada con firmeza esa orientación, y no sólo mediante razonamientos, sino mediante una inmensidad de ejemplos, para que adquiera ya la solidez de *tradición*. Esto es lo que estamos muy lejos de tener y pro esto precisamente hay que *empezar* antes de que se pueda pensar en una vasta prensa local y hablar de ella.

Segundo, para escribir bien y de un modo interesante de verdad sobre asuntos locales, hay que conocerlos bien, y no sólo por los libros. Pero en toda Rusia apenas hay socialdemócratas que posean este conocimiento. Para escribir en un periódico (y no en folletos de divulgación) sobre asuntos locales y estatales hay que disponer de datos frescos, variados, recogidos y elaborados por una persona entendida. Y para recoger y elaborar tales datos no basta la "democracia primitiva" de un círculo primitivo, en el que todos hacen de todo y se divierten jugando al referéndum. Para eso hace falta una plana mayor de autores especializados, de corresponsales especializados, un ejército de reporteros socialdemócratas, que entablen relaciones en todas partes, que sepan penetrar en todos los "secretos de Estado" (con los que tanto presume y que con tanta facilidad revela el funcionario ruso) y meterse entre todos los "bastidores"; un ejército de hombres obligados "por su cargo" a ser ubicuos y omniscios. Y nosotros, partido de lucha contra *toda* opresión económica, política, social y nacional, podemos y debemos encontrar, reunir, formar, movilizar y poner en campaña un ejército así de hombres omnisapientes, ¡pero eso está todavía por hacer! Ahora bien, nosotros no sólo no hemos dado aún, en la inmensa mayoría de los lugares, ni un paso en esa dirección, sino que a menudo ni siquiera existe *la conciencia* de la necesidad de hacerlo. Búsquense en nuestra prensa socialdemócrata artículos vivos e interesantes, crónicas y denuncias sobre nuestros asuntos y asuntillos diplomáticos, militares, eclesiásticos, urbanos, financieros, etc., etc.: se encontrará muy poco o *casi nada* [24]. ¡Por eso "me enfado siempre que viene alguien y me ensarta una retahíla de lindezas y preciosidades" sobre la necesidad de periódicos "en todo lugar algo considerable de concentración de obreros" que denuncien las arbitrariedades tanto en la administración fabril como en la pública local y nacional!

El predominio de la prensa local sobre la central es síntoma de penuria o de lujo. De penuria, cuando el movimiento no ha cobrado todavía fuerzas para un trabajo a gran escala, cuando aún vegeta en medio del primitivismo y casi se ahoga "en las pequeñeces de la vida fabril". De lujo, cuando el movimiento *ha podido ya plenamente* con la tarea de las denuncias en todos los sentidos y de la agitación en todos los sentidos, de modo que, además del órgano central, se hacen necesarios numerosos órganos locales. Decida cada cual por sí mismo qué es lo que prueba el predominio que hoy tienen los periódicos locales entre nosotros. Por mi parte, me limitaré a formular con exactitud mi conclusión para no dar pie a malentendidos. Hasta ahora, la mayoría de nuestras organizaciones locales piensan casi exclusivamente en órganos locales y trabajan de un modo activo casi exclusivamente para ellos. Esto no

es normal. Debe suceder lo contrario, que la mayoría de las organizaciones locales piense sobre todo en un órgano central para toda Rusia y trabaje principalmente para él. Mientras no ocurra sí, no podremos publicar *ni un solo* periódico que sea por lo menos capaz de proporcionar realmente al movimiento una agitación *en todos los sentidos* en la prensa. Y cuando esto se así, se entablarán por sí solas unas relaciones normales entre el órgano central necesario y los órganos locales necesarios.

* * *

A primera vista, la conclusión de que se precisa desplazar el centro de gravedad del trabajo local al trabajo a escala de toda Rusia puede parecer inaplicable al terreno de la lucha económica especial: el enemigo directo de los obreros es en este caso un patrono determinado o un grupo de patronos no ligados entre sí por una organización que recuerde, aunque sea remotamente, una organización puramente militar, rigurosamente centralista, dirigida hasta en los detalles más pequeños por una voluntad única, como es la organización del gobierno ruso, nuestro enemigo directo en la lucha política.

Pero no es así. La lucha económica –lo hemos dicho ya muchas veces- es una lucha sindical, y por ello exige que los obreros se unan por oficios, y no sólo por el lugar de trabajo. Y la necesidad de esta unión profesional se hace tanto más imperiosa cuanto mayor es la rapidez con que avanza la unión de nuestros patronos en toda clase de sociedades y corporaciones. Nuestra dispersión y nuestros métodos primitivos de trabajo obstaculizan directamente esta unión, que exige una organización de revolucionarios única para toda Rusia y capaz de encargarse de dirigir sindicatos obreros a escala de todo el país. Ya hemos hablado antes del tipo de organización deseable con este objeto, y ahora añadiremos sólo unas palabras en relación con el problema de nuestra prensa.

No creo que nadie dude de que todo periódico socialdemócrata deba tener *una sección* dedicada a la lucha sindical (económica). Pero el crecimiento del movimiento sindical nos obliga a pensar también en una prensa sindical. Creemos, sin embargo, que en Rusia todavía no se puede ni hablar, salvo raras excepciones, de periódicos sindicales: son un lujo, y nosotros carecemos muchas veces hasta del pan de cada día. La forma de prensa sindical adecuada a las condiciones de trabajo clandestino, y ya ahora imprescindible, tendría que ser entre nosotros la de *folletos sindicales*. En ellos deberían recogerse y agruparse sistemáticamente datos *legales* [25] e ilegales las condiciones de trabajo en cada oficio, sobre las diferencias que en este sentido existen entre los diversos puntos de Rusia, sobre las principales reivindicaciones de los obreros de una profesión determinada, sobre las deficiencias de la legislación concerniente a ella, sobre los casos notables de la lucha económica de los obreros de este gremio, sobre los gérmenes, la situación actual y las necesidades de su organización sindical, etc. Estos folletos, primero, librarían a nuestra prensa socialdemócrata de una inmensidad de pormenores sindicales que sólo interesan especialmente a los obreros de este oficio. Segundo, fijarían los resultados de nuestra experiencia en la lucha sindical, conservarían los datos recogidos, que ahora se pierden literalmente en el cúmulo de hojas y crónicas sueltas, y los sintetizarían. Tercero, podrían servir de algo así como guía para los agitadores, ya que las condiciones de trabajo varían con relativa lentitud, las reivindicaciones fundamentales de los obreros de un oficio determinado son extraordinariamente estables (compárense las reivindicaciones de los tejedores de la región de Moscú, en 1885 [26] y de la región de San Petersburgo, en 1896) y un resumen de setas reivindicaciones y necesidades

podría servir durante años enteros de manual excelente para la agitación económica en localidades atrasadas o entre capas atrasadas de obreros; ejemplos de huelgas que hayan tenido éxito en una región, datos sobre un nivel de vida más elevado y sobre mejores condiciones de trabajo en una localidad estimularían también a los obreros de otros lugares a nuevas y nuevas luchas. Cuarto, tomando la iniciativa de sintetizar la lucha sindical y reforzando de este modo los vínculos del movimiento sindical ruso con el socialismo, la socialdemocracia se preocuparía al mismo tiempo de que nuestro trabajo tradeunionista no ocupara un puesto ni demasiado reducido ni demasiado grande en el conjunto de nuestro trabajo socialdemócrata. A una organización local que esté apartada de las organizaciones de otras ciudades le es muy difícil, a veces casi imposible, mantener en este sentido una proporción adecuada (y el ejemplo de *Rabocháya Mysl* demuestra a qué punto de monstruosa exageración de carácter tradeunionista puede llegarse en tal caso). Pero a una organización de revolucionarios a escala de toda Rusia que sustente con firmeza el punto de vista del marxismo, que dirija toda la lucha política y disponga de una plana mayor de agitadores profesionales, jamás le será difícil determinar acertadamente esa proporción.

NOTAS DEL CAPITULO IV

[1] *B-v*: Borís Sávkov, uno de los dirigentes del partido socialrevolucionario, de carácter pequeñoburgués.

[2] La cursiva en toda la cita es nuestra.

[3] Se alude al grupo *Lucha del trabajo contra el Capital* organizado en Petersburgo en la primavera de 1899. Estaba formado por algunos obreros e intelectuales, carecía de estrechos vínculos con el movimiento obrero de Petersburgo y se disolvió en el verano de 1899 al ser detenidos casi todos sus componentes. Pro sus opiniones estaba muy cerca del "economismo".

El grupo editó una hoja, titulada *Nuestro programa*, que no llegó a difundirse, a causa de las detenciones.

[4] *Rab. Mysl* y *Rab. Dielo*, sobre todo la *Respuesta* a Plejánov.

[5] *¿*Quién hará la revolución política?*, folleto publicado en Rusia en la recopilación *La lucha proletaria* y reeditado por el comité de Kiev.

[6] *Renacimiento del revolucionarismo y Svoboda*.

[7] *N. N.*: Serguéi Prokopóvich, "economista" activo, más tarde demócrata-constitucionalista.

[8] Se trata, por lo visto, de la primera entrevista de Lenin con A. Martínov, que tuvo lugar en 1901

[9] Libre, amplia. (*N. de la Edit.*)

[10] *Struvismo*: es decir, marxismo legal (según el nombre de su representante principal, Piotr Struve).

[11] *Afanasi Ivánovich* y *Puljeria Ivánovna*: familia patriarcal de pequeños terratenientes, descrita en la novela *Terratenientes* de antaño, del conocido escritor ruso Nicolás Gógol.

[12] La lucha de *Iskra* contra la cizaña ha originado esta airada salida de tono de *Rab. Dielo*: "Para *Iskra*, en cambio, estos importantes acontecimientos (los de la primavera) son rasgos menos característicos de la época que las miserables tentativas de los agentes de Zubátov de "legalizar" el movimiento obrero. *Iskra* no ve que estos hechos se vuelven precisamente contra ella y prueban que el movimiento obrero ha alcanzado, a juicio del gobierno, proporciones muy amenazadoras" (*Dos congresos*, Pág. 27). La culpa de todo la tiene el "dogmatismo" de estos ortodoxos, "sordos a las exigencias imperiosas de la vida". ¡Se obstinan en no ver trigo de un metro de alto para hacer la guerra a cizaña de un centímetro! ¿No es esto un "sentido deformado de la perspectiva con respecto al movimiento obrero ruso" (Ibid., Pág. 27)?

[13] Ivánushka: personaje de los cuentos populares rusos. (*N. de la Edit.*)

[14] Aquí nos limitaremos a advertir que cuanto hemos dicho respecto al “estímulo desde fuera” y a los demás razonamientos de *Svoboda* sobre organización es aplicable por entero a todos los “economistas”, comprendidos los adeptos de *Rabócheie Dielo*, pues, en parte, han preconizado y sostenido activamente estos puntos de vista sobre los problemas de organización o, en parte, han caído en ellos.

[15] Este término sería, quizá, más justo que el precedente en lo que se refiere a *Svoboda*, pues en *Renacimiento del revolucionarismo* se defiende del terrorismo; y en el artículo en cuestión, el “economismo”. “No las quiero, no están maduras”, puede, en general, decirse de *Svoboda*. Tiene buenas aptitudes y las mejores intenciones, pero el único resultado es la confusión; confusión, principalmente, porque, al defender la continuidad de la organización, *Svoboda* no quiere saber nada de continuidad del pensamiento revolucionario y de la teoría socialdemócrata. Esforzarse por resucitar al revolucionario profesional (*Renacimiento del revolucionarismo*) y proponer para eso, primero, el terrorismo excitante y, segundo, la “organización de los obreros medios” (*Svoboda*, núm. 1, Pág. 66 y siguientes), menos “estimulados” desde fuera”, equivale, en verdad, a derribar la casa propia para tener leña con que calentarla.

[16] Lenin alude al círculo de socialdemócratas petersburgueses (“los viejos”) encabezado por él. Sobre la base de este círculo se fundó en 1895 la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera

[17] Entre los militantes, por ejemplo, se observa en los últimos tiempos una reanimación indudable del espíritu democrático, en parte a causa de los combates de calle, cada vez más frecuentes, contra “enemigos” como los obreros y los estudiantes. Y en cuanto nos lo permitan nuestras fuerzas, deberemos dedicar sin falta la mayor atención a la labor de agitación y propaganda entre los soldados y oficiales, a la creación de “organizaciones militares” afiliadas a nuestro partido.

[18] Recuerdo que un camarada me refirió un día que un inspector fabril, que había ayudado a la socialdemocracia y estaba dispuesto a seguir ayudándola, se quejaba amargamente, diciendo que no sabía si su “información” llegaba a un verdadero centro revolucionario, hasta qué punto era necesaria su ayuda ni hasta qué punto era posible utilizar sus pequeños y menudos servicios. Todo militante dedicado a la labor práctica podría citar, sin duda, más de un caso semejante, en que nuestros métodos primitivos de trabajo nos han privado de aliados. ¡Pero los empleados y los funcionarios podrían prestarnos y nos prestarían “pequeños” servicios, que en conjunto serían de un valor inapreciable, no sólo en las fábricas, sino en correos, en ferrocarriles, en aduanas, entre la nobleza, en la iglesia y en todos los demás sitios, incluso en la policía y hasta en la corte! Si tuviéramos ya un verdadero partido, una organización verdaderamente combativa de revolucionarios, no arriesgaríamos a todos esos “auxiliares”, no nos apresuraríamos a introducirlos siempre y sin falta en el corazón mismo de las “actividades clandestinas”; al contrario, los cuidaríamos de un modo singular en incluso prepararíamos especialmente a personas para esas funciones, recordando que muchos estudiantes podrían sernos más útiles como funcionarios “auxiliares” que como revolucionarios “a breve plazo”. Pero, vuelvo a repetirlo, sólo puede aplicar esta táctica una organización completamente firme ya que no tenga escasez de fuerzas activas.

[19] *Svoboda*, núm. 1, artículo *La organización*, Pág. 66: “La masa obrera apoyará con todo su peso todas las reivindicaciones que sean formuladas en nombre del Trabajo de Rusia” (¡Trabajo con mayúsculas sin falta!) Y el mismo autor exclama:

“Yo no les tengo ninguna rabia a los intelectuales, pero...” (éste es el *pero* que Schedrián traducía con las palabras: ¡de puntillas no se es más alto!)... “pero me pongo terriblemente furioso cuando viene una persona a contarme una retahíla de cosas muy bonitas y buenas y me hace que las crea por su (¿de él?) lindeza y demás méritos” (Pág. 62). También yo “me pongo terriblemente furioso”...

[20] *Tierra y Libertad*: organización secreta de populistas revolucionarios, fundada en Petersburgo en el otoño de 1876. Sus componentes consideraban a los campesinos como la fuerza revolucionaria fundamental de Rusia y trataban de alzarlos a la insurrección contra el zarismo. Efectuaron una labor revolucionaria en diversas provincias de Rusia: Tambov, Vorónezh, etc.

El fracaso de la labor revolucionaria entre los campesinos y el recrudecimiento de la represión gubernamental contribuyeron a que en 1879 se formase en el seno de Tierra y Libertad un grupo de terroristas, que renunciaron a la propaganda revolucionaria entre los campesinos y proclamaron que el medio principal de lucha revolucionaria con el zarismo era el terrorismo contra los gobernantes zaristas. En el Congreso celebrado aquel mismo año en Vorónezh, Tierra y Libertad se escindió en dos organizaciones: la Voluntad del Pueblo, que emprendió el camino del terror, y El Reparto Negro, que mantuvo las posiciones de Tierra y Libertad. Con posterioridad, una parte de los componentes de El Reparto Negro –Plejánov, Axelrod, Zasúlich, Deich e Ignátov- abrazaron el marxismo y en 1883 fundaron en el extranjero la primera organización marxista rusa el grupo Emancipación del Trabajo.

[21] *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, Pág. 23. (Véase V. I. Lenin. *Obras Completas*, 5ª ed. en ruso, t. 2, Pág. 451.- *N. de la Edit.*). Por cierto, he aquí otro ejemplo de cómo *Rab. Dielo* o no comprende lo que dice, o cambia de opinión “según de donde sople el viento”. En el número 1 de *R. Dielo* se dice en cursiva: “*El contenido del folleto que acabamos de exponer coincide plenamente con el programa de la redacción de “Rabóchie Dielo”*” (Pág. 142). ¿Es cierto eso? ¿Coincide con Las tareas la idea de que no se puede plantear al movimiento de masas como primera tarea derrocar la autocracia? ¿Coincide con ellas la teoría de la “lucha económica contra los patronos y el gobierno”? ¿Coincide la teoría de las fases? Que el lector juzgue de la firmeza de principios de un órgano que comprende la “coincidencia” de manera tan original.

[22] Véase el Informe presentado al Congreso de París [22], Pág. 14: “Desde entonces (1897) hasta la primavera de 1900 fueron publicados en diversos puntos treinta números de varios periódicos... Por término medio, aparecería más de un número al mes”.

[23] Esta dificultad es sólo aparente. En realidad, no hay círculo local que no pueda asumir con energía una u otra función del trabajo a escala nacional. “No digas que no puedes, sino que no quieres”.

[24] Por esta razón, incluso el ejemplo de los órganos locales de excepcional valía confirma totalmente nuestro punto de vista. Por ejemplo, *Yuzhni Rabochi* [24] es un excelente periódico, al que no se puede acusar de falta de firmeza en los principios. Pero como sale rara vez, y las redadas son muy frecuentes, no ha podido dar al movimiento local todo lo que pretendía. Lo más apremiante para el partido en estos momentos –plantear con firmeza de principios los problemas fundamentales del movimiento y desplegar una agitación política en todos los sentidos – ha sido superior

a las fuerzas de ese órgano local. Lo muy bueno que ha dado, como los artículos sobre el congreso de los industriales mineros, sobre el paro, etc., no era de carácter estrictamente local, *sino necesario para toda Rusia*, y no sólo para el Sur. Artículos como éstos no los ha habido en toda nuestra prensa socialdemócrata.

[25] Los datos legales tienen especial importancia en este sentido, y estamos particularmente atrasados en lo que se refiere a saber recogerlos y utilizarlos sistemáticamente. No será exagerado decir que solo con datos legales puede llegar a confeccionarse más o menos un folleto sindical, mientras que es imposible hacerlo con datos ilegales nada más. Recogiendo entre los obreros datos ilegales sobre problemas como los que ha tratado *Rabóchaya Mysl* [25], derrocharemos en vano una inmensidad de fuerzas de un revolucionario (al que fácilmente puede sustituir en este trabajo un militante legal) y, a pesar de todo, no obtenemos nunca buenos datos, porque los obreros, que generalmente sólo conocen una sección de una gran fábrica y que casi siempre sólo conocen los resultados económicos, pero no las normas ni las condiciones generales de su trabajo, no pueden adquirir los conocimientos que suelen tener los empleados, inspectores, médicos fabriles, etc., y que están profusamente diseminados en crónicas periodísticas y publicaciones especiales de carácter industrial, sanitario, de los zemstvos, etc.

Recuerdo como si fuera ahora mismo mi "primer experimento", que no me dejó gana de repetirlo nunca. Me entretuve durante muchas semanas en interrogar "con apasionamiento" a un obrero que venía a verme sobre todos los detalles de la vida en la enorme fábrica donde él trabajaba. Verdad es que, aun con grandísimas dificultades, conseguí más o menos componer la descripción (¡sólo de una fábrica!), pero sucedía que el obrero, limpiándose el sudor, decía con una sonrisa al final de nuestro trabajo: "¡Me cuesta menos trabajar horas extra que contestarle a sus preguntas!"

Cuanto más energía pongamos en la lucha revolucionaria tanto más obligado se verá el gobierno a legalizar una parte de la labor "sindical", desembarazándonos así de parte de la carga que pesa sobre nosotros.

[26] El movimiento huelguístico de 1885 afectó a numerosas empresas de la industria textil a las provincias de Vladímir, Moscú, Tver y otras regiones del centro industrial del país. La más famosa fue la declarada pro los obreros de la manufactura Nikólskoe, de Savva Morózov (huelga de Morózov), en enero de 1885. Entre las reivindicaciones principales de los obreros figuraban la disminución de las multas y la reglamentación de las condiciones de contratación. Las tropas aplastaron la huelga de Morózov, en la que participaron cerca de 8.000 trabajadores bajo la dirección de obreros avanzados; 33 huelguistas fueron entregados a los tribunales, y más de 600, deportados. El movimiento huelguístico de 1885 y 1886 obligó al gobierno zarista a promulgar la ley del 3 (15) de junio de 1886 (la llamada "ley de multas")

CAPITULO V

"PLAN" DE UN PERIODICO POLÍTICO CENTRAL PARA TODA RUSIA

"El error más grande de *Iskra* en este sentido –escribe B. Krichevski (*R. D.*, núm. 10, Pág. 30), imputándonos la tendencia a "convertir la teoría en doctrina muerta, aislándola de la práctica" – es un "plan" de una organización de todo el partido" (es decir, el artículo *¿Por dónde empezar?*). Y Martínov lo secunda, declarando que "la tendencia de *Iskra* de aminorar la importancia de la marcha progresiva de la monótono lucha cotidiana en comparación con la propaganda de ideas brillantes y acabadas..., ha sido coronada por el plan de organización del partido, plan que se nos ofrece en el artículo *¿Por dónde empezar?*, publicado en el número 4" (loc. cit. Pág. 61). Finalmente, hace poco se ha sumado a los indignados con este "plan" (las comillas deben expresar la ironía con que lo acoge) L. Nadiezhdin, que en su folleto *En vísperas de la revolución*, que acabamos de recibir (edición del "Grupo Revolucionario-Socialista" *Svoboda*, que ya conocemos), declara que "al hablar ahora de una organización cuyos hilos arranquen de un periódico central para toda Rusia es dar ideas y hacer trabajo de gabinete" (Pág. 126), dar pruebas de "literaturismo", etc.

no puede sorprendernos que nuestro terrorista coincida con los defensores de la "marcha progresiva de la monótona lucha cotidiana", pues ya hemos visto las raíces de esta afinidad en los capítulos sobre política y organización. Pero debemos observar en el acto que L. Nadiezhdin, y sólo él, ha tratado honradamente de penetrar en el curso del pensamiento del artículo que le ha disgustado; ha tratado de responder yendo al grano, mientras que *Rab. Dielo* no ha dicho en esencia nada y ha tratado tan sólo de embrollar la cuestión, mediante una sarta de indecorosas y demagógicas salidas de tono. Y, por desagradable de ello sea, hay que perder tiempo en limpiar antes los establos de Augías.

a) A quién ha ofendido el artículo "*¿Por dónde empezar?*" [1]

Vamos a citar un ramillete de las expresiones y exclamaciones con que ha arremetido contra nosotros *Rabócheie Dielo*. "No es un periódico el que puede crear la organización del partido, sino a la inversa"... "Un periódico que se encuentre *por encima* del partido, *esté fuera de su control* y no dependa de él por tener su propia red de agentes"... "¿Por obra de qué milagro ha olvidado *Iskra* las organizaciones socialdemócratas, ya existentes de hecho, del partido a que ella misma pertenece?"... "Personas poseedoras de principios firmes y del plan correspondiente son también los reguladores supremos de la lucha real del partido, al que dictan el cumplimiento de su plan"... "El plan relega a nuestras organizaciones, reales y vitales, al reino de las sombras y quiere dar vida a una red fantástica de agentes"... "Si el plan de *Iskra* fuese llevado a la práctica, borraría por completo las huellas del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia que se viene formando en nuestro país"... "Un órgano de propaganda se sustrae al control y se convierte en legislador absoluto de toda la lucha revolucionaria práctica"... "¿Qué actitud debe asumir nuestro partido al verse *totalmente* sometido a una redacción autónoma?", etc., etc.

Como ve el lector por el contenido y el tono de estas citas, *Rabócheie Dielo* se ha ofendido. Pero no por lo que a él le toca, sino por lo que toca a las organizaciones y comités de nuestro partido, a los que *Iskra*, según pretende dicho

órgano, quiere relegar al reino de las sombras y hasta borrar sus huellas. ¡Que todos los horrores fueran así! Pero hay una cosa extraña. El artículo *¿Por dónde empezar?* apareció en mayo de 1901, y los artículos de *Rabócheie Dielo* en septiembre de 1901; ahora estamos ya a mediados de enero de 1902. ¡En estos cinco meses (tanto antes como después de septiembre), ni un solo comité, ni una sola organización del partido ha protestado formalmente contra ese monstruo que quiere desterrar a los comités y organizaciones al reino de las sombras! Y hay que hacer constar que, durante este período, han aparecido, tanto en *Iskra* como en numerosas otras publicaciones, locales y no locales, decenas y centenares de comunicaciones de todos los confines de Rusia. ¿Cómo ha podido suceder que las organizaciones a las que se quiere desterrar al reino de las sombras no se hayan dado cuenta de ello ni se hayan sentido ofendidas, y que, en cambio, se haya ofendido una tercera persona?

Ha sucedido esto porque los comités y las demás organizaciones están ocupadas en trabajar de verdad, y no en jugar a la "democracia". Los comités han leído el artículo *¿Por dónde empezar?*, han visto en él una tentativa "de trazar un plan concreto de esta organización a fin de que se pueda emprender su creación desde todas partes", y, habiéndose percatado perfectamente de que ni una sola de "todas esas partes" pensará en "emprender su creación" antes de estar convencido de que es necesaria y de que el plan arquitectónico es certero, no han pensado, naturalmente, en "ofenderse" pro la osadía de los que han dicho en *Iskra*: "Dada la urgencia e importancia del asunto, nos decidimos, por nuestra parte, a someter a la consideración de los camaradas el bosquejo de un plan que desarrollaremos con más detalle en un folleto en preparación". Parece mentira que no se comprenda, de enfocar este problema con honestidad, que si los camaradas *aceptan* el plan sometido a su consideración, no lo ejecutarán por "subordinación", sino por el convencimiento de que es necesario para nuestra obra común, y que, en el caso de *no aceptarlo*, el "bosquejo" (¡qué palabra más presuntuosa!, ¿verdad?) no pasará de ser un simple bosquejo. ¿¿No es demagogia arremeter contra el bosquejo de un plan no sólo "demoliéndolo" y aconsejando a los camaradas que lo rechacen, sino *previniendo* a gentes poco expertas en la labor revolucionaria contra los autores del bosquejo *por el mero hecho* de que éstos se atreven a "legislar", a actuar de "reguladores supremos", es decir, que se atreven a *proponer* un bosquejo de plan?? ¿Puede nuestro partido desarrollarse y marchar adelante sin la tentativa de elevar a los dirigentes locales a ideas, tareas, planes, etc. más amplios tropieza no sólo con la objeción de que estas ideas son erróneas, sino con una sensación de "agravio" pro el hecho de que se les "quiera" "elevar"? Porque también L. Nadiezhdin ha "demolido" nuestro plan, pero no se ha rebajado a semejante demagogia, que ya no puede explicarse simplemente por candor o por ideas políticas de un carácter primitivo; ha rechazado resueltamente y desde el primer momento la acusación de "fiscalizar al partido". Por esta razón podemos y debemos responder con argumentos a la crítica que Nadiezhdin hace del plan, mientras que a *Rabócheie Dielo* sólo cabe contestar con el desprecio.

Pero el despreciar a un autor que se rebaja hasta el punto de gritar sobre "absolutismo" y "subordinación" no nos exime del deber de deshacer el lío en el que estas gentes meten al lector. Y aquí podemos demostrar palmariamente a todo el mundo de qué jaez son las frases en boga sobre la "amplia democracia". Se nos acusa de haber olvidado los comités, de querer o de intentar desterrarlos al reino de las sombras, etc. ¿Cómo contestar a estas acusaciones, cuando, por razones de discreción conspirativa, *no podemos* decir al lector *casi nada en realidad* de nuestras verdaderas relaciones con los comités? Quienes lanzan una acusación zahiriente que irrita a la multitud nos llevan ventaja por su desfachatez y por su desdén a los deberes del revolucionario que oculta cuidadosamente de los ojos del mundo las relaciones y los

vínculos que tiene, establece o trata de entablar. Desde luego, nos negamos de una vez para siempre a competir con gente de esa calaña en el terreno de la "democracia". En cuanto al lector no iniciado en los asuntos del partido, el único medio de cumplir nuestro deber con él consiste en hablarle no de lo que es o están *im Werden*, sino de una pequeña apreté de los que ha sido, ya que se puede hablar de ello porque pertenece al pasado.

El Bund nos acusa de "impostores" con una alusión [2]*; la Unión en el extranjero nos acusa de que tratamos de borrar las huellas del partido. ¡Un momento, señores! Recibirán ustedes plena satisfacción en el momento que expongamos al público *cuatro hechos* del pasado.

Primer [3] hecho. Los miembros de una de las Uniones de Lucha que participaron directamente en la formación de nuestro partido y en el envío de un delegado al congreso que lo fundó se ponen de acuerdo con uno de los miembros del grupo *Iskra* para establecer una biblioteca obrera especial con objeto de atender a las necesidades de todo el movimiento. No se consigue abrir la biblioteca obrera; y los folletos *Las tareas de los socialdemócratas rusos* y *La nueva ley de fábricas*, escritos para ella, van a parar indirectamente y por mediación de terceras personas al extranjero, donde son publicados [4] (87).

Segundo hecho. Los miembros del Comité Central del Bund proponen a uno de los miembros del grupo *Iskra* organizar conjuntamente lo que entonces el Bund llamaba "un laboratorio literario", indicando que si no se lograba realizar el proyecto, nuestro movimiento podía retroceder mucho. Resultado de aquellas negociaciones fue el folleto *La causa obrera en Rusia* [5]****.

Tercer hecho. El Comité Central del Bund por intermedio de una pequeña ciudad provinciana, se dirige a uno de los miembros del grupo *Iskra*, proponiéndole que se encargue de redactar *Rabóchaya Gazeta* que ha de reanudar su publicación y obtiene, desde luego, su conformidad. Más tarde cambia la propuesta: se trata solamente de colaborar, debido a una nueva composición de la redacción. Claro que también se da la conformidad. Se envían los artículos (que se ha logrado conservar): *Nuestro programa*, protestando enérgicamente contra la campaña bernsteiniana y contra el viraje de las publicaciones legales y *Rabóchaya Mysl*; *Nuestra tarea urgente* ("la organización de un órgano del partido que aparezca regularmente y esté ligado estrechamente a todos los grupos locales"; los defectos del "primitivismo en el trabajo" imperante); *Un problema vital* (analizando la objeción de que primero habría que desarrollar la actividad de los grupos locales y luego emprender la organización de un órgano central; insistiendo en la importancia primordial de "la organización revolucionaria", en la necesidad de "elevar la organización, la disciplina y la técnica de la conspiración al más alto grado de perfección". La propuesta de reanudar la publicación de *Rabóchaya Gazeta* no llega a ponerse en práctica, y los artículos quedan sin publicar. [6] (89).

Cuarto hecho. Un miembro del comité organizador del II Congreso ordinario de nuestro partido comunica a un miembro del grupo *Iskra* el programa del congreso y presenta la candidatura de este grupo para redactar *Rabóchaya Gazeta*, que reanudaba su publicación. Esta gestión, por decirlo así, preliminar, es sancionada luego por el comité al que pertenecía dicha persona, así como por el Comité Central del Bund; al grupo *Iskra* se indica el lugar y la fecha de celebración del congreso, pero el grupo (que por ciertos motivos no estaba seguro de poder enviar un delegado a este

congreso) redacta asimismo un informe escrito para éste. En dicho informe se sostiene la idea de que eligiéndose sólo el Comité Central, lejos de resolverse el problema del agrupamiento en un momento de completa dispersión como el actual, se corre, además el riesgo de poner en tela de juicio la gran idea de la creación del partido, caso de caer nuevamente en una rápida y completa redada, cosa más que probable cuando impera la falta de discreción conspirativa; que, por ello, debía empezarse por invitar a todos los comités y a todas las demás organizaciones a sostener el órgano central cuando reanudara su aparición, órgano que *realmente* vincularía a todos los comités con lazos *efectivos* y prepararía realmente un grupo de dirigentes de todo el movimiento; que los comités y el partido podrían ya fácilmente transformar en Comité Central este grupo, creado pro los primeros, cuando dicho grupo se hubiera desarrollado y fortalecido. Pero debido a una serie de detenciones el congreso no pudo celebrarse; y por motivos de conspiración se destruyó el informe que sólo algunos camaradas, entre ellos los delegados de un comité, habían podido leer [7].

Juzgue ahora el lector por sí mismo del carácter de procedimientos como la alusión del Bund a una impostura o el argumento de *Rabócheie Dielo* acerca de que queremos desterrar a los comités al reino de las sombras, "sustituir" la organización del partido por una organización que difunda las ideas de un solo periódico. Pues precisamente ante los comités, *por reiteradas invitaciones de ellos*, informamos sobre la necesidad de adoptar un plan determinado de trabajo común.. y precisamente para la organización del partido elaboramos este plan en nuestros artículos enviados a *Rabóchaya Gazeta* y en el informe para el congreso del partido, y repetimos que los hicimos por invitación de personas que ocupaban en el partido una posición tan influyente, que tomaban la iniciativa de reconstruirlo (de hecho). Y sólo cuando hubieron fracasado las dos tentativas que la organización del partido hizo *con nosotros* para reanudar *oficialmente* la publicación del órgano central del partido, creímos que era nuestro deber ineludible presentar un órgano *no oficial*, para que, en la tercera tentativa, los camaradas vieran ya ciertos resultados de la *experiencia* y no meras conjeturas. Ahora todo el mundo puede apreciar ya ciertos resultados de esa experiencia, y todos los camaradas pueden juzgar si comprendimos bien nuestro deber y la opinión que merecen las personas que, molestas por el hecho de que demostramos a unas su falta de consecuencia en el problema "nacional" y a otras lo inadmisibles de sus vacilaciones sin principios, tratan de equivocar a quienes desconocen el pasado más reciente.

b) ¿Puede un periódico ser organizador colectivo?

La clave del artículo *¿Por dónde empezar?* está en que hace precisamente esta pregunta y en que da una respuesta afirmativa. L. Nadiezhdin es, que sepamos, la única persona que intenta estudiar esta cuestión a fondo y demostrar la necesidad de darle respuesta negativa. A continuación reproducimos íntegramente sus argumentos:

"...Mucho nos place que plantee *Iskra* (núm. 4) la necesidad de un periódico central para toda Rusia, pero en modo alguno podemos convenir en que este planteamiento corresponde al título del artículo *¿Por dónde empezar?* Es, sin duda, uno de los asuntos de suma importancia, pero no se pueden colocar los cimientos de una organización combativa para un momento revolucionario ni con esa labor, ni con toda una serie de hojas populares, ni con una montaña de proclamas. Es indispensable empezar a formar fuertes organizaciones políticas locales. Nosotros carecemos de ellas, nuestra labor se ha desarrollado principalmente entre los obreros cultos, mientras que las masas desplegaron de modo casi exclusivo una lucha económica. *Si*

no se educan fuertes organizaciones políticas locales, ¿qué valor podría tener un periódico central para toda Rusia, aunque esté excelentemente organizado? ¡Una llama de fuego que sale de en medio de una zarza, y la zarza está ardiendo y no se consume! Iskra cree que el pueblos e reunirá y organizará en torno a ese periódico, en el trabajo para él. ¡Pero si le es mucho más fácil reunirse y organizarse en torno a una labor más concreta! Esta labor puede y debe consistir en organizar periódicos locales a vasta escasa, en prepara inmediatamente las fuerzas obreras para manifestaciones, en hacer que las organizaciones locales trabajen constantemente entre los parados (difundiendo de un modo persistente entre ellos hojas volantes y octavillas, convocándolos a reuniones, llamándolos a oponer resistencia al gobierno, etc.) ¡Hay que iniciar una labor política activa en el plano local, y cuando surja la necesidad de unificarse en este terreno real, la unión no será artificiosa, no quedará sobre el papel, porque no es por medio de periódicos como se conseguirá esta unificación del trabajo local en una obra común para toda Rusa!” (En vísperas de la revolución, Pág.. 54).

Hemos subrayado en este elocuente trozo los pasajes que permiten apreciar con mayor relieve tanto el juicio equivocado del autor sobre nuestro plan como, en general, su erróneo punto de vista, que él opone a *Iskra*. Si no se educan fuertes organizaciones políticas locales, de nada valdrá el mejor periódico central para toda Rusia. Completamente justo. Pero se trata precisamente de que *no existe otro medio de educar* fuertes organizaciones políticas de un periódico central para toda Rusia. Al autor se le ha escapado la declaración más importante que *Iskra* hizo antes de pasar a exponer su “plan”: la declaración de que era necesario “exhortar a formar una organización revolucionaria capaz e unir a todas las fuerzas y de dirigir el movimiento *no sólo nominalmente* sino en realidad, es decir, capaz de estar *siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión*, aprovechándolas para multiplicar y reforzar los efectivos que han de utilizarse en el combate decisivo”. Después de febrero y marzo, todos están ahora en principio de acuerdo con eso –continúa *Iskra*–; pero lo que necesitamos es *resolver el problema de una manera práctica*, y no en principio; lo que necesitamos es trazar inmediatamente un plan concreto de esta obra para que todos puedan ahora mismo emprender la construcción *desde todas partes*. ¡Y he aquí que, de la solución práctica del problema, nos empujan una vez más hacia atrás, hacia una verdad justa en principio, incontestable, grande, pero de todo punto insuficiente, incomprensible por completo para las grandes masas trabajadoras: hacia la “educación de fuertes organizaciones políticas”! pero ¡si no se trata ya de eso, respetable autor, sino de *cómo precisamente* hay que educar, y educar con éxito!

No es verdad que “nuestra labor se ha desarrollado principalmente entre los obreros cultos, mientras que las masas desplegaban de modo casi exclusivo una lucha económica”. Bajo esta forma, la tesis se desvía hacia la tendencia, habitual en *Svoboda* y errónea de raíz de oponer los obreros cultos a la “masa”. Pues también los obreros cultos de nuestro país han desplegado en estos últimos años “de modo casi exclusivo una lucha económica. Esto, por una parte. Por otra, tampoco las masas aprenderán jamás a desplegar la lucha política mientras no ayudemos a formarse a los dirigentes de esta lucha, procedentes tanto de los obreros cultos como de los intelectuales; y estos dirigentes pueden formarse *exclusivamente* enjuiciando de modo sistemático y cotidiano todos los aspectos de nuestra vida política, *todas las tentativas* de protesta y de lucha de las distintas clases y por diversos motivos. ¡Por eso es simplemente ridículo hablar de “educar organizaciones políticas” y, al mismo tiempo, *oponer* la “labor sobre el papel” de un periódico político a la “labor política activa en el plano local”! ¡Pero si *Iskra* adapta precisamente su “plan” de un periódico central al “plan” de crear una “disposición para el combate” que pueda apoyar tanto un movimiento de obreros parados o un alzamiento campesino como el descontento de la

gente de los zemstvos, "la indignación de la población contra los ensoberbecidos bachibozuks zaristas", etc.! Por lo demás, toda persona familiarizada con el movimiento sabe perfectamente que la inmensa mayoría de las organizaciones locales *ni siquiera piensa* en ello; que muchas de las perspectivas aquí esbozadas de "una labor política viva" no las ha puesto en práctica *ni una sola vez* ninguna organización; que, por ejemplo, la tentativa de llamar la atención sobre el recrudescimiento del descontento y de las protestas entre los intelectuales de los zemstvos lleva el desconcierto y la perplejidad tanto a Nadiezhdin ("¡Dios mío!, ¿pero será ese órgano para los intelectuales de los zemstvos?", *En vísperas*, Pág. 129), como a los "economistas" (véase la carta en el número 12 de *Iskra*), como a muchos militantes dedicados al trabajo práctico. En tales condiciones se puede "empezar" *únicamente* por hacer *pensar* a la gente en todo esto, por hacerla resumir y sintetizar todos y cada uno de los indicios de efervescencia y de lucha activa. En los momentos actuales de subestimación de la importancia de las tareas socialdemócratas, la "labor política activa" puede *iniciarse exclusivamente* por una agitación política viva, cosa imposible sin un periódico central para toda Rusia que aparezca con frecuencia y que se difunda con regularidad.

Los que consideran el "plan" de *Iskra* una manifestación de "literaturismo" no han comprendido en absoluto el fondo del plan, tomando como fin lo que se propone como medio más adecuado para el momento actual. Esta gente no se ha molestado en meditar sobre dos comparaciones que ilustran palmariamente el plan propuesto. La organización de un periódico político central para toda Rusia –se decía en *Iskra*– debe ser el *hilo fundamental* al que podríamos asirnos para desarrollar, ahondar y ampliar incesantemente esta organización (es decir, la organización revolucionaria, siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión). Hagan ustedes el favor de decirnos: cuando unos albañiles colocan en diferentes sitios las piedras de una obra grandiosa y sin precedentes, ¿es una labor "sobre el papel" tender el cordel que les ayuda a encontrar el lugar preciso para las piedras, que les indica la meta final de la obra común, que les permite colocar no sólo cada piedra, sino cada trozo de piedra, el cual, al sumarse a los precedentes y a los que sigan, formará la hilada recta y completa? ¿No vivimos acaso un momento de esta índole en nuestra vida de partido, cuando tenemos piedras y albañiles, pero nos falta precisamente el cordel, visible para todos y en el cual todos puedan atenerse? No importa que griten que, al tender el cordel, lo que pretendemos es mandar: si fuera así, señores, pondríamos *Rabóchaya Gazeta*, núm. 3, en lugar de *Iskra*, núm. 1, como nos lo habían propuesto algunos camaradas y como *tendríamos pleno derecho a hacer* después de los acontecimientos que hemos referido más arriba. Pero no lo hemos hecho: queríamos tener al manos sueltas para desarrollar una lucha inconciliable contra toda clase de seudosocialdemócratas; queríamos que nuestro cordel, si está bien derecho, sea respetado por su rectitud y no porque lo haya tendido un órgano oficial.

"La unificación de las actividades locales en órganos centrales se mueve en un círculo vicioso –nos alecciona L.Nadiezhdin -. La unificación requiere homogeneidad de elementos, y esta homogeneidad no puede ser creada más que por algún aglutinante, pero este aglutinante sólo puede aparecer como producto de fuertes organizaciones locales que, en el momento actual, en modo alguno se distinguen por su homogeneidad". Verdad ésta tan respetable y tan incontestable como la de que es necesario educar fuertes organizaciones políticas. Y no menos estéril. *Cualquier problema "se mueve en un círculo vicioso"*, pues toda la vida política es una cadena infinita compuesta de un sinfín de eslabones. Todo el arte de un político estriba justamente en encontrar y aferrarse con nervio al preciso eslaboncito que menos pueda ser arrancado de las manos, que sea el más importante en un momento

determinado y mejor garantice a quien lo sujete la posesión de toda cadena [8]. Si tuviéramos un destacamento de albañiles expertos que trabajasen de un modo tan acorde que aun si el cordel pudieran colocar las piedras precisamente donde hace falta (hablando en abstracto, esto no es imposible, ni mucho menos), entonces quizás podríamos aferrarnos también a otro eslaboncito. Pero la desgracia consiste justamente en que aún carecemos de albañiles expertos que trabajen tan bien concertados, en que las piedras se colocan muy a menudo al azar, sin guiarse por el cordel común, de manera tan desordenada que el enemigo las dispersa de un soplo como si fuesen granos de arena y no piedras.

Otra comparación: "El periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo. En ese último sentido *se le puede comparar con los andamios* que se levantan alrededor de un edificio en construcción, que señalan sus contornos, facilitan las relaciones entre los distintos albañiles, les ayudan a distribuirse la tarea y a observar los resultados generales alcanzados por el trabajo organizado" [9]. ¿Verdad que esto se parece mucho a la manera como el literato, hombre de gabinete, exagera la importancia de su función? El andamiaje no es imprescindible para la vivienda misma: se hace de materiales de peor calidad, se levanta por un breve período, y luego, una vez terminado el edificio, aunque sólo sea en bruto, va a parar a la estufa. En cuanto a la edificación de organizaciones revolucionarias, la experiencia demuestra que a veces se pueden construir sin andamios (recuérdese la década del 70). Pero ahora no podemos ni imaginarnos la posibilidad de levantar sin andamiaje el edificio que necesitamos.

Nadiezhdin no está de acuerdo y dice: "*Iskra* cree que el pueblo se reunirá y organizará en torno a ese periódico en el trabajo para él. ¡Pero si le es mucho más fácil reunirse y organizarse en torno a una labor *más concreta!*" Así, así: "más fácil reunirse y organizarse en torno a una labor más concreta"... Dice el refrán: "Agua que no has de beber, déjala correr". Pero hay gentes que no sienten reparo en beber agua en la que ya se ha escupido. ¡Qué de infamias no habrán dicho nuestros excelentes "críticos" legales "del marxismo" y admiradores ilegales de *Rabóchaya Mysl* en nombre de este mayor concretamiento! ¡Hasta qué punto coartan todo nuestro movimiento nuestra estrechez de miras, nuestra falta de iniciativa y nuestra timidez, que se justifican con los argumentos tradicionales de que "¡es mucho más fácil... en torno a una labor más concreta!" ¡Y Nadiezhdin, que se considera dotado de un sentido especial de la "vida", que condena con singular severidad a los hombres de "gabinete", que imputa (con pretensiones de agudeza) a *Iskra* la debilidad de ver en todas partes "economismo", que se imagina estar a cien codos por encima de esta división en ortodoxos y críticos, no se da cuenta de que, con sus argumentos, favorece la estrechez de miras que le indigna y bebe precisamente el agua llena de escupitajos! No basta, no, la indignación más sincera contra la estrechez de miras, ni el deseo más ardiente de hacer levantar a las gentes que se prosternan ante esta estrechez si el que se indigna va a merced de las olas y del viento y si se aferra con tanta "espontaneidad" como los revolucionarios de la década del 70 al "terror excitante", al "terror agrario", al "toque a rebato", etc. Vean en qué consiste ese "algo más concreto" en torno al que – cree él – será "mucho más fácil" reunirse y organizarse: 1) periódicos locales; 2) preparación de manifestaciones; 3) trabajo entre los obreros parados. A simple vista se advierte que todo eso ha sido entresacado totalmente al azar, por casualidad, por decir algo, porque, comoquiera que se mire, será un perfecto desatino ver en ello algo de especial utilidad para "reunir y organizar". Y el mismo Nadiezhdin dice unas páginas más adelante: "Ya va siendo hora de hacer constar sencillamente un hecho: en el plano local se realiza una labor pequeña en grado sumo, los comités no hacen ni la décima parte de lo que podrían... los centros de unificación que tenemos ahora son una ficción,

son burocracia revolucionaria, sus miembros se dedican a ascenderse mutuamente a generales, y así seguirán las cosas mientras no se desarrollen fuertes organizaciones locales". No cabe duda de que estas palabras encierran, al mismo tiempo que exageraciones, muchas y amargas verdades. ¿Será posible que Nadiezhdin no vea el nexo existente entre la pequeña labor realizada en el plano local y el estrecho horizonte de los dirigentes locales, la escasa amplitud de sus actividades, cosas inevitables, dada la poca preparación de los mismos, puesto que se encierran en los marcos de las organizaciones locales? ¿Será posible que Nadiezhdin haya olvidado, lo mismo que le autor del artículo sobre organización publicado en *Svoboda*, que el paso a una amplia prensa local (desde 1898) fue acompañado de una intensificación especial del "economismo" y del "primitivismo en el trabajo"? Además, aunque se pudiera organizar de manera más o menos satisfactoria "una abundante prensa local" (ya hemos demostrado más arriba que es imposible, salvo en casos muy excepcionales), ni siquiera en ese caso podrían tampoco los órganos locales "reunir organizar" *todas* las fuerzas de los revolucionarios para una ofensiva *general* contra la autocracia, para dirigir la lucha *unada*. No se olvide que aquí sólo se trata del alcance "colectivo", organizador, del periódico, y podríamos hacer a Nadiezhdin, defensor del fraccionamiento, la misma pregunta irónica que él hace: "¿No habremos heredado de alguna parte 200.000 organizadores revolucionarios?" Prosigamos. No se puede *contraponer* la "preparación de manifestaciones" al plan de *Iskra* por la sencilla razón de que este plan dice justamente que las manifestaciones más extensas son *uno de sus fines*; pero de lo que se trata es de elegir *el medio* práctico. Nadiezhdin se ha vuelto a embrollar al perder de vista que sólo puede "preparar" manifestaciones (que hasta ahora han sido espontáneas pro completo en la inmensa mayoría de los casos) un ejército ya "reunido y organizado", y lo que nosotros *no sabemos* precisamente es reunir y organizar. "Trabajo entre los obreros parados". Siempre la misma confusión, ya que esto es también una de las operaciones bélicas de unos efectivos movilizados y no un plan para movilizar dichos efectivos. El caso siguiente demuestra hasta qué punto subestima Nadiezhdin, también en este sentido, el daño que produce nuestro fraccionamiento, la falta de los "200.000 organizadores". Muchos (Nadiezhdin entre ellos) han reprochado a *Iskra* la parquedad de noticias sobre el paro forzoso y la accidentalidad de las crónicas sobre los fenómenos más habituales de la vida rural. El reproche es merecido, pero *Iskra* aparece como culpable sin tener culpa alguna. Nosotros tratamos de "tender un cordelito" también pro la aldea, pero en el campo no hay casi albañiles y se ha de alentar *por fuerza a todo* el que comunique aun el hecho más habitual, abrigando la esperanza de que esto multiplique el número de colaboradores en este terreno y *nos enseñe a todos* a elegir, por fin, los hechos que resaltan de verdad. Pero es tan escaso el mensaje que, sin o lo sintetizamos a escala nacional, no hay absolutamente nada con que aprender. No cabe duda de que un hombre que tenga, aunque sea aproximadamente, las aptitudes de agitador y el conocimiento de la vida de los vagabundos que observamos en Nadiezhdin podría prestar al movimiento servicios inestimables, haciendo agitación entre los obreros parados; pero preocupara de dar a conocer a *todos* los camaradas rusos cada paso de su actuación, para que sirva de enseñanza y ejemplo a quienes, en su inmensa mayoría, aún no saben emprender esta nueva labor.

De la importancia de unificar y de la necesidad de "reunir y organizar" habla ahora todo el mundo sin excepción, pero en la mayoría de los casos no se tiene la menor idea concreta de por dónde empezar y cómo llevar a cabo esa unificación. Todos convendrán, por seguro, en que si "unificamos", por ejemplo, los círculos aislados de barrio de una ciudad, harán falta para ello organismos de barrio de una ciudad, harán falta para ello *organismos comunes*, es decir, no sólo la denominación común de "unión", sino una labor realmente *común*, un intercambio de publicaciones

de experiencia, de fuerzas y distribución de funciones, no ya sólo por barrios, sino por oficios de todos los trabajos urbanos. Todo el mundo convendrá en que un sólido mecanismo conspirativo no cubrirá sus gastos (si es que puede emplearse una expresión comercial) con los "recursos" (se sobreentiende que tanto materiales como personales) de un barrio; que en este reducido campo de acción no pueda explayarse el talento de un especialista. Pero lo mismo puede afirmarse de la unión de distintas ciudades, porque incluso el campo de acción de una comarca aislada *resulta*, y ha resultado ya en la historia de nuestro movimiento socialdemócrata, de una estrechez insuficiente: lo hemos demostrado cumplidamente antes con el ejemplo de la agitación política y de la labor de organización. Es de imperiosa e impostergable necesidad ampliar ante todo este campo de acción, crear un nexo real entre las ciudades respaldado en una labor *regular y común*, porque el fraccionamiento deprime a la gente que "está en el hoyo" (expresión del autor de una carta dirigida a *Iskra*) sin saber lo que pasa en el mundo, de quién aprender, cómo conseguir experiencia y de qué manera satisfacer su deseo de una actividad amplia. Y yo continúo insistiendo en que este nexo *real* sólo puede *empezar* a establecerse con un periódico central que sea, para toda Rusia, la única empresa regular que haga el balance de toda la actividad en sus aspectos más variados, *impulsando* con ello a la gente a seguir infatigablemente hacia delante, por *todos* los numerosos caminos llevan a la revolución, lo mismo que todos los caminos llevan a Roma. Si deseamos la unificación no sólo de palabra es necesario que cada círculo local *dedique inmediatamente*, por ejemplo, una cuarta parte de sus fuerzas a un trabajo *activo* para la obra *común*. Y el periódico le muestra en seguida [10] los contornos generales, las proporciones y el carácter de la obra; le muestra qué lagunas son las que más se dejan sentir en toda la actividad general de Rusia; dónde no hay agitación, dónde son débiles los vínculos, qué ruedecitas del inmenso mecanismo general podría un círculo determinado arreglar o sustituir por otras mejores. Un círculo que aún no haya trabajado y que sólo busque trabajo podría empezar ya, no con los métodos primitivos del artesano en su pequeño taller aislado, que no conoce ni el desarrollo de la "industria" anterior a él ni el estado general de los métodos vigentes de producción industrial, sino como colaborador de una vasta empresa que *refleja* todo el empuje revolucionario general contra la autocracia. Y cuanto más perfecta sea la preparación de cada ruedecita, cuanto mayor cantidad de trabajadores sueltos participen en la obra común tanto más tupida será nuestra red y tanta menos confusión provocarán en las filas comunes inevitables descalabros.

El vínculo *efectivo* empezaría ya a establecerlo la mera difusión del periódico (si es que éste merecería realmente el nombre del periódico, es decir, si apareciese regularmente y no una vez al mes, como las revistas voluminosas, sino unas cuatro veces). Hoy día son muy raras las relaciones entre las ciudades en cuanto a los asuntos revolucionarios, en todo caso son una excepción; entonces, estas relaciones se convertirían en regla, y, naturalmente, no sólo asegurarían la difusión del periódico, sino también (lo que revista mayor importancia) el intercambio de experiencia, informaciones, fuerzas y recursos. La labor de organización alcanzaría en el acto una amplitud mucho mayor, y el éxito de una localidad alentaría constantemente a seguir perfeccionándose, a aprovechar la experiencia ya adquirida por un camarada que actúa en otro confín del país. El trabajo local sería mucho más rico y variado que ahora; las denuncias de los manejos políticos y económicos que se recogiesen por toda Rusia servirían para la nutrición intelectual de los obreros de todas las profesiones y *de todos los grados de desarrollo*, suministrarían datos y darían motivos para charlas y lecturas sobre los problemas más distintos, planteados, además, por las alusiones de la prensa legal, pro lo que se dice en sociedad y por los "tímidos" comunicados del gobierno. Cada explosión, cada manifestación se enjuiciaría y discutiría en todos sus aspectos y

en todos los confines de Rusia, despertando el deseo de no quedar a la zaga, de hacer las cosas mejor que nadie (¡nosotros, los socialistas, no desechamos en absoluto toda emulación, toda "competencia" en general!), de preparar conscientemente lo que la primera vez se hizo en cierto modo de manera espontánea, de aprovechar las condiciones favorables de una localidad determinada o de un momento determinado para modificar el plan de ataque, etc. Al mismo tiempo, esta reanimación de la labor local no acarrearía la desesperada tensión "agónica" de *todas* las fuerzas, ni la movilización de *todos* los hombres, como sucede a menudo ahora, cuando hay que organizar una manifestación o publicar un número de un periódico local: por una parte, la policía tropezaría con dificultades mucho mayores para llegar hasta la "raíz", ya que no se sabría en qué localidad había que buscarla; por otra, una labor regular y común enseñaría a los hombres a concordar, en cada caso concreto, la fuerza de un ataque con el estado de fuerzas de tal o cual destacamento del ejército común (ahora casi nadie piensa en parte alguna en esa coordinación, pues los ataques son espontáneos en sus nueve décimas partes), y facilitaría el "transporte" no sólo de las publicaciones, sino también de las fuerzas revolucionarias.

Ahora, en la mayor parte de los casos estas fuerzas se desangran en la estrecha labor local; en cambio, entonces habría posibilidad y constantes ocasiones para trasladar a un agitador u organizador más o menos capaz de un extremo a otro del país. Comenzando por un pequeño viaje para resolver asuntos del partido y a expensas del mismo, los militantes se acostumbrarían a vivir enteramente a costa del partido, a hacerse revolucionarios profesionales, a formarse como verdaderos guías políticos.

Y si realmente lográsemos que todos o una gran mayoría de los comités, grupos y círculos locales emprendiesen activamente la labor común, en un futuro no lejano estaríamos en condiciones de publicar un semanario que se difundiese regularmente en decenas de millares de ejemplares por toda Rusia. Este periódico sería una partícula de un enorme fuelle de fragua que avivase cada chispa de la lucha de clases y de la indignación del pueblo, convirtiéndola en un gran incendio. En torno a esta labor, de por sí muy anodina y muy pequeña aún, pero regular y *común* en el pleno sentido de la palabra, se concentraría sistemáticamente y se instruiría el ejército permanente de luchadores probados. No tardaríamos en ver subir por los andamios de este edificio común de organización y destacarse de entre nuestros revolucionarios a los Zheliábov socialdemócratas; de entre nuestros obreros, a los Bebel rusos, que se pondrían a la cabeza del ejército movilizado y levantarían a todo el pueblo para acabar con la ignominia y la maldición de Rusia.

¡En esto es en lo que hay que soñar!

"¡Hay que soñar!" He escrito estas palabras y me he asustado. Me he imaginado sentado en el "Congreso de unificación" frente a los redactores y colaboradores de *Rabócheie Dielo*. Y he aquí que se pone en pie el camarada Martínov y se encara a mí con tono amenazador: "Permítame que les pregunte: ¿tiene aún la redacción autónoma derecho a soñar sin consultar antes a los comités del partido?" Tras él se yergue el camarada Krichevski (profundizando filosóficamente al camarada Martínov, quien hace mucho tiempo había profundizado ya al camarada Plejánov) y prosigue en tono más amenazador aún: "Yo voy más lejos, si no olvida que, según Marx, la humanidad siempre se plantea tareas realizables, que la táctica es un proceso de crecimiento de las tareas, las cuales crecen con el partido".

Sólo de pensar en estas preguntas amenazadoras me dan escalofríos y miro dónde podría esconderme. Intentaré hacerlo tras Pisarev.

“Hay disparidades y disparidades –escribía Pisarev a propósito de la existente entre los sueños y la realidad -. Mis sueños pueden adelantarse al curso natural de los acontecimientos o bien desviarse hacia donde el curso natural de los acontecimientos no pueden llegar jamás. En el primer caso, los sueños no producen ningún daño, incluso pueden sostener y reforzar las energías del trabajador... En sueños de esta índole no hay nada que deforme o paralice la fuerza de trabajo. Todo lo contrario. Si el hombre estuviese privado pro completo de la capacidad de soñar así, si no pudiese adelantarse alguna que otra vez y contemplar con su imaginación el cuadro enteramente acabado de la obra que empieza a perfilarse por su mano, no podría figurarme de ningún modo qué móviles lo obligarían a emprender y llevar a cabo vastas y penosas empresas en el terreno de las artes, de las ciencias y de la vida práctica... La disparidad entre los sueños y la realidad no produce daño alguno, siempre que el soñador crea seriamente en un sueño, se fije atentamente en la vida, compare sus observaciones con sus castillos en el aire y, en general, trabaje a conciencia por que se cumplan sus fantasías. Cuando existe algún contacto entre los sueños y la vida, todo va bien” [11].

Pues bien, los sueños de esta naturaleza, por desgracia, son rarísimos en nuestro movimiento. Y la culpa la tienen, sobre todo, los representantes de la crítica legal y del “seguidismo” ilegal que presumen de su sensatez, de sus “proximidad” a lo “concreto”.

c) ¿Qué tipo de organización necesitamos?

Por lo que precede, puede ver el lector que nuestra “táctica-plan” consiste en rechazar el *llamamiento* inmediato al asalto, en exigir que se organice “debidamente el asedio de la fortaleza enemiga” o, dicho en otros términos, en exigir que todos los esfuerzos se dirijan a reunir, organizar y movilizar un ejército regular. Cuando pusimos en ridículo a *Rabócheie Dielo* por el cambio que dio, pasando del “economismo” a los gritos sobre la necesidad del asalto (gritos que dio en el número 6 de *Listok “R. Diela”* [12] en abril de 1901), dicho órgano nos atacó, como es natural, acusándonos de “doctrinarismo”, diciendo que no comprendemos el deber revolucionario, que exhortamos a la prudencia, etc. desde luego, en modo alguno nos ha extrañado esta acusación en boca de gentes que carecen de todo principio y que salen del paso con la sabihonda “táctica-proceso”; como tampoco nos ha extrañado que esta acusación la haya repetido Nadiezhdin, que en general tiene el desprecio más olímpico por la firmeza de los principios programáticos y tácticos.

Dicen que la historia no se repite. Pero Nadiezhdin hace los imposibles por repetirla e imitarla con tesón a Tkachov, denigrando el “culturalismo revolucionario”, vociferando sobre “las campanas al vuelo del *Veche*” [13], pregonando un “punto de vista” especial “de vísperas de la revolución”, etc. Por lo visto, olvida la conocida sentencia de que, si el original de un acontecimiento histórico es una tragedia, su copia no es más que una farsa [14]. La tentativa de adueñarse del poder –tentativa preparada por la prédica de Tkachov y realizada por el terrorismo “horripilante” y que en realidad horripilaba entonces –era majestuosa, y, en cambio, el terrorismo “excitante” del pequeño Tkachov es simplemente ridículo; sobre todo, es ridículo cuando se complementa con la idea de organizar a los obreros medios.

“Si *Iskra* –escribe Nadiezhdin – saliese de su esfera del literaturismo, vería que esto (hechos como la carta de un obrero en el número 7 de *Iskra*, etc.) son síntomas demostrativos de que pronto, muy pronto, comenzará el “asalto”, y hablar ahora (*¡sic!*) de una organización cuyos hilos arranquen de un periódico central para toda Rusia es fomentar ideas y labor de gabinete”. Fíjense en esta confusión inimaginable: por una parte, terrorismo excitante y “organización de los obreros medios” a la par con la idea de que es “más fácil” reunirse en torno a algo “más concreto”, por ejemplo, de periódicos locales, y, por otra parte, hablar “ahora” de una organización para toda Rusia significa dar ideas de gabinete, es decir (empleando un lenguaje más franco y sencillo), ¡“ahora” ya es tarde! Y para “fundar a vasta escala periódicos locales” ¿no es tarde, respetabilísimo L. Nadiezhdin? Comparen con eso el punto de vista y la táctica de *Iskra*: el terrorismo excitante es una tontería; hablar de organizar precisamente a los obreros medios y de fundar a *vasta escala* periódicos locales significa abrir de par en par las puertas al “economismo”. Es preciso hablar de una organización de revolucionarios única para toda Rusia, y no será tarde hablar de ella hasta el momento en que empiece el asalto de verdad, y no sobre el papel.

“Si –continúa Nadiezhdin-, en cuanto a la organización, nuestra situación está muy lejos de ser brillante: sí, *Iskra* tiene completa razón cuando dice que el grueso de nuestras fuerzas militares está construido pro voluntarios e insurrectos... Está bien que tengáis una idea lúcida del estado de nuestras fuerzas, pero ¿por qué olvidáis *que la multitud no es en absoluto nuestra y que por eso no nos preguntará* cuándo hay que romper las hostilidades y se lanzará al “motín”?... Cuando la multitud empiece a actuar ella misma con su devastadora fuerza espontánea, *puede* arrollar y desalojar al “ejército regular”, al que siempre se pensaba organizar en forma extraordinariamente sistemática, pero no *hubo tiempo* de hacerlo. (Subrayado por mí).

¡Extraña lógica! *Precisamente porque* “la multitud no es nuestra” es insensato e indecoroso dar gritos de “asalto” inmediato, ya que el asalto es un ataque de un ejército regular y no una explosión espontánea de la multitud. Precisamente porque la multitud *puede* arrollar y desalojar al ejército regular necesitamos sin falta que toda nuestra labor de “organización extraordinariamente sistemática” del ejército regular marche a la par con el auge espontáneo, porque cuanto mejor consigamos esta organización tanto más probable será que el ejército regular no sea arrollado por la multitud, sino que se ponga a su frente y la encabece. Nadiezhdin se confunde porque se imagina que este ejército sistemáticamente organizado se ocupa de algo que lo aparta de la multitud, mientras que, en realidad, éste se ocupa exclusivamente de una agitación política múltiple y general, es decir, justamente de la labor que *aproxima y funde en un todo* la fuerza destructora espontánea de la multitud y la fuerza destructora consciente de la organización de revolucionarios. La verdad es que ustedes, señores, inculpan al prójimo las faltas propias, pues precisamente el grupo *Svoboda*, al introducir *en el programa* el terrorismo, exhorta con ello a crear una organización de terroristas, y una organización así desviaría realmente a nuestro ejército de su aproximación a la multitud que, por desgracia, ni es aún nuestra ni nos pregunta, o nos pregunta poco, cuándo y cómo hay que romper las hostilidades.

“Nos pillaré desprevenidos la propia revolución –continúa Nadiezhdin, asustando a *Iskra*-, como nos ha ocurrido con los acontecimientos actuales, que nos han caído encima como un alud”. Esta frase, relacionada con las que hemos citado antes, nos demuestra palmariamente que es absurdo el “punto de vista” especial “de vísperas de la revolución” ideado por *Svoboda*. Hablando sin ambages, el “punto de vista” especial se reduce a que “ahora” ya es tarde para deliberar y prepararse. Pero en este caso, ¡oh, respetabilísimo enemigo del “literaturismo”!, ¿para qué escribir 132

páginas impresas “sobre cuestiones de teoría [15] y táctica”? ¿No le parece que “al punto de vista de vísperas de la revolución” le iría mejor publicar 132.000 octavillas con un breve llamamiento: “¡Por ellos!”?

Precisamente correr menor riesgo de que lo pille desprevenido la revolución quien coloca en el ángulo principal de todo su programa, de toda su *táctica*, de toda su *labor de organización* la agitación política entre todo el pueblo, como hace *Iskra*. Los que se dedican en toda Rusia a trenzar los hilos de la organización que arranque de un periódico central para todo el país, lejos de que los pillen desprevenidos los sucesos de la primavera, nos han ofrecido la posibilidad de pronosticarlos. Tampoco los han pillado desprevenidos las manifestaciones descritas en los números 13 y 14 de *Iskra*; por el contrario, han tomado parte en ellas, con viva conciencia de que su deber era acudir en ayuda del ascenso espontáneo de la multitud, contribuyendo al mismo tiempo, por medio de su periódico, a que todos los camaradas rusos conozcan estas manifestaciones y utilicen su experiencia. ¡Y si conservan la vida, tampoco dejarán que los pille desprevenidos la revolución, que reclama de nosotros, ante todo y por encima de todo, que saquemos experiencia en la agitación, sepamos apoyar (apoyar a la manera socialdemócrata) toda protesta y acertemos a orientar el movimiento espontáneo, salvaguardándolo de los errores de los amigos y de las celadas de los enemigos!

Hemos llegado, pues, a la última razón que nos obliga a hacer particular hincapié en el plan de una organización formada en torno a un periódico central para toda Rusia, mediante la labor conjunta en este periódico común. Sólo una organización semejante aseguraría la flexibilidad indispensable a la organización socialdemócrata combativa, es decir, la capacidad de adaptarse en el acto a las condiciones de lucha más variadas y cambiantes con rapidez; saber, “de un lado, rehuir las batallas en campo abierto contra un enemigo que tiene superioridad aplastante de fuerzas, cuando concentra éstas en un punto, y para saber de otro lado, aprovechar la torpeza de movimientos de este enemigo y lanzarse sobre él en el sitio y en el momento en que menos espere ser atacado” [16]. Sería un gravísimo error montar la organización del partido cifrando las esperanzas sólo en las explosiones y luchas de las calles o sólo en la “marcha progresiva de la lucha cotidiana y monótona”. Debemos desplegar siempre nuestra labor cotidiana dispuestos a todo, porque muchas veces es casi imposible prever por anticipado cómo alternarán los períodos de explosiones con los de calma y, aun cuando fuera posible preverlo, no se podría aprovechar la previsión para reconstruir la organización, porque en un país autocrático estos cambios se producen con asombrosa rapidez, a veces como consecuencia de una incursión, nocturna de los jenízaros zaristas [17]. De la revolución misma no debe uno forjarse la idea de que sea un acto único (como, por lo visto, se la imaginan los Nadiezhdin), sino de que es una sucesión rápida de explosiones más o menos violentas, alternando con períodos de calma más o menos profunda. Por tanto, el contenido fundamental de las actividades de la organización de nuestro partido, el centro de gravedad de estas actividades debe consistir en una labor que es posible y necesaria tanto durante el período de la explosión más violenta como durante el de la calma más completa, a saber: en una labor de agitación política unificada en toda Rusia que arroje luz sobre todos los aspectos de la vida y que dirija a las más grandes masas. Y esta labor es inconcebible en la Rusia actual sin un periódico central para toda Rusia que aparezca muy a menudo. La organización que se forme por sí misma en torno a este periódico, la organización de sus colaboradores (en la acepción más amplia del término, es decir, de todos los que trabajan en trono a él) estará precisamente dispuesta a todo, desde salvar el honor, el prestigio y la continuidad del partido en los momentos de mayor

“depresión” revolucionaria, hasta prepara la insurrección armada de todo el pueblo, fijar fecha para su comienzo y llevarla a la práctica.

En efecto, figurémonos una redada completa, muy corriente entre nosotros, en una o varias localidades. Al no haber en todas las organizaciones locales una labor común llevada en forma regular, estos descalabros van acompañados a menudo de la interrupción del trabajo por largos meses. En cambio, si todas tuvieran una labor común, bastarían, en el caso de la mayor redada, unas cuantas semanas de trabajo de dos o tres personas enérgicas para poner en contacto con el organismo central común a los nuevos círculos de la juventud que, como es sabido, incluso ahora brotan con suma rapidez; y cuando la labor común que sufre los descalabros está a la vista de todo el mundo, los nuevos círculos pueden surgir y ponerse en contacto con dicho organismo central más pronto aún.

Por otra parte, imagínense una insurrección popular. Ahora es probable que todo el mundo esté de acuerdo en que debemos pensar en ella y prepararnos para ella. Pero ¿cómo prepararnos? ¡No se querrá que el Comité Central, éste no lograría absolutamente nada con designarlos, dadas las actuales condiciones rusas. Por el contrario, una red de agentes [18] que se forme por sí misma en el trabajo de organización y difusión de un periódico central no tendría que “aguardar con los brazos cruzados” la consigna de la regular que le garantizase, en caso de insurrección, las mayores probabilidades de éxito. Esa misma labor es la que reforzaría los lazos de unión tanto con las más grandes masas obreras como con todos los sectores descontentos de la autocracia, lo cual suma importancia para la insurrección. En esa labor precisamente se formaría la capacidad de enjuiciar con tino la situación política general y, por tanto, la capacidad de elegir el momento adecuado para la insurrección. Esa misma labor es la que acostumbraría a *todas* las organizaciones locales a hacerse unísono eco de los problemas, casos y sucesos políticos que agitan a toda Rusia, responder a estos “sucesos” con la mayor energía posible, de la manera más uniforme y conveniente posible; y la insurrección es, en el fondo, la “respuesta” más enérgica, más uniforme y más conveniente de todo el pueblo al gobierno. Esa misma labor es la que acostumbraría, por último, a todas las organizaciones revolucionarias, en todos los confines de Rusia, a mantener las relaciones más constantes, y conspirativas a la vez, que crearían la unidad *efectiva* del partido; sin estas relaciones es imposible discutir colectivamente un plan de insurrección ni adoptar las medidas preparatorias indispensables en vísperas de ésta, medidas que deben guardarse en el secreto más riguroso.

En pocas palabras, “el plan de un periódico político central para toda Rusia”, lejos de ser el fruto de un trabajo de gabinete de personas contaminadas de doctrinarismo y literaturismo (como les ha parecido a gentes que han meditado poco en él), es, por el contrario, el plan más práctico de empezar a prepararse en el acto y por doquier par la insurrección, sin olvidar al mismo tiempo ni por un instante la labor corriente de cada día.

NOTAS DEL CAPITULO V

[1] En la recopilación En doce años, Lenin suprimió el apartado "a)" del capítulo quinto, insertando la siguiente nota: "En la presente edición se suprime el apartado "a) A quién ha ofendido el artículo ¿Por dónde empezar?", pues contiene exclusivamente una polémica con *Rabócheie Dielo* y el Bund en torno a los intentos de *Iskra* de "mandar", etc. En este apartado se decía, entre otras cosas, que el propio Bund había invitado (en 1898-1899) a los miembros de *Iskra* a reanudar la publicación del órgano central del partido y organizar un "laboratorio literario". (N. de la Edit.)

[2] *Iskra*, núm. 8, respuesta del Comité Central de la Unión General Obrera Hebrea de Rusia y de Polonia a nuestro artículo sobre el problema nacional.

[3] Enumeramos deliberadamente estos hechos en orden distinto de cómo ocurrieron. [3]

[4] En el verano de 1897, la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, de Petersburgo, propuso a Lenin (desterrado entonces en Siberia, en el pueblo de Shúshenskoe) que participase en la creación de una serie especial de libros para los obreros. Lenin escribió los folletos mencionados en el texto, que fueron editados en Ginebra: *Las tareas de los socialdemócratas rusos* (1898) y *La nueva ley de fábricas* (1899).

[5] Dicho sea de paso, el autor de este folleto me pide que haga saber que, lo mismo que sus folletos anteriores, el presente fue enviado a la Unión, suponiendo que el grupo Emancipación del Trabajo redactaría sus publicaciones (circunstancias especiales no le permitían conocer entonces, es decir, en febrero de 1899, el cambio operado en la redacción). Lo reeditará en breve la Liga. [5]

[6] En 1899, por iniciativa del CC del Bund, se intentó reanudar la publicación de *Rabóchaya Gazeta*. Lenin escribió para el número 3 de este periódico los artículos citados.

[7] A iniciativa del Comité de Ekaterinoslav del POSDR, apoyado por el Bund y la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, a comienzos de 1900 se intentó convocar el II Congreso del partido, restablecer el Comité Central y reanudar la publicación del órgano central del partido, *Rabóchaya Gazeta*. En febrero de 1900 se trasladó a Moscú I. Lalayants, miembro del Comité de Ekaterinoslav, para sostener conversaciones con Lenin. Lalayant propuso al grupo de *Iskra* –Lenin, Mártoy y Potrétsov– que participase en el Congreso y se encargase de dirigir *Rabóchaya Gazeta*. Lenin y el grupo Emancipación del Trabajo consideraban prematura la convocatoria del Congreso; sin embargo, el grupo Emancipación del Trabajo no pudo negarse a participar en él, por lo que encargó a Lenin de representarle, enviándole desde el extranjero la correspondiente credencial. Pero las detenciones en masa efectuadas por la policía en abril y mayo de 1900 impidieron la celebración del Congreso. A Smolensk, donde debía tener lugar, llegaron únicamente los representantes del Bund, de la redacción de Yuzhni Rabochi y de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero.

[8] * ¡Camarada Krichevski! ¡Camarada Martínov! Llamo la atención de ustedes sobre esta manifestación escandalosa de "absolutismo", de "autoridad sin control", de "reglamentación soberana", etc. Fíjense: ¡quiere *poseer* toda la cadena! Apresúrense a

presentar querrela. Ya tienen tema para dos artículos de fondo en el número 12 de *Rabócheie Dielo*

[9] Al insertar en *Rabócheie Dielo* la primera frase de esta cita (núm. 10, Pág. 62), Martínov ha omitido precisamente la segunda frase, como subrayando así que no quiere meterse en honduras o que es incapaz de comprender el fondo de la cuestión.

[10] Con *una salvedad*: siempre que simpatice con la orientación de este periódico y considere útil a la causa ser su colaborador, entendiéndolo por ello no solamente la colaboración literaria, sino toda la colaboración revolucionaria en general. Nota para "*Rabócheie Dielo*": esta salvedad se sobrentiende para los revolucionarios que aprecian el trabajo y no el juego a la democracia, que no hacen distinción entre ser "simpatizante" y participar de la manera más activa y real.

[11] Lenin cita el artículo de D. Písarev *Errores de un pensamiento en agraz*.

[12] "*Listok "Rabócheie Diela"*" ("La Hoja de "*Rabócheie Dielo*""): suplemento no periódico de la revista *Rabócheie Dielo*; se editó en Ginebra desde junio de 1900 hasta julio de 1901, apareciendo únicamente ocho números.

[13] *Veche*: asamblea popular en la antigua Rusia, para la que se convocaba al toque de campana. (*N. de la edit.*)

[14] Lenin alude al siguiente pasaje de la obra de Carlos Marx *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*: "Hegel dice en alguna parte que todos los grandes hechos y personajes de la historia universal se producen, como si dijéramos, dos veces. Pero se olvidó de agregar; una vez como tragedia y otra vez como farsa".

[15] Dicho sea de paso, L. Nadiezhdin no dice casi nada de los problemas de teoría en su "revista de cuestiones teóricas", si prescindimos del siguiente pasaje, sumamente curioso "desde el punto de vista de vísperas de la revolución": "La bernsteiniada en su conjunto pierde para nuestro momento su carácter agudo, como lo mismo nos da que el señor Adamóvich demuestre que el señor Struve debe presentar la dimisión o que, por el contrario, el señor Struve desmienta al señor Adamóvich y no consienta en dimitir. Nos da absolutamente igual, porque ha sonado la hora decisiva de la revolución" (Pág. 110). Sería difícil describir con mayor relieve la despreocupación infinita de L. Nadiezhdin por la teoría. ¡¡Como hemos proclamado que estamos en "vísperas de la revolución", "nos da absolutamente lo mismo" que los ortodoxos logren o no desalojar definitivamente de sus posiciones a los críticos!! ¡Y nuestro sabio no se percata de que, precisamente durante la revolución, nos harán falta los resultados de la lucha teórica contra los críticos para luchar resueltamente contra sus posiciones *prácticas*!

[16] *Iskra*, núm. 4: *¿Por dónde empezar?* "Un trabajo largo no asusta a los revolucionarios culturalistas que no comparten el punto de vista de vísperas de la revolución", escribe Nadiezhdin (Pág. 62). Con este motivo haremos la siguiente observación: si no sabemos elaborar una táctica política y un plan de organización orientados sin falta hacia una *labor muy larga* y que al mismo tiempo aseguren, por el propio proceso de este trabajo, la disposición de nuestro partido a ocupar su puesto y cumplir con su deber en cualquier circunstancia imprevista, pro más que se precipiten los acontecimientos, seremos simplemente unos deplorables aventureros políticos. Sólo Nadiezhdin, que ha empezado a llamarse socialdemócrata desde ayer, puede

olvidar que el objetivo de la socialdemocracia consiste en transformar de raíz las condiciones de vida de toda la humanidad, pro lo cual es imperdonable que un socialdemócrata se “asuste” por lo largo del trabajo.

[17] *Jenízaros*: infantería regular en la Turquía de los sultanes, creada en el siglo XIV. Era la fuerza policíaca principal y se distinguía por su crueldad excepcional. Los regimientos de jenízaros fueron disueltos en 1826. Lenin llamaba jenízaros a los policías zaristas.

[18] *¡Ay! ¡Se me ha escapado una vez más la truculenta palabra “agentes” que tanto hiere el democrático oído de los Martínov! Me extraña que esta palabra no haya molestado a los corifeos de la década del 70 y, en cambio, moleste a los primitivos de la del 90. Me gusta esta palabra, porque indica de un modo claro y tajante *la causa común* a la que todos los agentes subordinan sus pensamientos y sus actos, y si hubiese que sustituir esta palabra por otra, yo sólo elegiría el término “colaborados”, si éste no tuviese cierto deje de literaturismo y de vaguedad. Porque lo que necesitamos es una organización militar de agentes. A propósito sea dicho, los numerosos Martínov (sobre todo, en el extranjero), que gustan de “ascenderse recíprocamente a generales”, podrían decir, en lugar de “agente en asuntos de pasaportes”, “comandante en jefe de la unidad especial destinada a proveer de pasaportes a los revolucionarios”, etc.

CONCLUSIÓN

La historia de la socialdemocracia rusa se divide manifiestamente en tres períodos.

El primer período comprende cerca de un decenio, de 1884 a 1894 poco más o menos. Fue el período en que brotaron y se afianzaron la teoría y el programa de la socialdemocracia. El número de adeptos de la nueva tendencia en Rusia se podía contar con los dedos de las manos. La socialdemocracia existía sin movimiento obrero y pasaba, como partido político por el proceso de desarrollo intrauterino.

El segundo período abarca tres o cuatro años, de 1894 a 1898. La socialdemocracia aparece como movimiento social, como impulso de las masas populares, como partido político. Fue el período de infancia y adolescencia. Con la rapidez de una epidemia, se propaga el apasionamiento general de los intelectuales por la lucha contra el populismo y por la corriente de ir hacia los obreros, el apasionamiento general de los obreros por las huelgas. El movimiento hace grandes progresos. La mayoría de los dirigentes eran hombres muy jóvenes que estaban lejos de haber alcanzado la "edad de treinta y cinco años", que el señor N. Mijailovski tenía por algo así como frontera natural. Por su juventud, no estaban preparados para la labor práctica y desaparecían de la escena con asombrosa rapidez. Pero la magnitud de su trabajo, en la mayoría de los casos, era muy grande. Muchos de ellos comenzaron a pensar de un modo revolucionario como adeptos del grupo Libertad del Pueblo. Casi todos rendían en sus mocedades pleitesía los héroes del terrorismo, y les costó mucho trabajo sustraerse a la impresión seductora de esta tradición heroica; hubo que romper con personas que a toda costa querían seguir siendo fieles a Libertad del Pueblo y gozaban de gran respeto entre los jóvenes socialdemócratas. La lucha obligaba a estudiar, a leer obras ilegales de todas las tendencias, a ocuparse intensamente de los problemas del populismo legal. Formados en esta lucha, los socialdemócratas acudían al movimiento obrero sin olvidar "un instante" ni la teoría del marxismo que les alumbró con luz meridiana ni la tarea de derrocar a la autocracia. La formación del partido, en la primavera de 1898, fue el acto de mayor relieve, y *último* a la vez, de los socialdemócratas de aquel período.

El tercer período despunta, como acabamos de ver, en 1897 y viene a sustituir definitivamente al segundo en 1898 (1898-¿). es el período de dispersión, de disgregación,, de vacilación. Igual que mudan la voz los adolescentes, la socialdemocracia rusa de aquel período también la mudó y empezó a dar notas falsas, por una parte, en las obras de los señores Struve, Prokopóvich, Bulgákov y Berdiáiev, y, por otra, en las de V. I.-n, R.M., B. Krichevski y Martínov. Pero iban cada uno por su lado y retrocedían los dirigentes nada más: el propio movimiento seguía creciendo y haciendo progresos gigantescos. La lucha proletaria englobaba nuevos sectores de obreros y se propagaba por toda Rusia, contribuyendo a la vez indirectamente a avivar el espíritu democrático entre los estudiantes y entre los otros sectores de la población. Pero la conciencia de los dirigentes cedió ante la magnitud y el vigor del crecimiento espontáneo. Entre los socialdemócratas predominaba ya otra clase de gente: los militantes formados casi exclusivamente en el espíritu de la literatura marxista "legal", cosa tanto más insuficiente cuanto más alto era el nivel de conciencia que reclamaba de ellos la espontaneidad de las masas. Los dirigentes no sólo quedaban rezagados tanto en el sentido teórico ("libertad de crítica") como en el terreno práctico ("métodos primitivos de trabajo"), sino que intentaban defender su atraso recurriendo a toda clase de argumentos rimbombantes. El movimiento socialdemócrata era rebajado al

nivel del tradeunionismo tanto por los brentanistas de la literatura legal como por los seguidistas de la ilegal. El programa del *Credo* comienza a llevarse a la práctica, sobre todo, cuando los “métodos primitivos de trabajo” de los socialdemócratas, reavivan las tendencias revolucionarias no socialdemócratas.

Y si el lector me reprocha que me haya explayado con exceso de pormenores en un periódico como *Rabócheie Dielo*, le contestaré: *R. Dielo* ha adquirido una importancia “histórica” por haber reflejado con el mayor relieve el “espíritu” de este tercer período [1]. No era el consecuente R. M., sino precisamente los Krichevski y Martínov, que cambian de dirección como las veletas a los cuatro vientos, quienes podían expresar de verdad la dispersión, las vacilaciones y la disposición a hacer concesiones a la “crítica”, al “economismo” y al terrorismo. Lo que caracteriza a este período no es el desprecio olímpico de algún admirador de “lo absoluto” por la labor práctica, sino precisamente la unión de un practicismo mezquino con la más completa despreocupación por la teoría. Más que negar abiertamente las “grandes palabras”, lo que hacían los héroes de este período era envilecerlas: . El socialismo científico dejó de ser una teoría revolucionaria integral, convirtiéndose en una mezcla a la que se añadían “libremente” líquidos procedentes de cualquier manual alemán nuevo; la consigna de “lucha de clases” no impulsaba a una actividad cada vez más amplia, cada vez más enérgica, sino que servía de amortiguador, ya que “la lucha económica está íntimamente ligada a la lucha política”; la idea del partido no exhortaba a crear una organización combativa de revolucionarios, sino que justificaba una especie de “burocracia revolucionaria” y el juego infantil a formas “democráticas”.

Ignoramos cuándo acabará el tercer período y empezará el cuarto (en todo caso anunciado ya por muchos síntomas). Del campo de la historia pasamos aquí al terreno de lo presente y, en parte, de lo futuro. Pero creemos con firmeza que el cuarto período ha de conducir al afianzamiento del marxismo militante, que la socialdemocracia rusa saldrá fortalecida y arreciada de la crisis, que la retaguardia oportunista será “relevada” por un verdadero destacamento de vanguardia de la clase más revolucionaria.

A guisa de exhortación a este “relevo”, y resumiendo lo que acabamos de exponer, podemos dar esta escueta respuesta a la pregunta: ¿qué hacer?:

Acabar con el tercer período.

NOTAS DE LA CONCLUSIÓN

[1] Podría contestar también con un refrán alemán: "Den Sack schlägt man, den Esel meint man", lo cual quiere decir: quien a uno castiga, a ciento hostiga. No sólo *Rab. Dielo*, sino la gran masa de los militantes dedicados al trabajo práctico y *de los teóricos* sentían entusiasmo por la "crítica" de moda, se armaban un lío con la espontaneidad, se desviaban de la concepción socialdemócrata de nuestras tareas política y orgánicas hacia la concepción tradeunionista.

Anexo [1]

Intento de fusionar "*Iskra*" con "*Rabócheie Dielo*"

Nos resta esbozar la táctica adoptada y consecuentemente aplicada por *Iskra* en las relaciones orgánicas con *Rabócheie Dielo*. Esta táctica ha sido expuesta ya por completo en el número 1 de *Iskra*, en el artículo sobre La escisión de la Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero. Admitimos en seguida el punto de vista de que la verdadera Unión de Socialdemócratas Rusos en el Extranjero, reconocida por el I Congreso de nuestro partido como su representante fuera del país, se había escindido en dos organizaciones; que seguía pendiente el problema de la representación del partido, puesto que lo había resuelto sólo con carácter provisional y convencional, en el Congreso internacional celebrado en París, la elección de dos miembros procedentes de Rusia, uno por cada parte de la Unión escindida, para el Buró Socialista Internacional permanente (96) hemos declarado que, en fondo, *Rabócheie Dielo* no tenía razón; en cuanto a los principios, nos colocamos resueltamente al lado del grupo Emancipación del Trabajo, pero nos negamos, al mismo tiempo, a entrar en detalles de la escisión y señalamos los méritos de la Unión en el terreno de la labor puramente práctica [2].

De modo que nos manteníamos, hasta cierto punto, a la expectativa: hacíamos una concesión al criterio imperante entre la mayoría de los socialdemócratas rusos, los cuales sostenían que incluso los enemigos más decididos del "economismo" podían trabajar codo con codo con la Unión, porque ésta había declarado más de una vez que estaba de acuerdo en principio con el grupo Emancipación del Trabajo y que no pretendía, según afirmaba, tener una posición independiente en los problemas cardinales de la teoría y de la táctica. El acierto de la posición que habíamos adoptado lo corrobora indirectamente el hecho de que, casi en el momento de aparecer el primer número de *Iskra* (diciembre de 1900), se separaron de la Unión tres miembros, formando el llamado grupo de iniciadores, los cuales se dirigieron: 1) a la sección de la organización de *Iskra* en el extranjero; 2) a la Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat, y 3) a la Unión, proponiendo su mediación para entablar negociaciones conciliadoras. Las dos primeras organizaciones aceptaron en seguida, *la tercera se negó*. Por cierto, cuando en el Congreso de "unificación", celebrado el año pasado, uno de los oradores expuso los hechos citados, un miembro de la administración de la Unión declaró que su negativa se debía exclusivamente a que la Unión estaba descontenta de la composición del grupo de iniciadores. Estimando que es mi deber insertar esta explicación, no puedo, sin embargo, dejar de observar por mi parte que no la considero satisfactoria: como la Unión estaba al tanto de la conformidad de las dos organizaciones para entablar negociaciones, podía dirigirse a ellas por conducto de otro mediador o directamente.

En la primavera de 1901, tanto *Zariá* (núm. 1, abril) como *Iskra* (núm. 4, mayo) entablaron una polémica directa contra *Rabócheie Dielo*. *Iskra* atacó, sobre todo, el *Viraje histórico* de *Rabócheie Dielo*, que en su hoja de abril, esto es, después de los acontecimientos de primavera, dio ya muestras de poca firmeza respecto al apasionamiento por el terrorismo y por los llamamientos "sanguinarios". A pesar de esta polémica, la Unión contestó que estaba dispuesta a reanudar las negociaciones de conciliación por intermedio de un nuevo grupo de "conciliadores". La conferencia preliminar de representantes de las tres organizaciones citadas se celebró en el mes de junio y elaboró un proyecto de pacto basado en un detalladísimo "acuerdo en

principio", publicado por la Unión en el folleto *Dos congresos* y por la Liga en el folleto *Documentos del Congreso de "unificación"*.

El contenido de este acuerdo (o, como suele llamársele, resoluciones a la Conferencia de junio) adoptado con arreglo a los principios demuestra con claridad meridiana que nosotros exigíamos, como condición indispensable para la unificación, que se repudiara del modo más decidido toda manifestación de oportunismo en general y de oportunismo ruso en particular. "Rechazamos –dice el primer párrafo– todas las tentativas de introducir el oportunismo en la lucha de clase del proletariado, tentativas que se han manifestado en el llamado "economismo", bernsteinianismo, millerandismo, etc.". "La esfera de actividad de la socialdemocracia comprende... la lucha ideológica contra todos los adversarios del marxismo revolucionario" (4, c). "En todas las esferas de la labor de agitación y de organización, la socialdemocracia no debe olvidar ni un instante la tarea inmediata del proletariado ruso: derrocar a la autocracia" (5, a); ... "la agitación, no sólo en el terreno de la lucha diaria del trabajo asalariado contra el capital" (5,b); ... "no reconociendo ... la fase de la lucha puramente económica y de la lucha por reivindicaciones políticas parciales" (5, c); ... "consideramos de importancia para el movimiento criticar las corrientes que erigen en principio... lo elemental... y lo estrecho de las formas inferiores del movimiento" (5, d). Incluso una persona completamente extraña, después de leer más o menos atentamente estas resoluciones, ha de ver pro su mismo enunciado que se dirigen contra quienes eran oportunistas y "economistas" y han olvidado, aunque sólo sea un instante, la tarea de derribar la autocracia, contra quienes han aceptado la teoría de las fases, han erigido en principio la estrechez de miras, etc. Y quien reconozca más o menos la polémica que el grupo Emancipación del Trabajo, *Zariá* e *Iskra* han tenido con *Rabócheie Dielo*, no dudará un instante que estas resoluciones rechazan, punto por punto, precisamente las aberraciones en que había caído *Rabócheie Dielo*. Por eso, cuando en el Congreso de "unificación" uno de los miembros de la Unión declaró que los artículos publicados en el número 10 de *Rabóchie Dielo* no se debían al nuevo "viraje histórico" de la Unión, sino al espíritu demasiado "abstracto"* de las resoluciones, uno de los oradores lo puso con toda razón en ridículo. Las resoluciones, contestó, lejos de ser abstractas, son increíblemente concretas: basta echarles una ojeada para ver que "se quería cazar a alguien".

Esta expresión motivó en el congreso un episodio característico. Por una parte, B. Krichevski se aferró a la palabra "cazar", creyendo que era un lapsus delator de mala intención por nuestra parte ("tener una emboscada") y exclamó en tono patético: "¿A quién se iba a cazar?" "Sí, en efecto, ¿a quién?", preguntó irónicamente Plejánov. "Yo ayudaré al camarada Plejánov en su perplejidad –contestó B. Krichevski-, yo le explicaré a quien se quería cazar era a la redacción de "R. Dielo". (*Hilaridad general*) ¡Pero no nos hemos dejado cazar!" (*Exclamaciones de la izquierda*: "¡Peor para vosotros!") Por otra parte, un miembro del grupo Borbá (grupo de conciliadores), pronunciándose contra las enmiendas de la Unión a las resoluciones, y en su deseo de defender a nuestro orador, declaró que, evidentemente, la expresión "se quería cazar" se había escapado sin querer en el calor de la polémica.

Pro lo que a mí se refiere creo que el orador que ha empleado la expresión o se sentirá del todo satisfecho de esta "defensa". Yo creo que las palabras "se quería cazar a alguien" fueron "dichas en broma, pero pensadas en serio": nosotros hemos acusado siempre a *R. Dielo* de falta de firmeza, de vacilaciones, razón por la cual debíamos, naturalmente, tratar de cazarlo para hacer imposibles las vacilaciones en lo sucesivo. No se podía hablar aquí de mala intención porque se trataba de falta de firmeza en los principios. Y hemos sabido "cazar" a la Unión procediendo lealmente [3]

, de manera que las resoluciones de junio fueron firmadas por el propio b. Krichevski y por otro miembro de la administración de la Unión.

Los artículos publicados en el número 10 de *R. Dielo* (nuestros camaradas vieron este número sólo cuando hubieron llegado al congreso y unos días antes inaugurarse éste) demostraban claramente que del verano al otoño se había producido otro viraje en la Unión: los "economistas" obtuvieron una vez más la supremacía, y la redacción, dúctil a toda nueva "corriente", volvió a defender a los "más declarados bernsteinianos", la "libertad de crítica" y la "espontaneidad" y a predicar por boca de Martínov la "teoría de restringir" la esfera de nuestra influencia política (con el propósito aparente de complicar esta misma influencia). Una vez más se ha confirmado la certera observación de Parvus de que es difícil cazar a un oportunista con una simple fórmula, porque le cuesta tan poco firmar cualquier fórmula como renegar de ella, ya que el oportunismo consiste precisamente en la falta de principios más o menos definidos y firmes. Hoy, los oportunistas rechazan toda tentativa de introducir el oportunismo, rechazan toda restricción, prometen solemnemente "no olvidar un instante el derrocamiento de la autocracia", hacer "agitación no sólo en el terreno de la lucha diaria del trabajo asalariado contra el capital", etc. Y mañana cambian de tono y vuelven a las andadas so pretexto de defender la espontaneidad, de la marcha progresiva de la lucha cotidiana y monótona, de ensalzar las reivindicaciones que prometen resultados palpables, etc. Al continuar afirmando que en los artículos del número 10 la "Unión no ha visto ni ve ninguna abjuración herética de los principios generales del proyecto de la conferencia" (Dos congresos, Pág. 26), la Unión sólo revela con ello que es incapaz por completo o que no quiere comprender el fondo de las discrepancias.

Después del número 10 de *R. Diego* nos quedaba por hacer una sola tentativa: iniciar una discusión general para convencernos de si toda la Unión se solidarizaba con estos artículos y con su redacción. La Unión, está disgustada con nosotros, sobre todo, por este hecho y nos acusa de que intentamos sembrar la discordia en su seno, de que nos inmiscuimos en cosas ajenas, etc. Acusaciones a todas luces infundadas, porque, teniendo una redacción compuesta por elección y dúctil para "girar" al menor soplo del viento, y éramos nosotros quienes determinábamos esa dirección en las sesiones a puerta cerrada, a las que sólo asistían los miembros de las organizaciones venidas para unificarse. Las enmiendas que se ha introducido en las resoluciones de junio en nombre de la Unión nos han quitado el último asomo de esperanza de llegar a un acuerdo. Las enmiendas son una prueba documental del nuevo viraje hacia el "economismo" y de la solidaridad de la mayoría de la Unión con el número 10 de *R. Dielo*. Se borraba del número de manifestaciones del oportunismo el "llamado economismo" (debido ala supuesta "vaguedad" de estas palabras, si bien de esta motivación no se deduce sino la necesidad de definir con mayor exactitud la esencia de una aberración muy extendida); también se borraba el "millerandismo" (si bien B. Krichevski lo defendía en *R. Dielo*, núm. 2-3, Pág. 83-84, y con mayor franqueza aún en *Vorwärts* [41]). A pesar de que las resoluciones de junio indicaban de manera terminante que la tarea de la socialdemocracia consistía en "dirigir todas las manifestaciones de lucha del proletariado contra todas las formas de opresión política, económica y social", exigiendo con ello que se introdujera método y unidad en todas estas manifestaciones de lucha, la Unión añadía palabras superfluas por demás, diciendo que la "lucha económica es un poderoso estímulo para el movimiento de masas" (estas palabras, de pro sí, son indiscutibles, pero, existiendo un "economismo" estrecho, no podían menos de llevar a interpretaciones falsas). Más aún, se ha llegado hasta a restringir con descaro en las resoluciones de junio la "política", ya eliminando las palabras "ni por un instante" (no olvidar el objetivo del

derrocamiento de la autocracia), ya añadiendo las palabras "la lucha económica es el medio aplicable *con la mayor amplitud* para incorporar a las masas a la lucha política activa". Es natural que, una vez introducidas estas enmiendas, todos los oradores de nuestra parte fueran renunciando uno tras otro a la palabra, pues veían la completa inutilidad de seguir negociando con gente que volvía a girar hacia el "economismo" y se reservaba la libertad de vacilar.

"Precisamente lo que la Unión ha tenido por condición sine qua non para la solidez del futuro acuerdo, o sea, el mantenimiento de la fisonomía de *R. Dielo* y de su autonomía, es lo que *Iskra* consideraba un obstáculo para el acuerdo" (*Dos congresos*, Pág. 25). Esto es muy inexacto. Nunca hemos atentado contra la autonomía de *R. Dielo* [5]. Efectivamente, *hemos rechazado en forma categórica* su fisonomía propia si se entiende por tal la "fisonomía propia" en los problemas de principio de la teoría y de la táctica: las resoluciones de junio contienen precisamente la negación categórica de esta fisonomía propia, porque, en la práctica, esta "fisonomía propia" ha significado siempre, lo repetimos, vacilaciones de toda clase y el apoyo que prestaban a la dispersión imperante en nuestro ambiente, dispersión insoportable desde el punto de vista del partido. Con sus artículos del número 10 y con las "enmiendas", *R. Dielo* ha manifestado claramente su deseo de mantener precisamente esta fisonomía propia, y semejante deseo ha conducido de manera natural e inevitable a la ruptura y a la declaración de guerra. Pero todos nosotros estábamos dispuestos a reconocer la "fisonomía propia" de *R. Dielo* en el sentido de que debe concentrarse en determinadas funciones literarias. La distribución acertada de estas funciones se imponía por sí misma: 1) revista científica, 2) periódico político y 3) recopilaciones y folletos de divulgación. Sólo la conformidad de *R. Dielo* con esta distribución demostraría su sincero deseo de acabar de una vez para siempre con las aberraciones combatidas por las resoluciones de junio; sólo esta distribución eliminaría toda posibilidad de rozamientos aseguraría efectivamente la firmeza del acuerdo, sirviendo a la vez de base par que nuestro movimiento crezca más y alcance nuevos éxitos.

Ahora ningún socialdemócrata ruso puede poner ya en duda que la ruptura definitiva de la tendencia revolucionaria con la oportunista no ha sido originada por cuestiones "de organización", sino precisamente por el deseo de los oportunistas de afianzar la fisonomía propia del oportunismo y de seguir ofuscando las mentes con las disquisiciones de los Krichevski y los Martínov.

Escrito entre el otoño de 1901

y febrero de 1902.

publicado por primera vez en

marzo de 1902 en folleto aparte

en Stuttgart.

NOTAS DEL ANEXO

[1] Este Anexo fue suprimido por Lenin al ser reeditado ¿Qué hacer? En 1907, en la recopilación *Doce años*.

[2] Este juicio sobre la escisión no sólo se basaba en el conocimiento de las publicaciones, sino en datos recogidos en el extranjero por algunos miembros de nuestra organización que habían estado allí.

[3] A saber: en la introducción a las resoluciones de junio dijimos que la socialdemocracia rusa mantuvo siempre en conjunto la posición de fidelidad a los principios del grupo Emancipación del Trabajo y que el mérito de la Unión estaba sobre todo en su actividad en el terreno de las publicaciones y de la organización. En otros términos, dijimos que estábamos completamente dispuestos a olvidar el pasado y a reconocer que la labor de nuestros camaradas de la Unión era útil a la causa, a condición de que acabaran por completo con las vacilaciones, objeto de nuestra "caza". Toda persona imparcial que lea las resoluciones de junio las comprenderá sólo en este sentido. Pero si ahora la Unión nos acusa solemnemente de faltar a la verdad (*Dos congresos*, Pág. 30) por estas palabras sobre sus méritos, después de haber provocado ella misma con su nuevo viraje hacia el "economismo" (en los artículos del número 10 y en las enmiendas) la ruptura, esta acusación, como es natural, no puede menos de provocar una sonrisa.

[4] En *Vorwärts* se inició una polémica a este respecto entre su redacción actual, Kautsky y *Zariá*. No dejaremos de dar a conocer esta polémica a los lectores rusos.

[5] Si no contamos como restricción de la autonomía las reuniones de las redacciones, relacionadas con la formación de un consejo supremo común de las organizaciones unidas, cosa que *R. Dielo* aceptó también en junio.

Enmienda para “¿Qué hacer?”

El “grupo de iniciadores”, al que me he referido en el folleto *¿Qué hacer?*, Pág. 141, me pide que haga la siguiente enmienda al pasaje donde se expone su participación en el intento de conciliar las organizaciones socialdemócratas en el extranjero:

“Sólo uno de los tres miembros de este grupo se retiró de la Unión a fines de 1900; los restantes no lo hicieron hasta 1901, cuando se hubieron convencido de que era imposible conseguir que la Unión aceptara celebrar una conferencia con la organización de *Iskra* en el extranjero y con la Organización Revolucionaria Sotsial-Demokrat, a lo que se constreñía la propuesta del grupo de iniciadores. La administración de la Unión rechazó al principio esta propuesta, achacando su negativa a participar en la conferencia a la “incompetencia” de los integrantes del grupo de iniciadores mediador y expresando su deseo de entablar relaciones directas con la organización de *Iskra* en el extranjero. Sin embargo, la administración de la Unión no tardó en poner en conocimiento del grupo de iniciadores que, después de aparecido el primer número de *Iskra*, en el cual se publicaba la nota sobre la escisión de la Unión, cambiaba de parecer y no quería ponerse en contacto con *Iskra*. ¿Cómo explicar después de eso la declaración de un miembro de la administración de la Unión de que la negativa de ésta a participar en la conferencia se debía *exclusivamente* a que estaba descontenta de la composición del grupo de iniciadores? Por cierto, tampoco se comprende que la administración de la Unión aceptara participar en la Conferencia de junio del año pasado: la nota que apareció en el primer número de *Iskra* sigue en vigor, y la repudia de la Unión por *Iskra* cobró mayor realce en el primer volumen de *Zariá* y en el cuarto número de *Iskra*, que aparecieron antes de la Conferencia de Junio”.

N. Lenin

“Iskra”, núm. 19, del 1 de abril de 1902